

LITORAL

La poesía
del
mar



litoral

Revista de la Poesía,
el Arte y el Pensamiento

En memoria de José María Amado

Dirige
Lorenzo Saval

Adjunta a la dirección
María José Amado

MAQUETACIÓN Y DISEÑO
Miguel Gómez Peña, S. L. y
Lorenzo Saval

Asesor literario
José Antonio Mesa Toré

EDITA
Revista Litoral, S. A.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Pilar Salado
Urb. La Roca, 107 C
29630 Torremolinos. Málaga
Tel. 95 238 82 57
Fax. 95 238 07 58
litoralr@teleline.es
www.apex-es.com/litoral

DISTRIBUCIÓN

Les Punxes
Sardenya, 75-81. 08018 Barcelona
Tel. 93 485 63 80
Fax 93 300 90 91
punxes@fedecali.es

A. Machado Libros
(Comunidad de Madrid)

Abtao, 25
28007 Madrid
Tel. 91 501 47 49
Fax 91 501 48 99

IMPRIME

Graficas San Pancracio, S. L.
Orotava, 17. 29006 Málaga
Tel 95 234 24 00/04

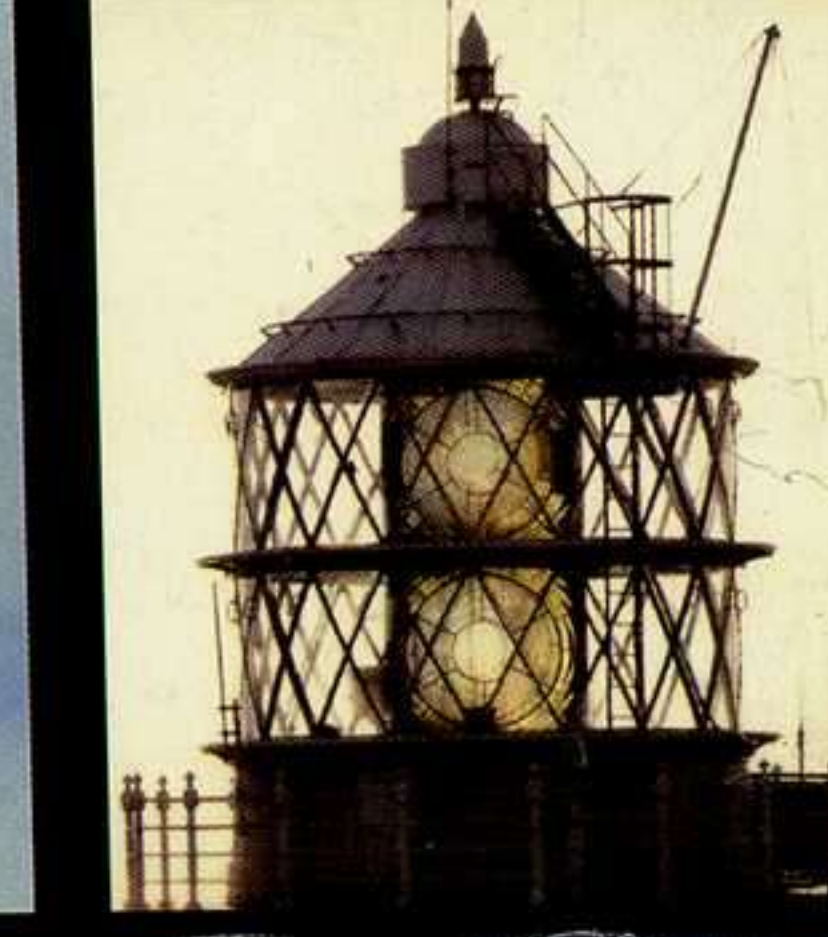
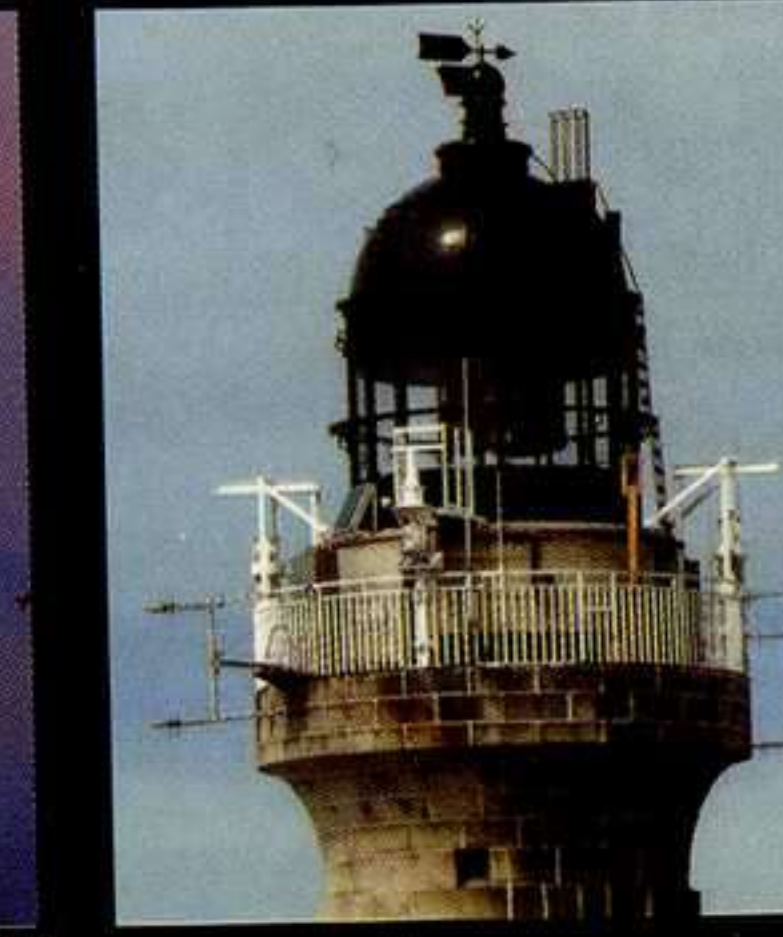
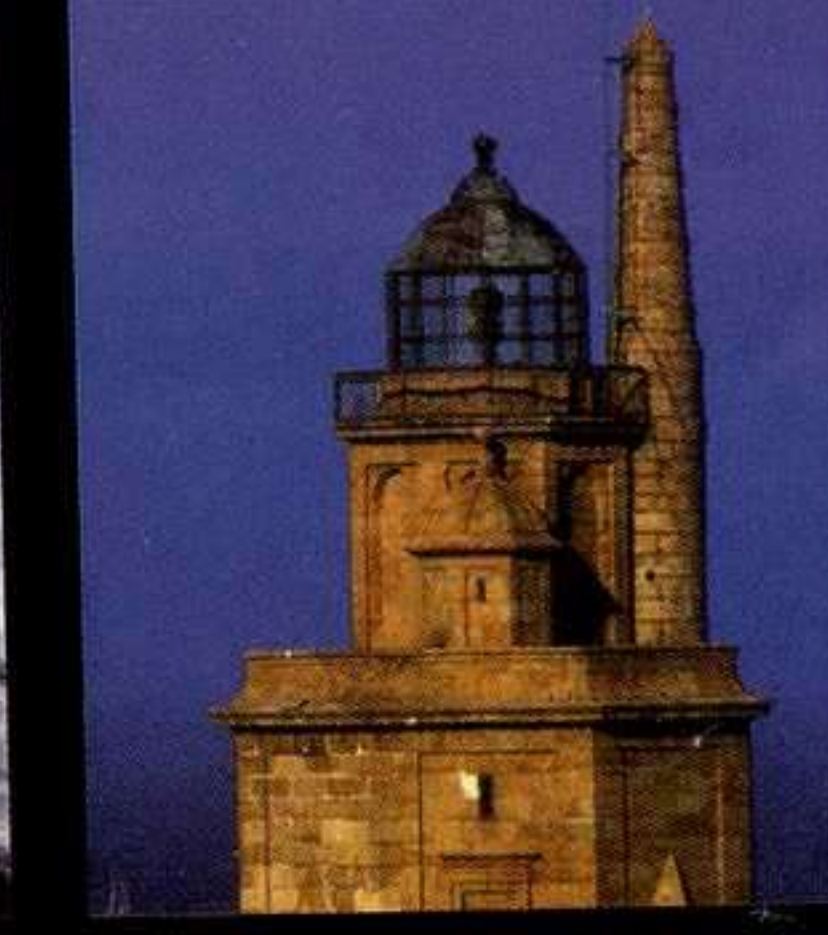
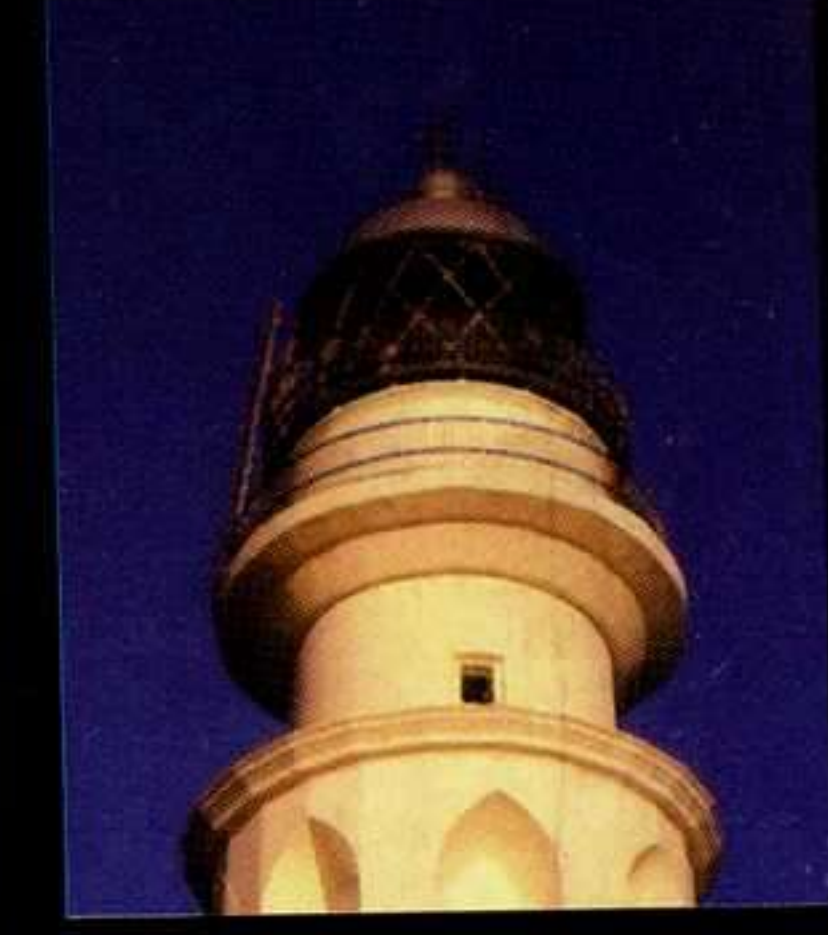
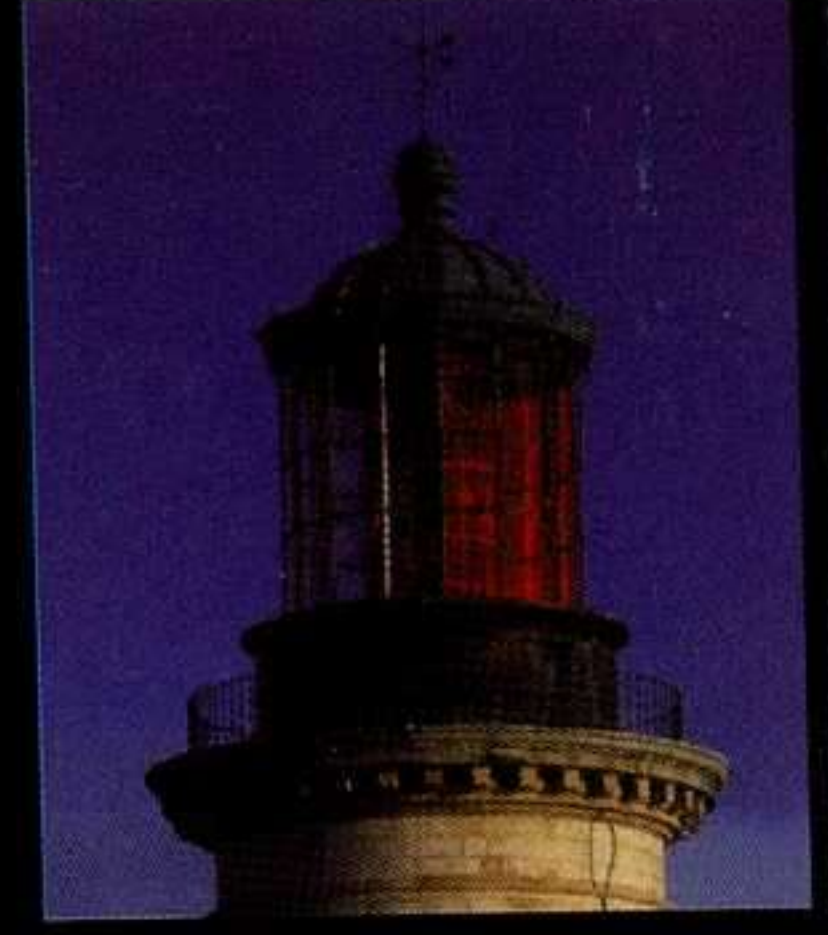
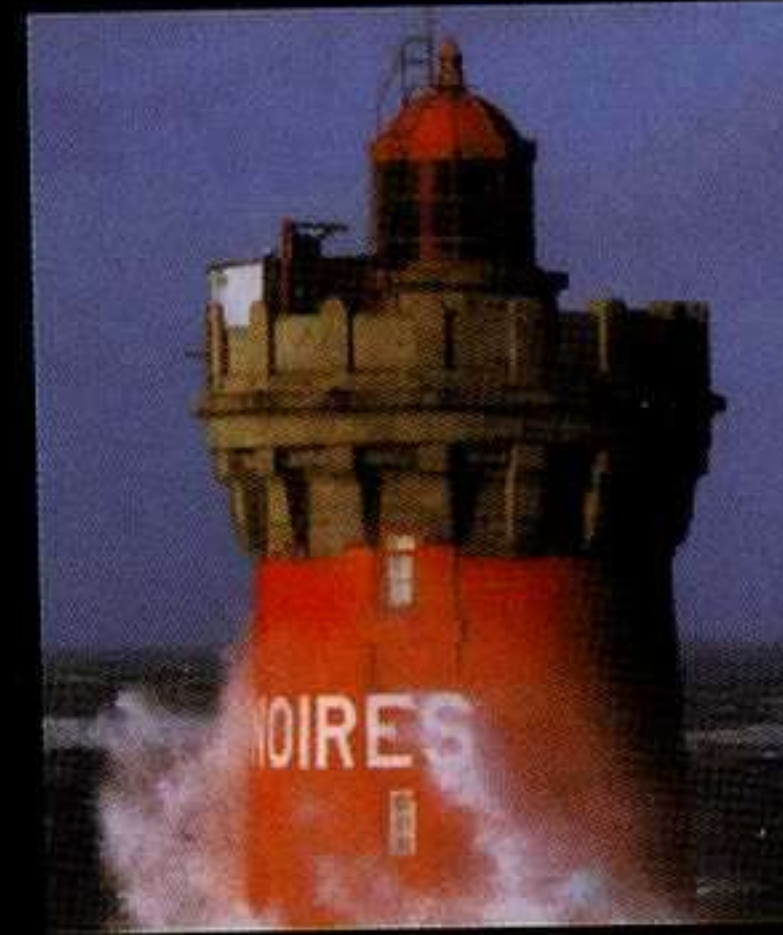
COMPOSICIÓN
MGP S. L.

Pº Calvo Sotelo, 28. 29016 Málaga
Tel./fax. 95 222 53 19
mge-mn@teleline.es

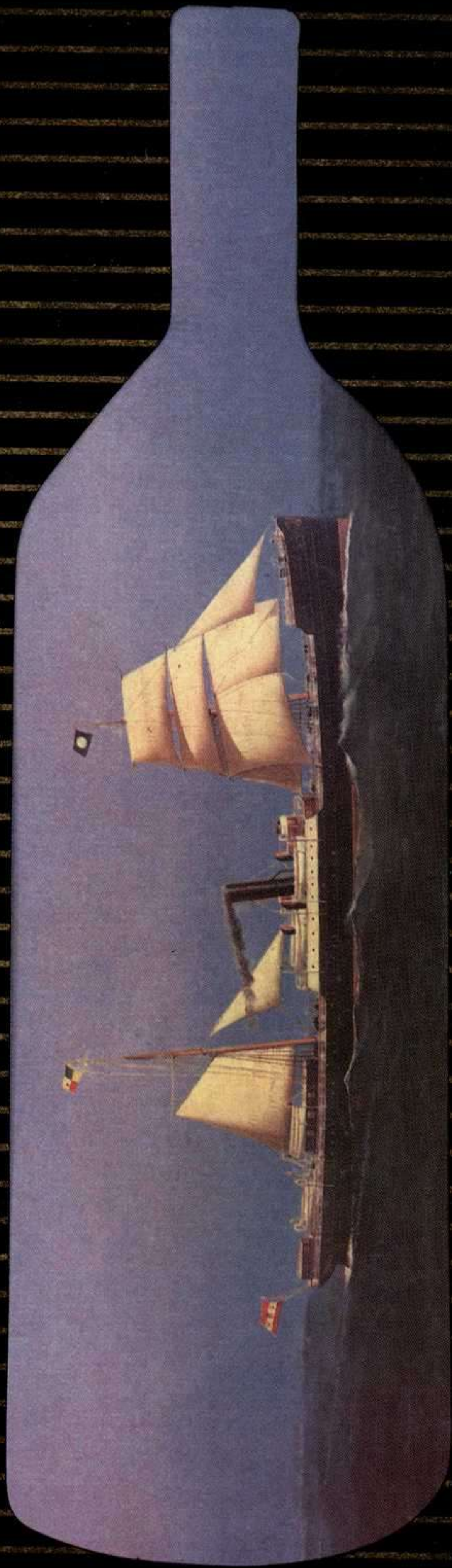
D. L.: MA-128-1968
ISSN: 0212-4378
CIF: A-29183050
VAT-ES-29183050



Esta obra ha sido publicada con la ayuda de la
Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía

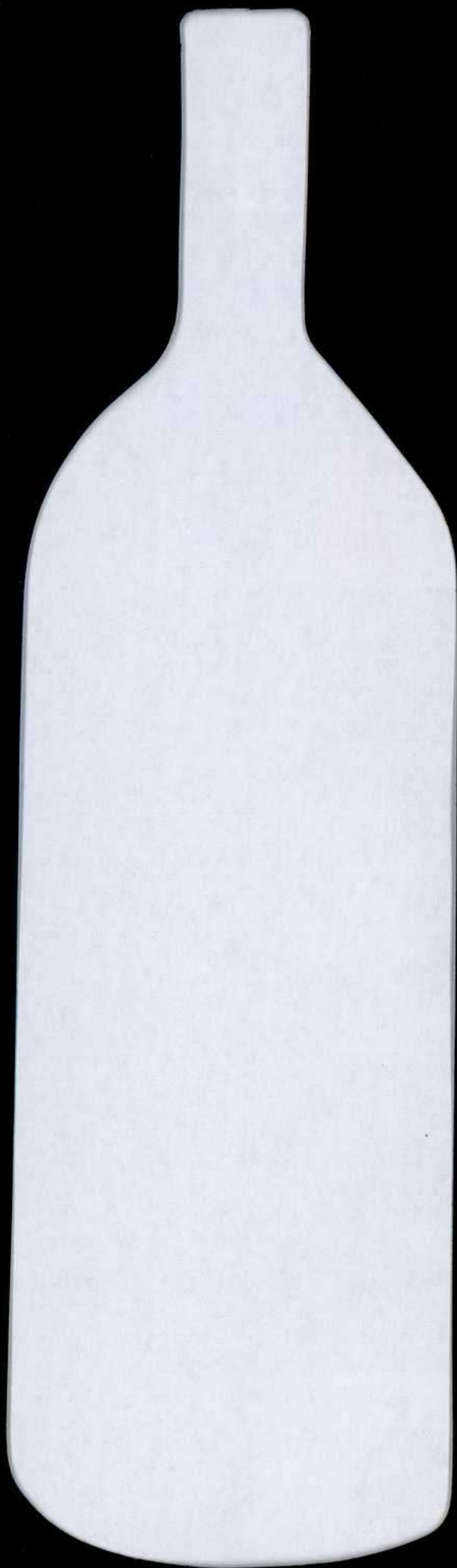


281-232



EL PORTAL

REVISTA DE POESÍA, ARTE Y PENSAMIENTO





La poesía del mar

- 5 Palabras previas, *Lorenzo Saval*
- 6 El mar, y nada más, *José Antonio Mesa Toré*
- 13 El mar en la poesía medieval castellana, *José Luis González Vera*
- 23 Ensayo de una simbología del mar en la poesía hispánica de la Edad Moderna, *Francisco Fortuny*
- 33 El influjo del mar en la lírica, *Rafael Cansinos-Assens*
- 45 Antología del mar
- 288 Peces, *José Antonio Garriga Vela*
- 292 Índice / Antología
- 294 Índice de ilustraciones



La atracción invencible del mar consiste para muchos navegantes, principalmente en el peligro que representa, el mismo que puede plantear hacer un número de estas características, donde la poesía y el arte, esta vez en toda su oceánica extensión, no tienen límites como el horizonte del viajero.

El océano... se salía del mapa, escribía Neruda, no había dónde ponerlo. Era tan grande desordenado y azul que no cabía en ninguna parte. Por eso lo dejaron frente a mi ventana. Frente a nuestra ventana, la del marino en tierra, otro mar habían dejado, también desordenado y azul. Era el mar de Litoral, el de Prados y Alto Laguirre. Y en ese mar nos embarcamos. Primero fue José María Amado quien inició la travesía siguiendo la luz de los fareros —que siempre apuntan al corazón del marino— y luego nosotros, tras recibir de herencia una historia que hablaba de una nave insubmersible.

Y en esa historia, la de la revista, hay mucho mar, porque, lo hemos dicho muchas veces, surgió en un puerto, con una carta marina sobre la mesa; y un puerto es, como decía Baudelaire, *la mejor estancia para un alma fatigada de la vida*. Un lugar de iniciaciones, de búsqueda, de desafíos y derrotas para alcanzar esa otra orilla de la verdad que es a la que siempre quiere llegar el navegante y también el poeta.

El mar mece y estremece y en ese estremecimiento puede encontrarse una revista poética en este siglo que empezó ardiendo. La travesía es difícil y las aguas están rizadas pero conocemos los vientos y nos gusta el peligro, los trasatlánticos y el alcohol derramado en los grandes naufragios.

Una nueva cabecera sustituirá a la caligrafía picassiana de los últimos años, tan fina que a veces se olvidaba en una nube del *collage*. La palabra LITORAL será, a partir de este número que conmemora los setenta y cinco años de su nacimiento, un mascarón visible para todos los posibles abordajes. También son otras las dimensiones, la revista crece un centímetro de ancho, que le dará a esta nave la posibilidad de acomodar mejor su carga artística. *Cualquier cosa que no pueda soportar un cambio no debe existir*, una antigua regla del oriente, que aquí seguimos al pie de la letra o de la ola, que en este viaje tienen el mismo movimiento.

Empezamos el siglo con *Pasajeros*, número que definía claramente nuestra propuesta, navegar y navegar, sin puertos, hasta que una ola nos vuelque en otro sueño, decíamos, convencidos de que en el sueño siempre hay un puerto donde se puede volver a empezar. Como el espiral ascendente en la escalera de un faro, que termina en un punto de luz cuya proyección es el infinito, el navegante se aleja y se abre hasta desaparecer en la oscuridad.

LORENZO SAVAL



ADOLFO GUIARD Y LARRAURI. *En la terraza*, 1887

EL MAR, Y NADA MÁS

La imprenta en la que hace 75 años nació LITORAL, la imprenta Sur de Emilio Prados y Manuel Altolaguirre, tenía forma de barco. En su libro de memorias *El caballo griego*, Altolaguirre la recuerda con sus barandas, salvavidas, faroles, vigas de azul y blanco, cartas marinas, cajas de galletas y vino para los naufragios. Estaba, además, enclavada en un barrio marinero cuyas calles empezaban o concluían en los muelles que, gracias a la fama del vino y la pasa de Málaga, habían conocido una fértil actividad comercial en el siglo XIX. El grupo de jóvenes poetas malagueños que, por edad y magisterio capitaneaba Prados, no vivía, como la burguesía de su ciudad, de espaldas al mar. Todo lo contrario: en cuanto tenían ocasión, frecuentaban las playas del litoral malagueño, espacio libre donde los baños y la diversión se mezclaban con las conversaciones literarias y la lectura de poemas, o con el trato con las humildes gentes de la mar. Si recibían la visita de algún artista o escritor de fuera, la excursión a las playas de La Caleta, El Palo, La Araña o el Peñón del Cuervo era obligada. Por eso no extraña que los primeros libros de Prados y de Altolaguirre tengan, ya desde los títulos, al mar como protagonista casi absoluto (*Canciones del farero* se titula el segundo poemario publicado por Prados; *Las islas invitadas*, el primero de Altolaguirre). Ni tampoco que desde un principio tuvieran claro que la revista a la que iban dar tan gloriosa vida habría de nacer impregnada toda ella de luminosidad marina. Así lo anunciaba el nombre elegido, LITORAL, una palabra que, como recordaría años después Rafael Alberti, había sido aireada y puesta en circulación por él en muchos poemas y que, de ese modo, hizo fortuna entre la joven generación de poetas. También el color azul intenso escogido para la portada remitía al mar y las primeras colaboraciones solicitadas, especialmente las de los artistas plásticos, recalcan esa inspiración marinera de la revista: el pez saliendo del agua de Manuel Ángeles Ortiz, la sirenita de Benjamín Palencia, los bañistas de Uzelai o el marinero de Lorca... LITORAL, pues, tomaba como bandera la fecunda simbología del mar para acompañar los versos de sus poetas.

Hoy, 75 años después y desde que José María Amado la resucitara en 1968, LITORAL se hace en un pequeño apartamento con un gran ventanal que rozan las palmeras y hasta donde llega el rumor de las cercanas olas. Estas son las archidisfrutadas playas de Torremolinos, que ahora serían irreconocibles para aquella pareja, Gala y Salvador Dalí, pionera del turismo en nuestras costas. Los poetas malagueños que se fotografiaban con ellos a orillas del Mediterráneo en 1930, de impecable traje de chaqueta oscuro y corbata, desentonarían el doble que entonces en este paisaje de hoy. Gala, con los pechos al aire, y Dalí, excéntrico y provocador impulsivo, ya no escandalizarían a nadie.

Pero esa es otra historia.

La que quiero contar en estas líneas es cómo y por qué se publica un número de la revista dedicado por entero a la poesía y el arte en torno al mar. Hace años que Lorenzo Saval, María José Amado, Miguel Gómez y yo venimos acariciando este proyecto. Tantos que ya hemos perdido la cuenta. Lorenzo es un ferviente coleccionista de historias, fotografías, fetiches y libros sobre barcos y esa pasión ha quedado reflejada una y otra vez en sus collages y en las páginas y portadas de LITORAL desde que compartiera tareas de dirección con José María Amado. Si Lorenzo es un navegante imaginario, Miguel Gómez, al timón del *Perfil del Aire*,

cuando los vientos son favorables va tocando puertos del litoral mediterráneo, pareciéndose cada día más a un viejo lobo de mar. En tantos años de trabajo común y camaradería, los tres hemos intercambiado libros, cartas marinas y comentarios interminables sobre nuestras lecturas y héroes favoritos de las grandes epopeyas oceánicas. El recuerdo de las aventuras descritas admirablemente en las páginas de Joseph Conrad, Robert Louis Stevenson, Rudyard Kipling, Julio Verne, Herman Melville, Daniel Defoe, Jack London, Stephen Crane, Edgard Allan

Poe o William Hope Hodgson, o de las atmósferas de los poemas de Blaise Cendrars, Neruda y Alberti, o de los diarios de a bordo del capitán Cook o de Shkelton, por citar algunos, ha flotado siempre sobre las infinitas horas en las que los tres pergeñábamos un nuevo número de LITORAL, la edición de un libro de poemas o el diseño de un catálogo de pintura. Moby Dick podía aparecer en cualquier momento entre los hielos cúbicos y blancos de los vasos y Arthur Gordon Pym navegar distraídamente por la red.

No sorprende, en consecuencia, que muchos números de la revista, la mayoría, hayan sido invadidos por flotas de barcos soñados o reales, de despampanantes trasatlánticos y sirenas, de peces y pabellones multicolores. Sin duda, lo más cerca que hemos estado de nuestro sueño fue con la publicación de *Pasajeros*, una idea de Lorenzo para convocar a poetas, novelistas, pensadores, pintores, fotógrafos, músicos, gentes de la cultura de nuestro país a una travesía en la que reflexionaran sobre lo que podía significar el paso de un siglo y de un milenio a otro. Ese viaje de lo viejo a lo nuevo a bordo de un lujoso trasatlántico imaginario, para el que fueron llegando equipajes deslumbrantes y variopintos con los que cubrir la travesía del pasado al futuro, se acompañó, por lógica, con cientos de imágenes marítimas: buques célebres, puertos, camarotes, playas, banderas, pasajeros famosos, mares del mundo... Pero su intención era otra, de manera que el sueño de reproducir en las páginas de LITORAL la poesía del mar se cumplía sólo a medias y con distinto rumbo.

Ya alrededor de 1990, por indicación de Lorenzo y como resultado de esa pasión compartida, inicié la investigación, anotando todo texto literario que versara sobre el mar, ya fuese poema o prosa y en lengua española o en otra cualquiera, pues los límites del trabajo todavía no estaban definidos con claridad. No nos dábamos cuenta que queríamos, cegados por nuestro sueño, meter el mar en un vaso de agua. Pronto comprobamos lo titánico de nuestra empresa y, en lugar de achicar espacios, invité a José Luis González Vera a sumarse a la investigación. Y no mucho más tarde, puesto que era tema frecuente de conversación con otros escritores amigos, aprovechando el profundo conocimiento que Francisco Fortuny tiene sobre la época modernista, lo implicamos en la magna obra que prepará-

LITORAL



MANUEL ÁNGELES ORTIZ, 1926

bamos. A pesar de esa unión, el ritmo en el acopio de fichas seguía siendo endiabladamente lento y, como siempre llegaba un nuevo proyecto a la redacción de la revista que acababa editándose, fue languideciendo casi sin que lo notáramos. Y así volvió a ser una más de nuestras quimeras.

Este año, por ser el del 75 aniversario del nacimiento de la revista, pensamos que era una inmejorable ocasión para hacer realidad la idea tan largamente acariciada. Volvimos, entonces, a reunirnos y comprobamos, con desolación, que en las mudanzas de casa y de la vida habíamos extraviado el material con el que contábamos. Por fortuna, no la memoria que podía ir devolviéndonos los hilos del trabajo ya hecho y las páginas que nos interesaban. Investigábamos ahora únicamente la poesía del mar en lengua española; eso sí, desde los orígenes hasta nuestros días. De nuevo, pecábamos de soberbia y amenazábamos con publicar varios tomos en vez de un número de LITORAL. Así que, muy pronto, la labor de José Luis se recicló en un ensayo sobre el tema marino en las primeras épocas de nuestra literatura y parte del de Fortuny en otro sobre la simbología del mar.

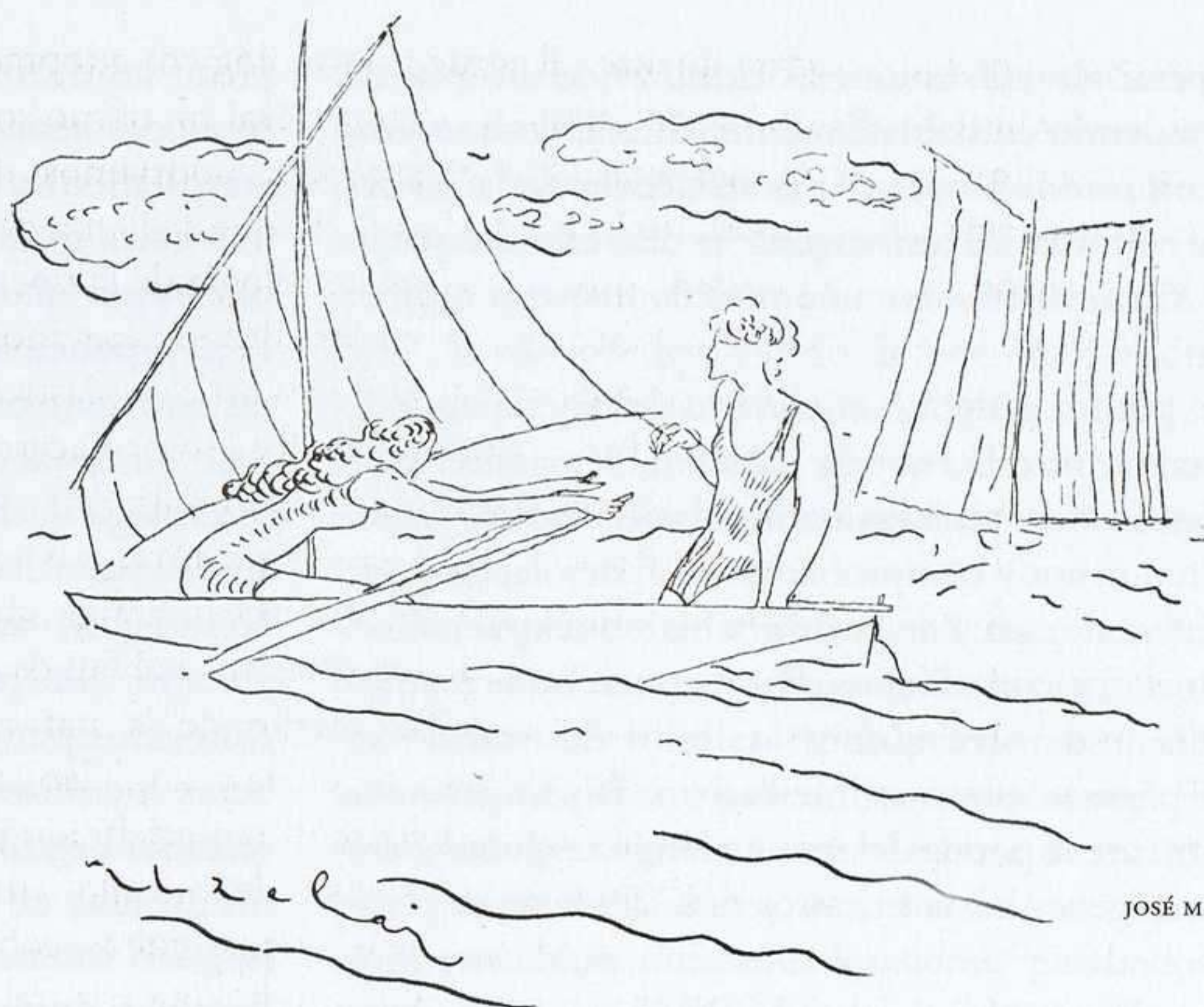
Habíamos decidido, finalmente, que nuestra antología abordara tan sólo el siglo XX, pero no hemos querido prescindir de los grandes poetas modernistas, aun cuando habían nacido y escrito gran parte de su obra en el XIX, pues muchos de ellos continuarían activos en las primeras décadas del nuevo siglo. Incluso, aunque algunos murieron antes de alcanzarlo (José Martí, Manuel Gutiérrez Nájera, Julián del Casal...), fueron coetáneos de los poetas que habrían de marcar los rumbos de la poesía en el primer tercio del XX. Abrimos la antología con Manuel González Prada, peruano de 1848, y la cerramos con poetas nacidos en torno a 1980. Queremos dejar claro que esta es una selección de poemas de tema marino y no una antología de poetas, por lo que, a pesar de que la lista de nombres es muy extensa (cerca de trescientos autores españoles e hispanoamericanos están representados), se podrá echar en falta a algún gran poeta del que no hayamos conseguido localizar un texto que nos mereciera la pena incluir; mientras que autores de no tanto renombre o considerados menores sí han sido antologados. De acuerdo a este criterio, en muchos casos no nos ha importado copiar más de un poema de un mismo autor, pues nos servían para com-

pletar las distintas perspectivas del tema marino o, simplemente, porque se nos hacía muy difícil decidirnos por uno solo. Como cabe suponer, algunos poetas representaban un verdadero quebradero de cabeza: ¿qué elegir de Tomás Morales, Rafael Alberti o Pablo Neruda? A veces, hemos evitado los poemas más conocidos por el lector; en otras ocasiones, aunque estuviera grabado en la memoria colectiva, lo hemos incluido porque aportaba un aspecto infrecuente o que faltaba en la antología, así sucede, por ejemplo, con «El fantasma del buque de carga» de Neruda. Por supuesto,

9



BENJAMÍN PALENCIA, 1926



JOSÉ M. UZELAI, 1926

habrá a quien nuestra selección le parezca discutible, entendiendo que hay ausencias de peso y que sobran poemas, cosa lógica pues siempre nos hemos guiado por nuestros gustos personales. Nuestro propósito era hacernos eco del mayor número posible de matices, enfoques y perspectivas que ofrece el tratamiento de lo marino. La descripción de un paisaje (playas, puertos, islas, faros...), la fauna y la flora, la vida de los hombres del mar, el sentido del viaje y de la aventura, los fenómenos atmosféricos que provocan en muchas ocasiones el naufragio, los sucesos históricos, la espectacularidad de las batallas navales, el perfil de los héroes, navegantes, piratas y bucaneros intrépidos, la evocación de personajes hechos a la mar en célebres novelas y poemas épicos y de escritores que hicieron del mar su bandera literaria, los deportes náuticos, las labores de pesca, lo simbólico (el mar como trasunto de la energía vital, de la libertad, del deseo y de la belleza, de los avatares del amor, de la sexualidad, de la soledad, de la muerte...), lo mítico (con toda la gama de seres fabulosos y divinidades), todo esto ha servido para la creación de bellísimas composiciones literarias. Y hemos querido, en lo posible, que todos estos aspectos se reflejaran en la presente antología.

Decidimos seguir un orden cronológico de nacimiento de sus autores y, aunque es una recopilación basada en un solo tema, creemos que retrata de manera nítida los cambios estéticos que se han ido produciendo en las sucesivas generaciones y grupos poéticos del siglo. En ese sentido, es fácil ver cómo un mismo asunto relacionado con el mar podía enfocarse desde ángulos bien distintos. Pensemos, por ejemplo, en que una travesía para un poeta del XIX significaba aún, casi como en Homero, un viaje lleno de peligros, mientras que, a medida que iban corriendo los años del siglo XX, se iba asociando al disfrute, al ocio. O que temas intemporales, como las faenas de pesca o las expediciones de exploración, podían ser relevados gustosamente por los del deporte náutico, los tranquilos baños

o la serena exposición del cuerpo al sol. Y es que, al igual que con cualquier otro tema, las diferentes generaciones de escritores y artistas dejan ver en sus obras el marco ideológico, social y estético dentro del que les han dado vida, poniendo al descubierto que la mirada, aun fijándose en un mismo punto, describe el mundo al que se enfrenta con una reflexión distinta sobre la luz que le llega.

Siempre que nos ha sido posible, hemos anotado antes de los textos seleccionados el lugar y la fecha de nacimiento de los autores, así como la de muerte cuando corresponde. En algunos casos, especialmente con los poetas hispanoamericanos, no hemos podido averiguar más que el país en el que nacieron.

Mientras González Vera, Fortuny y yo nos dedicábamos a la investigación literaria, Lorenzo Saval iba recopilando cuadros, grabados, dibujos y fotografías inspirados en el mar, acogiéndose a los mismos límites temporales que los nuestros, aunque en su caso sin circunscribirse al arte exclusivamente hispánico, de manera que la antología de textos se acompaña, siguiendo

estrictamente el orden cronológico adoptado, de una nutrida muestra del arte universal moderno sobre la temática del mar. De este modo, podríamos decir que el número de LITORAL, revista que se llama de poesía, arte y pensamiento, reúne una antología de la poesía en lengua española sobre el mar en los últimos 130 años, una selección de las mejores obras de los artistas plásticos y fotógrafos en el mismo período y varios ensayos acerca de la fertilidad de este tema en la historia literaria.

Sin duda, es el momento oportuno para afirmar que, después de llevar a cabo nuestra investigación, tal vez lo que hemos aprendido, si antes no habíamos reparado en ello, es que ningún elemento de la naturaleza ni del mundo alzado por la inteligencia y la iniciativa del hombre ha sido nunca tan atrayente ni tan celebrado por los artistas. El influjo del mar, a través de los siglos en nuestra literatura, y en la de las demás lenguas cultas, cobra un protagonismo al que ningún otro referente natural (la luna, las estrellas, las flores...) o artificial logran hacerle sombra.

Por este motivo, nos ha parecido el mejor título para nuestro prólogo, resumen también de los contenidos e imágenes de este número de LITORAL, el verso de Luis Cernuda «El mar, y nada más». Porque, tras muchos años soñando con una entrega de la revista dedicada por entero a la seducción, a la magia, a los infinitos interrogantes del mar, ofrecemos, en el 75 aniversario de su nacimiento, a los lectores de LITORAL un número con entera forma de barco, en cuyas páginas tal vez se escuche el idioma nunca entendido de las sirenas.

Con Emilio Prados y Manuel Altolaguirre, con los operarios de aquella imprenta Sur, con los maestros impresores malagueños que les sucedieron, con José María Amado al timón de la nueva LITORAL de 1968, con Cernuda, acaso pudiéramos decir que este número es sólo el mar, el mar y nada más. Y aun así, cumpliendo nuestro sueño más querido, luego del esfuerzo literario y artístico, tendríamos que darle la razón a nuestro añorado Rafael Pérez Estrada y repetir con él: «Quién puede decir mar impunemente». Quién puede abarcar las inmemoriales, infinitas, intemporales olas en las hojas de una revista. Acaso tan sólo nos sea posible probar el vino para los naufragios.

José Antonio Mesa Toré



El mar en la poesía medieval castellana

José Luis González Vera

ANTES DE ANOTAR LA BITÁCORA

No vamos a tener aquí la osadía de pretender que estas breves páginas reflejen el enorme caudal de versos que tienen al mar, sus ondas, sus bajeles y criaturas extrañas, como inspiradores o puntos centrales de cualquier composición lírica. Al abordar tan extenso tema, nuestra actitud es la de un turista que, desde la cómoda tumbona de un crucero, pretende describir su recorrido por el mundo; un viaje alrededor de la tierra es sólo eso, seguir la ruta que traza un paralelo, pero no un detallado compendio de playas, razas, atardeceres o luces.

En nuestro fatigar de versos con la quilla de la ilusión, por bucear en lo que desconocíamos de la poesía española, debemos confesar que el horizonte entrevisto nos ha abrumado. Como en el más tópico viaje, hemos tenido etapas de desánimo con las velas al paio; sólo veíamos tareas y tareas, pero los puertos y las islas no aparecían; podemos decir que las cartas de navegación han servido poco, aunque algún que otro manual haya sido orientador¹. La soledad en la tarea era absoluta, sin recalar en tierras con amables aborígenes que nos ofrecieran sus mejores chicas como les sucedió a los marinos de la *Bounty*; en fin, los trabajos y los días. Tampoco nos ha atacado *Moby Dick*, aunque con nuestra actual conciencia ecológica, nos hubiéramos untado de mantequilla para que al pobre cachalote le fuera más amable el trago que se iba a zampar.



ANÓNIMO, SIGLO XIV

Lo que sí nos ha quedado en la pupila es la conciencia de la inmensidad del mar escrito, los múltiples mares que habitan ese mismo concepto, la admiración que, desde los primeros versos castellanos, se tiene por ese permanente recordatorio de nuestra levedad y pequeñez. Cruzamos el mar con el respeto del que se sabe su víctima; nuestras vidas son los ríos, las naves, o el mar mismo. Hemos navegado los versos para ahora sentarnos y recordar que no hay caminos; que ofrecemos al explorador que se interne en estas páginas, sólo una ruta, para nada única ni la mejor, sino la nuestra. Todo camino lleva a otro camino y esperamos que éste sea una senda divertida y fructífera.

DE MÁS ALLÁ DEL MAR

En la primitiva poesía castellana medieval, el mar aparece fundamentalmente como un mero complemento circunstancial de

lugar, sobre el que se mueven sus personajes, incluso en el que se sumergen, pero siempre como un elemento mágico, extraño, que infunde temor y al que se considera límite de lo conocido; de ahí, una de las expresiones más repetidas: *d'alent del mar*. El más allá apenas entrevisto desde las planicies y montañas castellanas, pero del que se sabía que venían tanto los musulmanes invasores, como el Cristo redentor; un mundo tan oscuro como la muerte y más lejano que el mismo cielo, según parece.

Si partimos del *Cantar de Mio Cid*², como primera obra literaria castellana en verso, el mar se presenta con relativa prontitud, en masculino, y de la mano de Dios:

331 Fezist çielo et tierra, el terçero el mar

Pero, además, el carácter de monstruo bicéfalo y ambiguo, como madre y destructor queda patente a las pocas sílabas, cuando es nombrado en femenino:

339 A Ionas, quando cayo en la mar

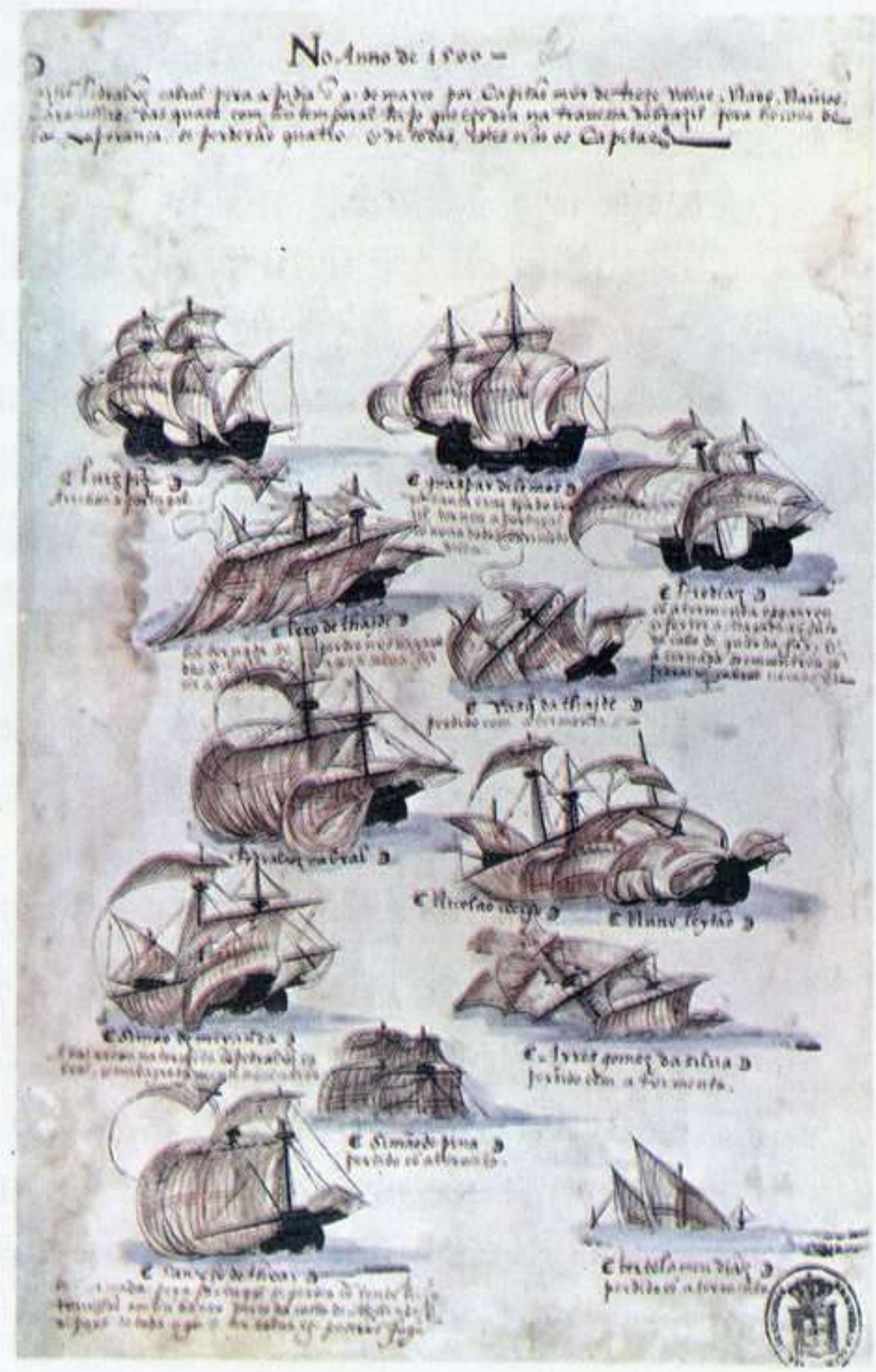
Estos son los dos primeros versos en los que aparece el mar en la literatura castellana; el mar, la mar, sólo como un importante referente bíblico de la larga oración en la que Doña Jimena ruega por el respetado esposo que marcha a un exilio, donde buscará su honra a través de la lucha contra esas circunstancias y personajes hostiles que, incluso, llegan de más allá de las orillas. Imaginemos al campesino castellano, sus pies llenos de tierra, en su boca, la sequedad del polvo de trigo que vareaba durante las labores estivales; contemplémoslo absorto en la historia que el juglar le contaba; o dando risotadas por las bromas del Cid; o sorprendido por las brabuconerías del Rey Búcar:

- 2409 «Aca torna, Bucar! Venist da lent mar,
verte as con el Çid, el de la barba grant,
saludar nos hemos amos, et taiaremos amistas»
respuso Bucar al Çid: «confonda Dios tal amistas.»
El espada tienes desnuda en la mano et veot aguijar;
asi como semeia, en mi la quieres en sayar.
- 2415 Mas si el caballo non estropieça o comigo non caye,
non te iuntaras comigo fata dentro en la mar.»
- 2420 Alcançolo el Çid a Bucar a tres bracas del mar,
arriba alço Colada, un grant colpe dadol ha
- 2425 Mato a Bucar, al Rey de alen mar
e gano a Tizon que mill marcos doro val.

El mar, con su frescor de brisa, excita la imaginación en un mundo elemental de secarrales y supervivencia, de límites cercanos, pero con conciencia clara de pequeñez frente a la naturaleza y a lo que se ignora. Igual que el autor del *Cid* hace reír o llorar a su tosco público, también sabe cómo hacerle volar la imaginación con una sola palabra; un complemento circunstancial que sirve de catapulta hacia otros mundos, para el sujeto de cualquier verbo.

Igual truco emplea el autor del *Roncesvalles*³ —siga o no, el modelo de más allá de los Pirineos— cuando manuscibió el llanto del emperador Carlomagno por su muerto sobrino Roldán y le hace decir:

- 67 Naçiestes mi sobrino, a xvii aynos de edade
fiz'vos cavayllero a un preçio tan grande.
metíme al camino, pasé ata la mare,
70 pasé Jherusalem fasta la fuent Jordane
corriemos las teras d'eylla e d'eylla parte.



ANÓNIMO, SIGLO XVI

Pasó incluso la mar y eso hace aún mayores las hazañas del Emperador, por tanto, más alta la torre desde la que cae, a causa del dolor por la muerte de Roldán; al igual que en el planto de Pleberio, el mar aparece con su carga de fortuna, con su dosis de miedo y heroicidad en su dominio. Ese mundo ajeno que sólo deja ver la orilla de su reinado, tiene también carácter divino para la imaginación medieval, no sólo por las constantes alusiones al Génesis, sino que es fácil verlo en un poema como *¡Ay Jherusalem!*, de llamada a la guerra:

- 58 «Valed, los cristianos,
a vuestros hermanos
60 en Jherusalem!»
Non les da buen viaje la sagrada mar:
los vientos an contrarios, non les dexa andar.
Cuando está en calma
enflaquéceles el alma,
65 en Jherusalem.

La fuerza de las olas es, por tanto, un ser vivo y autónomo que determina el destino de los hombres, idea que se repetirá a lo largo de más escritos medievales, en los que el camino no es marcado por los timones, sino por la voluntad de las corrientes. El hombre de la temprana Edad Media, en muchos casos, se siente desde la orilla como un leño seco a la deriva, un naufrago permanente que ve en el agua la frontera absoluta de su mundo, como puede leerse en el *Cantar del Rey don Alonso*, o en el *Poema de Alfonso onceno*, en el que, además, lo misterioso se conjuga con un lenguaje simbólico.

Consultamos el cuaderno de derrota para no olvidar las calas, los acantilados y arrecifes que exhibían torres y castillos con los que los habitantes de las costas se sentían algo más seguros; casi todo era inútil, y difícilmente podían resistir frente a los ataques vikingos o musulmanes; todos ellos

desde más allá del horizonte.

En esta época de Europa, compleja por elemental, simple como la supervivencia, poco a poco, la cultura se abre paso tímido y también el mar humedece con mayor ahínco, las páginas manuscritas de los códices. Será al pendenciero, incluso chulesco, Alejandro Magno a quien le corresponda conquistar el mar. En el *Libro de Alexandre* (5), el clérigo Gautier de Châtillon y el autor castellano, siguiendo la leyenda, hacen que su héroe cruce las olas desde las luminosas playas macedonias hacia el oriente en busca de los ejércitos de Darío. Pero también el *Alexandre* es una especie de recopilación de los saberes de la época que se pretenden mostrar a la menor ocasión; de ahí que Alejandro Magno también busque dominar las aguas y descifrar sus límites:

- 2269 Asmava el buen omne atravesar la mar,
Que nunca pudo omne el cabo a fallar,
Buscar algunas gentes de otro semejar,
De sossacar manera nueva de guerrear
2270 Saber el sol dó naçe, el Nilo ónde mana,
el mar qué fuerça trae quand lo fiere ventana
maguer avié grant seso, acucia sobejana
semejaba en esto una grant valitana

Y por supuesto, al gran caudillo no se le van a resistir ni los cielos, ni el fondo del mar; un modo como otro cualquiera de conjurar el miedo por lo oculto; si un hombre lo conquistó y salió ileso de la hazaña, el misterio se ha roto, el peligro se ha disipado, al menos, en los cortos límites de la ficción:

- 2309 Mandó que lo dexassen quinze días durar,
las naves con tod' esto pensasen de andar;
assaz podrié en esto saber e mesurar,
e meter en escripto los secretos del mar.
2310 La cuba fue echada en que el rey yazié,
a los unos pesava, a los otros plazié;
bien cuidavan algunos que nunca y saldrié,



CLAUDE LORRAIN. *Amanecer en un puerto*, 1634

mas destajado era que en mar non moriré.
 2314 Tanto es acogían al rëy los pescados
 como si los oviesse por armas subjudgados;
 vinién fasta la cuba todos cabeztornados,
 tremién todos ant' el como moços mojados.

Pero la conquista de la naturaleza va a desencadenar el principio del final del Magno Emperador; el misterio, pues, debe quedar oculto, si no se quiere desencadenar las fuerzas incontrolables de lo demoníaco.

En proporción, hay muchas más referencias navales y marítimas entre los tetrástrofos del *Libro de Apolonio*⁶, relato versificado en el que sus protagonistas son constantemente separados por tempestades y vicisitudes marinas; de hecho, cuando Tarsiana narra brevemente su vida, ésta aparece llevada de un lado a otro por las corrientes:

491 Duenya só de linatge, de parientes honrrados,

mas dezir non lo oso por mios graves pecados;
 naçi entre las ondas, on naçen los pescados
 amos houe mintrosos et traydores provados.
 492 Ladrones en galeas que sobre mar vinyeron,
 por amor de furtarme, de muerte me estorcieron;
 por mi ventura grave a omne me vendieron
 por que muchas de vírgines en mal fado cayeron.

Es el mar, la mano que ejecuta el destino de los hombres, la que empuja sus inciertos leños hacia lo desconocido; tal es la conciencia de fragilidad que el hombre medieval tiene de sus medios, que en una de las adivinanzas con que Tarsiana divierte al Rey Apolonio, su padre, leemos:

509 «Fija ssó de los montes, ligera por natura,
 ronpo et nunca dexo señal de la rotura,
 guerreyo con los vientos, nunca ando segura».
 «Las naves, ditz el rey, trayen essa figura».

El poder de lo que no tiene control por

mano humana y la conciencia de pequeñez que aturde hacen exclamar al autor del *Poema de Fernán González*⁷, refiriéndose al traidor conde don Yllán:

47 Despidio s' de los moros, luego passo la mar

 deviera se el mesquino con sus manos matar,
 pues que en la mar irada non se pudo afogar.



FRANCESCO ALBANI
El rapto de Europa (Fragmento), 1630

Es por esta misma idea del mar terrible, por la que Gonzalo de Berceo, incluye entre los *Milagros de Nuestra Señora*⁸, uno en el que La Virgen salva a un obispo que se dirige a Acre para adorar el santo sepulcro; se desata una tempestad, pero el obispo invoca a Santa María y el milagro se obra, pueden llegar a su destino porque del mar sale una nave, igual que antes han salido de él las almas de los marineros difuntos en forma de palomillas, porque:

598 Abiendo de los muertos duelo grand e pesar
 Estendieron los oios, catavan a la mar
 Si verien de los muertos algunos arribar;
 Ca el mar nunca quiere cosa muerta celar.

Por tanto, dentro de esa campaña de devoción mariana que Berceo desarrolla con su juglaría a lo divino, María se muestra como estrella de los mares y consuelo de los marineros, a pesar de las pocas apariciones que el mar hace en la obra berceana, que prácticamente se reducen a las señaladas.

Igual alabanza emplea Juan Ruiz para Santa María en la parte final de su *Libro de buen amor*⁹; pero el mar que aparece en ese ameno libro son aguas divertidas en general; además de ser el arsenal del que se vale Doña Cuaresma para atacar los ejércitos de Don Carnal, Juan Ruiz, con la gracia que lo caracteriza, sabe dar al monstruo un cariz irónico:

614 Si la primera onda de la mar airada
 espantase al marinero quando viene torbada,
 nunca en la mar entrarié con su nave ferrada:
 non te espante la dueña la primera vegada.

Sabe arrancar Juan Ruiz una sonrisa a sus lectores, o al campesino castellano que por boca de juglares lo oyera, la mujer es un monstruo marino que no debe asustar aunque bramen sus ondas, hay que saber

buscar sus aguas tranquilas, consejo para navegantes de rutas ignotas y nunca bien cartografiadas, peligrosas, incluso.

ESPEJO DE FORTUNA Y MUERTE

La navegación reserva sorpresas, cuadrantes donde la calma impide el movimiento de los bajeles, y otros en los que la tempestad es un aluvión de mareas que llevan las naves donde el timón no busca. Los finales de la Edad Media constituyen una de esas zonas confusas. El Marqués de Santillana, a pesar de su proximidad vital al rudo mar cantábrico, dirige con preferencia su mirada hacia una poesía de referentes latinos en sus *Decires*, *Canciones* y *Sonetos al itálico modo*; y desde luego, prefiere tomar los prados, montañas y bosques como marco para sus encuentros con las pastoras de sus *Serranillas*; de hecho, sólo hemos encontrado una referencia a las naves en los *Decires*; en la *Comedieta de Ponça*¹⁰, sin embargo, sí aparece alguna alusión marina más, en la que, alusiones mitológicas

aparte, podemos leer en la estrofa XVIII este interesante trasunto del «*beatus ille*»:

¡Benditos aquellos qu'en pequeñas naves
siguen los pescados con pobres traynas!,
ca éstos no temen las lides marinas,
nin çierra sobr'ellos Fortuna sus llaves.

Es curioso que para D. Íñigo la vida del pobre pescador esté ausente de los peligros que atenazan a los grandes navegantes, para los que parecen reservados los avatares de la fortuna como demuestran los emblemas y poemas que cruzarán la literatura renacentista y barroca; a mayor ambición, mayor desgracia, pero esas son otras aguas.

El mar como espacio de la suerte también se refleja en los versos de Juan de Mena quien, en su *Laberinto de Fortuna*¹¹, exclama entre las muchas lecciones extraídas de la mitología e historia:

CXXXIII Para quien teme la furia del mar
e las tempestades reçela de aquélla
el mejor reparo es no entrar en ella,
perder la cubdiçia del buen navegar;
mas el que de dentro presume de andar
sin que padesca miseria ninguna,



EUGÈNE BOUDIN. 1824-1898



LUDOLF BACKHUYSEN. 1631-1708

a la primera señal de fortuna
debe los puertos seguros tomar.

La fortuna o, mejor dicho, la mala fortuna habita en el mar que, en la literatura de fines de la Edad Media, ha pasado de ser un lugar misterico, a convertirse en un espacio donde el destino del hombre se escribe sobre la incierta estela de las naves, el frágil leño latino que aparece de nuevo en la lírica europea; queda, así, abonado el terreno para que la orilla se convierta en la frontera del puerto supremo, la muerte, embarrancadero de toda flota, final de todos los atardeceres; de ahí surgen estos preciosos versos, una de las cimas de la poesía castellana¹²:

Nuestras vidas son los ríos
que van a dar en la mar
qu'es el morir;
allí van los señoríos
derechos a se acabar
e consumir;
allí los ríos caudales,
allí los otros medianos

e más chicos
allegados son yguales
los que viven por sus manos
e los ricos.

Es curioso que ni Rodrigo Manrique, ni Pedro Manrique mencionen el mar en sus poemas, Jorge, su hijo y sobrino, sabe darle de forma original el valor metafórico de final de todos los caminos y con esa marca cruzará la historia literaria castellana hasta nuestros días. Jorge Manrique dominó el mar medieval, le imprimió su marca para siempre, a pesar de que es una de las pocas veces en las que aparece en su obra; de hecho, sólo escribió otros versos en los que compara el estado del amante lejano con la lucha de los marinos contra las ondas, clara reminiscencia de la lírica amatoria galaica, en la que el mar está mucho más presente que en las composiciones castellanas.



AL RECOGER LAS VELAS

Volviendo a nuestra carta de navegación, observamos que el crucero literario partió de un mar ajeno, a la vez, defensa y pórtico de lo desconocido, del mal, del más allá; sagrado, pero terrible. Sin embargo, poco a poco, las aguas adquirieron dos cualidades; en primer lugar, se convierten en un tema literario en sí, dejan de ser un espacio para la acción; a partir de este momento, quedaron libres las vías para que el mar se convirtiera en metáfora bien de la fortuna, bien de la muerte. El mar y su fortaleza fascinante, aún última frontera para el hombre moderno, que adquiere a finales de la Edad Media su categoría de símbolo para la historia de la literatura universal. Dejemos caer el ancla.

NOTAS

1 Queremos señalar aquí el magnífico trabajo de Alberto Navarro González, *El mar en la literatura medieval castellana*, Univ. de La Laguna, Tenerife, 1962. Sin duda, un trabajo de inexcusable consulta para quien quiera profundizar en este tema.

2 *Cantar de Mio Cid*, en Menéndez Pidal, R. *Obras Completas I-III*, Espasa-Calpe, Madrid, 1964.

3 *Roncesvalles*, en *Poesía española I* Ed. de Fernando Gómez Redondo, Ed. Crítica, Barcelona, 1966, pp. 139-145.

4 ¡Ay Jherusalem!, en *Poesía española I* Ed. cit. pp. 163-169.

5 *Libro de Alexandre*, Ed. de Jesús Cañas, Cátedra, Madrid, 1988.

6 *Libro de Apolonio*, Ed. de Dolores Corbella, Cátedra, Madrid, 1992.

7 *Poema de Fernán González*, Ed. de Juan Victorino, Cátedra, Madrid, 1998.

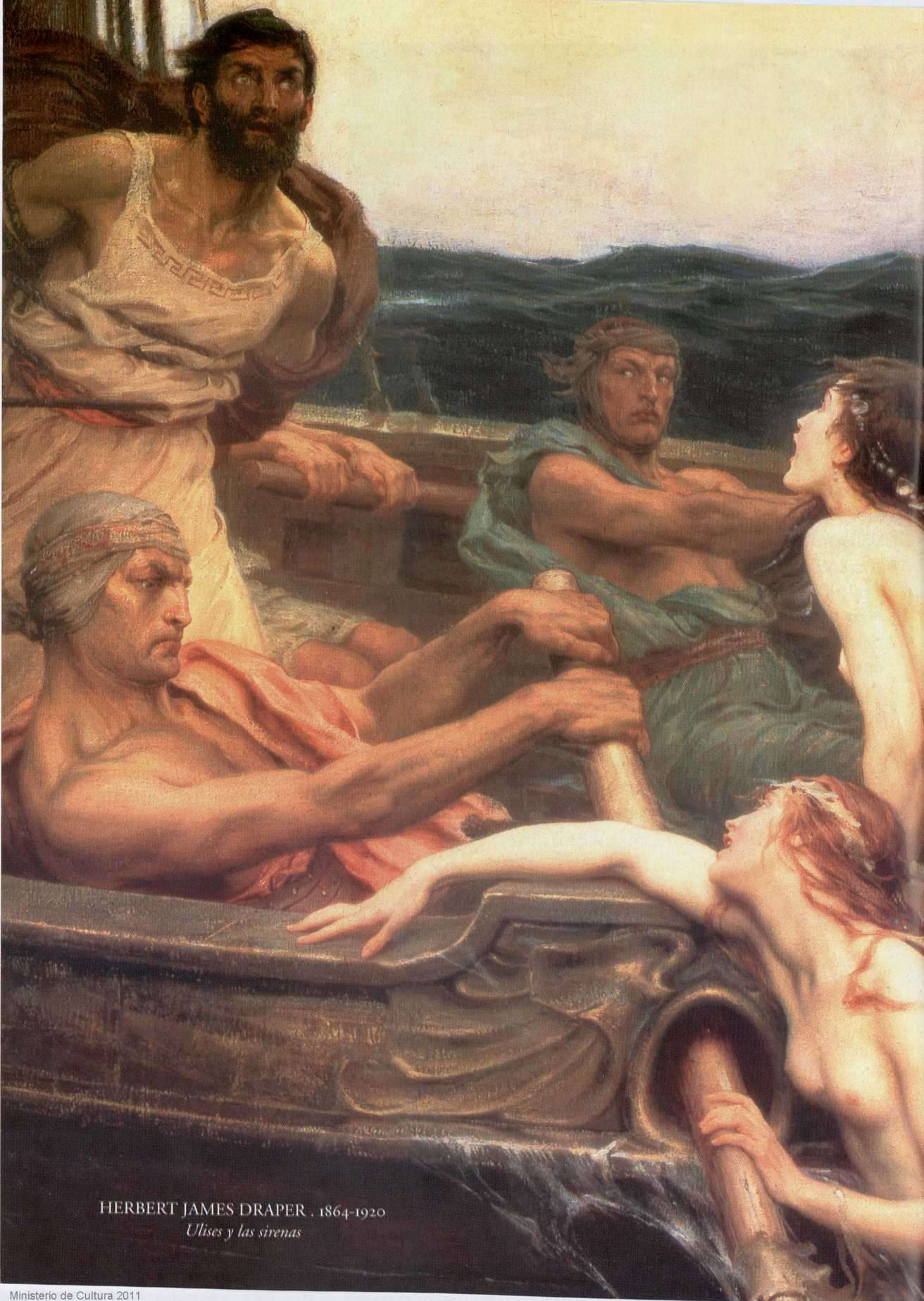
8 Berceo, Gonzalo de, *Milagros de Nuestra Señora*, Espasa-Calpe, Madrid, 1969.

9 Juan Ruiz, *Libro de buen amor*, Cátedra, Madrid, 1992.

10 Marqués de Santillana, *Comedieta de Ponça. Sonetos al itálico modo*, Altaya, Barcelona, 1996.

11 Juan de Mena, *Laberinto de Fortuna*, Castalia, Madrid, 1998.

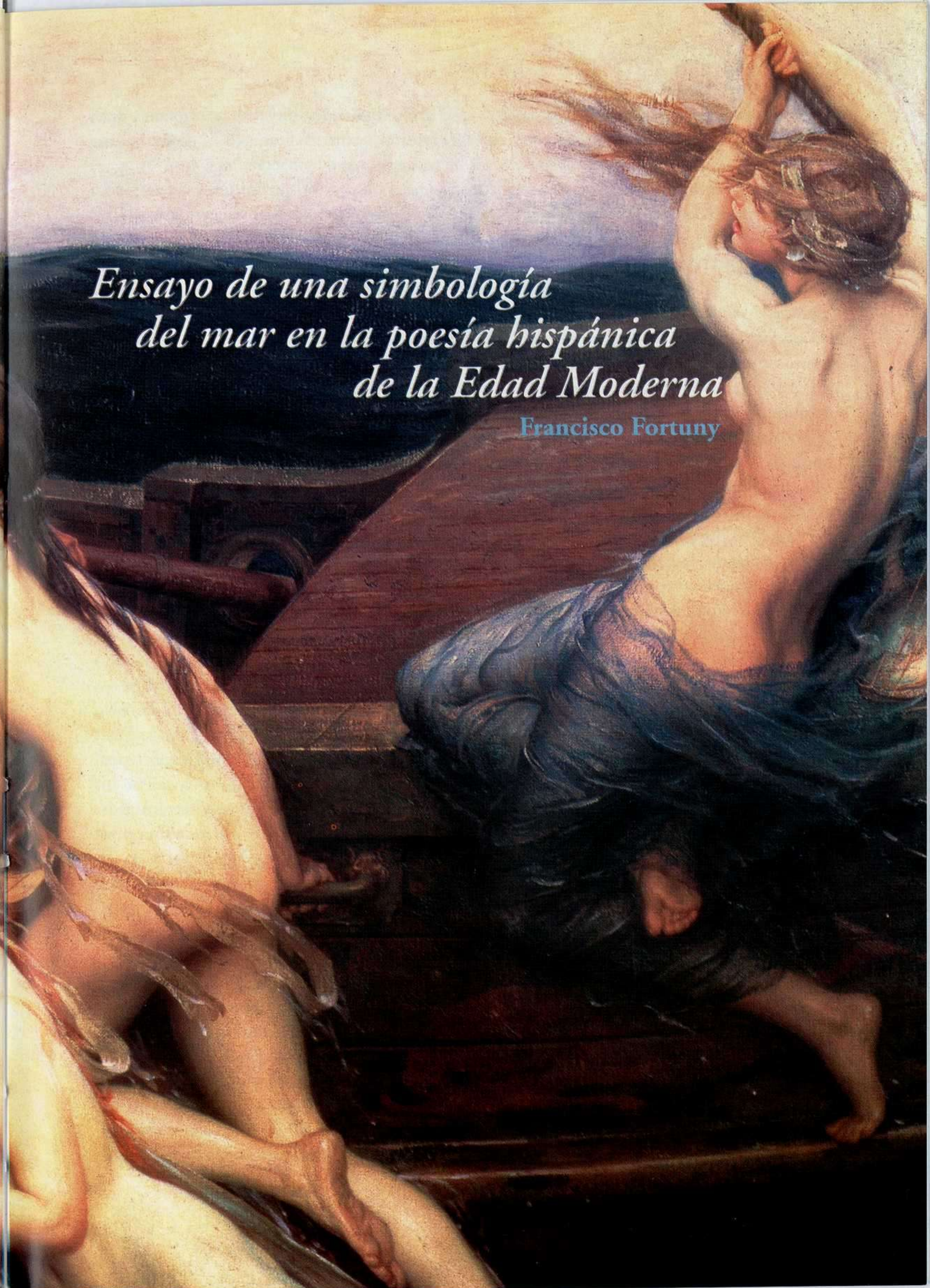
12 Jorge Manrique, *Cancionero*, Espasa-Calpe, Madrid, 1975.



HERBERT JAMES DRAPER . 1864-1920
Ulises y las sirenas

*Ensayo de una simbología
del mar en la poesía hispánica
de la Edad Moderna*

Francisco Fortuny



I. Leve introducción al concepto de símbolo

Es curioso observar cómo una vez que los mitos pierden su vigencia semántica oficial —y pasan de ser creencias que todo el mundo identifica con la Verdad a ser cuentos que sólo niños y necios pueden tomarse en serio— renacen y resucitan camuflados de símbolos.

Seguramente la mente humana con todo su aparato cognitivo no pueda escaparse de su naturaleza mitogénica, pues sabemos hoy que hasta las teorías científicas más exitosas y hasta ahora irrefutables son en cierto grado aproximaciones míticas a una verdad que se nos escapa como Dafne tozuda, y que puede ser que ni siquiera exista como *objeto* posible; es más: hasta la misma realidad objetiva de la experiencia sencilla del sentido común, al ser, en primer lugar y antes de todo, el resultado fenoménico de un proceso constructivo de nuestra mente —y necesitar por tanto de la imaginación creativa para conformarse a nuestra subjetividad perceptora— entraña, querámoslo o no, cierto grado de suatancia mítica.

Ello puede explicar el fenómeno psíquico y cul-

tural al que aludía en el párrafo inicial: hay creencias que pierden su verosimilitud; pero el lenguaje es conservador de su propia naturaleza y, en consecuencia, los vástagos verbales de hoy conservan rasgos genéticos de sus fenecidos y periclitados padres y abuelos, y demás ancestros.

Pongamos por caso y ejemplo el mito del Cielo, acaso uno, si no el más universal y primigenio de cuantos integran toda religión y mitología que en el mundo haya sido: en un tiempo el cielo fue la mansión de los dioses, o dios mismo a veces, esto es, el habitáculo de todo lo superior, o lo superior mismo, que nosotros, como criaturas ínfimas, debíamos venerar; pero cuando los humanos dejamos de creer en los dioses, de modo que estos empezaron a parecerse absurdos, e incluso inhumanos, y finalmente inexistentes, meros cuentos de hadas y de brujas para inocentes y supersticiosos; es decir, cuando el mito del cielo perdió su legitimidad significativa, el Cielo, ahora ya no mítico, pero sí símbolo, continuó significando lo mismo que antes y cumpliendo su misma función cognitiva: aún hoy, cuando en los medios intelectuales casi puede decirse que es de mal gusto aludir a la cuestión religiosa, suscitadora de tantos pudores ideológicos, Cielo significa —es símbolo de— superioridad venerable, si bien para expresar su simbolismo utilizamos —por pudor y buen gusto, ya digo— sinónimos y términos afines: todavía hablamos de la calidad de una obra mencionando su Altura, su Elevada Perfección y Alcance —panorámicamente— significativo, por tratarse, claro está, de una obra de Altos Vuelos. Por lo demás, en otros contextos menos pudorosos y más íntimos y desenfadados, no dudamos algunos de referirnos a una persona encantadora diciendo que es un *cielo*.

No es de extrañar: el cielo es una experiencia común de la humanidad, y no por ello es menor lo grandioso e imponente de su elevado y vasto espectáculo, que no dudo ha debido siempre suscitar en psiquismos semejantes, conformados por los mismos patrones organizativos y elementos físicos, los mismos sentimientos de grandeza y vértigo, por mucho que los individuos espectadores pertenecieran a culturas distintas.

Con el tema del mar pasa algo parecido, pero con una fundamental diferencia: el simbolismo del mar es mucho más complejo, por ser el objeto simbolizante susceptible de más directa experiencia que el cielo, lo que lo hace campo

riquísimo donde la significación de lo simbolizado hace sus más extraños —aunque familiares— experimentos.

Sería interesante hacer un estudio simbólico de los usos de los términos marítimos a lo largo de toda la historia de nuestra cultura escrita, porque de él podríamos aprender mucho sobre la naturaleza de nuestro funcionamiento semántico y en consecuencia de nuestro aparato cognitivo, o sea, lo más característico y distintivo de nosotros mismos.

Humilde y a la vez soberbiamente voy a permitirme un precario ensayo de tamaño empresa que, dada su magnitud, será atacada aquí más con la pasión del lector aficionado que con el rigor estudioso del especialista, acotando arbitrariamente el campo de mi investigación, que centraré en los Siglos de Oro, con alguna añadidura epilógica a modo de remate.

Pero como prólogo o introducción a dicho ataque habría que seguir llamando la atención sobre otras generalidades de los usos simbólicos del término: en cualquier diccionario especializado de símbolos, así como en ensayos y tratados de cualquier reconocido estudioso (Eliade, Campbell, Jung, Bachelard, Cirlot; por sólo citar los de más prestigio) podemos hallar noticia de su paradójica ambigüedad: *Mar* simboliza tanto origen como acabamiento, nacimiento y muerte, creación y fin; y además, mediación. Porque en tanto que masa capaz de adoptar la forma del recipiente que lo contenga simboliza la materia sin forma, primigenia, o mejor dicho, la materia previa a la creación, esto es, el caos a partir del cual un divino Intellecto Informador, o Nous Ordenador realiza la Creación cósmica insuflando su dinámica Forma de Formas en su seno receptivo —y conceptivo—, a modo de leyes naturales o físicas por cuyo armónico orden y organización deberá en adelante regirse: en ese sentido el caos informe que se in-forma —o forma por dentro (o en su plena totalidad)— es como gran vientre materno, fuente originaria de todo lo existente, y de todo lo vivo, y en los mitos antiguos fue simbolizado por monstruosidades (criaturas próximas al caos) que nos crean pero a la vez nos amenazan: Tiamat, la dragona marina de la cosmogonía mesopotamia antigua es madre de los Dioses, pero a su vez la fiera teófaga que debe ser muerta por Marduk, dios conformador del Universo, que usará, por cierto, para su obra de crea-

ción el cadáver de la Madre herido por el rayo.

Por otra parte, la vida y su origen están ligadas solidariamente al eros cósmico de las viejas mitologías: la Belleza y el Amor nacen de la sangre celeste de los genitales del Cielo Padre, Urano, caídos al mar, previa castración por parte de su hijo, sucesor en el trono: y Afrodita Anadiómena nace de la *espuma del mar*, símbolo de un semen superior, que viene de lo alto (aunque esas alturas estén en decadencia y hayan caído *aquí abajo*), y su nacimiento marino simboliza el nacimiento de la vida misma.

Pero con simbolizar en tantas culturas antiguas el mar el nacimiento del mundo y de la vida, adelantaba antes que también simboliza todo lo contrario: el mar es el elemento de la disolución de las cosas y las sustancias, cuyas formas y cualidades específicas dejan de ser lo que son para ser otra distinta, una vez fundidas en su materno seno que ahora simboliza la tumba, la muerte y, por ello, la posibilidad de resurrección.

Finalmente, el mar es el segundo reino, el de Neptuno, que junto con el cielo de Zeus y el mundo subte-

rráneo de Hades, sirve para mediar entre los dos, en tanto que su superficie siempre refleja fiel el estado de arriba, mientras que en su seno hay simas tan hondas como los mismos infiernos.

II. Leve exégesis simbólica del uso del término mar en la lírica española de los Siglos de Oro

Pues bien: si elegimos arbitrariamente una época para hacer un somero repaso de una muestra estadística representativa —pero no exhaustiva— del uso simbólico del término, pongamos por caso las raíces de la Edad Moderna, veremos que Manrique, como se sabe, identificó el mar con la muerte, o con el morir. De entrada, en este sentido podemos entrever que *mar* aquí significa lo absolutamente extraño a la vida, el misterio insondable de lo desconocido por los vivos; pero aludía Manrique a que la sustancia de la vida y la muerte era la misma: agua; y que su diferencia sólo radicaba en la manera de moverse tal sustancia: el mar no fluye, y nos puede parecer, desde la vida, quieto —muerto—, pero no es así: su movimiento es otro, el de las olas por

ejemplo, porque para Manrique ese mar es cristiana «morada/ sin pesar» —el Cielo, el Más Allá—, en que los cambios no son cambios de estado definitivo, porque allá no existe la muerte. Todo ello para afirmar la creencia cristiana de la vida *post mortem*, la paradoja de que la muerte es la vida.

Es interesante ver cómo siglos después Juan Ramón Jiménez, creo que sin tener presente el recuerdo de los versos manriqueños en el momento de la composición de los suyos, afirmarí­a: «La tierra lleva por tierra,/ mas tú, mar,/ llevas por el cielo.» Y más abajo: «Se diría/ que la tierra es el camino/ del cuerpo,/ que el mar es el camino/ del alma.» Y al final: «¡Qué semejante/ el viaje del mar al de la muerte,/ al de la eterna vida!» Interesante porque el panteísmo místico que Juan Ramón quiso practicar en poesía es radicalmente distinto del cristianismo de Manrique, y sin embargo la manipulación de los elementos del símbolo es similar en ambos, pese a que la experiencia de la navegación de Jiménez haya hecho del símbolo algo mucho más familiar y cercano, incluso íntimo, que para D. Jorge, quien, como buen hombre de tierra castellana adentro, y dadas las diferencias de tecnologías náuticas de ambas épocas, no podía ver el mar sino como lo absolutamente otro y desconocido, o conocido solo por convicción de fe.

Entre uno y otro poeta se ha producido una revolución semántica del símbolo determinada por la evolución cultural y tecnológica, porque no en vano la navegación por el Atlántico (y alderredor del planeta) se ha convertido, en la época de Juan Ramón, en algo habitual que ha hecho del mar objeto de más doméstica experiencia.

Pasemos brevemente la crítica mirada sobre el Siglo de Oro. De entrada cronológica es patente que, desde que Garcilaso reintrodujera el mítico tema de *Leandro el animoso*, el mar ya no se ve necesariamente como un fin de la vida, puesto que Leandro atraviesa ese *obstáculo* muchas veces y sólo cuando su imprudencia de loco enamorado le lleva a enfrentarse con la tempestad es cuando se ve en la tesitura de rogar al mar —entendido aquí como rigor del destino, siempre más fuerte que el más *animoso* nadador— una última oportunidad u ocasión de goce amoroso para después, a la vuelta, morir. Nada de esto estaba en la imagen de Manrique. Pero la fertilidad del tema (Cetina escribirá una pequeña serie de variaciones sobre el mismo,



J. M. W. TURNER. *Paz-Entierro en el mar*, 1842

Acuña invertirá la perspectiva narrando el trágico episodio desde Hero —añadiendo al símbolo un sema o connotación relativo al concepto de espera desesperada o de esperanza frustrada—, Aldana glosará todo el soneto del maestro en un largo e incompleto poema en octavas reales, y aparecerá el mitema en, por ejemplo, Quevedo usado como metáfora marina del esplendor de una hermosa cabellera nadada por un Leandro que es trasunto del propio corazón del poeta, y Bocángel compondrá sobre el tema toda una fábula mitológica) demuestra que el trato con el mar ha cambiado el tratamiento del símbolo.

Y es, opino, la experiencia de la navegación a las Américas la que rehace el símbolo dotándolo de una significación ética o moral: al menos desde el siempre horaciano Fray Luis el mar simboliza los peligros que conlleva la avaricia o la ambición: navegábase el Atlántico inestable y feroz por ese entonces para traer oro y riquezas de las Indias, y eso con demasiada frecuencia era impedido por la galerna, el naufragio o la piratería, y todo para nada: «en vano el mar fatiga/ la vela portuguesa». Pero de

ahí, por metonimia, todo el campo semántico de la censura moral de la ambición se vuelve contenido del símbolo: el «mundanal ruido», el caos injusto de este «mundo malvado» es simbolizado por una *tempestad marina* de la que sólo podemos protegernos arribando al «seguro puerto» de la «vida retirada» en el seno de la divina naturaleza —puerto desde donde sólo se puede acceder a otro mar, «un mar de dulzura», el de la *música navegable por el alma* que ve y siente en ese mar de música la armonía ordinal del Creador cósmico—.

Y de ahí (de lo penúltimo) a considerar la navegación marina como símbolo de la vida cortesana sólo hay un leve paso cuantitativo, de grado de especificidad: el tema de los restos del naufragio en Jáuregui y sobre todo en Rioja, en quien el tema es recurrente, tienden, desde la universalidad moral de su simbolismo, a aludir a la fatuidad de las esperanzas cortesanas «do el ambicioso muere», como cantara Andrada, íntimamente relacionado todo ello con el tema barroco del desengaño y el escarmiento, («débanme el escarmiento los pilotos» dirá Quevedo, por ejemplo), a menudo en un contexto temático de menosprecio de corte, y —llamémosle— *caoticidad* arbitraria del Poder mundano, llegando la cosa a su paroxismo con Góngora, quien identifica «Palacio real» con «Mar de Sirenas», y sin olvidar, claro está, la frágil nave que simboliza la vida individual del poeta sometida a los marinos peligros de la vida humana en general, de lo cual es paradigma la «Pobre barquilla» de Lope.

Pero esa familiaridad más íntima con el mar que ocasiona la costumbre de la navegación por todo el mundo también implica un proceso de interiorización —intimización— psíquica del símbolo: desde por lo menos Francisco de la Torre es constatable la antítesis tormenta/puerto para expresar el desorden interior, psíquico, que provoca el íntimo sufrimiento amoroso: De la Torre juega con los morfemas de género comparando metafóricamente *marina* «tormenta» con *amoroso* «tormento», adelantando que sólo la crueldad del acuoso elemento en que se halla —el amor— lo hace paradójicamente salvo, aunque no sano, del seguro naufragio, para que, a salvo de la muerte y dada la constancia del amante, pueda ser renovado su insano padecimiento. En ese sentido el divino Figueroa resulta más expedito: el mar es el dolor amoroso por el que navega

su cuitada nevecilla, y esa es igualmente la razón por la que otro divino, el gran Herrera, aconseja a los amantes candidatos no navegar «el golfo de Cupido»: porque, según el poeta dice en otro soneto, nunca se arriba al «puerto que procuro», donde hace de faro su amada Luz, que en otro soneto aparece paradójicamente como Sirena.

Podríamos seguir con Medrano, para quien su amada «Mar» (M^a del) es puerto de un mar interior amoroso más tormentoso que el mar que, constantísimo en sus perennes olas contra los arrecifes no es tan constante como el mar-amor del poeta; y luego otra vez con Quevedo, quien simboliza la constancia de su amor mediante metaforización de la novedad tecnonáutica de la brújula que, gracias a su constante amor por el norte, orienta al corazón navegante por el laberinto proceloso del amor-mar.

Aunque como muestra y culminación de este proceso de interiorización de la experiencia simbólico-marítima puede ser suficiente con que recordemos el «Fuego a quien tanto mar ha respetado», de Quevedo también, fuego que se mantiene vivo «después de haber mis ojos navegado», en donde los ojos como metonimia (causa por efecto) del llanto —como metonimia a su vez del sufrimiento amo-

roso (efecto por causa)— son también metáfora ponderante de la inmensidad —del dolor— con la intensidad —del amor—, cuyo fuego es tan resistente e inapagable como agresivas las sofocadoras aguas de aquél.

Así pues, desde el tema del mundo como caos malvado al sentimiento íntimo del amor insatisfecho como caos interior, podemos encontrar el símbolo usado, ya no como significante del morir, como en Manrique, sino de la vida con todos su avatares sociales (éticos) e individuales (psíquicos).

29



ANÓNIMO. 1818

III. Epílogo: leve mirada panorámica al símbolo *mar* en la Edad Contemporánea.

Insisto en que la diferencia del tratamiento simbólico del término *mar* en cada época tiene que ver con la modalidad de la experiencia humana del elemento marino que, determinada por la evolución cultural, se haya vivenciado en cada una de ellas.

Esa puede ser la razón por la que Blanco White un siglo después, en uno menos áureo para nuestras letras, haga uso en su poema «La Belleza» de la imagen de una tempestad en el océano para describir simbólicamente el Caos originario, con tintes ovidianos y hasta hesiódicos: entre los autores barrocos y el ilustrado prerromántico han sucedido cosas relevantes: todas las relativas al proceso sociocultural que dará lugar a las revoluciones americana y francesa, Newton incluido. La Naturaleza se mira con otros ojos, ojos de filósofo natural, de científico y de tecnólogo, ojos de dominador de la materia; y el neoclasicismo del subtítulo «Canto didáctico», tan lucreciano, del poeta angloandaluz es síntoma de ese nuevo espíritu, pues es Dios Creador, en tanto que fuente y *gestor* —mejor que dictador— de la bella ley natural, el que juega el papel de sabio dominador de la informe y acuosa materia cósmica en el poema.

Esa también puede ser la razón que explique que, ya en el XIX, con el romanticismo de, por ejemplo, «La Canción del Pirata», el mar sirva para expresar lo contrario que en Fray Luis: para Espronceda el mar es el ámbito de la libertad y la vida intensa y aventurera, mientras que la tierra es cualquier cosa menos pacífica: «allá muevan feroz guerra».

Para los modernistas, por otra parte, la mar será espacio de virtual experiencia exótica, aunque ya no el de la libertad; seguramente porque ya la piratería ha sido combatida y diezmada por eficientes armadas o marinas de guerra. A modo de ilustración y ejemplos de esto podríamos recordar la «Sinfonía en gris mayor» de Rubén Darío, el «Capitán de tres mares» de Carrere, «Marina norteña» de Valle-Inclán o toda la obra poética Tomás Morales o José del Río Sáinz, real vivenciador éste último de todos los exotismos marinos que en su tiempo pudieron haber sido, porque fue de profesión navegante.

Los modernistas ven en el mar, además, muchos elementos de carácter neopagano. Cosa que se explica como

consecuencia de su metaculto estético que, en competición con el cientificismo del decimonónico momento, quisieron rendir a la Madre Naturaleza, y que se puede registrar comparando las preferencias míticas de estos y los poetas de los Siglos de Oro: si en estos era la escena marina de Hero y Leandro una de las referencias míticas más frecuentes, en aquellos es la escena del nacimiento de Venus Anadiómena la más aludida, junto con otras de semejante significado, cosa natural si se tiene en cuenta que, al menos para la vena dariana de esta escuela, el Eros Cósmico es una especie de divinidad inmanente (se ha hablado de *panerotismo* —en lugar de *panteísmo*— en Rubén) que promueve la creatividad evolutiva del universo.

Finalmente una literalmente mínima ojeada por el siglo XX: en Alberti el mar con mucha frecuencia significa nostalgia: siempre se lo evoca cariñosamente como a una presencia amistosa, como símbolo de algo muy familiar y doméstico: la patria chica, el paraíso perdido de una «infancia vinícola y pesquera», añorada desde la maldición del exilio. El mar ya no es ni siquiera símbolo de lo exótico.

Qué ha pasado ahora. Quizás lo único que ocurre es que Alberti vive en una época en que los avances tecnológicos relativos a los medios de comunicación van empezando

a volver el mundo cada vez menos exótico, o en que la gente empieza a tener la hasta entonces rara —exótica— costumbre, que se hará cada vez más normal, de tomar baños de mar por placer. Del mismo modo que Jiménez se dedicaba a atravesarlo en trasatlántico cuando hizo su viaje de novios.

Así cómo iba el mar a simbolizar la muerte.

Y, sin embargo, recuérdese que Juan Ramón llegó a identificar el viaje por mar como un viaje al Más Allá.

Porque así es la maravillosa naturaleza del símbolo: novedad y tradición en síntesis.



ARTHUR JOHN BRISCOE. 1873-1943



HOWARD PYLE
La sirena

El influjo del mar en la lírica

Rafael Cansinos-Assens

El mar, que es un cántico ininterrumpido, ha ejercido, naturalmente, su influjo en los cánticos de los hombres, en la lírica. Conocido es el ritmo especial de las canciones marineras. Como la montaña, como la llanura, el mar, que es montaña y llanura, ha comunicado sus ritmos al cantar de los hombres: le ha hecho más largo, más lento o más vivo, le ha infundido su música. En la antigüedad clásica, el cántico del mar está ceñido por coros de voces humanas, cuya tradición perpetúan todavía entre nosotros los orfeones levantinos. La influencia del mar en los cantos corales es un hecho evidente. El mar ha inspirado armonías colectivas, fundadas acaso en la pluralidad de sus voces. Y la música del mar ha tenido un prestigio que ninguna otra música natural comparte. Los cánticos más prodigiosos de la Mitología los entonan las sirenas, cuyos senos se yerguen sobre las aguas. Las ninfas y las napeas son ensalzadas por su belleza fugitiva. Pero la armonía terrestre la recogen los pastores en sus caramillos toscos, que se acompañan a la música de los árboles estremecidos. Y ¿cómo podrían competir con la música maravillosa de las sirenas, que pueblan los regazos del mar y que ejercen una fascinación semejante a la de los ojos de Glauco? La tierra no puede compararse al mar como madre de armonías. Su música más viva ¿no proviene del agua que corre a sumirse en el mar, a fundir en la gran sinfonía su efímero tema melódico?

En todo tiempo el mar ha sido inspirador de ritmos. Es indudable que los cantores de tierra adentro no han podido nunca competir con los que acordaban su música a la armonía marina. La *Odisea* que se ha formado en torno a las islas egeas y mediterráneas, está llena de la larga música undivaga. Los idilios de Teócrito, esos admirables cuadros de la vida junto al mar, en que los pescadores sustituyen a los rústicos (*Eidyllion*, IV), tienen una vivacidad, una frescura, que no alcanzan las bucólicas virgilianas. La figura más interesante de la antigua literatura pastoril de Galatea (*Kyklops*, III), la cándida

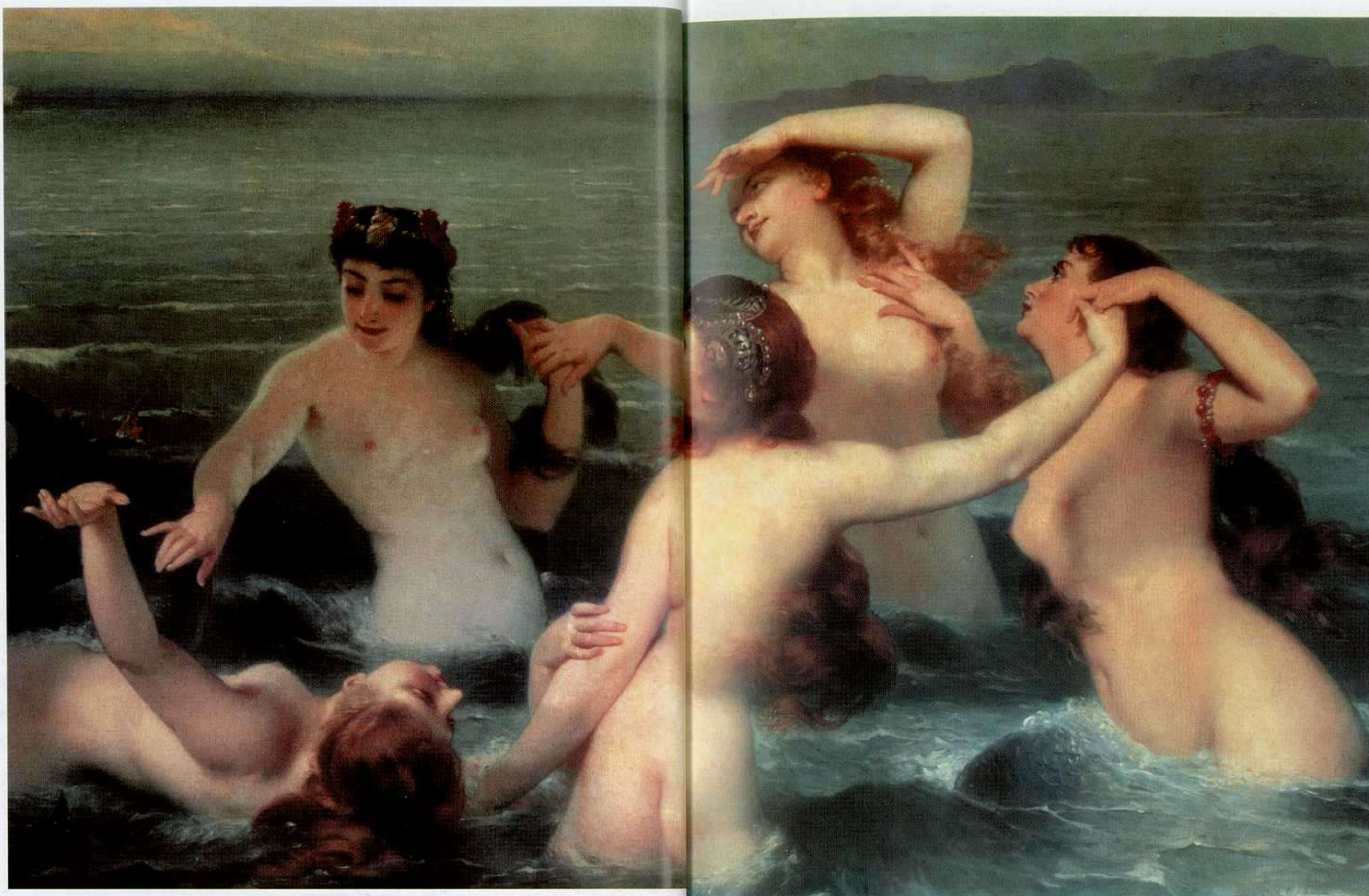
Galatea, que arroja sus manzanas en la playa, y a la que el cíclope, despechado, llora tendido junto a la mar inquieta. Los versos en que se canta su belleza, esos versos divinos que han sido tan imitados luego, fueron escritos a orillas de la mar. Siempre que el mar lleva su flujo y reflujo a la poesía, apuntan las polifonías movidas y largas. Inspira onomatopeyas sonoras, dulces, o bravas cadencias, según que vengan del lado de su calma o de su tempestad, pero siempre superiores a las que puede inspirar la tierra. Populares son las onomatopeyas virgilianas —*tot praestat componere fluctus — et vastos volvunt ad littora fluctus*—; Séneca, en su

Medea, se hace también pródigo de estas bellas armonías imitativas rompiendo la rigidez forense de su estro.

Magnífico es también, de sonoridad marina, el verso de Museo, en su poema de Ero y Leandro:

...par de zalássi
mainoménon rozióon polijeá
bombon akúon.
(*Ta kaz'Iro ke Leandron*).

Siempre que un poeta ha descubierto el mar, su sentido lírico y hasta su técnica se han transformado sensiblemente, como si las cuerdas de la lira se hubiesen mojado en el agua salobre. Los bardos, de temperamento inquieto y rebelde, se han placido en la bárbara música de la tempestad y han aprendido de ellas tonos más agrios y broncos. Así Byron. Los retóricos, los virtuosos de las grandes arpas antiguas se han hecho más grandilocuentes y oratorios. Así Víctor Hugo, oyendo el batir de las olas sobre las rocas de Guernesey y los estridentes cantos de las



gaviotas. Porque el mar es también músico, por los seres canoros, que hacen un contrapunto a su armonía. Otros se han espiritualizado más aún, escuchando los largos acordes lamentosos del mar. ¿No cantaban más dulcemente los israelitas cuando colgaron sus arpas en los sauces que languidecen sobre los grandes ríos de Babilonia? El Evangelio, ¿no está todo penetrado de la dulzura de los lagos de Galilea, y no está así impregnado un poco de la música marina?

En todo tiempo ha inspirado el mar a los poetas, no sólo con la insinuación de onomatopeyas, sino también con la sugestión de temas espirituales. Sobre la mera imitación formal está la interpretación de esos estados de alma que el alma del poeta supone en las cóleras y placideces marinas. Para unos, el mar es un

canto de júbilo —la risa innumerable—, para otros (Ovidio: *Ponticas*), una elegía continuada. Esquilo interpreta la piedad del mar enviando las oceánicas a consolar el acerbo dolor de Prometeo. Virgilio coloca junto al mar las figuras lacrimantes de Dido y Anna, *cara soror*. En la Mitología antigua inspira el mar el duro y trágico mito de los argonautas —cuyas nefastas consecuencias cristalizan en la tragedia de Medea— y el jocundo mito de Europa. Las bodas de Tetis y Peleo son un epitalamio marino, cuyos gritos de júbilo apagan los largos llantos de los navegantes extraviados en la *Odisea* y la *Eneida*. Para los poetas nórdicos, para los anónimos cantores de las *Sagas*, el mar es una incitación a la bravura y el rebelde esfuerzo. Modernamente, para los románticos, el mar es como

una inmensa peña de Gorgona erizada. Para los neoclásicos sigue siendo el reino de las sirenas seductoras, el *blanco*, el *divino* mar de Homero, que rige el dios del ancho tridente. Luego hay el mar, argumento estético, «teatro de cien navales tragedias». Y el mar sentimental y tierno, el mar de los naufragios, de las despedidas y de los arribos venturosos, el mar de los cuadros de costumbres y de las baladas sentimentales, en el estilo de los poetas ingleses y bretones. ¡Oh, los lutos de viudas y huérfanos en la poesía bretona!

Así, cada poeta, frente al mar, trata de interpretar fragmentariamente el lírico enigma marino y de apresar algunas de sus armonías. Cada uno trata de coger su nereida. Y el mar se hace interesante así, en la lírica, no sólo por sí mismo, sino también por los tesoros que encierra, por su flora maravillosa, por sus seres silenciosos, por sus muertos, por sus buques encallados, eternamente quietos. Cobra así su vida espiritual, su egocentrismo, y se hace digno

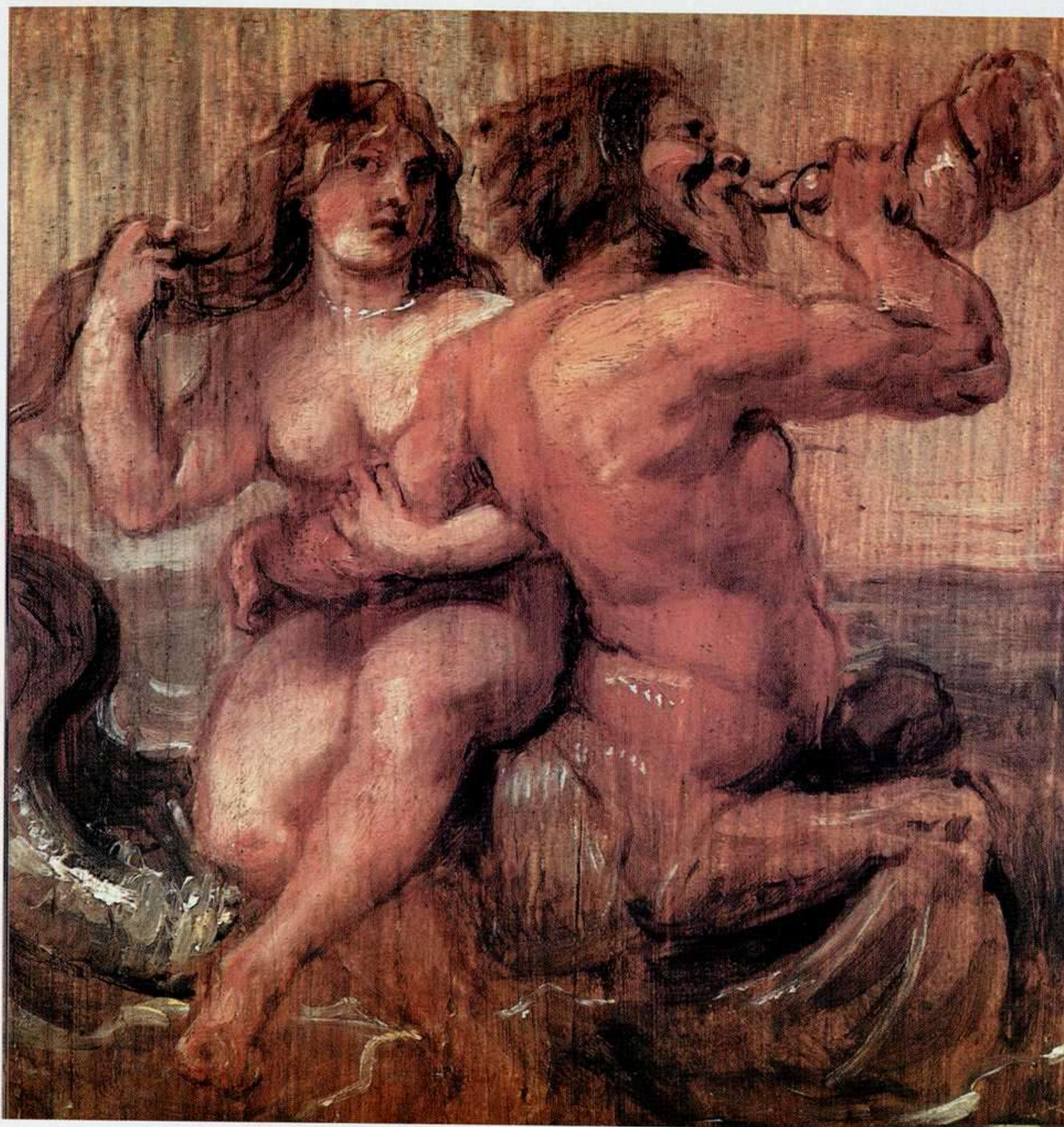
de ser cantado como una criatura. Presta su volubilidad y su voracidad a las representaciones líricas de la mujer —pérfida como la onda— y suscita como el yermo pensamientos morales en los poetas ascéticos, que se abisman en su inmensidad. ¡Oh, la idea del mar inagotable en el libro de Job!

Pero modernamente es cuando el mar ha hecho su irrupción definitiva en la lírica, cambiando, no sólo su fondo, sino la técnica de sus medios rítmicos. Todavía D'Annunzio en sus *Odas Navales* recoge el sentido triunfal del rito de Bucentauro y canta el inviolado mar de Tennyson —*inviolated sea*— con el firme estro imperial de un romano que ve en las olas el antiguo camino de las victorias púnicas; canta el mar con sentido más bien histórico que lírico. Pero en Walt Whitman, el autor de *Hojas de Hierba* (1854), el mar hace su entrada hervorosa en la lírica, conmoviéndola con el ímpetu vehemente de su alma efusiva, generosa e indeterminada, e infundiéndole la sacudida y rota armonía de sus olas. Walt Whitman, el cantor trasatlántico, el poeta universal que desde su Norteamérica envía mensajes a todos los hombres y lanza apóstrofes a las islas, como Isaías en el Antiguo Testamento y como

Pablo en el Nuevo; Walt Whitman, el apóstol de la aceptación indistinta, de las conformidades jocundas, que para sus amplias efusiones rompe el estrecho lazo de las rimas antiguas e inicia los desgarramientos del verso libre, cantan la universal y voluble voluntad del mar, su enorme música sin letra. En Walt Whitman, el cantor de la *perspectiva ilimitada, del gran azul ilimitado, del horizonte lejano y fosco* y de los apóstrofes —*¡My captain, my captain!*— está ya el anhelo de la alta mar de Nietzsche —así como está también la idea nietzscheana del retorno— (v. A. Vasseur, que ha traducido *Poemas*). De él llegan acaso hasta nuestra literatura última esas hervorosas corrientes marinas, esos anhelos de pleamar tan frecuentes en Gómez de la Serna, esas desatadas rimas libres de Unamuno y ahora en J. R. Jiménez. La última evolución de este poeta se debe a la contemplación del Atlántico. La armonía rota del mar rompió en *El Diario de un poeta recién casado*, libro de retorno, las armonías conmovidas, pero siempre acordadas y justas, del autor de *Arias Tristes*. Al mismo tiempo el mar dióle gavillas de pensamientos profundos, que sustituyen ahora a las antiguas coordinaciones sentimentales. Juan Ramón debió de sentir el anhelo que A. Vasseur, el inquietante poeta americano, enuncia en sus *Cantos del otro yo* (San Sebastián, 1909).

*Vengo a expresar en ti mi angustia loca,
Canto llano del mar.*

Este canto llano es el que triunfa en el moderno verso libre que alienta sobre grandes trompas marinas. Y he aquí la victoria definitiva del mar en la moderna lírica. Sobre las imitaciones sonoras, sobre los cuadros de costumbres marinas que en el 900 trazan Tomás Morales, el poeta canario, y Juan Pujol, sobre las clásicas apoteosis marinas de Rubén Darío, sobre las evocaciones de epopeyas navales de Heredia, sobre las vagas evocaciones de las islas en Baudelaire, sobre las marinas de ensueño de Juan R. Jiménez, triunfa el alma viva, desordenada y contradictoria del mar, erizada de gorgonias y de toisones, y el lejano zumbido de las caracolas de Salvador Rueda rompe al



PETER PAUL RUBENS
Nereida y Tritón

fin en vivos acordes plurales. Pérez de Ayala fija este triunfo del mar en *El sendero innumerable* (Madrid, 1916), vasto y polifónico poema marino. Y el mar, como maestro de ceremonias, como insinuador de pautas rítmicas, se impone sobre las sugerencias de la llanura castellana en nuestras últimas palabras líricas. El impulso hacia adelante viene del mar y con ritmo marino canta en las rimas discordantes de los poetas del litoral, del vasco Unamuno, del andaluz Juan R. Jiménez, de los *mediterraneístas* catalanes, de los *versilibristas* americanos —Vasseur, Huidobro, Sabat

Ercasty, autor de un bello libro *Poemas del Mar*, etc.— que parecen haber aprendido del océano estas últimas armonías polifónicas, rotas e inacabadas, que resucitan con un nuevo sentido las antiguas rimas prosódicas.



Antología del *mar*

Selección de José Antonio Mesa Toré,
José Luis González Vera
y Francisco Fortuny



JAN BRUEGHEL
Paisaje fluvial con barcos

Manuel González Prada

Perú. 1848-1918

Pamtum

Alzado el himno triunfal de la vida
Muge el torrente de los fértiles llanos;
Yo siento mi alma de júbilo henchida,
Viendo en las mieses cuajarse los granos.

Muge el torrente: en los fértiles llanos
Templa la sed ardorosa del trigo;
Viendo en las mieses cuajarse los granos,
Yo al sembrador de la tierra bendigo.

Templa la sed ardorosa del trigo,
Huye, y al mar el torrente se lanza;
Yo al sembrador de la tierra bendigo.
Yo me estremezco de amor y esperanza.

Huye, y al mar el torrente se lanza,
Dando a las mieses un ay de partida;
Yo me estremezco de amor y esperanza,
Alzando el himno triunfal de la vida.

Rafael Obligado

Buenos Aires, Argentina. 1851-1920

El canto de las olas

Hijas volubles de la mar, tenemos
Caprichos y caricias de mujer;
Hijas volubles de la mar, sentimos
Sus cóleras arder.

Cual las jóvenes madres en sus seno,
De vida henchido y amorosa fe,
Mecen, gimiendo de ternura, al niño
Que acaba de nacer;

Así, con suave ondulación, mecemos
En nuestros brazos al gentil bajel,
Mientras lo impulsa a la remota playa
Nuestro eterno vaivén.

Pero a veces, en cólera encendidas,
Cómplices ¡ah! del huracán soez,
Como juguetes frágiles, hacemos
Los mástiles caer.

Y allá, en la airada Tempestad, abrimos
Negras tumbas del náufrago a los pies,
Que alza sus brazos a los dioses... ¡y ellos
No lo escuchan ni ven!

Viejas ya sobre el mundo, siempre jóvenes,
Guardianes del abismo, hoy como ayer,
Mudo vela el secreto de sus antros
Nuestro silencio fiel.

Sirenas encantadas, atraemos
A los que tienen, en su extraña sed,
Esta mar voluptuosa por querida
Y el cielo por dosel.

Y siempre, siempre en los futuros siglos,
Cuando la tierra muera de vejez,
Nuestros cantos de amor oirá la tarde,
¡Y de muerte también!

¡Hijas volubles de la mar, tenemos
caprichos y caricias de mujer;
Hijas volubles de la mar, sentimos
Sus cóleras arder!

41



THÉODORE GÉRICAULT
La balsa de la medusa, 1818-1819

Salvador Díaz Mirón

México. 1853-1928

El gaviero

42

¡Qué gallardo, qué ligero,
qué velero
bergantín!
¡Causa envidia, según flota,
a gaviota
y a delfín!

¿Por qué mira con fijeza
y tristeza
la extensión,
desde el mástil, el gaviero,
compañero
del alción?

No recela del celaje,
todo encaje,
todo tul,
ni del golfo tan rendido,
tan dormido
y tan azul.

No se cura de la suerte,
vida o muerte
le es igual,
y desdeña en el esquife
arrecife
y temporal.

Es que allá por el poniente
esplendente
de arrebol,
se ocultaron, se escondieron,
se perdieron
patria y sol;

y la noche como un luto
absoluto
viene al par
con siniestra y honda calma
sobre su alma
y sobre el mar.

Pero ¿qué se ha desprendido?
¿Qué ha caído
por babor?
¿Es un leño o un juanete
del trinquete
del mayor?

¡Qué gallardo, qué ligero,
qué velero
bergantín!
¡Causa envidia, según flota,
a gaviota
y a delfín!



José Martí

Cuba. 1853-1896

Odio el mar

Odio el mar, sólo hermoso cuando gime
Del barco domador bajo la hendente
Quilla, y como fantástico demonio,
De un manto negro colosal tapado,
Encórvase a los vientos de la noche
Ante el sublime vencedor que pasa:—
Y a la luz de los astros, encerrada
En globos de cristales, sobre el puente
Vuelve un hombre impasible la hoja a un
libro.—

Odio el mar: vasto y llano, igual y frío
No cual la selva hojosa echa sus ramas
Como sus brazos, a apretar al triste
Que herido viene de los hombres duros
Y del bien de la vida desconfía,
No cual honrado luchador, en suelo
Firme y seguro pecho, al hombre aguarda
Sino en traidora arena y movediza,
Cual serpiente letal.— También los mares,
El sol también, también Naturaleza
Para mover el hombre a las virtudes,
Franca ha de ser, y ha de vivir honrada.
Sin palmeras, sin flores, me parece
Siempre una tenebrosa alma desierta.

Que yo voy muerto, es claro: a nadie
importa

Y ni siquiera a mí: pero por bella
Ígnea, varia, inmortal amo la vida.

Lo que me duele no es vivir: me duele
Vivir sin hacer bien. Mis penas amo,
Mis penas, mis escudos de nobleza.
No a la próspera vida haré culpable
De mi propio infortunio, ni el ajeno
Goce envenenaré con mis dolores.

Buena es la tierra, la existencia es santa.
Y en el mismo dolor, razones nuevas
Se hallan para vivir, y goce sumo,
Claro como una aurora y penetrante.
Mueran de un tiempo y de una vez los
necios

Que porque el llanto de sus ojos surge
Lo imaginan más grande y más hermoso
Que el cielo azul y los repletos mares!—

Odio el mar, muerto enorme, triste
muerto

De torpes y glotonas criaturas
Odiosas habitado: se parecen
A los ojos del pez que de hartos expira
Los del gañán de amor que en brazos
tiembla

De la horrible mujer libidinosa:—
Vilo, y lo dije: —algunos son cobardes,
Y lo que ven y lo que sienten callan:
Yo no: si hallo un infame al paso mío,
Dígole en lengua clara: ahí va un infame,
Y no, como hace el mar, escondo el pecho.

Ni mi sagrado verso nimio guardo
Para tejer rosarios a las damas
Y máscaras de honor a los ladrones:

Odio el mar, que sin cólera soporta
Sobre su lomo complaciente, el buque
Que entre música y flor trae a un tirano.



Manuel Gutiérrez Nájera

México. 1855-1895

Para entonces

44

Quiero morir cuando decline el día,
en alta mar y con la cara al cielo;
donde parezca sueño la agonía,
y el alma, un ave que remonta el vuelo.

No escuchar en los últimos instantes,
ya con el cielo y con el mar a solas,
más voces ni plegarias sollozantes
que el majestuoso tumbo de las olas.

Morir cuando la luz, triste, retira
sus áureas redes de la onda verde,
y ser como ese sol que lento expira:
algo muy luminoso que se pierde.

Morir, y joven: antes que destruya
el tiempo aleve la gentil corona;
cuando la vida dice aún: soy tuya,
aunque sepamos bien que nos traiciona.

Ondas muertas

En la sombra debajo de tierra,
donde nunca llegó la mirada,
se deslizan en curso infinito
silenciosas corrientes de agua.
Las primeras, al fin, sorprendidas,
por el hierro que rocas taladra,
en inmenso penacho de espumas
hervorosas y límpidas saltan.
Mas las otras, en densa tiniebla,
retorciéndose siempre resbalan,
sin hallar la salida que buscan,
a perpetuo correr condenadas.



WILLIAM TURNER

A la mar se encaminan los ríos,
y en su espejo movible de plata,
van copiando los astros del cielo
o los pálidos tintes del alba:
ellos tienen cendales de flores,
en su seno las ninfas se bañan,
fecundizan los fértiles valles,
y sus ondas son de agua que canta.

En el mar soberano las olas
 los peñascos abruptos asaltan;
 al moverse, la tierra conmueven
 y en tumulto los cielos escalan.
 Allí es vida y es fuerza invencible,
 allí es reina colérica el agua,
 como igual con los cielos combate
 y con dioses monstruosos batalla.

¡Cuán distinta la negra corriente
 a perpetua prisión condenada,
 la que vive debajo de tierra
 do ni yertos cadáveres bajan!
 La que nunca la luz ha sentido,
 la que nunca solloza ni canta,
 esa muda que nadie conoce,
 esa ciega que tienen esclava.

Como ella, de nadie sabidas,
 como ella, de sombras cercadas,
 sois vosotras también, las oscuras
 silenciosas corrientes de mi alma.
 ¿Quién jamás conoció vuestro curso?
 ¡Nadie a veros benévolo baja!
 Y muy hondo, muy hondo se extienden
 vuestras olas cautivas que callan.

Y si paso os abrieran, saldríais,
 como chorro bullente de agua,
 que en columna rabiosa de espuma
 sobre pinos y cedros se alza.
 Pero nunca jamás, prisioneras,
 sentiréis de la luz la mirada:
 ¡seguid siempre rodando en la sombra,
 silenciosas corrientes del alma!

En la fuente de mármoles níveos,
 juguetona y traviesa es el agua,
 como niña que en regio palacio
 sus collares de perlas desgrana;
 ya cual flecha bruñida se eleva,
 ya en abierto abanico se alza,
 de diamantes salpica las hojas
 o se duerme cantando en voz baja.

*El Fighting Temeraire llevado a su último
 destino para su demolición, 1838*

Manuel Reina

Puente Genil, Córdoba. 1856-1905

La ola negra

46

Gritos de horror, lamentos y gemidos.
Tempestad en los aires y en las almas.
La ola negra, terrible y silenciosa,
avanza, avanza, avanza.

Los cerebros se rompen; las conciencias
envueltas en las sombras, agonizan;
los corazones, yertos, desfallecen...
¡Todo cruje y vacila!

Hasta la hermosa juventud sucumbe
en el naufragio horrendo, el pecho herido
por la insaciable garra de pantera
del torpe escepticismo.

Desquiciada la ciencia se derrumba;
la matrona del arte, ayer excelsa,
rueda en el turbio lodazal, quebrada
la corona de estrellas.

¡Todo se desespera, gime y llora!
En la inmensa catástrofe naufraga
el honor, la virtud, el entusiasmo,
la gloria, la esperanza.

Y sobre la ola negra que va hundiendo
templos y tronos, pueblos y naciones,
flotan los cuerpos lívidos y helados
de los vencidos dioses.

Gritos de horror, lamentos y gemidos.
Tempestad en los aires y en las almas.
La ola negra, terrible, silenciosa,
avanza, avanza, avanza.

Salvador Rueda

Benaque, Málaga. 1857-1933

Organismos de gotas

Por la planicie inmensa del mar alborotado,
sobre un fondo violento de rojo y de gayomba,
viene el embudo horrendo de la gigante tromba,
igual que un monstruo bíblico de furia
coronado.

Torre de gotas trágica, va en giro arrebatado
trazando la parábola terrible de su comba,
mientras el férreo buque le lanza hirviente
bomba,
como a un apocalíptico dragón enmelenado.

Sin que le alcance, avanza la torre enfurecida,
pero otra bomba arroja la nave perseguida,
que el horizonte torvo con su explosión empaña.

Y, al tronador zumbido del cañonazo bronco,
viene la tromba al suelo por el errante tronco,
igual que si, partida, rodase una montaña.

Prólogo

De los caracoles hay en lo más hondo
un rumor que finge trueno de marea,
con el que el oído goza y se recrea;
trueno de ondas bravas que zumba en el fondo.

Tiene la vasija pintas de mil soles,
por la luz escritas llenando el turbante,
que hacen raro idioma de los caracoles
al disciplinarlos de color radiante.

Cuando yo era niño, bajo la estantigua
de un retrato viejo, sobre una consola,
era ornato bello de mi casa antigua
la vasija extraña de una caracola.

Era un instrumento que sonaba a fiesta
cuando su amplia boca pegaba mi oído,
pues en él había regalada orquesta,
sones de oleaje de ira embravecido.

Dentro del turbante sonaba el encanto;
yo oía hervorosos estruendos de mares,
y de las nereidas el trémulo canto
que, al trinar, hacían sonar sus collares.

Si en la costa, a veces, con acento ronco,
rugían las olas, ciegas y encrespadas,
en la caracola zumbaba el mar bronco
con sus mil tumultos de lenguas trenzadas.

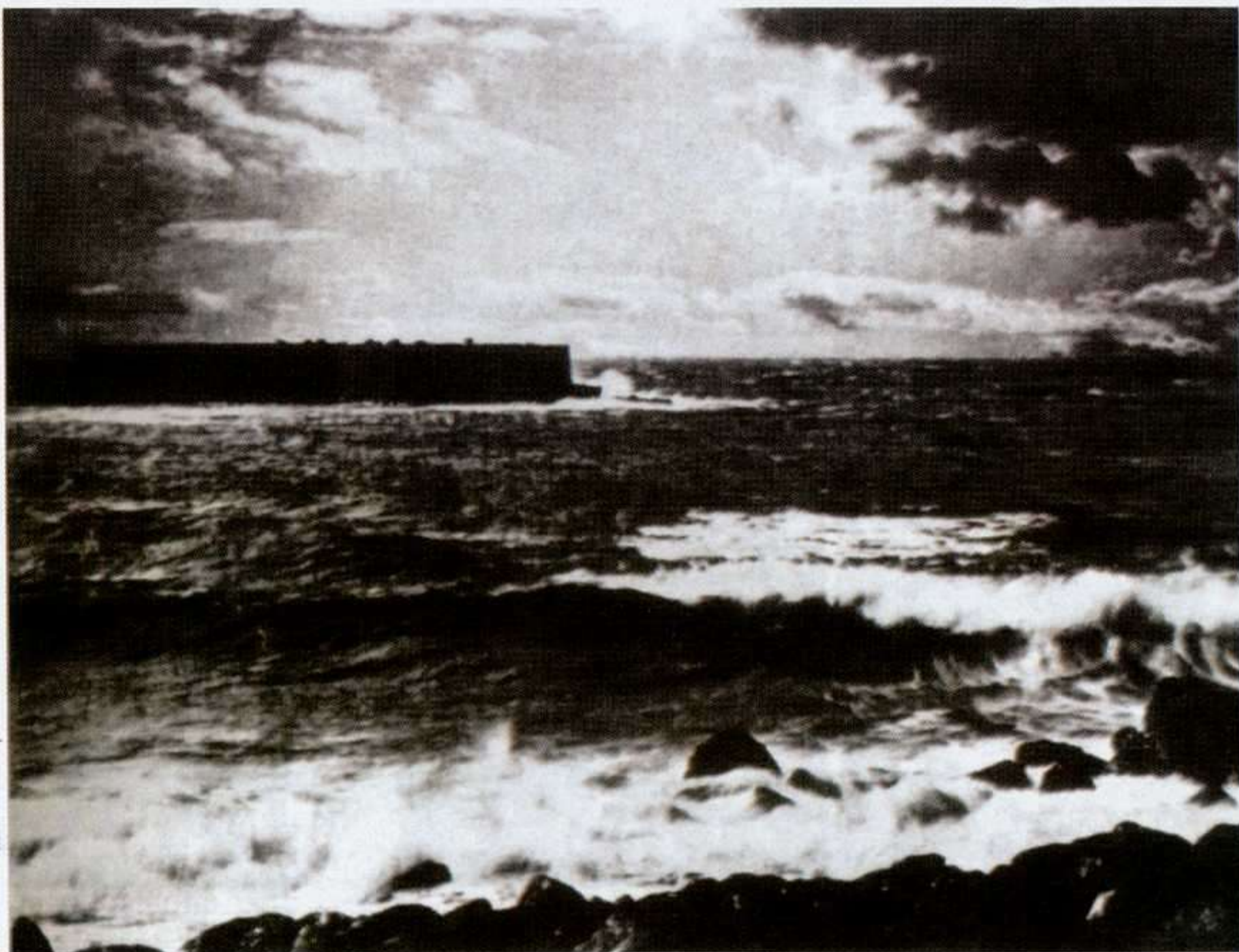
Y si sonreían sus aguas redondas
al sentir el beso del sol y las brisas,
al cóncavo nácar le daban las ondas
un son como un coro de arpegios y risas.

La mar, ya tranquila, ya torva y sonante,
no sólo en el fondo del nácar hervía,
también en el seno del largo turbante
el rumor del mundo se desenvolvía.

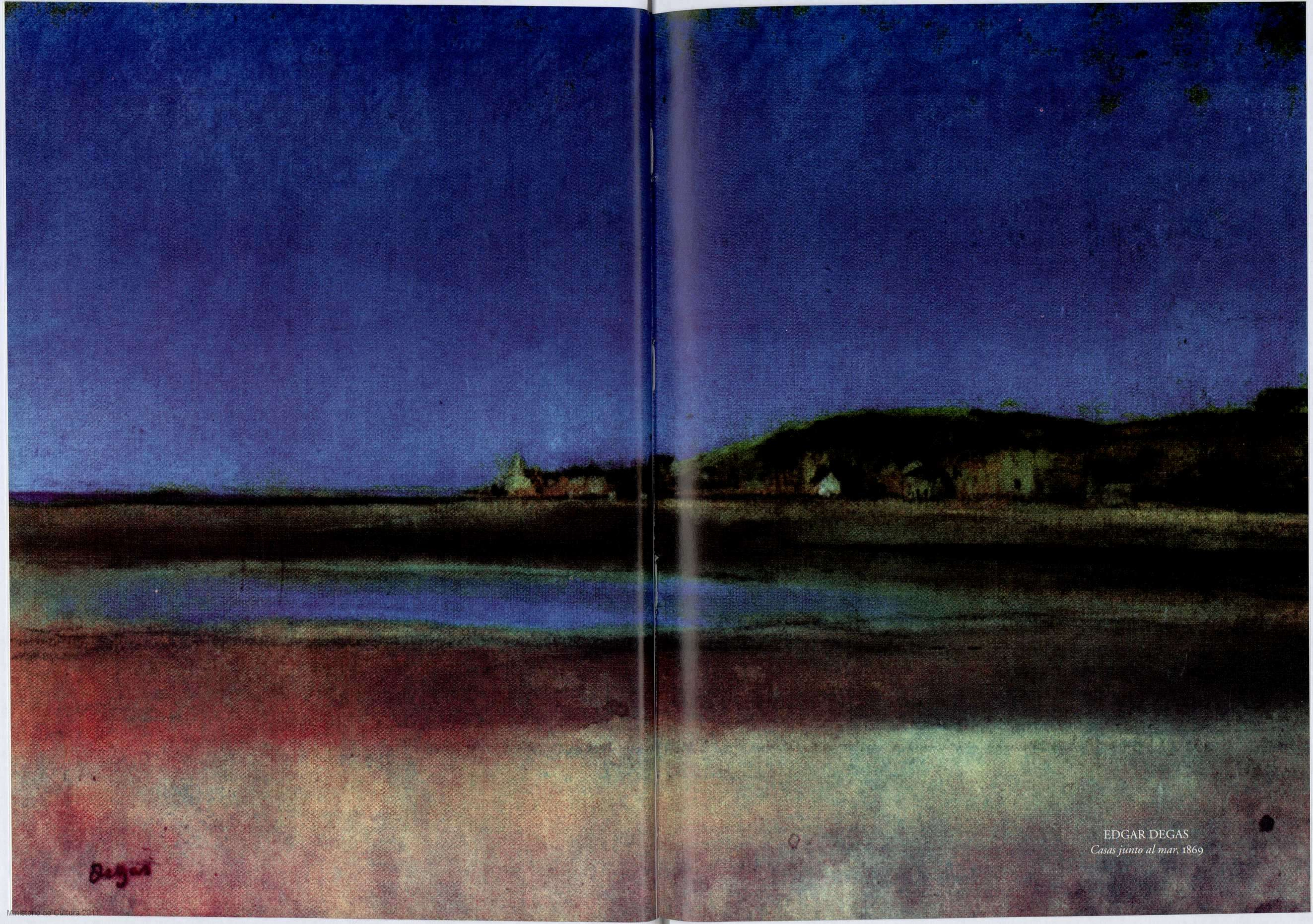
Si un canto de amores hería el ambiente,
dentro de la bóveda del nácar sonoro
la espiral copiaba con ritmo latente
de los dulces labios las notas de oro.

Si un bárbaro estruendo de pechos heridos
alzaba a los aires tragedia gigante,
todo el simulacro de ardientes sonidos
zumbaba a lo largo del hondo turbante.

Si el son de un ejército, de andar
acordado,
pasaba con bandas y altivas banderas,
la trompa de nácar dejaba copiado
sus ritmos de espadas y bandas guerreras.



LE GRAY
La ola, 1856



Degas

EDGAR DEGAS
Casas junto al mar, 1869

Idilios, tragedias, placer y dolores,
tan bien remedaba su seno profundo,
que el hueco turbante de raros colores
la voz parecía del alma y del mundo.

50 Mi libro, que en trazos de luz se arrebola,
donde va la esencia del hombre vertida,
lo mismo que el cóncavo de la caracola,
encierra el teclado del alma y la vida.

Un bosque de luces, profundo, resuena
en su nácar hondo, que es griego y cristiano,
desde el son divino del alma serena
hasta el son del trágico dolor sobrehumano.

La muerte y la vida, la naturaleza,
el amor, el vago latir del misterio,
lo copia en su nácar que llora y que reza
mi libro, que zumba con voz de salterio.

Caracol de ritmos diversos tejido,
formé su turbante con versos y encanto,
y allá, en lo más hondo del haz retorcido,
tiene el milagroso secreto del canto.

Corazón de nácar, cual vaso redondo,
es mi vario libro, que el sol tornasola;
¡poned los oídos, y oiréis en su fondo
el zumbido eterno de mi caracola!

Julián del Casal

Cuba. 1863-1893

Marina

Náufrago bergantín de quilla rota,
Mástil crujiente y velas desgarradas,
Írguese entre las olas encrespadas
O se sumerge en su extensión ignota.

Desnudo cuerpo de mujer que azota
El viento con sus ráfagas heladas,
En sudario de espumas argentadas
Sobre las aguas verdinegras flota.

Cuervo marino de azuladas plumas
Olfatea el cadáver nacarado
Y, revolando en caprichosos giros,

Alza su pico entre las frías brumas
Un brazaletes de oro, constelado
De diamantes, rubíes y zafiros.

CAMILLE COROT
L'avant-port de Rouen, 1834



Venus Anadyomena

Sentada, al pie de verdinegras moles,
Sobre la espalda de un delfín cetrino
Que de la aurora el rayo purpurino
Jaspea de brillantes tornasoles;

Envuelta en luminosos arreboles,
Venus emerge el cuerpo alabastrino
Frente al húmedo borde del camino
Alfombrado de róseos caracoles.

Moviendo al aire las plateadas colas,
Blancas nereidas surgen de las olas
Y hasta la diosa de ojos maternales

Llevan, entre las manos elevadas,
Níveas conchas de perlas nacaradas,
Ígneas ramas de fúlgidos corales.

Júpiter y Europa

En la playa fenicia, a las boreales
Radiaciones del astro matutino,
Surgió Europa del piélagos marino,
Envuelta de la espuma en los cendales.

Júpiter, tras los ásperos breñales,
Acéchala a la orilla del camino
Y, elevando su cuerpo alabastrino,
Intérnanse entre oscuros chaparrales.

Mientras al borde de la ruta larga
Alza la plebe su clamor sonoro,
Mirándola surgir de la onda amarga,

Desnuda va sobre su blanco toro
Que, enardecido por la amante carga,
Erige hacia el azul los cuernos de oro.

Miguel de Unamuno

Bilbao. 1864-1936

Muere en el mar el ave que voló del buque

Me duelen las alas, rendidas del vuelo,
el pecho me duele; arriba está el cielo
y abajo está el mar.

No veo ya el buque ¿por qué de él saliera
creyendo a la isla de paz duradera
poder arribar?

El cielo callado no ofrece ni rama
que pueda tenerme y fiero el mar brama;
¿por qué te dejé?

Ni en aire ni en agua posible es posarme:
las alas me duelen; el mar va a tragarme
¡y muero de sed!

Las alas me duelen, la sed me enardece;
ya casi no veo; la Esfinge me ofrece
sus aguas sin fin.

Y el canto de cuna, me canta la tumba
y espera cantando que pronto sucumba;
tragarme ella en sí.

Volando, volando, no encuentro un islote,
ni un tronco perdido; y el viento es mi azote;
no puedo posar.

Las olas traidoras, sus crestas me brindan
que fingen peñascos, que tal vez me rindan,
me logren tragar.

Son olas traidoras, del cielo las crestas,
pedrisco tan sólo soportan a cuestras,
en su cerrazón.

Nos mienten sus flancos; les falta sustento;
en ellos no puedo, posada un momento,
cobrar corazón.

Aire sólo arriba, sólo agua debajo,
yo sólo mis alas, ¡qué recio trabajo
éste de volar!

52 ¿Por qué, oh dulce buque, dejé tu cubierta,
volando a la patria, que encuentra desierta,
de la inmensidad?

Mi buque velero, soñé en tus cordajes
del bosque nativo los dulces follajes,
el nido de amor.

Tus velas me dieron su sombra y su abrigo,
dejé tu cubierta, ¡qué duro castigo
me aguarda, Señor.

Me duelen las alas, ¡ay! me duele el pecho,
y terribles ganas —abajo está el lecho—
siento de dormir;

de dormir el sueño de que no se vuelve;
mi encrespada cama ¡cómo se revuelve!;
¿qué será de mí?

Ahora, mar encima, cielo abajo veo
todo ha dado vuelta, menos mi deseo,
¡fuerza me es volar!

Sobre mí el océano se embravece,
a mis pies el cielo tiéndese y me ofrece
su seno de paz.

Sobre mi cabeza ruedan ya las olas,
ved que yo me muero, que me muero a solas,
¡sin consolación!

¡Oh, qué hermoso cielo veo en el abismo!;
¿si será aquel cielo? ¿si será éste el mismo?
¿si será ilusión?

Va el cielo a tragarme; ¿es que subo o caigo?
¿es que me desprendo, o es que prendo arraigo?
¿es esto morir?

¿Dónde está el abajo? ¿Dónde está el arriba?
¿es que estoy ya muerta? ¿es que estoy aún viva?
¿es esto vivir?

¡Oh, ya no me duelen, ved, sobre ellas floto,
la cabeza hundida, y en el pecho roto
me entra entero el mar!

Voy en él durmiendo, voy en él soñando,
voy en él en sueños volando, volando,
sin jamás parar.

GUSTAVE COURBET
Mar en tempestad, 1869



Ramón María del Valle Inclán

Villanueva de Arosa, Pontevedra. 1866-1936

Clave IV

Marina norteña

Pasa el gato sonando las botellas
de un anaquel de pino por lo alto:
El cielo raso tiene dos estrellas
pintadas, y una luna azul cobalto.

¡Taberna aquella de contrabanderos
con los guisotes bajo sucios tules,
eran allí pictóricos trofeos
azafrán, pimentón, fuentes azules!

Entra el viento. Revuelta la cortina
y la vista del mar da a la taberna.
Una negra silueta de bolina
sobre el ocaso, enciende su lucerna.

Con la tristeza de la tarde muerde
una lima el acero. De la fragua
brotan las chispas. Tiene una luz verde
ante la puerta, la cortina de agua.

Escruta el mar con la mirada quieta
un marinero desde el muelle. Brilla
con el traje de aguas su silueta
entre la boira gris, toda amarilla.

Viento y lluvia del mar. La luna flota
tras el nublado. Apenas se presiente,
lejana, la goleta que derrota
cortando el arco de la luz poniente.

53

Se ilumina el cuartel. Vagas siluetas
cruzan tras las ventanas enrejadas,
y en el gris de la tarde las cornetas
dan su voz como rojas llamaradas.

Su pentagrama el arco policromo
proyecta tras los pliegues del chubasco,
y alza en el vano de esmeril su domo
arrecido de cuervos, un peñasco.

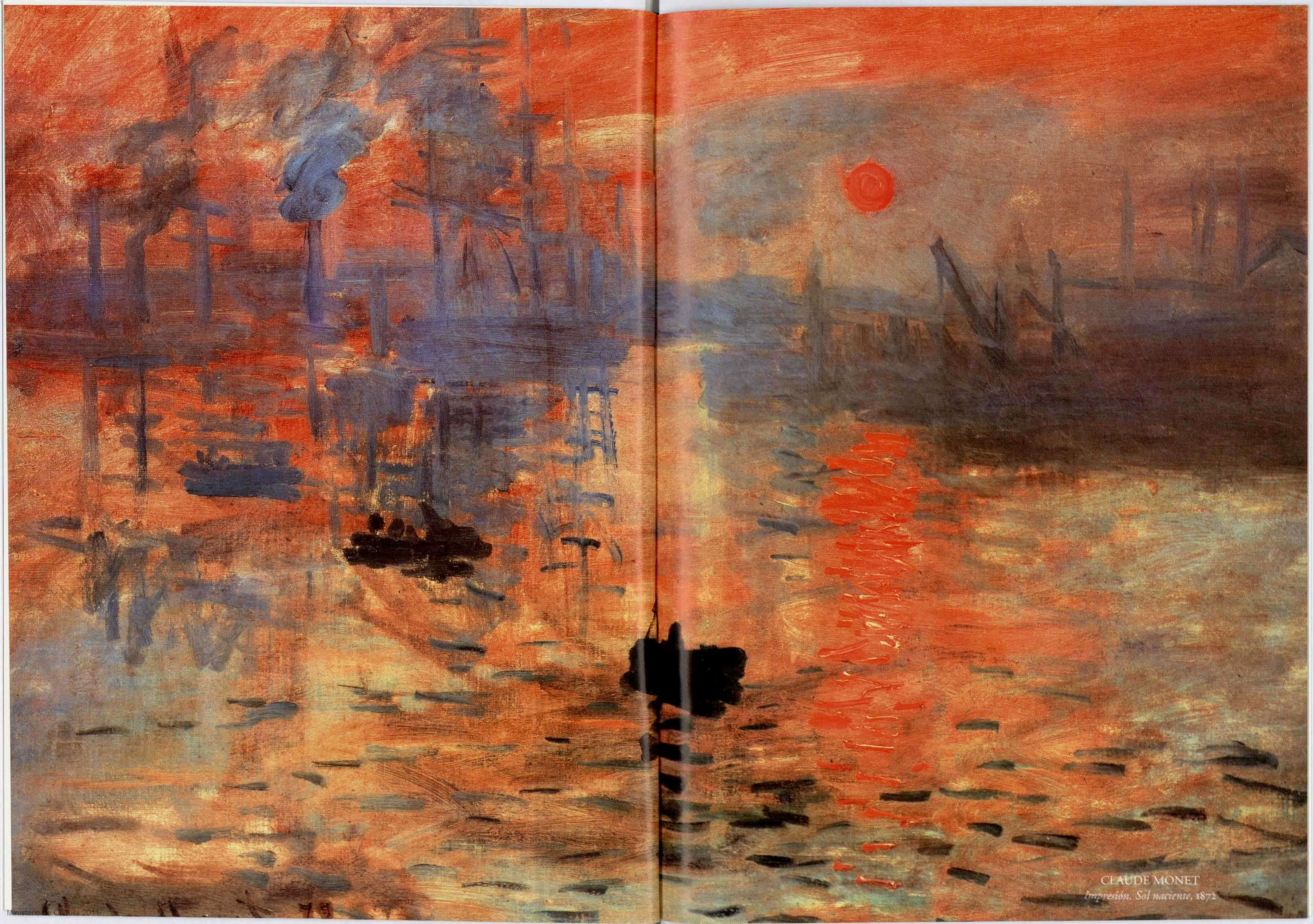
Las olas rompen con crestón de espuma
bajo el muelle. Los barcos cabecean
y agigantados en el caos de bruma
sus jarcias y sus cruces fantasean.

La triste sinfonía de las cosas
tiene en la tarde un grito futurista:
De una nueva emoción y nuevas glosas
estéticas, se anuncia la conquista.

Su escaparate la taberna alumbra,
y del alto anaquel lo acecha el gato:
Esmeraldas de luz en la penumbra los ojos,
y la cola un garabato.

Vahos de mosto del zaguán terreño,
voces de marineros a la puerta,
y entre rondas de vino que dan sueño,
el tabaco, los naipes, la reyerta...

De un quinqué de latón la luz bisunta
el tubo ahumado con un grito raja,
y está en la puerta el hombre que pregunta:
—¿Quién quiere sacar filo a la navaja?



CLAUDE MONET
Impresión. Sol naciente, 1872

Rubén Darío

Metapa, Nicaragua. 1867-1916

Marina

56

Mar armonioso,
mar maravilloso,
tu salada fragancia,
tus colores y músicas sonoras
me dan la sensación divina de mi infancia
en que suaves las horas
venían en un paso de danza reposada
a dejarme un ensueño o regalo de hada.
Mar armonioso,
mar maravilloso,
de arcadas de diamante que se rompen en
vuelos
rítmicos que denuncian algún ímpetu
oculto,
espejo de mis vagas ciudades de los cielos,
blanco y azul tumulto
de donde brota un canto
inextinguible,
mar paternal, mar santo,
mi alma siente la influencia de tu alma
invisible.
Velas de los Colones
y velas de los Vascos,
hostigadas por odios de ciclones
ante la hostilidad de los peñascos;
o galeras de oro,
velas purpúreas de bajeles
que saludaron el mugir del toro
celestes, con Europa sobre el lomo
que salpicaba la revuelta espuma.
¡Magnífico y sonoro
se oye en las aguas como
un tropel de tropeles,
tropel de los tropeles de tritones!
Brazos salen de la onda, suenan vagas
canciones,
brillan piedras preciosas,
mientras en las revueltas extensiones
Venus y el Sol hacen nacer mil rosas.

Sinfonía en gris mayor

El mar como un vasto cristal azogado
refleja la lámina de un cielo de zinc;
lejanas bandadas de pájaros manchan
el fondo bruñido de pálido gris.
El sol como un vidrio redondo y opaco
con paso de enfermo camina al cenit;
el viento marino descansa en la sombra
teniendo de almohada su negro clarín.
Las ondas que mueven su vientre de plomo
debajo del muelle parecen gemir.
Sentado en un cable, fumando su pipa,
está un marinero pensando en las playas
de un vago, lejano, brumoso país.
Es viejo ese lobo. Tostaron su cara
los rayos de fuego del sol del Brasil;
los recios tifones del mar de la China
le han visto bebiendo su frasco de gin.
La espuma impregnada de yodo y salitre
ha tiempo conoce su roja nariz,
sus crespos cabellos, sus bíceps de atleta,
su gorra de lona, su blusa de dril.
En medio del humo que forma el tabaco
ve el viejo el lejano, brumoso país,
adonde una tarde caliente y dorada
tendidas las velas partió el bergantín...
La siesta del trópico. El lobo se duerme.
Ya todo lo envuelve la gama del gris.
Parece que un suave y enorme esfumino
del curvo horizonte borrara el confín.
La siesta del trópico. La vieja cigarra
ensaya su ronca guitarra senil,
y el grillo preludia un solo monótono
en la única cuerda que está en su violín.

Caracol

EN la playa he encontrado un caracol de oro
macizo y recamado de las perlas más finas;
Europa le ha tocado con sus manos divinas
cuando cruzó las ondas sobre el celeste toro.
He llevado a mis labios el caracol sonoro
y he suscitado el eco de las dianas marinas,
le acerqué a mis oídos y las azules minas
me han contado en voz baja su secreto tesoro.
Así la sal me llega de los vientos amargos
que en sus hinchadas velas sintió la nave Argos
cuando amaron los astros el sueño de Jasón;
y oigo un rumor de olas y un incógnito acento
y un profundo oleaje y un misterioso viento...
(El caracol la forma tiene de un corazón.)

57

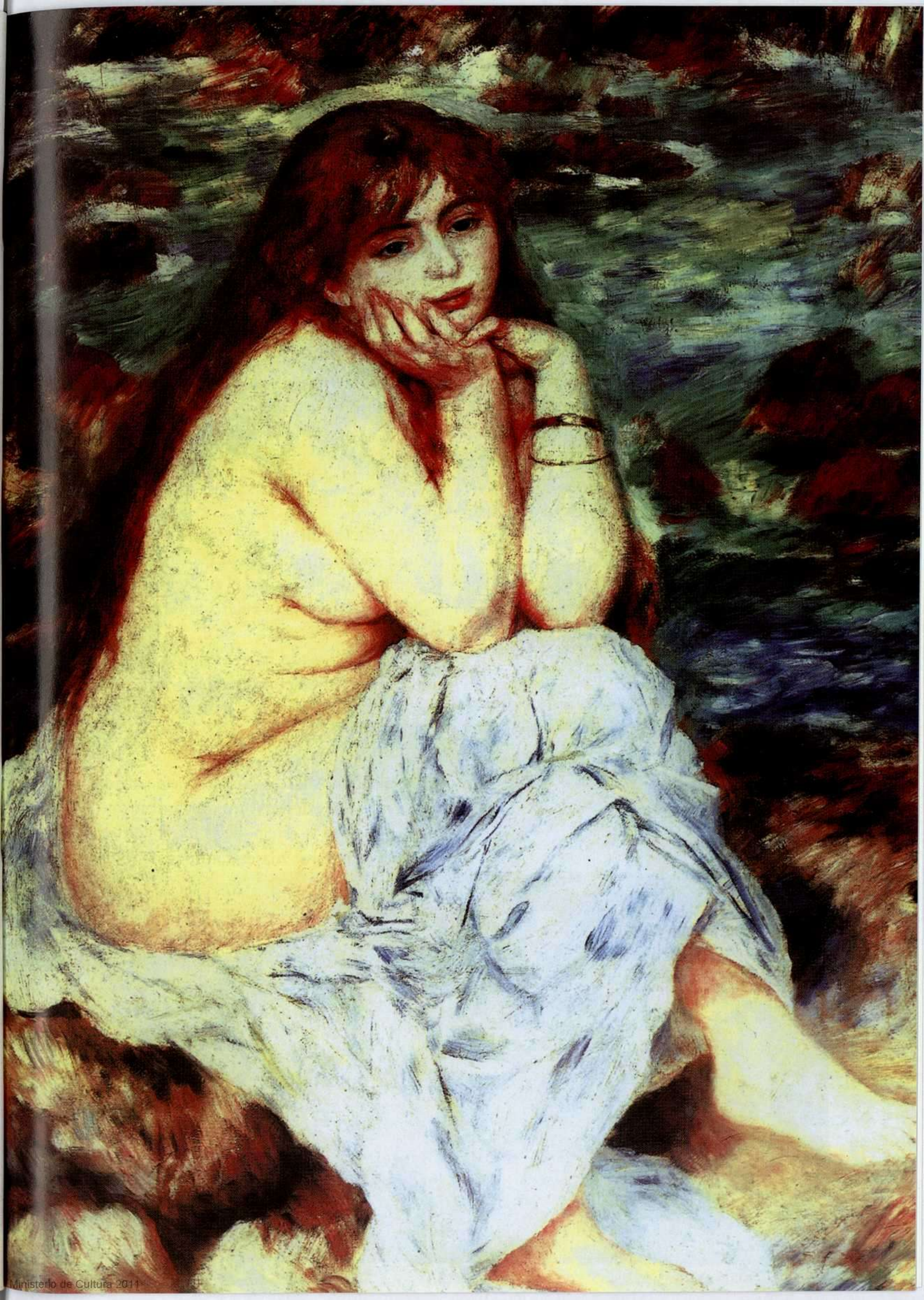


EDOUARD MANET
En la playa, 1873

Los piratas

Remacha el postrer clavo en el arnés. Remacha
el postrer clavo en la fina tabla sonora.
Ya es hora de partir, buen pirata, ya es hora
de que la vela pruebe el pulmón de la racha.
Bajo la quilla el cuello del tritón se agacha
y la vívida luz de relámpago dora
la quimera de bronce incrustada en la prora,
y una sonrisa pone en el labio del hacha.
¡La coreada canción de la piratería
saludará el real oriflama del día
cuando el clarín del alba nueva ha de sonar
glorificando a los caballeros del viento
que ensangrientan la seda azul del firmamento
con el rojo pendón de los reyes del mar!

PIERRE AUGUSTE RENOIR
Bañista sentada, 1883



José Santos Chocano

Perú. 1867-1934

El velero encallado

Este viejo navío de tres palos, dio vuelta
al Cabo de Hornos, cuando la romántica edad;
y paseó la osadía de su figura esbelta
a través de las brumas y de la tempestad.

60 Hoy me ofrece su imagen en un fino grabado
de madera, que luce la antigua «Ilustración».
Al ver cómo entre rocas aparece encallado,
¿por qué se me ha llenado de angustia el corazón?

¿Viajé yo en él, ha siglos, por las Occidentales
Indias o por el Golfo de México, tal vez?
¿O rayé con su quilla los serenos cristales
del Pacífico, al modo que se desliza un pez?

Este viejo navío de tres palos evoca
yo no sé qué otra vida con que acaso viví;
y al verlo, en el grabado, chocar de roca en roca
y quedar encallado, pasa algo raro en mí...

El alma de los buques pretéritos es mi alma...
¿Mitad soy aventura, mitad evocación!
Rasga los oleajes o surca el mar en calma,
como un empavesado velero, mi canción...

Yo no sé si fui acaso pájaro en una Antilla,
que, al ir de nube en nube como una anunciación,
salir quiso al encuentro del alma de Castilla
y se posó en el mástil del barco de Colón...

Yo no sé si, más tarde, cuando carne africana
vino en buques de vela, fui quizá tiburón,
que, siguiendo la estela, llegó hasta aquí con gana
de ver lo que estos mares aladinescos son...

¿No habré sido piloto de galera española,
que en la proa ostentara singular mascarón?
Tal, por eso, confiándome al vaivén de la ola,
he sabido escaparme de pirata y ciclón...

¡Ah! Yo soy el navío de tres palos que vuelta
dio al Cabo de Hornos, cuando la romántica edad;
yo paseé la osadía de mi figura esbelta
a través de las brumas y de la tempestad...

Y hoy al verme vencido, prorrumpo en un lamento.
Prorrumpo en un lamento, viendo la «Ilustración»;
porque al verme y al verla, ¡me parece que siento
un navío encallado dentro del corazón!

Ricardo Jaymes Freire

Bolivia. 1868-1933

El camino de los cisnes

Crespas olas adheridas a las crines
de los ásperos corceles de los vientos;
alumbradas por rojizos resplandores
cuando en yunque de montañas su martillo bate el trueno.

Crespas olas que las nubes oscurecen
con sus cuerpos desgarrados y sangrientos,
que se esfuman lentamente en los crepúsculos.
Turbios ojos de la noche, circundados de misterio.

Crespas olas que cobijan los amores
(de los monstruos espantables en su seno,
cuando entona la gran voz de las borrascas
su salvaje epitalamio como un himno gigantesco.

Crespas olas que se arrojan a las playas
coronadas por enormes ventisqueros,
donde turban con sollozos convulsivos
el silencio indiferente de la noche de los hielos.

Crespas olas que la quilla despedaza
bajo el rayo de los ojos del guerrero,
que ilumina las entrarías palpitantes
del Camino de los cisnes para el Rey del Mar abierto.

ARNOLD BÖCKLIN

La isla de los Muertos, h. 1880



Luis G. Urbina

México. 1868-1934

Noche azul

62

Azul, azul, azul como de ensueño;
profundo azul de claridad extraña;
azul en que el espíritu se baña
y se adormece como en un beleño.

Es una sombra azul todo el costeño
paisaje. En luz de luna el mar se estaña;
y tras el hondo azul de la montaña
el horizonte es plácido y sedeño.

La estrella errante, en prodigioso salto,
cruza por el abismo de cobalto
que resplandece... Y abre el alma mía,

absorta en el misterio de lo alto,
trémula de pasión y sobresalto,
la flor azul de la melancolía.

Amado Nervo

Tepic, México. 1870-1919

Las sirenas

En las ondas del verde caimanero,
estriadas de luz en áureas venas,
un grupo bullicioso de sirenas
juega y canta su canto lisonjero.

Es la luna de nácar un venero,
y al bañar ese nácar las serenas
extensiones del golfo, de iris plenas,
finge hervores de perlas cada estero.

Dos sirenas del coro se retiran:
se quieren y se atraen; tornan, giran
se besan en los labios escarlata,

sumérgense abrazadas en las olas,
y resurgen unidas sus dos colas
como una lira trémula de plata.

Enrique González Martínez

México. 1871-19525

Como la barca es mía, como navego solo,
frívolamente vago donde el azar me inclina,
lo mismo entre los rudos tifones de la China
que entre las moles álgidas del congelado polo.

Arrojo el ancla a veces, y mi pendón tremolo
albo como el plumaje de algún ave marina;
me halagan las sirenas con su canción divina,
Neptuno me adormece y me acaricia Eolo.

Tú que a lo lejos miras pasar mi carabela
y que de pie en la proa me ves que a toda vela
a cielo y mares lanzo mi loco desafío,

no mi bajel detengas. Tu timidez en vano
iza el pañuelo al viento con temblorosa mano...
Yo gusto de ir a solas y mi velero es mío.

José Juan Tablada

México. 1871-1945

Peces voladores

A golpe del oro solar
estalla en astillas
el vidrio del mar.

63



PAUL GAUGUIN
En la playa de Dieppe, 1885

Antonio de Zayas

Madrid. 1871-1941

Venecia

64

El León de San Marcos, dorada la melena
y las alas de bronce por la risa del día,
los siglos pasa inmóvil leyendo poesía
del azul Adriático en la calma serena.

Su lectura produce abatimiento y pena
y sosegadamente mece la fantasía,
que se duerme arrullada por la melancolía
a que el batir de remos de las góndolas suena.

Los palacios erguidos en cimientos de plata
temblorosos sumergen la verde escalinata
en el cristal que copia la turquesa del cielo;

y, cuando el paso avanza la oscuridad ignota,
Desdémona inocente sobre las aguas flota
y en las tinieblas arden las pupilas de Otelo.

José María Eguren

Perú. 1874-1942

El bote viejo

Bajo brillante niebla,
de saladas actinias cubierto,
amaneció en la playa,
un bote viejo.

Con arena, se mira
la banda de sus bateleros,
y en la quilla verdosos
calafateos.

Bote triste, yacente,
por los moluscos horadado,

ha venido de ignotos
muelles amargos.

Apareció en la bruma
y en la armonía de la aurora;
trajo de los rompientes
doradas conchas.

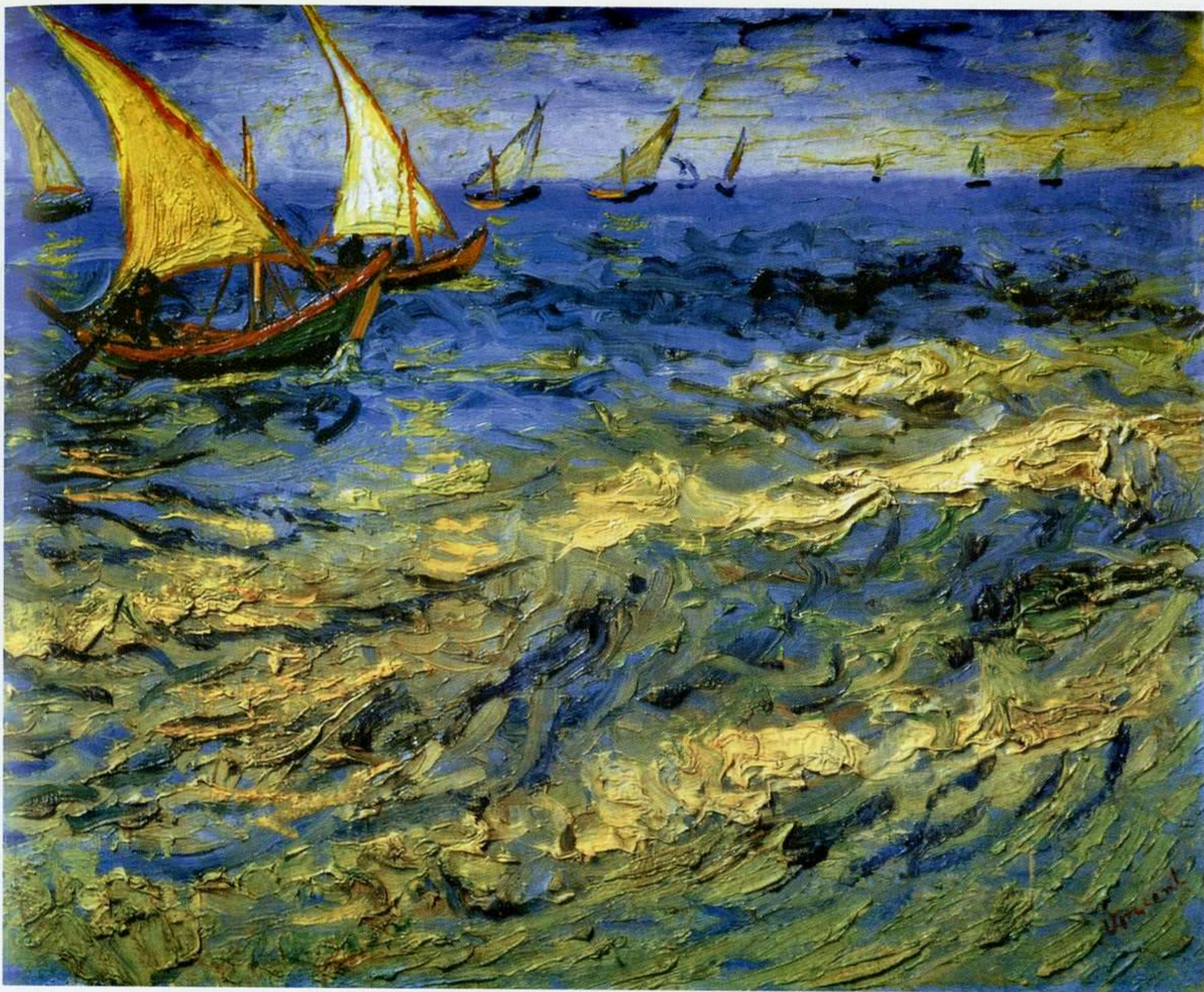
A sus bancos remeros,
a sus amarillentas sogas,
vienen los cormoranes
y las gaviotas.

Los pintorescos niños,
cuando dormita la marea
lo llenan de cordajes
y de banderas.

Los novios, en la tarde,
en su alta quilla se recuestan;
y a los vientos marinos,
de amor se besan.

Mas el bote ruinoso
de las arenas del estuario,
ansía los distantes
muelles dorados.

Y en la profunda noche,
en fino tumbo brillantado,
partió el bote muriente
a los puertos lejanos.



VINCENT VAN GOGH
Veleros en Saintes-Maries, 1888

Los delfines

Es la noche de la triste remembranza;
en amplio salón cuadrado,
de amarillo, iluminado,
a la hora de maitines
principia la angustiosa contradanza
de los difuntos delfines.
Tienen ricos medallones,
terciopelos y listones;
por nobleza, por tersura
son cual de Van Dyck pintura;
mas conservan un esbozo,
una llama de tristura

como el primo, como el último sollozo.
Es profunda la agonía
de su eterna simetría;
ora avanzan en las fugas y compases
como péndulos tenaces
de la última alegría.
Un saber innominado,
abatidor de la infancia,
sufrir los hace, sufrir por el pecado
de la nativa elegancia.
Y por misteriosos fines
dentro del salón de la desdicha nocturna,
se enajenan los delfines
de su danza taciturna.

Manuel Machado

Sevilla. 1874-1947

Ocaso

Era un suspiro lánguido y sonoro
la voz del mar aquella tarde... El día,
no queriendo morir, con garras de oro,
de los acantilados se prendía.

66

Pero su seno el mar alzó potente,
y el sol, al fin, como en soberbio lecho,
hundió en las olas la dorada frente,
en una brasa cárdena deshecho.

Para mi pobre cuerpo dolorido,
para mi triste alma lacerada,
para mi yerto corazón herido,

para mi amarga vida fatigada...
¡el mar amado, el mar apetecido,
el mar, el mar, y no pensar en nada!...

Guillermo Valencia

Colombia. 1873-1943

Azul

(De Arturo Graf)

¡Oh formidable azul! te miro y pienso:
lo que fuiste serás, tarde o temprano;
di: ¿cuántos siglos, sobre el tedio humano,
ha que despliegas tu sitial inmenso?

Idos los dioses, como sueño vano,
tú, sin sentir ni amar, solo, el ascenso
presenciaste del ruego y el incienso
del homenaje o el clamor insano.

Cuanto vive se estrella ante una oscura
norma de corrupción, entre la impura
sima que vela su pavor profundo;

¡tu sólo eterno, incólume, impasible
como una losa sepulcral y horrible
echada sobre el ámbito del mundo!

Brisa marina

(De Stéphane Mallarmé)

La carne es la tristeza, y ya los libros todos
¡asiló mi cabeza!
¡Huyamos allá, huyamos!
¡Huyamos allá, huyamos! Sobre la mar salada
las aves giran ebrias, en pálida bandada.
Sobre la mar salada
las aves giran, ebrias de sacudir el vuelo
entre la espuma ignota y el inmutable cielo.

Ni aquel jardín antiguo que reflejaron ojos
amados para siempre; ni los destellos rojos
de mi vetusta lámpara sobre el papel vacío
a quien —bajo la noche— defiende su blancura;
ni un niño que los senos
a su robusta madre de joven hermosura
con avidez atrapa:
nada en el mundo, nadie demorará mi espíritu
que en el amargo zumo del piélago se empapa.
¡Yo partiré! Tus mástiles erige con presteza
oh Buque, y leva el ancla
¡con rumbo hacia una exótica feliz naturaleza!
Un Tedio, desolado por ávidos Anhelos,
espera en los adioses que mandan los pañuelos...

Quién sabe si esos mástiles alargarán un día
sus dedos a los naufragos, entre la mar bravía,
a los desnudos naufragos sin mástiles, sin
mástiles
ni fértiles islotes de verdes cocoteros...
¡Oh corazón! ¡escucha las voces de alegría
que dan los marineros!...

Leopoldo Lugones

Argentina. 1874-1938

Oceánida

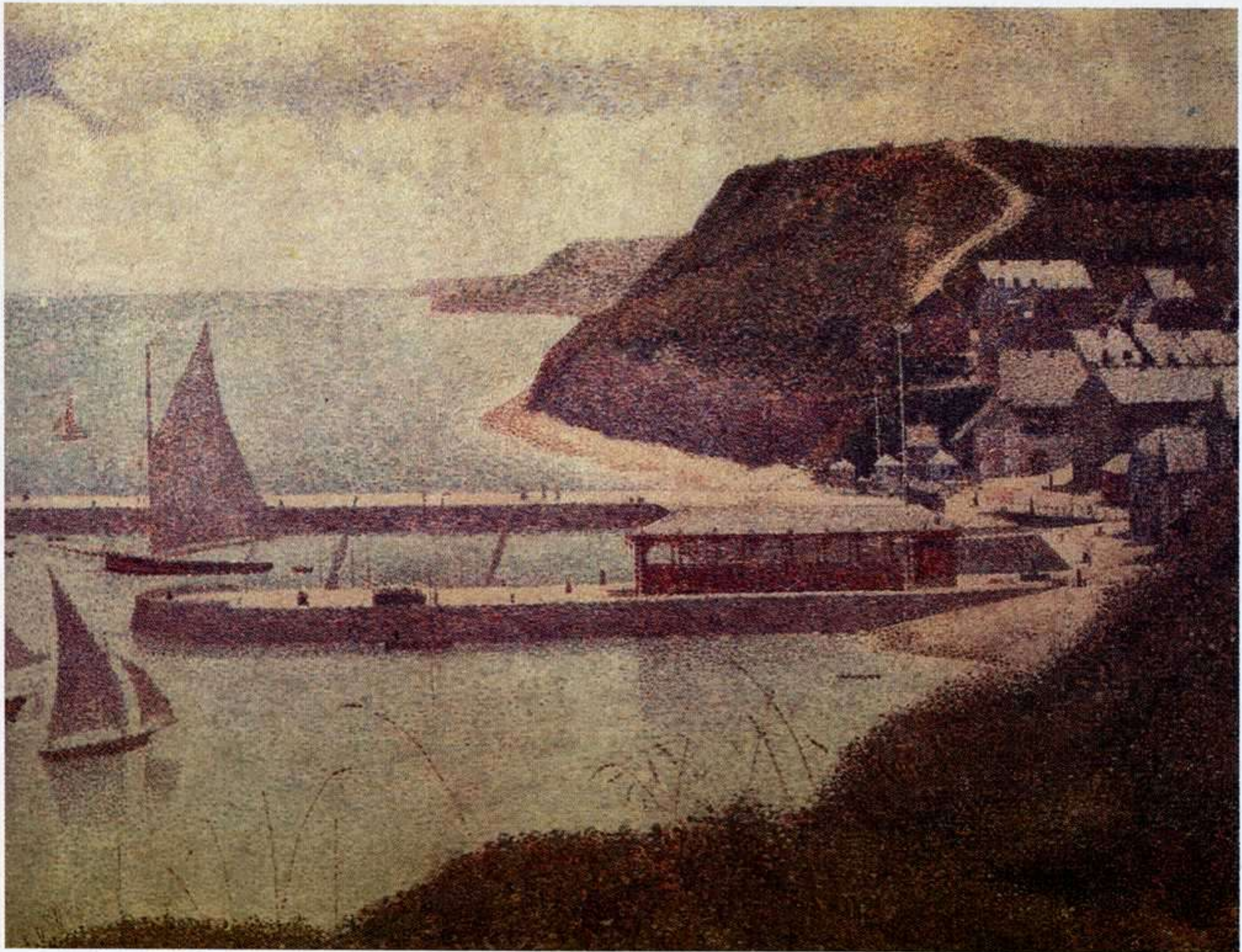
El mar, lleno de urgencias masculinas,
bramaba alrededor de tu cintura,
y como brazo colosal, la oscura
ribera te amparaba. En tus retinas,

y en tus cabellos, y en tu astral blancura,
rieló con decadencias opalinas,
esa luz de las tardes mortecinas
que en el agua pacífica perdura.

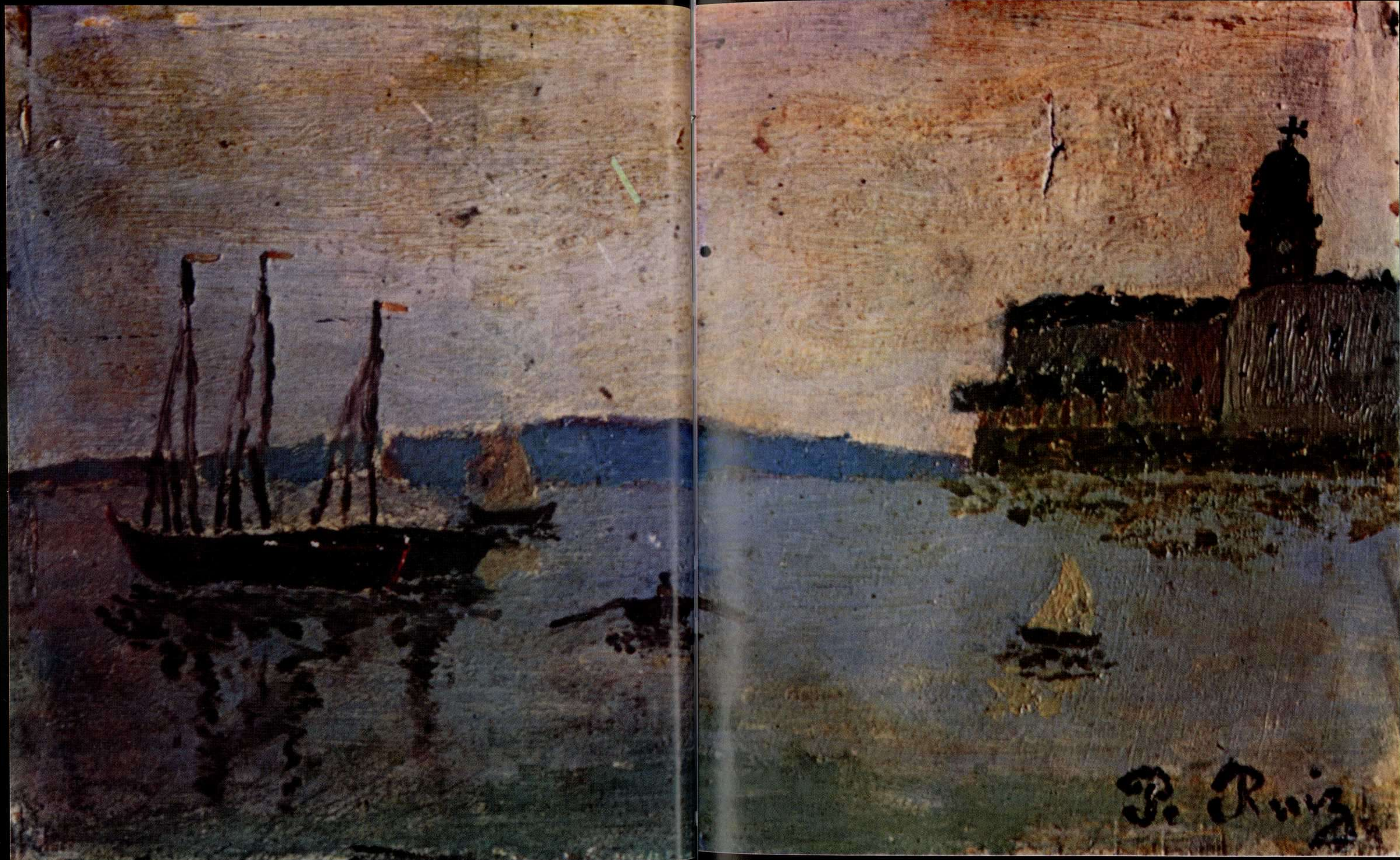
Palpitando a los ritmos de tu seno,
hinchóse en una ola el mar sereno;
para hundirte en sus vértigos felinos

su voz te dijo una caricia vaga,
y al penetrar entre los muslos finos,
la onda se aguzó como una daga.

67



GEORGES SEURAT
Puerto en Bessin, 1888



PABLO RUIZ PICASSO. *El puerto de Málaga*, h. 1889

¡Huyamos, musa de los sueños míos,
Que todo causa en este mundo enojos;
Que formen tus pupilas los dos ríos
Que desaguan sus luces en mis ojos!

Cuando en el mar de tu pasión navego,
Olas tus senos son de mis ardores,
Tus ojos brillan como extraño fuego,
Y tus mejillas cual sangrientas flores.

Tal vez entre esta onda cristalina,
Que la flora del mar riza y perfuma,
Se aproxima temblando alguna ondina
Y te arroja mil pétalos de espuma.

Antonio Machado

Sevilla, 1875-1939

El mar triste (IV S)

Palpita un mar de acero de olas grises
dentro los toscos murallones roídos
del puerto viejo. Sopla el viento norte
y riza el mar. El triste mar arrulla
una ilusión amarga con sus olas grises.
El viento norte riza el mar, y el mar azota
el murallón del puerto.
Cierra la tarde el horizonte
anubarrado. Sobre el mar de acero
hay un cielo de plomo.
El rojo bergantín es un fantasma
sangriento, sobre el mar, que el mar sacude...
Lúgubre zumba el viento norte y silba triste
en la agria lira de las jarcias recias.
El rojo bergantín es un fantasma
que el viento agita y mece el mar rizado,
el fosco mar rizado de olas grises.

VII

El casco roído y verdoso
del viejo falucho
reposa en la arena...
La vela tronchada parece
que aun sueña en el sol y en el mar.

El mar hierve y canta...
El mar es un sueño sonoro
bajo el sol de abril.
El mar hierve y ríe
con olas azules y espumas de leche y de plata,
el mar hierve y ríe
bajo el cielo azul.
El mar lactescente,
el mar rutilante,
que ríe en sus liras de plata sus risas azules...
¡Hierve y ríe el mar!...

El aire parece que duerme encantado
en la fúlgida niebla de sol blanquecino.
La gaviota palpita en el aire dormido, y al
lento
volar soñoliento, se aleja y se pierde en la
bruma del sol.



María Eugenia Vaz Ferreira

Montevideo, Uruguay. 1875-1924

Único poema

72

Mar sin nombre y sin orillas,
soñé con un mar inmenso,
que era infinito y arcano
como el espacio y el tiempo.

Daba máquina a sus olas,
vieja madre de la vida,
la muerte, y ellas cesaban
a la vez que renacían.

Salía el sol un instante,
la noche al punto nacía;
volvía a salir el sol,
noche al punto le seguía.

¡Cuánto nacer y morir
dentro la muerte inmortal!
Jugando a cunas y tumbas
estaba la Soledad...

De pronto un pájaro errante
cruzó la extensión marina;
«Chojé... Chojé...», repitiendo
su quejosa marcha iba.

Sepultóse en lontananza
goteando «Chojé... Chojé...»;
desperté y sobre las olas
me eché a volar otra vez.

Francisco Villaespesa

Láujar, Almería. 1877-1936

V

Lanzarme al mar sobre veloz galera
tripulada por viejos lobos, llenos
de amor de Dios, cuyo renombre fuera
terror de ingleses y de sarracenos.
Y sobre un mar de hirviente pedrería
abordar, a la luz de la mañana,
entre el estruendo de la artillería
de los turcos, la nave capitana.
Hundir mi hacha en el primer turbante,
y en tanto que quedase un tripulante
herir sin treguas y matar con saña,
y entre el sangriento estruendo del asalto,
izar al sol en el mástil más alto
la cruz de Cristo y el pendón de España.

VI

Desplegadas las velas luminosas
entre las pompas de oriental boato,
arribar a las playas fabulosas
de algún nuevo y remoto virreinato.
Y enloquecido por la sed del oro,
achicharrar del ídolo ante el ara
los pies descalzos de un cacique, para
descubrir el lugar de su tesoro.
Y abandonar las islas tan lejanas
con la cabeza ya llena de canas;
y arribar a las costas españolas
en la puente de rápida galera,
tan cargada de oro que trajera
la escotilla rasando con las olas.





HENRY ROUSSEAU
Nave dentro de la tempestad, 1896



PAUL SIGNAC
Orilla arenosa del mar, 1890



PAUL CÉZANNE
La barca y las bañistas, 1890

Manuel Magallanes Moure

Chile. 1878-1924

Por la orilla del mar

A la caída del sol,
por la playa inmensa y sola,
de frente al viento marino
nuestros caballos galopan.
Es el horizonte de oro,
oro es la mar y oro arrojan
los cascos de los caballos
al chapotear en las olas.
En blancos grupos contemplan
caer el sol las gaviotas;
mas, al acercarnos, vuelan
en bandadas tumultuosas.
Pesadamente se alejan
sobre las revueltas olas
y abátense a la distancia
trazando una curva airosa.

Alcance pronto les damos
y ellas, de nuevo en derrota,
a volar, siempre adelante,
por sobre la mar sonora.
Por la arena húmeda y firme
nuestros caballos galopan.
Al fuerte viento marino
cabelleras y almas flotan.
A la caída del sol,
en la playa inmensa y sola
tu alma se entregó a mi alma,
tu boca se dio a mi boca.
No se sabe de qué hablar
cuando la emoción es honda.
Por la orilla de la mar
nuestros caballos galopan.

Toda mujer quisiera
en una noche encapotada y fiera
estarse a solas abrazando al mar.

Eduardo Marquina

Eduardo Marquina

Barcelona, 1879-1946

Diálogos

76

Ella

Hay en el mar una pasión eterna,
y siempre está gastándola y no acaba;
hay en el mar una pasión eterna
que, sin saberlo yo, me hace su esclava.

Él

Hay en mi pecho una pasión furiosa,
y siempre estoy cantándola y no acabo:
hay en mi pecho una pasión furiosa
que, sin saberlo yo, me hace tu esclavo.

Ella

¡Mira las olas!... Apaciblemente,
solícita, en su vaivén, las veo;
salta la espuma a acariciar mi frente
y me estremece el viento del deseo.

Él

¡Mira mi sangre!... En oleadas anchas,
siempre en vaivén con tu mirar la tienes;
si la mirada sobre el mar ensanchas,
sube caliente a destrozar mis sienas.

Ella

De las historias que la mar me cuenta,
ni sé el principio ni sabré el final;
agita sus espaldas la tormenta
y me sirve de fiesta el temporal.

Él

De las tragedias que mi amor te cuenta
sabes la causa y sabes el final;
cuando sopla en mis venas la tormenta
esquivas con la mano el temporal.

Ella

Porque me tiene el mar tan regalada,
se me ha hecho el alma blanda a tus amores;
cuando clavo en sus olas la mirada,
tienen un dulce resbalar de flores.

Él

Porque el amor me tiene tan cogido,
se me ha hecho el alma a toda cosa fiera;
cuando miro tu seno apetecido,
me gustaría arder como una hoguera.

Ella

El mar no envuelve nunca y siempre llama:
compañero de todos los placeres,
parece a primo día que derrama
una charla amistosa de mujeres.

Él

Mi amor no llama nunca y siempre envuelve:
del placer absoluto compañero,
mañana, tarde y noche se revuelve
como un tormento solitario y fiero.



EDVARD MUNCH

El misterio de una noche de verano, 1892



ODILON REDON
La barca roja, 1895

Ella

Y cuando quiero echar a manos llenas
flores encima de él, el mar las toma;
y si le pido lirios y azucenas,
montones de ellos a mis pies desploma.

Él

Y si besar te quiero a boca llena,
caen mis besos encima de tu cuello;
y si me besas tú, dulce y serena,
tus besos con los míos atropello.

Ella

Tú estás todo en el fuego modelado,
y el mar es sólo un gran amor sin nombre.

Él

El mar es como un hombre idealizado,
y yo soy como un mar con labios de hombre.

Seguían disputando, cuando el viento
llevó a sus labios los cabellos de ella,
sobre la blanca paz del firmamento,
risa de fuego, resbaló una estrella.



GUSTAVE KLIMT
El pez dorado

El poema (Camoens)

Sal de mar y virginidad
de lumbre; especies sutiles
y colores; oros, añiles
—y un aliento de tempestad...

El poema es la exaltación
de la vida, que es navegar;
sus personajes, dos: el mar
y los Lusíadas, su nación.

Y cada vez que a la luz clara
de la Polar el lusitano
tomaba el poema en su mano,
le prestaba la espalda, para
que lo escribiera el Océano.

Se pinta el mar

La tierra es toda vida,
y el mar es todo amor.
En el mar hay escondida
una fuerza más grande que la vida:
la tierra es criatura y el mar es creador.

Todo el mar es misterio resonante
y palabra inicial:
nada hay a espaldas de él, nada hay delante:
el mar es una eternidad constante
y un movimiento en lo inmortal.

Escapa al pertinaz conocimiento
y prolonga en fantasmas la visión:
el mar es elemento,
hermano del pensamiento
y lecho azul de la imaginación.

Las mujeres suspiran
cuando a la tarde miran
la gran fatiga, hecha pasión, del mar:
toda mujer quisiera
en una noche encapotada y fiera
estarse a solas abrazando al mar.

Los marineros de canosa frente,
estatuas que ha esculpido su garra omnipotente
pasan como hombres tipos a la orilla del mar:
llevan en sus pupilas el misterio
tienen un hablar de magisterio
mamado en su nodriza, la recia tempestad.

A las mozas alegres de la costa,
cuando más lindas van, se les agosta
en sólo un día toda su beldad:
prometidas tal vez a un fiero esposo,
pierden en un abrazo misterioso,
como la tierra en junio, toda su majestad.

Los barrios, junto al mar, de pescadores
son hornos de fantásticas mentiras,
cunas de unos deseos buscadores,
que se echan a volar emprendedores
renuevos de la tierra en arriesgadas jiras.

Las noches, en las casas marineras
vienen con aparato de quimeras
poniendo luces rojas en todas las ventanas:
detrás de los cristales arden las pupilas
espiondo las sombras intranquilas
y en atisbo de barcas lejanas.

Entre las barcas de la costa alzada
se oye un extraño hablar, de madrugada,
de gentes que en la noche vigilaron:
las barcas, animadas de un deseo,
tienen un misterioso balanceo
y nunca se están quietas en donde las dejaron.

Las casas de los pueblos marineros
abren todas al mar sus agujeros:



TOULOUSE-LAUTREC. *La pasajera del 54*, 1895

rejas y puertas y ventanas,
toda la vida, de la mar, esperan:
al monte sólo irán cuando se mueran,
al quieto cementerio de las tapias enanas.

¡Oh mar! ¡Oh extraño mar! ¡Oh gran
misterio!

¡Oh! No saben tus gentes el imperio
que ejerces en sus almas.

Tú has sabido, a través de las edades,
garantir con tus altas tempestades
la majestad suprema de tus calmas.

¡Santo mar, fuerza nueva, agua querida,
adobo espiritual de nuestra vida,

campo siempre fecundo a la mirada!

¡Sólo tú, cuando un ansia la enajena,
pones la gracia de una paz serena
en la pupila, fácil de la amada!

Alejandro Mac-Kinlay

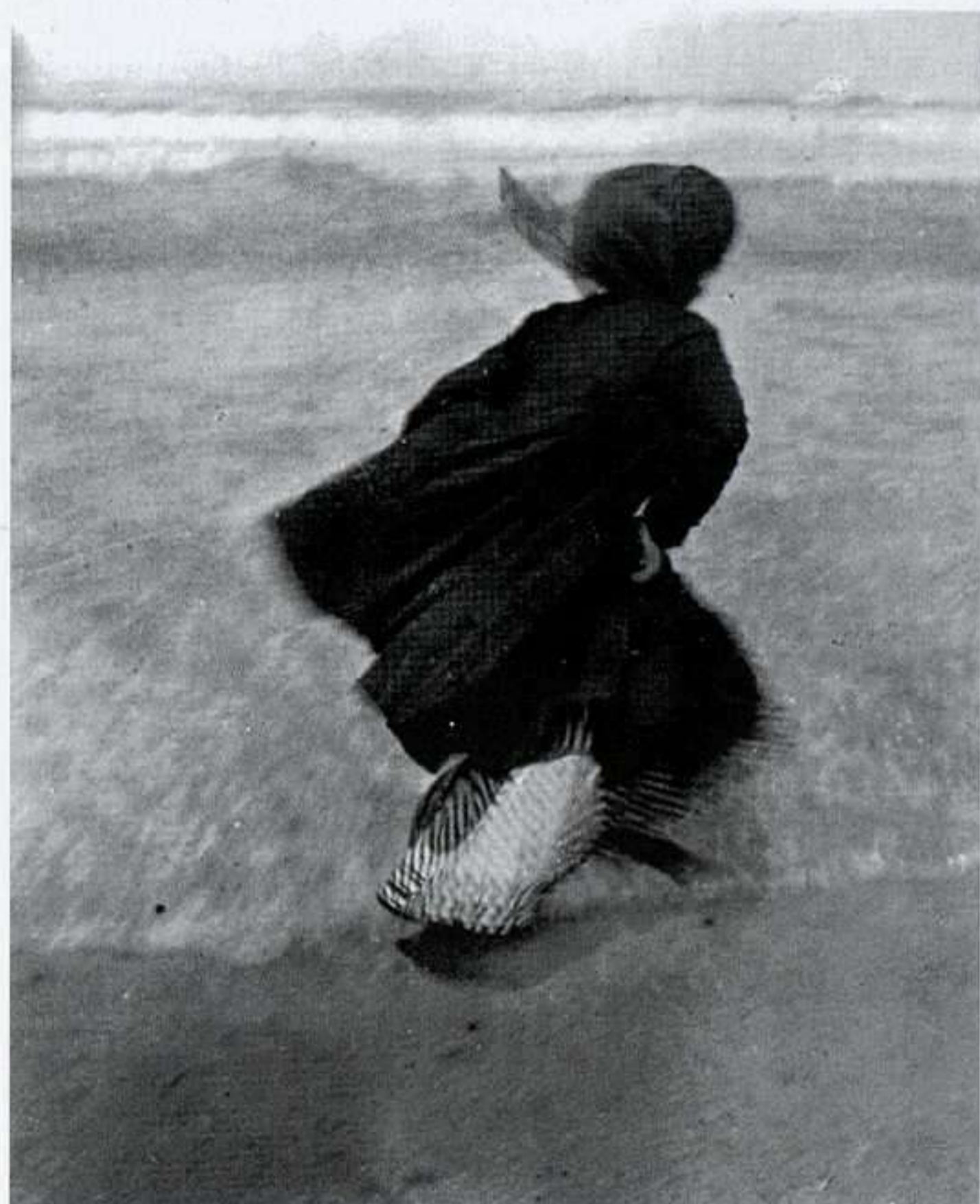
Málaga, 1879-1938

Puerto

Ancla de carabela
clavada,
y la vela
plegada.

Horizonte

Horizonte
de mar
entre monte y monte...
Y... esperar!



J. H. LARTIGUE. Biarritz, 1905

Porfirio Barba-Jacob

Santa Rosa de Osos, Antioquía, Colombia. 1880-1942

Elegía del marino ilusorio

(Fragmento del delirio de la noche en Culpán)

Pensando estoy... Mi pensamiento tiene
ya el ritmo, ya el color, ya el ardimiento
de un mar que alumbran fuegos ponentinos.
A la borda del buque van saltando,
ebrios del mar, los jóvenes marinos.

Pensando estoy... Yo, cómo ceñiría
la cabeza encrespada y voluptuosa
de un joven, en la playa deleitosa,
cual besa el mar con sus lenguas el día.
Y cómo -de él cautivo-, temblando, suspirando,
contra la Muerte,
su juventud indómita, tierno, protegería.
Contra la Muerte,
su silueta ilusoria vaga en mi poesía.

Morir... ¿Conque esta carne cerúlea, macerada
en los jugos del mar, suave y ardiente,
será por el dolor acongojada?
¿Y el ser bello en la tierra encantada,
y el soñar en la noche iluminada,
y la ilusión, de soles diademada,
y el vigor... y el amor... fue nada, nada?

¡Dame tu miel, oh niño de boca perfumada!

Emilio Carrere

Madrid, 1880-1947

El capitán de tres mares

Barrio de la Marina. Llega un olor salobre
de la cercana mar;
los labios de estas hembras, que parecen de
cobre,
saben salados al besar.

Morenas pescadoras de las barcas de vela,
que oyeron tantas veces rugir la tempestad;
gargantas bronceadas que huelen a diamela
y ojos de Virgen de la Soledad.

En las negras tabernas cantan los pescadores,
parpadean los faros cual remotos luceros,
se oyen cantos a bordo de los negros vapores
y, fumando sus pipas, sueñan los marineros
con lejanos países y distantes amores.

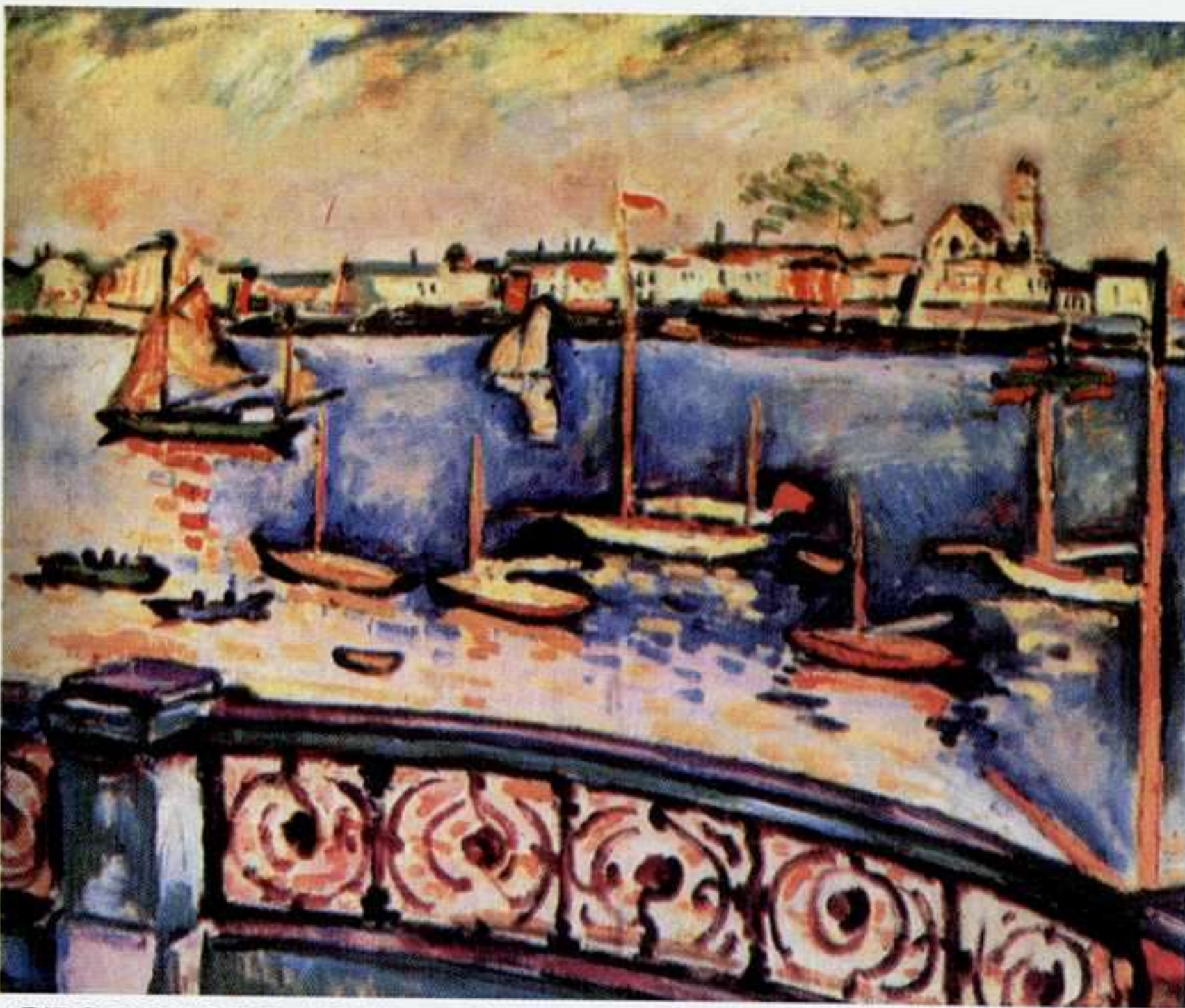
En un humilladero reza una pescadora
ante una melancólica hornacina,
donde un farol muy débil ilumina
el dulce rostro de Nuestra Señora.
Los exvotos de cera rodean el altar
y en ellos, ¡que riqueza de emoción
y de esperanzas ponen estas gentes de mar
con el alma de par en par a la ilusión!
Al pie de la hornacina de esta calle aldeana
siempre hay un alma de mujer transida
con honduras de madre, con ternura de hermana
con ansias de amor de prometida.

Las luces de los barcos en el puerto rielan,
igual que fuegos fatuos, en el negror del mar;
a los pies de la imagen siempre hay almas que velan
y tienen el consuelo de creer y rezar.
Estampa marinera. El agua fosforece
de los barcos que parten. ¿Cuál no ha de volver?
Los marineros aman el peligro, y parece,
por la dulce emoción que su voz estremece,
que al hablar de la mar nombran a una mujer.

Un viejo capitán mira al confín distante
con saudades de antiguas hazañas transatlánticas,
mientras solloza un triste acordeón de emigrante
del fasto colonial las nostalgias románticas:
«Capitán de tres mares, dime qué es lo que
anhelas.

¿Te llaman las sirenas de viejos derroteros?
¿Ves vuelos de aviones rozando los luceros,
o en la mar un camino de nuevas carabelas?
Marina talla ibérica, di si abarca tu vista,
tú, que eres como un símbolo del gran tiempo
imperial,
en el verde infinito caminos de conquista
y en los vientos azules senderos de ideal.
¿Profetizas auroras en el confín marino
con tus iluminados ojos peninsulares?
¿Escuchas la llamada del Destino
que soñara antaño, capitán de tres mares?»

Recoge el nauta ibérico, como una caracola,
la voz del mar, que él sabe de antiguo
interpretar,
le auguran los vientos y le canta la ola
que el áureo galeón de la gloria española
ha de surcar de nuevo los caminos del mar.



GEORGES BRAQUE. *El puerto de Amberes*, 1906

Fernando Villalón

Sevilla. 1881-1930

Los puertos

(fragmento)

Gaviotas posadas
sobre tapices verdes...
Pedazos que la Atlántida
se dejó sobre el Mar.
Sois con la ilustre Gadex
(la doncella Fenicia)
los más ilustres vástagos
de la España ancestral.

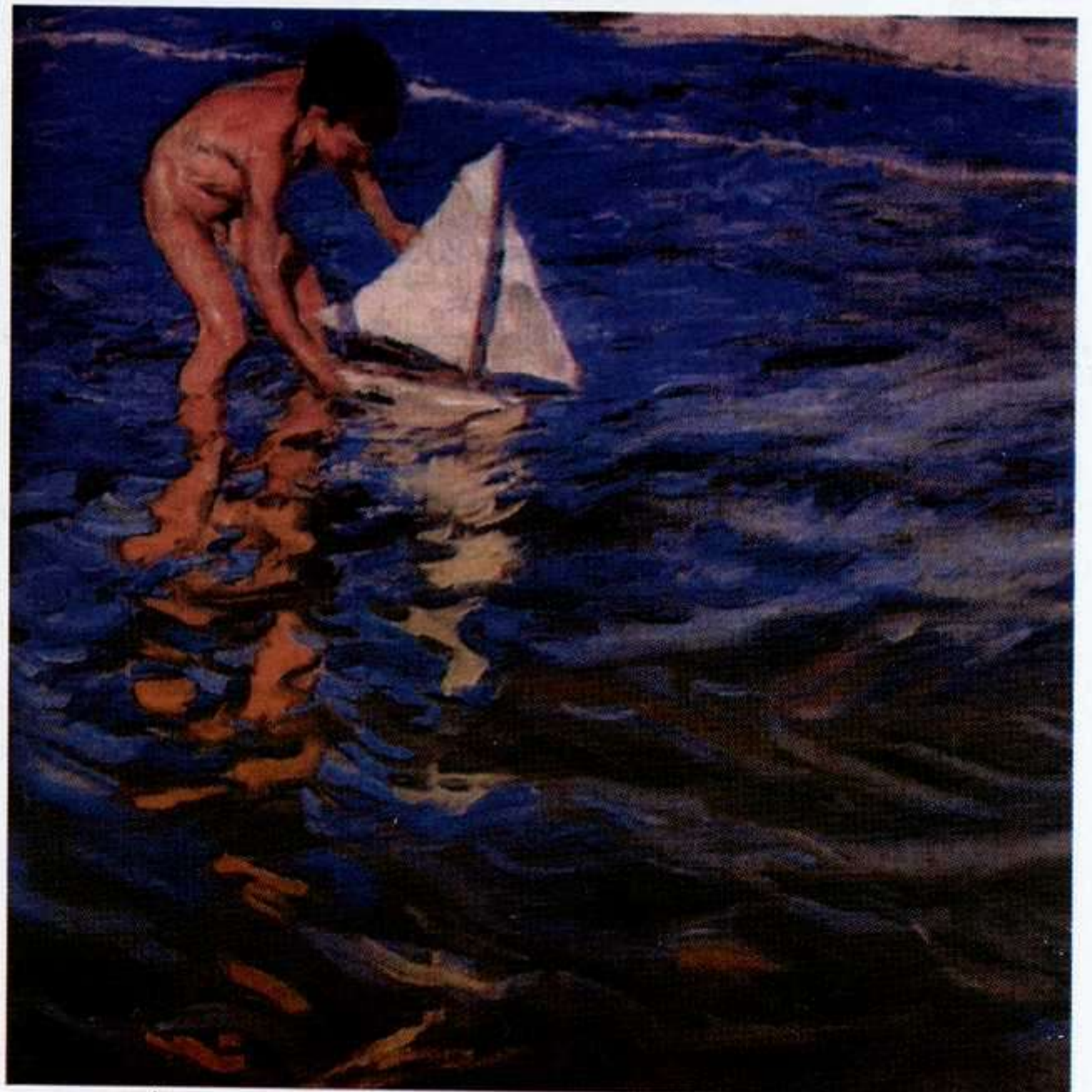
Los moros no pusieron
en vosotros cuidado;
los hijos del desierto
no sabían navegar...
Por eso en vuestras carnes
arde el fuego pagano,
más vivo que en ninguna
región peninsular.

Tus calles son anchísimas
como a cordel tiradas,
que el oro americano
reedificó tu lar.

Tus villas tienen Plazas
como las capitales.
Tus vecinos de enfrente
son de América ya...

Las ventanas panzonas
avanzan en tus rúas
y tras visillos frágiles
de blanco tafetán,
tus mujeres enseñan
su busto de criollas
y una mirada lánguida
regalan al pasar.

Marineros descalzos
deambulan por tus calles,
y hombres que de otros mundos
acaban de llegar,
con el rostro curtido
por el sol de otros mares,
que viven una casa
con un balcón al Mar...



JOAQUÍN SOROLLA. *El Balandrito*, 1909

Juan Ramón Jiménez

Moguer, Huelva. 1881-1958

Al mar anochecido

¡Si su belleza en mí morir pudiera
como en ti, mar, se borran los colores
que el sol divino te dejó, en las flores
de luz de toda su gentil carrera!

Mas ¿qué es la muchedumbre, pasajera
eterna, de este oleaje de dolores,
para tal resplandor de resplandores,
alba sola de toda primavera?

¡Mar, toma tú, esta tarde sola y larga,
mi corazón, y da a su sufrimiento
tu anochecer sereno y extendido!

¡Que una vez sienta él cual tú, en la amarga
infinitud de su latir sangriento,
el color uniforme del olvido!

II. Nostalgia del mar Nocturno soñado

La tierra lleva por la tierra;
mas tú, mar,
llevas por el cielo.

¡Con qué seguridad de luz de plata y oro,
nos marcan las estrellas
la ruta! —Se diría
que es la tierra el camino
del cuerpo,
que el mar es el camino
del alma—.

Sí, parece
que es el alma la sola viajera
del mar; que el cuerpo, solo,

se quedó allá en las playas,
sin ella, despidiéndola,
pesado, frío, igual que muerto.

¡Qué semejante
el viaje del mar al de la muerte,
al de la eterna vida!

Romances de Coral Gables Navegante

El mar otra vez, el mar
conmigo.

(¿La estrella echa
en el tumulto morado
vislumbres de plata eterna?)

Me impongo a la oscuridad
libre (no quiero la estrella).
Cara a lo negro infinito,
lo negro inmenso me orienta.

La sombra me evita el sitio
y me pone el agua interna,
las costas oscuras son
costas de honda presencia.

Yo soy más grande que el mar,
da en la nada mi cabeza,
solo yo vivo en el luto
de la soledad sin mengua.

Mundo total, negro puro,
en el agua que es la tierra,
tierra una y agua una
para quien viva. O quien muera.

Pedro Luis de Gálvez

Málaga. 1882-1942

Sueño... Realidad...

84

Dora el pesado mango de tu pala:
Lleva el ensueño a tu vivir obrero...
Ancho, sereno mar... Barco velero...
que el viento mismo su correr no iguala...

En una isla —¿Montecristo?— escala:
profundo subterráneo costanero...
Trasladadas los montones de dinero,
de tu velero a la profunda cala...

Y otra vez hacia puerto levantino,
con las ferradas arcas del tesoro,
contento vagas por el mar latino...

...Oye, obrero, la voz que no te engaña:
tu pala mueve la razón y el oro
que comprarán la libertad de España.

Ricardo Miró

Ciudad de Panamá. 1883-1940

La canción del marinero

Ya la barca abrió las alas como un pájaro en la sombra;
se estremece como un águila que el vuelo va a comenzar,
y me invita dulcemente... ¿Quién me llama...? ¿Quién me
 nombra?

No tengo a nadie en la tierra... Voy a ver qué me da el mar...

El mar está pensativo... Se dijera una laguna
que se ha quedado dormida de tanto, tanto pensar...

Yo me voy al horizonte para embarcarme en la luna
cuando la luna aparezca rompiendo el agua del mar...

Quiero irme lejos, muy lejos... A donde ni el pensamiento,
con sus alas poderosas, me pueda nunca alcanzar...

La barca me está esperando con la vela abierta al viento...

No tengo a nadie en la tierra... Voy a ver qué me da el mar...

Gabriela Mistral

Vicuña, Chile. 1883-1957

Canción de pescadoras

Niñita de pescadores
que con viento y ola puedes,
duerme pintada de conchas,
garabateada de redes.

Duerme encima de la duna
que te alza y que te crece,
oyendo la mar-nodriza
que a más loca mejor mece.

La red me llena la falda
y no me deja tenerte,
porque si rompo los nudos
será que rompo tu suerte...

Duérmete mejor que lo hacen
las que en la cuna se mecen,
la boca llena de sal
y el sueño lleno de peces.

Dos peces en las rodillas,
uno plateado en la frente,
y en el pecho, bate y bate,
otro pez incandescente...

León Felipe

Tábara, Zamora. 1884-1968

Drop a star

¿Dónde está la esterlla de los Nacimientos?
La tierra, encabritada, se ha parado en el
viento.

Y no ven los ojos de los marineros.
Aquel pez —¡seguidle!—
se lleva, danzando,
la estrella polar.

El mundo es una slot-machine,
con una ranura en la frente del cielo,
sobre la cabecera del mar.
(Se ha parado la máquina,
se ha acabado la cuerda.)

El mundo es algo que funciona
como el piano mecánico de un bar.
(Se ha acabado la cuerda,
se ha parado la máquina...)

Marinero,
tú tienes una estrella en el bolsillo...

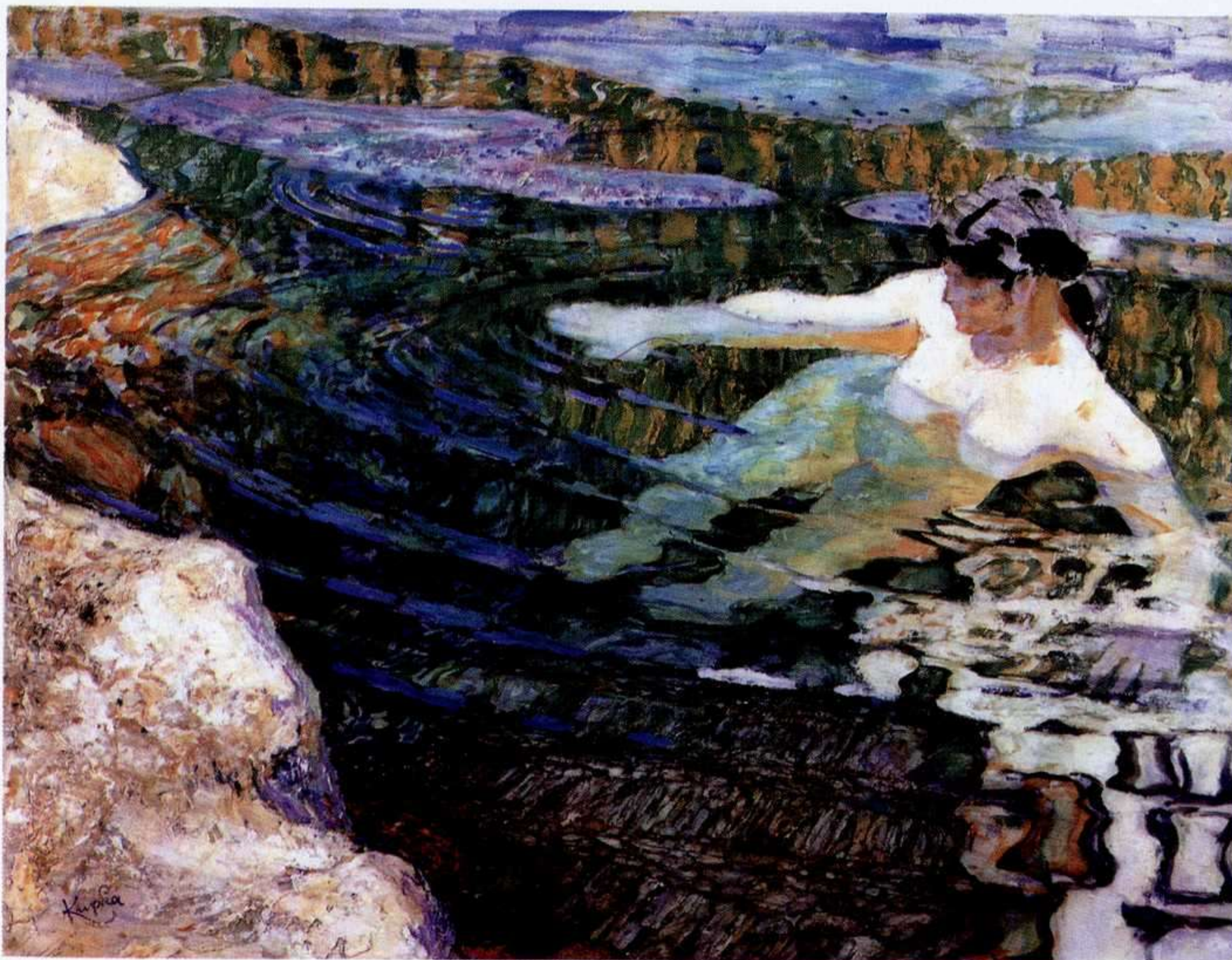
¡Drop a star!
Enciende con tu mano la nueva música del
mundo,

la canción marinera de mañana,
el himno venidero de los hombres...

¡Drop a star!
Echa a andar otra vez este barco varado,
marinero.
Tú tienes una estrella en el bolsillo...
una estrella de paladio, de fósforo y de imán.

85

FRANTISEK KUPKA
El agua o la bañista, 1906-1907



Tomás Morales

Moya de Gran Canaria. 1885-1921



WASSILY KANDINSKY
El viaje en barco, 1910

Los puertos, los mares y los hombres de mar

El mar es como un viejo camarada de infancia
a quien estoy unido con un salvaje amor;
yo respiré, de niño, su salobre fragancia
y aún llevo en mis oídos su bárbaro fragor.

Yo amo a mi puerto, en donde cien raros pabellones
desdoblan en el aire sus insignias navieras,
y se juntan las parlas de todas las naciones
con la policromía de todas las banderas.

El puerto adonde arriban cual monstruos jadeantes,
desde los más lejanos confines de la tierra,
las pacíficas moles de los buques mercantes
y las férreas corazas de los navíos de guerra.

Y amo estos barcos sucios de grasientos paveses,
de tiznadas cubiertas y herrumbrosos metales,
a cuyo bordo vienen marinos genoveses
de morenos semblantes y ojos meridionales.

Y a esos pobres pataches, tristes, desmantelados,
de podridas maderas y agrietado pañol;
más viejos que estos lobos que en un huacal sentados,
al soco de los fardos, están tomando el sol.

Y en tanto humean sus pipas, contemplan las viajeras
naves, que hunden sus torsos de hierro en la bahía,
y relatan antiguas andanzas marineras
en las que acaso fueran los héroes un día:

Gaveros atrevidos y patrones expertos
que en la noche sondaron los más distantes lares,
que se han tambaleado sobre todos los puertos
y han escuchado el viento sobre todos los mares...

Y oyeron de las olas los rudos alborotos
golpear la cubierta con recia algarabía,
entre los crujimientos de los mástiles rotos
y las imprecaciones de la marinería.

Y luego, cuando el barco navegaba inseguro,
y era la noche negra como un ceñudo arcano,
miraron, en el fondo del horizonte oscuro,
aparecer la luna como un fanal lejano...

¡Oh, gigante epopeya! ¡Gloriosos navegantes
que a la sombra vencisteis y a la borrasca fiera,
gentes de recios músculos, corazones gigantes;
yo quisiera que mi alma como las vuestras fuera!

Y quisiera ir a bordo de esos grandes navíos,
de costados enormes y estupendo avanzar,
que dejan en las nubes sus penachos sombríos
y una estela solemne sobre el azul del mar.

Y el timonel sería de esa griega corbeta
que hincha sus velas grises en el ambiente azul;
o el capitán noruego del bergantín-goleta
que zarpó esta mañana con rumbo a Liverpool...

¡Hombres del mar, yo os amo! Y, con el alma entera,
del muelle os gritaría al veros embarcar:
¡Dejadme ir con vosotros de grumete siquiera,
yo cual vosotros quiero ser un Lobo de Mar!

Delmira Agustini

Uruguay. 1886-1914

Levando el ancla

88 El ancla de oro suena, la vela azul asciende
Como el ala de un sueño abierta al nuevo día,
¡Partamos, musa mía!
Ante la prora alegre un bello mar se extiende.

En el oriente claro como un cristal, esplende
El fanal sonrosado de Aurora. Fantasía
Estrena un raro traje lleno de pedrería
Para vagar brillante por las olas.

Ya tiende

La vela azul a Eolo su oriflama de raso...
El momento supremo!... Yo me estremezco: ¿acaso
Sé —oh Dios!— lo que aguarda en los mundos no vistos?
¿Acaso un fresco ramo de laureles fragantes,
El toisón reluciente, el cetro de diamantes,
El naufragio o la eterna corona de los Cristos?...

Pedro Prado

Chile. 1886-1952

Los pájaros errantes

Era en las cenicientas postrimerías del otoño, en los
solitarios archipiélagos del Sur.

Yo estaba con los silenciosos pescadores, que en el breve crepúsculo
elevan las velas remendadas y transparentes.

Trabajábamos callados, porque la tarde entraba en
nosotros y en el agua entumecida.

Nubes de púrpura pasaban, como grandes peces, bajo la quilla de
nuestro barco.

Nubes de púrpura volaban por encima de nuestras cabezas.

Y las velas turgentes de la balandra eran como las alas
de un ave grande y tranquila que cruzara sin ruido el rojo crepúsculo.

Yo estaba con los taciturnos pescadores que vagan
en la noche y velan el sueño de los mares.

En el lejano horizonte del Sur, lila y brumoso, alguien

distinguió una banda de pájaros.

Nosotros íbamos hacia ellos, y ellos venían hacia nosotros.

Cuando comenzaron a cruzar sobre nuestros mástiles, oímos sus voces o vimos sus ojos brillantes, que, de paso, nos echaban una breve mirada.

Rítmicamente volaban y volaban, unos tras los otros, huyendo del invierno hacia los mares y las tierras del Norte.

La peregrinación, interminable, lanzando sus breves y rudos cantos, cruzaba, en un arco sonoro, de uno a otro horizonte.

Insensiblemente, la noche, que llegaba, iba haciendo una sola cosa del mar y del cielo, de la balandra y de nosotros mismos.

Perdidos en la sombra, escuchábamos el canto de los invisibles pájaros errantes.

Ninguno de ellos veía ya a su compañero. Ninguno de ellos distinguía cosa alguna en el aire negro y sin fondo.

Hojas a merced del viento, la noche los dispersaría.

Mas no; la noche, que hace de todas las cosas una informe oscuridad, nada podía sobre ellos.

Los pájaros, incansables, volaban cantando, y si el vuelo los llevaba lejos, el canto los mantenía unidos.

Durante toda la fría y larga noche del otoño pasó la banda inagotable de las aves del mar.

En tanto, en la balandra, como pájaros extraviados, los corazones de los pescadores aleteaban de inquietud y de deseo.

Inconsciente, tembloroso, llevado por la fiebre, y seguro de mi deber para con mis taciturnos compañeros, de pie sobre la borda, uní mi voz al coro de los pájaros errantes.



ALEXEJ VON JAWLENSKY
Costa mediterránea, 1907

José del Río Sáinz

Santander. 1886-1964

Las fragatas

(Fragmentos de un poema)

Por qué, oh tiempo implacable, así postergas
las viejas cosas al poeta gratas?

.....

Cruzadas en los mástiles las vergas
desfilan majestuosas las fragatas.

Sobre un telón de roncadas tempestades
su perfil legendario se dibuja;
son la sombra inmortal de otras edades
y un viento de epopeya las empuja.

No manchan con el humo ceniciento
el cielo azul; sus bellas líneas blancas
las prestan, cuando van ciñendo el viento,
la agilidad de las ballenas francas.

Tienen la espiritual arquitectura
de las viejas y nobles catedrales;
y el viento entre su recia arboladura
suenan como los órganos triunfales.

A su bordo se escucha el ritmo viejo
de nuestras arrogancias y virtudes;
¡con el viento ha reñido su aparejo
en todas las distintas latitudes!

Ellas saben las hondas emociones
de largos meses entre mar y cielos
y nos recuerdan sus navegaciones
las que oímos contar a los abuelos.

En las fragatas todo es puro y noble,
desde el velamen con su limpia lona
hasta el casco finísimo de roble
que el genio de un artífice pregona.

Hay menos cada día. Es el progreso,
ese implacable pescador avieso,
quien las va arponeando por millares,
igual que se arponea a las ballenas,
borrando torpemente de los mares
sus líneas soberanas y serenas.

Alfonso Cortés

Nicaragua. 1887-1963

Afrodita

Cuando, ante el rojo grito de la aurora,
calló el silencio de la noche, vino
sobre el mar la celeste Pecadora.
En ella había todo don divino,
y he aquí que al verla, los distantes astros
detuvieron a un tiempo su camino,
los dioses, cual lobos, tras sus rastros,
disputaban a eternas dentelladas
sus rosas de sagrados alabastros;
y ella, con el poder de sus miradas
sin inquietarla el Bien y el Mal apenas,
hacía arder olímpicas ilíadas...
—Venus, tú eres la mar porque en tus venas
eternas ondas van; tú eres la Vida
y la Helena inmortal de las helenas.
Tú eres la mar, y de la mar nacida
yo sé que tus cabellos aun son algas
y que, sobre tu vientre, el adanida
es frágil barco; sé que tú cabalgas
el planeta, y que son maravillosas
las dos valvas de nácar de tus nalgas;
que tus orejas son conchas preciosas,
y en tu nariz un caracol labrado
abre sus dos ventanas misteriosas.
Desde la nívea frente hasta el rosado
pulgar del pie, se ve un temblor sonoro
como en un mar de mármol agitado.

Tú eres la llave de esencial tesoro,
y tú echaste a rodar al pavimento
de los abismos la manzana de oro.
Tú eres la Comunión del pensamiento,
la verídica Hipótesis del alma,
la Música de Dios, el Movimiento
de la Creación, Luz de los astros, Palma
de la Verdad, Hora perenne, Fruto
del Árbol sin raíz, Boca que ensalma
a lo Infinito, Don cuyo atributo
sacia a la Eternidad, sueño existente...
¡oh, Venus, Venus... Cosmos! ¡Absoluto!
Yo te veo venir sobre el potente
tumulto de las olas primordiales
a tu misma belleza indiferente.
Saltas del tiempo sobre los umbrales,
casta al amor, impúdica al deseo,
y llena toda de ti misma. Sales
desnuda y clara como un grito. El feo
mirar del caos fugitivo y triste,
no te avergüenza ni te asombra. Veo
cómo a tu desnudez tu forma viste
y cómo tu alma crece en cada cosa,
porque tu traje es todo lo que existe.
Yo te veo, celeste mariposa
del corazón en flor, que entre las ramas
del Árbol de la Vida, victoriosa
vuelas, como los vientos y las llamas
libre a la ley de efectos que te norma
porque siendo de todos a nadie amas.
Y Dios, cuyo deseo se conforma
con tus actos, sonándote en palabras,
le dio a la Vida el alma de tu forma.
Y dándote sus llaves, para que abras
las puertas del infinito a la existencia,
te hizo la sola ruta de sus abras...
Y te dijo: —El amor es la experiencia

de lo ignorado; tómalo y camina:
Yo soy la luz y tú eres mi conciencia.
Si estás entre los hombres, adivina
mi secreta intención, pues en mis planes
la maldad de los hombres es divina.
No te acuerdes de nada. A tus afanes
no les ha dado origen lo que ha sido,
y después de cruzarlo capitanes
y marinos, el mar cierra atrevido
su boquerón, pues por instinto sabe
que está hecho de recuerdos el olvido.
La flor, la nube, la ilusión y el ave
den motivo a tus sueños, y comprende
que es dulce el beso cuando el alma es grave.
Dale la mano a todo lo que asciende
y los brazos a todo lo que aspira,
que en cada ser un corazón se prende
en ansias de tu amor. El Orbe gira
y el azar es un místico proceso
en que, lo mismo el canto de la lira
que la roca, el dolor, la luz o el beso,
todo tiene alas, pues para los cielos
las alas de la piedra son su peso.
¡Oh!, los vuelos efímeros, los vuelos
de la necesidad siempre en zozobra
el mar de mis íntimos anhelos.



José Moreno Villa

Málaga. 1887-1955

D

92

Hice una *D*tendida como una barca
y todo mi cuarto se hizo playa.
Sentía el rumor rizado de la orilla
y el alquitrán que hay bajo la luz marina.

La *D* tiene su vela blanca y panzona,
su estela,
su verga,
y su bandera.
Vino hasta mí venciendo el monte,
la reja, la escalera y la puerta cerrada.
Vino sin pescadores,
sin remos, redes ni boquerones.

Aquí está la *D*ladeada,
lancha en la orilla encallada,
perdida yo no sé dónde
y hallada sobre mi nombre.

Ramón de Bastera

Bilbao. 1888-1930

Remeros

Asen los largos palos de bogar con
prestancia
noble, como lanzones, cuando entraron en
Francia
o en el Milanesado los tercios de Castilla.
La dignidad humilde del oficio les brilla
en sus ojos azules de zafiros humanos.
Como cetros empuñan los remos en las
manos,

igual que un almirante en las **suyas nevadas**,
sostendría el canuto de púas **estrelladas**
y el viejo embajador el haz de **credenciales**.
En orgulloso amor de oficio, **son iguales**.
Estos hombres de pena, que hacen orden con
todo

su cuerpo y que se agitan en el mar y en el lodo,
tienen su afirmación triunfal de artesanía.
Como un rey que se yergue en los oros del día,
estos duros remeros del occidente vasco
se alzan, egregiamente, en tronos de peñasco.

Ramón López Velarde

Zacatecas, México. 1888-1921

En el piélago veleidoso

Entré a la vasta veleidad del piélago
con humos de pirata...
Y me sentía ya un poco delfín
y veía la plata
de los flancos de la última sirena,
cuando mi devaneo
anacrónico viose reducido
a un amago humillante de mareo.

Mas no guardo rencor
a la inestable eternidad de espuma
y efímeros espejos.
Porque sobre ella fui como una suma
de nostalgias y arraigos, y sobre ella
me sentí, en alta mar,
más de viaje que nunca y más fincado
en la palma de aquella mano impar.

HENRI MATISSE
Lujo II, 1908



Héctor Pedro Blomberg

Buenos Aires. Argentina. 1890-1955

La bruja

94

Era una bruja extraña y familiar. Bebía
más que dos fogoneros en las sucias tabernas
del puerto. Se arrastraba con sus trémulas
piernas
hacia los muelles cuando algún barco volvía.

En las noches inquietas del water-side porteño
hablaba, sollozando, ebria, en cualquier café,
de su belleza muerta, su país brasileño,
su juventud lejana y el hombre que se fue.

El hombre se había ido hacía cuarenta años,
y ella acechaba siempre los semblantes
extraños
cada vez que los barcos regresaban del mar;

y entre dos borracheras, un día y otro día,
en su ilusión terrible, soñaba todavía
hallarlo, aquella bruja trágica y familiar.

Mariano Brull

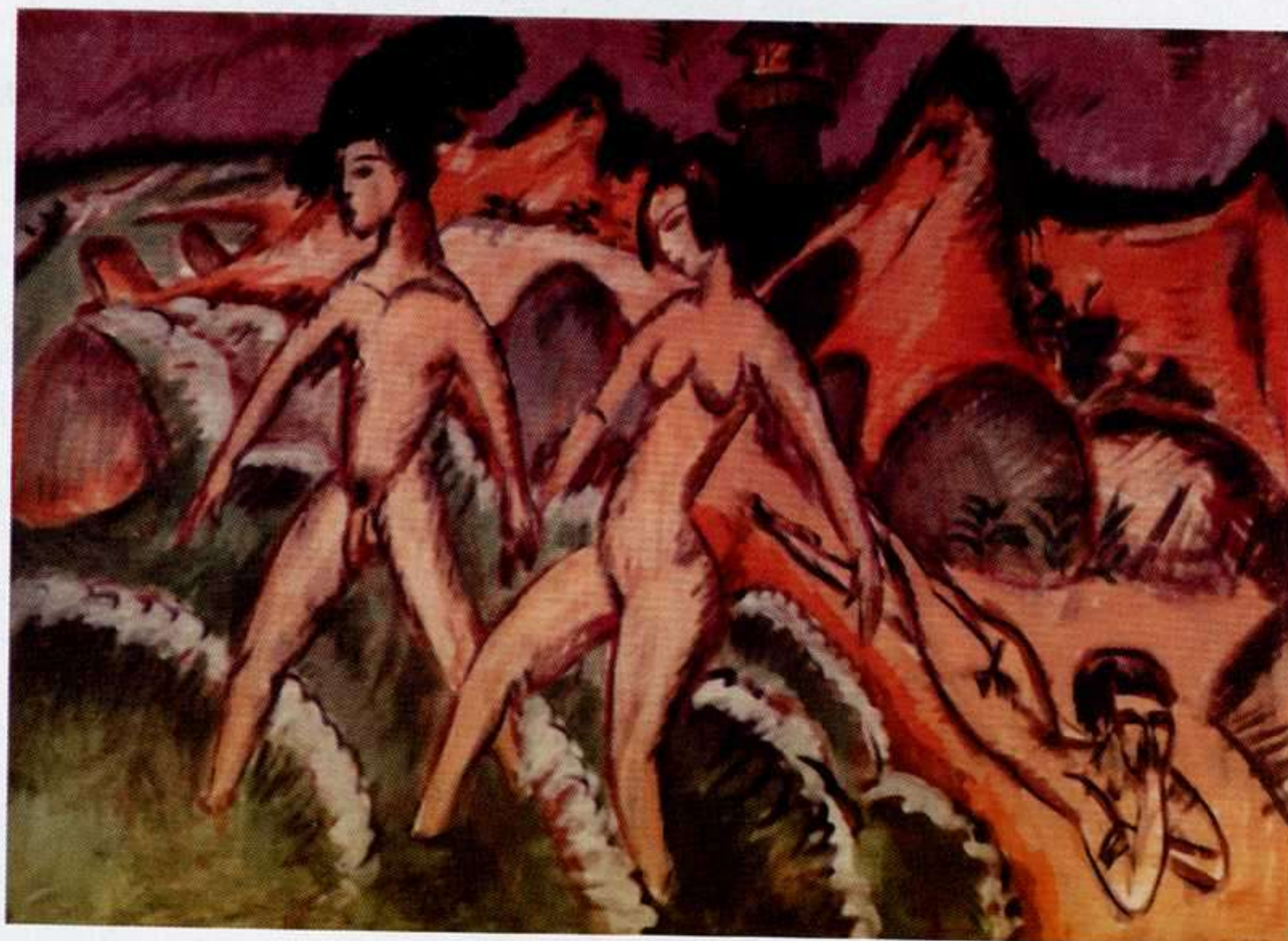
Camagüey, Cuba. 1891-1956

Mar sin ti

Bajo la alta soledad inmerso,
a la deslumbre del azul ufano,
el viento enseña el ala de reverso
toda ventana abierta sobre el vano.

Aquí, sobre este lado de antepecho,
índice al mar, cambiante en lo inseguro,
espejo inacabado —ya deshecho,
cristal de aire de contorno duro...

Todo este mar sin ti. Oreada y clara
al deslustre del agua sin sentido:
mudez que se desnuda en la algazara,
bruñida por arenas de sonido.



ERNST LUDWIG KIRCHNER
Entrando en el mar, 1912

Rogelio Buendía

Huelva. 1891-1969

Paseo en ultramar

Más allá del mar
donde las cortinas de deshacen
como flecos de algas,
más allá del mar,
la nube
tiene un secreto que decir,
tiene una puerta que cerrar.
Vaivén.

Más allá del mar
hay un eje y un fleje...
El eje que hace girar
y el fleje que tiene energía
acumulada para el salto
mortal.

Hay un acumulador de estrellas
voltaicas
y hay una red de arterias mesaraicas
de los vientres de los dioses
mayores y menores.

Más allá del mar
hay un glu-glú imponente
que a fuerza de imponente hace el silencio.
¿No sabéis del silencio limpio,
blanco y recortado,
como una oblea blanca
pegada en la frente?

Más allá del mar
hay un rompeolas tan gigante
que es inconmensurable e infinito...
¿No conocéis el infinito tan enorme
que crea la nada?
Más allá del mar...
Vaivén.

Oliverio Girondo

Buenos Aires, Argentina. 1891-1967

Croquis en la arena

La mañana se pasea en la playa empolvada
de sol.

Brazos.
Piernas amputadas.
Cuerpos que se reintegran.
Cabezas flotantes de caucho.

Al tornearles los cuerpos a los bañistas, las
olas alargan sus virutas sobre el aserrín de
la playa.

¡Todo es oro y azul!

La sombra de los toldos. Los ojos de las
chicas que se inyectan novelas y
horizontes. Mi alegría, de zapato de goma,
que me hace rebotar sobre la arena.
Por ochenta centavos, los fotógrafos
venden los cuerpos de las mujeres que se
bañan.

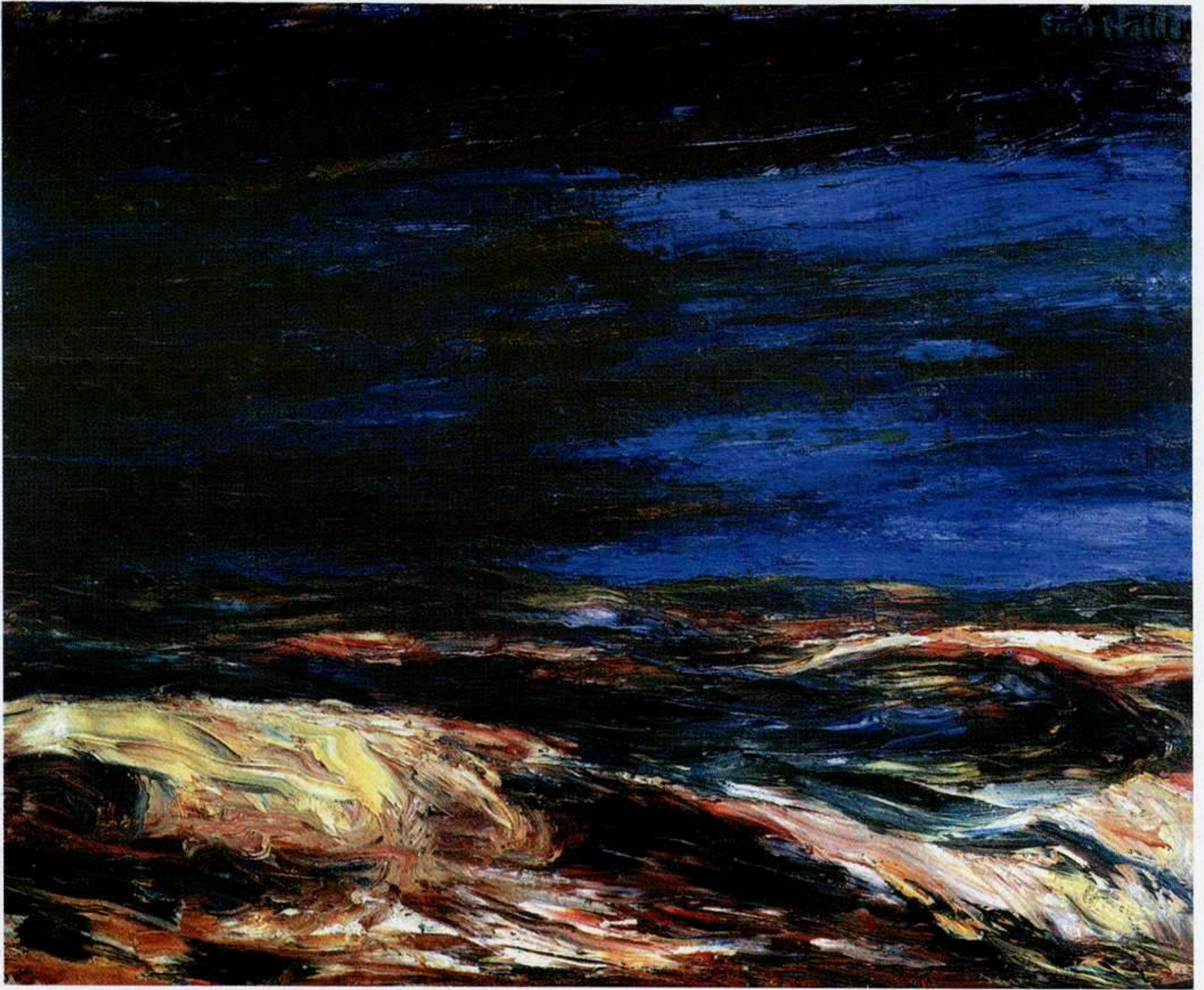
Hay quioscos que explotan la
dramaticidad de la rompiente. Sirvientas
cluecas. Sifones irascibles, con extracto de
mar. Rocas con pechos algosos de
marinero y corazones pintados de
esgrimista. Bandadas de gaviotas que
fingen el vuelo destrozado de un pedazo
blanco de papel.

¡Y ante todo está el mar!

¡El mar!... ritmo de divagaciones. ¡El mar!
con su baba y con su epilepsia.

¡El mar!... hasta gritar

¡BASTA!
como en el circo.



EMIL NOLDE

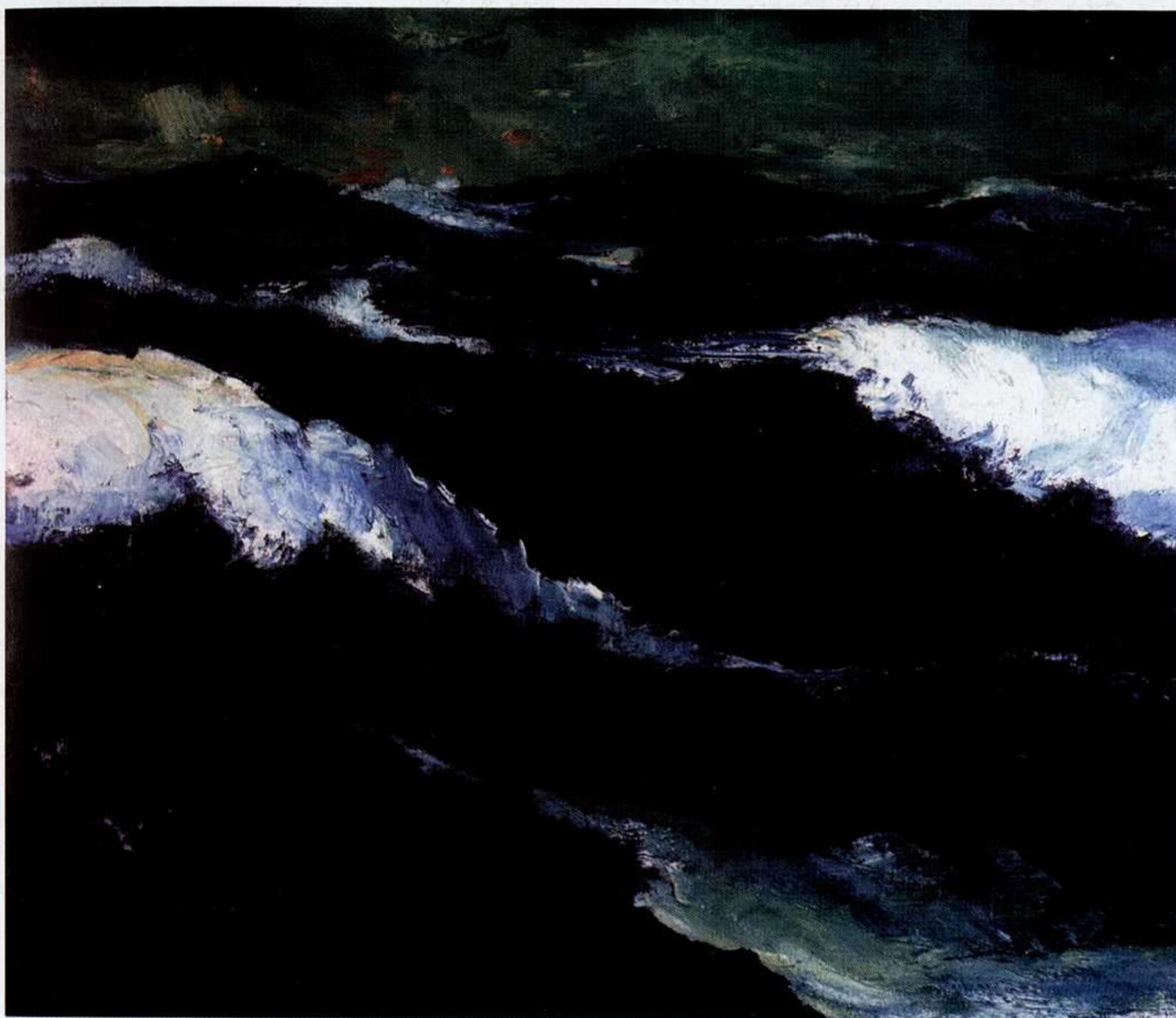
Mar de Otoño, 1911

Pedro Salinas

Madrid. 1891-1951

Orilla

¿Si no fuera por la rosa
frágil, de espuma, blanquísima,
que él, a lo lejos, se inventa,
quién me iba a decir a mí



EMIL NOLDE

Ola gigante, 1948

que se le movía el pecho
de respirar, que está vivo,
que tiene un ímpetu dentro,
que quiere la tierra entera,
azul, quieto, mar de julio?

Alfonsina Storni

Argentina. 1892-1938

Frente al mar

98

Oh mar, enorme mar, corazón fiero
De ritmo desigual, corazón malo,
Yo soy más blanda que ese pobre palo
Que se pudre en tus ondas prisionero.

Oh mar, dame tu cólera tremenda,
Yo me pasé la vida perdonando,
Porque entendía, mar, yo me fui dando:
«Piedad, piedad para el que más ofenda».

Vulgaridad, vulgaridad me acosa.
Ah, me han comprado la ciudad y el hombre.
Hazme tener tu cólera sin nombre:
Ya me fatiga esta misión de rosa.

¿Ves al vulgar? Ese vulgar me apena,
Me falta el aire y donde falta quedo,

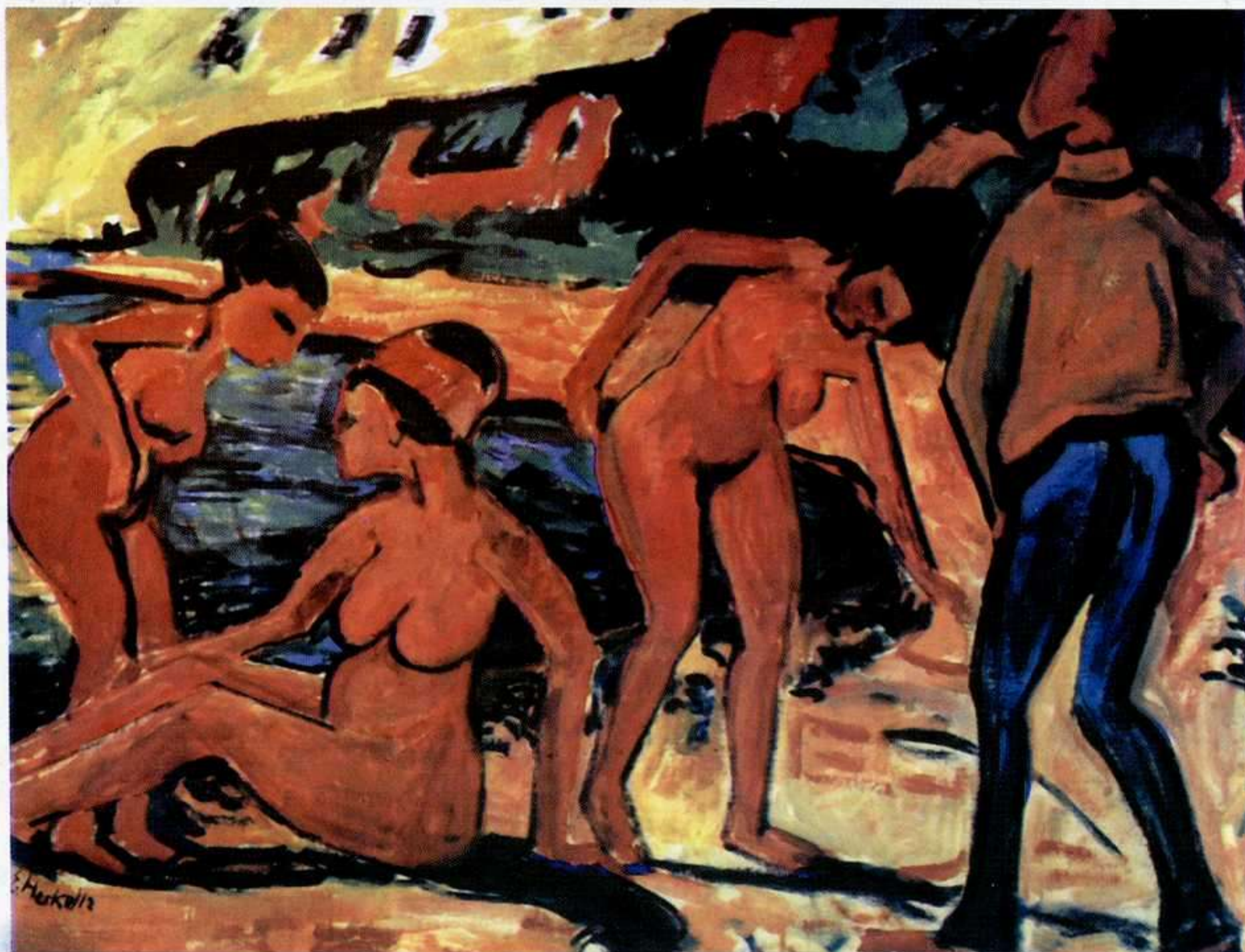
Quisiera no entender, pero no puedo:
Es la vulgaridad que me envenena.

Me empobrecí porque entender abruma,
Me empobrecí porque entender sofoca,
¡Bendecida la fuerza de la roca!
Yo tengo el corazón como la espuma.

Mar, yo soñaba ser como tú eres,
Allá en las tardes que la vida mía
Bajo las horas cálidas se abría...
Ah, yo soñaba ser como tú eres.

Mírame aquí, pequeña, miserable,
Todo dolor me vence, todo sueño;
Mar, dame, dame el inefable empeño
De tornarme soberbia, inalcanzable.

Dame tu sal, tu yodo, tu fiereza,
¡Aire de mar!... ¡Oh tempestad, oh enojo!
Desdichada de mí, soy un abrojo,
Y muero, mar, sucumbo en mi pobreza.



ERICH HECKEL
*Escena a la orilla
del mar (Mujeres
bañándose), 1912*

Y el alma mía es como el mar, es eso,
Ah, la ciudad la pudre y equivoca
Pequeña vida que dolor provoca,
¡Qué pueda libertarme de su peso!

Vuele mi empeño, mi esperanza vuele...
La vida mía debió ser horrible,
Debió ser una arteria incontenible
Y apenas es cicatriz que siempre duele.

César Vallejo

Santiago de Chuco, La Libertad, Perú. 1892-1938

LXIX

Qué nos buscas, oh mar, con tus volúme-
nes
docentes! Qué inconsolable, qué atroz
estás en la febril solana.

Con tus azadones saltas,
con tus hojas saltas,
hachando, hachando el loco sésamo,
mientras tornan llorando las olas, después
de descalzar los cuatro vientos
y todos los recuerdos, en labiados plateles
de tungsteno, contractos de colmillos
y estáticas eles quelonias.

Filosofía de alas negras que vibran
al medroso temblor de los hombros del
día.
El mar, y una edición en pie,
en su única hoja el anverso
de cara al reverso.

Jorge Guillén

Valladolid. 1893-1984

Mar-Olvido

El mar extiende un gris interrumpido
Por los profusos trémolos de espuma.
Tanta inquietud a tal vigor se suma
Que el mar rechaza su incesante olvido.

A través de la ola sucesiva
Se mantiene el rumor como un jadeo
Que resonando y resonando esquiva
La suave somnolencia sin deseo.

Por su cumbre la ola es verde y clara
Mientras va amoratándose el umbrío,
Balanceado valle, que no para
De volver a sentir su escalofrío.

Refiere su amplitud al horizonte,
Y a su color reduce aquel arcano
Que brega hacia una luz que lo remonte.

Y el oleaje se repite, suena
Como si fuese el mismo, soñoliento,
Monótono, rendido a su cadena,
De sí olvidado a cada movimiento.

Los navíos se alejan como tus manos

Vicente Huidobro



ORISON BEATON
Colonel Villebois Mareuil, 1912

Vicente Huidobro

Santiago de Chile. 1893-1948

Océano o dancing

Jazz band del océano
Este barco baila mal y yo pierdo el paso

102

Allá
El cielo y el mar se juntan
Tanto peor si el cielo es azul y el pez se ahoga

Al borde del mar el puerto se columpia
Por donde voy conservo esa cadencia

Beso tus manos que desatan los días
Tus manos pequeñas siempre se van
Como los barcos amor cabellera del horizonte

El puerto retrocede
última canción

Mi garganta se enfría
tus dedos también

Y lejano mantienes tu corazón
Como se mantiene una flor
Pero el ritmo de tu pecho está en el mar
Y las olas están cálidas del ritmo de tu corazón

Amor amor del joven nadador
Tocador de arpa entre las olas

El horizonte se deshace

Espuma que nace
espuma que muere
Espuma que danza sobre las horas

Está fatigado el mar de agitar sus pañuelos
A los navíos que se alejan

La noche habitual hace su tarea

Luna taza de leche

Nuestras estrellas se cuidan
El océano del sur entre dos árboles
Tantas coronas en el agua
El océano bien amado bajo el mármol

Beberás gota a gota el claro de luna caliente
Ese humo que sube de las olas
Arrastra lentamente su barco
Poema del atardecer juguete de niño

Los navíos se alejan como tus manos

Federico de Ibarzábal

Cuba. 1894-1954

Lienzos marinos, IV

Este es un barco viejo que zarpó justamente
una turbia mañana perezosa, y el mar
lo maltrató tan dura y tan continuamente
que ningún tripulante esperó regresar.

Pero ha llegado al puerto la marinera gente
y, teniendo permiso para desembarcar,
en las mesas que adornan la taberna de
enfrente
con los viejos amigos se han puesto a
conversar.

Y relatan los riesgos que corriera el navío
bajo la furia loca del huracán bravío
que en el Golfo de Méjico le destrozó el
bauprés.

Es un barco muy viejo, pero muy marinero,
y las sólidas planchas de su casco de acero
son el timbre de orgullo de un constructor
inglés.

Rafael Sánchez Mazas

Madrid. 1894-1966

Las caracolas

Suele haber, cerca de unas cajas chinas,
frente a un cansado espejo, en las consolas,
unas tornasoladas caracolas
que llevan dentro el mar de Filipinas.

Oyeron en sus noches peregrinas,
al salón, polonesas, barcarolas,
damiselas vestidas de manolas
y fracs azules de guardias-marinas.

Por dentro, delicadas y carnales
como rosas traslúcidas y finas
o como porcelanas vaporosas,

reflejan, más que arpegios musicales,
¡oh tiernas caracolas femeninas!
una pasada intimidad de rosas.

Ventanas que hace tiempo ven la playa

¡Ventanas que hace tiempo ven la playa
entre los tristes pinos de un pinar!
y en las tardes muy claras ven pasar
los vapores que salen de Vizcaya.

Tienen soñado, de mirar la raya
del horizonte, un sueño de ultramar.
Y hace años esperando están que vaya
un hijo de la casa a navegar.

En las puestas de sol de los estíos
ven pasar a poniente los navíos
y se llenan de fúnebres presagios.

Tienen un aire triste y marinero,
y así están, en la casa del negrero,
las ventanas que han visto los naufragios.

103



KARL SCHMIDT-ROTTLUFF
Cuatro bañistas en la playa, 1913

Juan Larrea

Bilbao. 1895-1980

El mar en persona

He aquí el mar alzado en un abrir y cerrar de ojos de pastor
He aquí el mar sin sueño como un gran miedo de tréboles
y en postura de tierra sumisa al parecer
Ya se van con sus lanas de evidencia su nube y su labor
A la sombra de un olmo nunca hay tiempo que perder

104

Crédula exquisita la oscuridad sale a mi encuentro
Mi frente abriga la corteza del pan que llevo adentro
cortado a pico sobre un pájaro inseguro

Y así me alejo bajo la acción del piano
que me cose a las plantas precursoras del mar
Un ciervo de otoño baja a lamer la luna de tu mano
Y ahora a mi orilla el mundo se empieza a desnudar
para morirse de árboles al fondo de mis ojos

Mis cabellos se llenan de peces de penumbra
y de esqueletos de navíos forzosos

Sin ir más lejos
tú eres fría como el hacha que derriba el silencio
en la lucha entre el paisaje y su golpe de vista

Mas cuando el cielo exporta sus célebres pianistas
y la lluvia el olor de mi persona
cómo tu hermoso corazón se traiciona

Ezequiel Martínez Estrada

Argentina. 1895-1964

El agua

Tú eres la madre eterna a quien más reverencio,
porque te observo siempre trabajar sin cesar,
desde cuando en las épocas del oscuro silencio
preludiabas las vidas en el fondo del mar.

Tuyos somos; son tuyos la madera y el grano,
la carne de las bestias y la pulpa del lis;
por todos te ha bendito nuestro mejor hermano,
Hermana, como dijo San Francisco de Asís.

Adriano del Valle

Sevilla. 1895-1958

Marina en rosa menor

Apenas si hay brisa que bese las aguas,
apenas si hay viento que rice las ondas
desde la lontananza se acercan bogando,
aunque lentamente, las barcas remotas;
el sol se reclina sobre un lecho de oro
envuelto en los rayos que irisan las olas;
las aguas azules reciben las púrpuras
del sol que al instante convierten en rosas.
¡Rosales marinos son éstos, que el aire,
a fuerza de besos y arrullos, deshoja!
Al llegar la noche, vendrán los luceros;
vendrán las estrellas y las nebulosas
y el azul profundo volcará en las aguas
todos sus joyeles repletos de joyas.
Las estrellas tiemblan. En el horizonte
hay como un lejano florecer de rosas;
¡es cual si volviese a nacer de nuevo,
aunque en Occidente, la rosada Aurora!

105



ADRIANO DEL VALLE

Las mujeres y los niños primero, 1929



NORAH BORGES
El marinero y la sirena, 1931

Mauricio Bacarisse

Madrid. 1895-1931

La bañista

Tarde de cigarrillo y de azucena
en ocio blanco y soledoso embalse;
humareda sutil, notarial signo
de anacrónica pascua y de desastre.

Pensamientos, no época. Tan sólo
la raya del poniente, en regocijo.
Los husos del ciprés con lana negra
ven devanar madejas de áureos hijos.

La playa del ocaso festonean
borbotones de oleajes encendidos,
y la bañista que jamás se nombra
sumerge en luz de gloria los tobillos.

Fiesta de guardar conchas y corales
¡qué poco ha de durarte tu atavío!
¡Cirrus en arenal, agua del cielo,
peinas y sayas de un fugaz domingo!

En el atardecer de las premuras,
muévete en torno de un instante oculto,
canción en el molino del reloj,
para enhebrar las formas de un desnudo.

Tarde sin duración, del tiempo esclava,
cerrando las valvas nefelinas,
te llevarás las brasas de las perlas
del minuto y el nácar llamas vivas.

Juana de Ibarbourou

Melo, Uruguay. 1895-1979

Atlántico

Océano que te abres lo mismo que una mano
a todos los viajeros y a todos los marinos:
Tan sólo para mí eres puño cerrado;
para mí solamente tú no tienes caminos.

Jamás balanceará tu lomo milenario
la nave que me lleve desde esta tierra mía,
ondulada y menuda, a las tierras que sueña
mi juventud inmóvil y mi melancolía.

¡Ah! Océano Atlántico multicolor y ancho
cual un cielo caído entre el hueco de un mar:
Te miro como un fruto que no he de morder nunca
o como un campo rico que nunca he de espigar.

¡Ah! Océano Atlántico, fiel leopardo que lames
mis dos pies que encadenan el amor y la vida:
Haz que un día se sacien sobre tu flanco elástico
esta ansiedad constante y este afán de partida.



FRANCIS PICABIA
Personaje en la playa, 1926-1927

León de Greiff

Colombia. 1895-1976

Balada del mar no visto, ritmada en versos diversos

No he visto el mar

Mis ojos
—vigías horadantes, fantásticas luciérnagas;
mis ojos avizores entre la noche; dueños
de la estrellada comba
de los astrales mundos;
mis ojos errabundos
familiares del horrído vértigo del abismo;
mis ojos acerados de viking, oteantes,
mis ojos vagabundos
no han visto el mar...

La cántiga ondulosa de su trémula curva
no ha mecido mis sueños,
ni oí de sus sirenas la erótica quejumbre,
ni aturdió mi retina con el rútilo azogue
que rueda por su dorso...
Sus resonantes trombas,
sus silencios, yo nunca pude oír...!
sus cóleras ciclópeas, sus quejas o sus himnos,
ni su mutismo impávido cuando argentos y oros
de los soles y lunas, como perennes lloros
diluyen sus riquezas por el glauco zafir...!

Gerardo Diego

Santander. 1896-1987

Mar

Cuántas tardes viudas
arrastraron sus mantos sobre el mar
Pero ninguna
como tu
tarde grave
hermana mía
dolorosa como una
Aquel poema desplegó sus velas
y escribió con la quilla sus estelas
versos horizontes
salpicados de acentos
que cantan sacudidos por los vientos
Pájaros ciegos gimen en el faro
que ha olvidado todos sus cánticos
Y la tarde enlutada
acaricia mis manos apagadas
Sobre la roca naufraga
un humo pide auxilio

señorita de compañía



Evaristo Ribera Chevremont

Puerto Rico. 1896-1976

Espuma

IIO

De lo ligero de la madrugada;
de lo sutil en lo fugaz —neblina,
vapor o nube— queda en el mar fina,
fluyente y tremulante pincelada.

De lo que el mar en su extensión afina
—perla en matización, concha irisada—,
queda un halo brillante en la oleada.
Halo que en pulcra irradiación culmina.

Los pétalos del lirio da la tierra
al mar, y el mar los tiene. El mar encierra
gracias, y gracias a sus gracias suma.

Y va mostrando, cuando la aureola
de la belleza ciñe, en mar y ola,
el blancor indecible de la espuma.

José Bergamín

Madrid. 1897-1983

Tres sonetos a Cristo crucificado ante el mar

I

No te entiendo, Señor, cuando te miro
frente al mar, ante el mar crucificado.
Solos el mar y tú. Tú en cruz anclado,
dando a la mar el último suspiro.

No sé si entiendo lo que más admiro:
que cante el mar estando Dios callado;
que brote el agua, muda, a su costado,
tras el morir, de herida sin respiro.

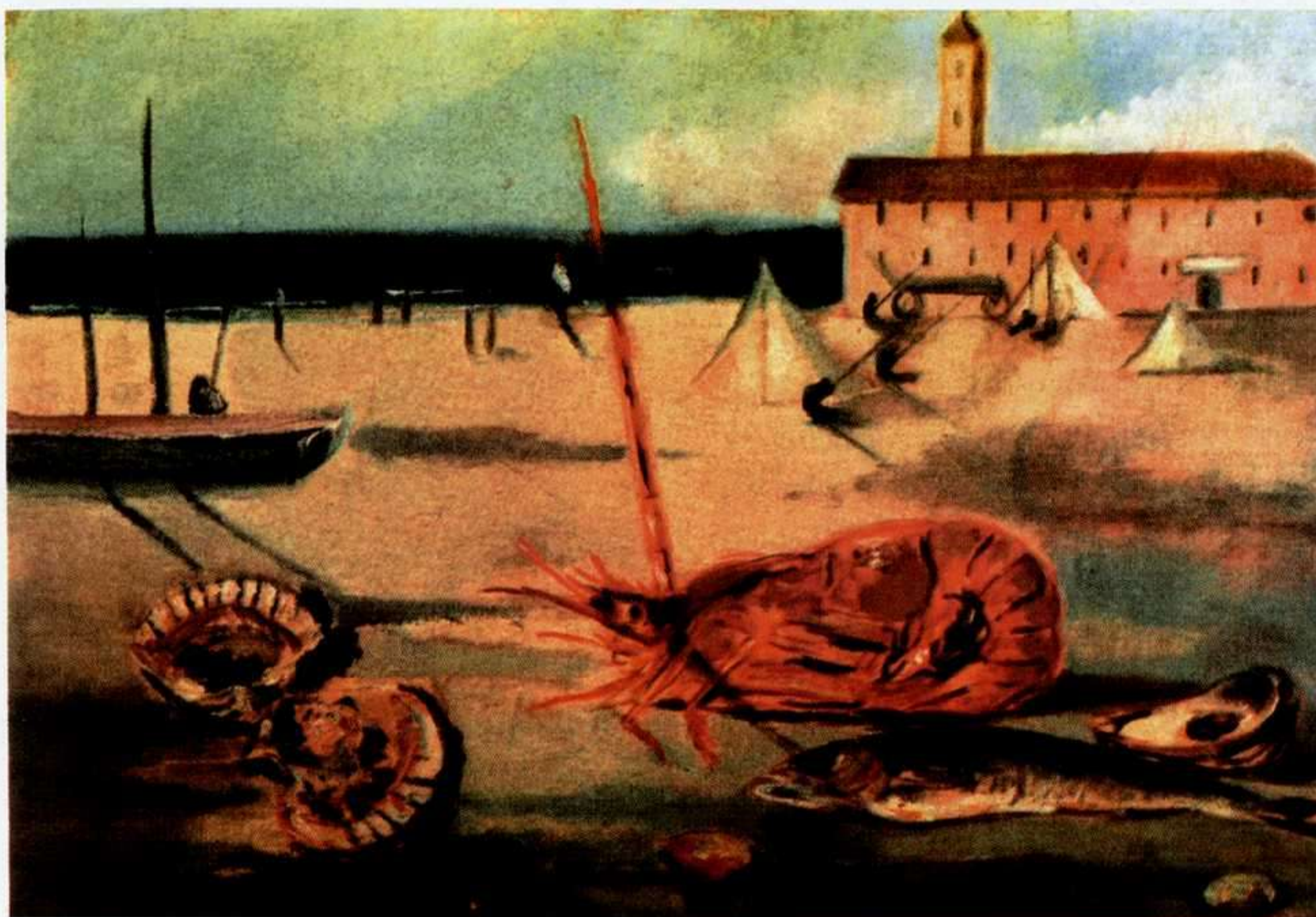
O el mar o tú me engañan, al mirarte
entre dos soledades, a la espera
de un mar de sed, que es sed de mar perdido.

¿Me engañas tú o el mar, al contemplarte
ancla celeste en tierra marinera,
mortal memoria ante inmortal olvido?



MAX ERNST

Rayo-tierra, el mar y el sol, 1927



FILIPPO DE PISIS

Bodegón marino con langosta, 1926

II

Ven ya, madre de monstruos y quimeras,
paridora de música radiante:
ven a cantarle al hombre agonizante
tus mágicas palabras verdaderas.

Rompe a sus pies tus olas altaneras
deshechas en murmullo suspirante.
De la nube sin agua, al desbordante
trueno de voz, enciende tus banderas.

Relampaguea, de tormentas suma,
la faz divinamente atormentada
del Hijo a tus entrañas evadido.

Pulsa la cruz con dedos de tu espuma.
Y mece, por el sueño acariciada,
la muerte de tu Dios recién nacido.

III

No se mueven de Dios para anegarte
las aguas por tus manos esparcidas;
ni se hace lengua el mar en tus heridas,
lamiéndolas de sal, para callarte.

Llega hasta ti la mar, a suplicarte,
madre de madres por tu afán transidas,
que ancles en tus entrañas doloridas
la misteriosa voz con que engendrarte.

No hagas tu cruz espada en carne muerta;
mástil en tierra y sequedad hundido;
árbol en cielo y nubes arraigado.

Madre tuya es la mar: sola, desierta.
Mírala tú que callas, tú caído.
Y entrégale tu grito arrebatado.

José María Morón

Puebla de Guzmán, Huelva. 1897-1966

A la Virgen del Carmen

II2

No en el grávido monte que la brota,
sino en el combo trueno que la inventa,
brizando su filial impedimenta,
paracaidista de la nube rota.

Cuando la mar su fuga al cielo intenta,
se troncha en su varal de gaviota,
y es para el niño el mundo una pelota
rotando ante el frontón de la tormenta.

En su ilesa instantánea amparadora...
al magnesio en que el rayo la retrata
y el huracán rendido la enamora...

Donde se crispa en vértices agudos,
la estrangulada imprecación pirata,
mi honrada humanidad de pies desnudos.



FRANCISCO BORES
La Playa, 1925

Vicente Aleixandre

Sevilla. 1898-1984

El mar

¿Quién dijo acaso que la mar suspira,
labio de amor hacia las playas, triste?
Dejad que envuelta por la luz campee.
¡Gloria, gloria en la altura, y en la mar, el oro!
¡Ah soberana luz que envuelve, canta
la inmarcesible edad del mar gozante!
Allá, reverberando,
sin tiempo, el mar existe.
¡Un corazón de dios sin muerte, late!

Dámaso Alonso

Madrid. 1898-1990

¡Aquella extraña travesía
de Nueva York hasta Cherburgo!
Ni siquiera una vez se movió el mar,
ni osciló el barco:
siempre una lámina tensa,
ya aceitosa bajo neblinas,
ya acerada bajo soles imperturbables.
¡Y yo siempre en la borda,
en acecho del monstruo,
esperando su bostezo imponente,
su rugido,
su colear de tralla!

A veces pienso
que mi alma fuera
como una isla,
rodeada durante muchos años
de un espejo de azogue incommovible,
igual a aquel del prodigioso viaje,
isla ufana de sus palmeras, de sus celajes,
de sus flores,
llena de dulce vida y de interior isleño,
con villas diminutas, con sus mercados,
con sendas
por las que tal vez corre a la aurora un
cochecillo traqueteante,
pero, olvidada, ensimismada en sueños como
suaves neblinas, quizá sin conocer
el ceñidor azul que la circunda,
ese metal que, bella piedra, acerado la
engasta,
su razón de existir,
lo que le da su ser,
su forma de tierno reloj vivo, o de tortuga:
isla.

Y pienso
cuán prodigioso fué

que tú me rodearas,
que tú me contuvieras, Señor, así,
y que no me hayas destruido
en una lumbrarada súbita,
hostigando las olas con el acerbo látigo del
viento gemidor,
para que, panteras aún con el furor del sueño,
de un salto se lanzaran
sobre su presa,
sino que hayas estado circundándome
45 años,
originándome
45 años,
callado y en reposo junto a tu criatura
más desvalida,
lo mismo que el enorme mastín paterno vela,
sin nana, sin arrullo,
el sueño
del niño más pequeño de la casa.
Y has sido para mí como un paisaje
nunca visto, ni soñado tampoco,
y como una música ni oída ni pensada,
que misteriosamente,
sin nosotros saberlo,
nos condicionan con secretos efluvios de
belleza,
lo mismo que los astros más incógnitos,
esclavitud lejana nos imponen
con los apremios de su grave norma.

Y luego has comenzado
a agitarte, a agitarme.
Primero sólo un pliegue,
un pliegue sin murmullo, que, extenso al
infinito,
avanza por la líquida llanura,
como la grada de un inmenso altar,
sordamente corrida por sigilosos ángeles que la
acercan a Dios.
Después ha comenzado lejos la resaca, como
un lamento de las bestias marinas,
y he visto pasar como horribles hipopótamos
que avanzaran de lado,

las grandes olas de fondo,
los vientres enormes que ruedan y ruedan,
ignorantes de su destino,
hasta que allá junto a la costa comienzan a
parir sin gemido peinadas cabelleras
intensamente verdes, que al fin,
blanco purísimo, en arco se
derraman,

II4 para batir su fúnebre redoble sobre el
tambor tirante de la arena;
y he visto las jacas desenfrenadas y
unánimes, que rompieron por fin la
rienda y chocan de frente con las
estrías del acantilado,
como si, todos los macillos de un piano
inmenso fueran movidos a la vez por
una mano gigante,
retirándose súbitamente para que el
sonido no se difumine (como en el
dulce mecanismo del piano),
y sólo asciende vertical la espuma de los
heridos belfos.

Y me he asomado en la noche
y he sentido bullir, subir, amenazadora,
una marea inmensa y desconocida,
como cuando lentamente, apenas
borboteante, sube la leche en el perol
si en ella se acumulan danzando los
genios sombríos del fuego.
Toda la vida oculta en el implacable mar,
bulle y se levanta,
y el mar se alza como materia sólida, como
un paño de luto,
como el brazo de un muerto levantará su
sudario en el día de la resurrección o
la venganza.

Y el ser misterioso crece, crece y sube,
como en la pesadilla de la madrugada la
bestia que nos va a devorar.
Y crece, y lo sé unánime,
bullente, surgente,

con todos sus abismales espantos
con sus más tórpidos monstruos,
con toda su vida, y con toda la muerte
acumulada en su seno:
hasta los más tenebrosos valles submarinos
se han empinado sin duda sobre sus tristes
hombros de vencidos titanes con un
esfuerzo horrible.

Oh Dios,
yo no sabía que tu mar tuviera
tempestades,
y primero creí que era mi alma la que
bullía, la que se movía,
creí que allá en su fondo volaban agoreras
las heces de tantos siglos de tristeza
humana,
que su propia miseria le hacía hincharse
como un tumefacto carbunco.
Y eras tú.

Gracias, gracias, Dios mío,
tú has querido poner sordo terror y
reverencia en mi alma infantil,
e insomnio agudo donde había sueño.
Y lo has logrado.

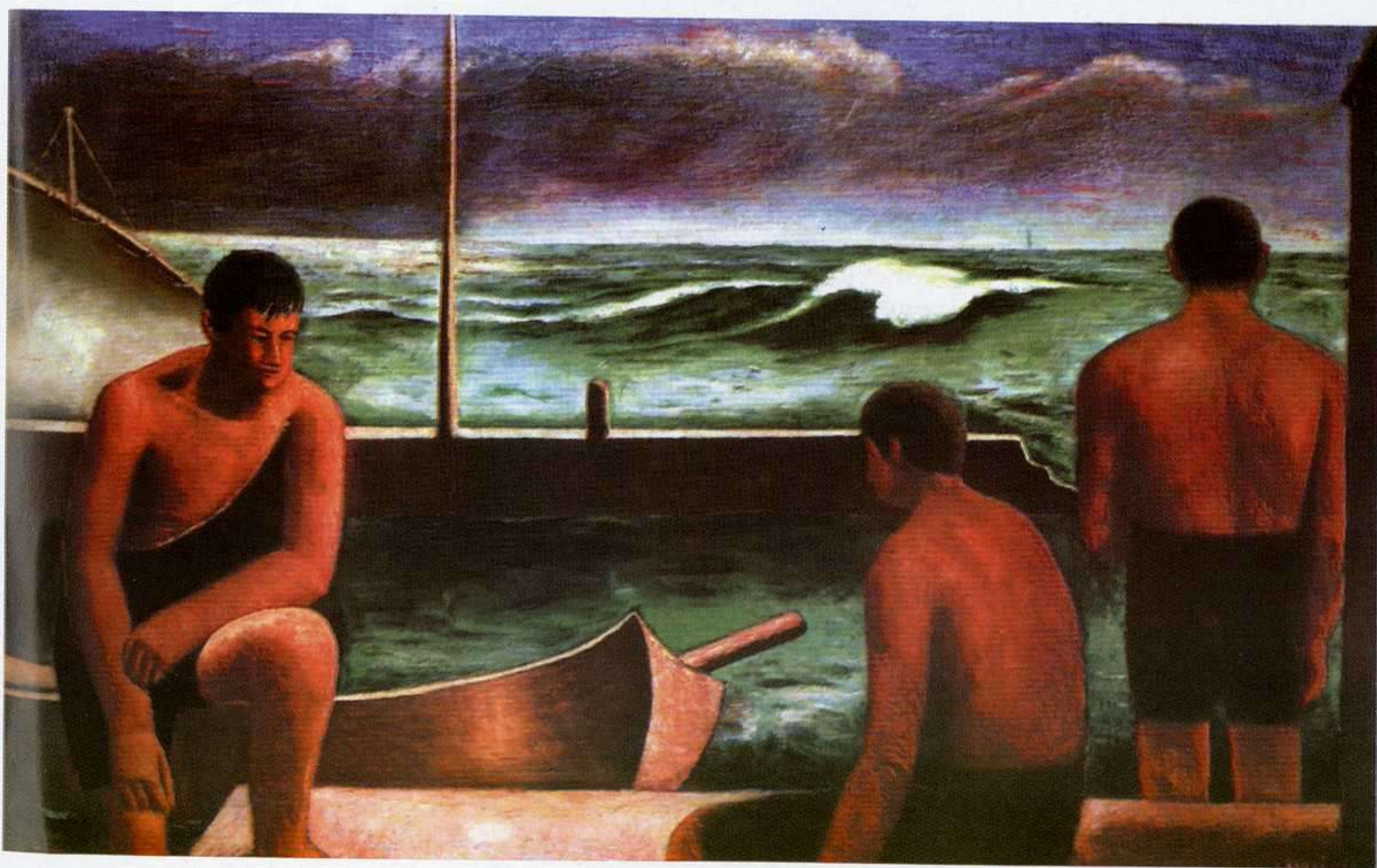
Pudiste deshacerme en una llamarada.
Así los pasajeros del avión que el rayo ha
herido,
funden en una sola luz vivísima la
exhalación que mata y tu presencia
súbita.
Pero, no, tú quisiste mostrarme los
escalones, las moradas crecientes de
tu terrible amor.
Apresura tu obra: ya es muy tarde.

Ya es hora, ya es muy tarde.
Acaba ya tu obra, como el rayo.
Desflécame, desfleca tu marea surgente,
aviva, aviva su negro plomo,
rómpela en torres de cristal, despícala

en broncos maretazos
que socaven los rotos resalseros,
desmantela ciclópeos rompeolas, osados
malecones,
rompe, destruye, acaba esta isla ignorante,
ensimismada
en sus flores, en sus palmeras, en su cielo,
en sus aldeas blancas y en sus tiernos
caminos,

y barran su cubierta en naufragio tus
grandes olas,
tus olas alegres, tus olas juveniles que sin
cesar deshacen y crean,
tus olas jubilosas que cantan el himno de
tu fuerza y de tu eternidad.
Sí, ámame, abrásame, deshazme.
Y sea yo isla borrada de tu océano.

115



CARLO CARRÀ
Nadadores, 1929

Federico García Lorca

Fuentevaqueros, Granada. 1898-1936

Mediterráneo

116

¡Mar latino!

¡Palmeras

y olivos!

El grito de la palma

o el silencio del pino.

Siento como una inmensa

columna subir tu ruido

por encima de todos

los mares.

¡Mar latino!

Entre las torres blancas y el capitel corintio

te cruzó patinando la voz de Jesucristo.

¡Mar latino!

El gran falo del cielo

te dio su calor. Tu ritmo

fluye en ondas concéntricas

de Venus, que es tu ombligo.

¡Mar latino!

Guardas gestos inmortales

y eres humilde. Yo he visto

salir marineros ciegos

y volver a su destino.

¡Oh Pedro de los mares!

¡Oh magnífico

desierto coronado

de palmeras y olivos!

El mar recordó ¡de pronto! los nombres de todos sus ahogados



¡También se muere el mar!

LITORAL



Roberto Gervás Guzmán
1975

Concha Méndez

Madrid. 1898-1986

A todas las albas voy
a sentarme en la ribera.
No sé qué dicen que soy.
Yo sólo soy marinera.

Mi vida por ver el mar,
y cien vidas que tuviera.

Y no me quedaré en tierra,
no me quedaré, no, amante,
que me han hecho capitana
de la marina mercante,
y he de marchar en un alba
por los mares adelante.



FRANZ MARC

Mujer al viento junto al mar, 1907

Luis Palés Matos

Puerto Rico. 1898-1959

Voces del mar

Pueblo de pescadores

Tierras oscuras, bruma constante, aguas espesas,
y allá el pueblo trepado sobre las rocas como
un cangrejo. Los hombres tienen naturalezas
torvas, bajo el influjo de los cielos de plomo.

El día con molestos resoles verticales
rebota en las techumbres con irritado grito;
el sexo abre sus goces profundos y abismales
bajo la noche hueca como un pozo infinito.

Fermentan las tabernas, el vicio se desborda
como un tonel encima de la embriagada horda
de marinos en largas abstinencias sexuales,

y se oye en el silencio de medrosa calleja
un grito desgarrado de mujer que se queja
en medio de espantosos dolores puerperales.

Mediodía marino

El sol, áspero y joven, descompone sus oros
sobre el mar. El paisaje brilla como en un cuento
mitológico, y cunde un vago encantamiento
de hazañas piratescas y chorreantes tesoros.

Yo pienso en los piratas de negra hiel salvaje
que poblaron el agua de episodios sombríos,
y evoco una convulsa tragedia de abordaje
bajo el fulgor siniestro de incendiados navíos.

El mar se achata laxo bajo el sol, una lenta
modorra va ganando la mente soñolienta
que en un vapor oscuro disuelve su emoción...

El paisaje se pone quimérico y lejano,
y se oye sobre el ronco silencio del océano
un cantar langoroso de inefable atracción.



GREGORIO PRIETO

Faro, 1928-1930

Jorge Luis Borges

Buenos Aires, Argentina. 1899-1986

El mar

120

Antes que el sueño (o el terror) tejiera
Mitologías y cosmogonías,
Antes que el tiempo se acuñara en días,
El mar, el siempre mar, ya estaba y era.
¿Quién es el mar? ¿Quién es aquel violento
Y antiguo ser que roe los pilares
De la tierra y es uno y muchos mares
Y abismo y resplandor y azar y viento?
Quien lo mira lo ve por vez primera,
Siempre. Con el asombro que las cosas
Elementales dejan, las hermosas
Tardes, la luna, el fuego de una hoguera.
¿Quién es el mar, quién soy? Lo sabré el día
Ulterior que sucede a la agonía.



N. COURRIER. 1852

El mar

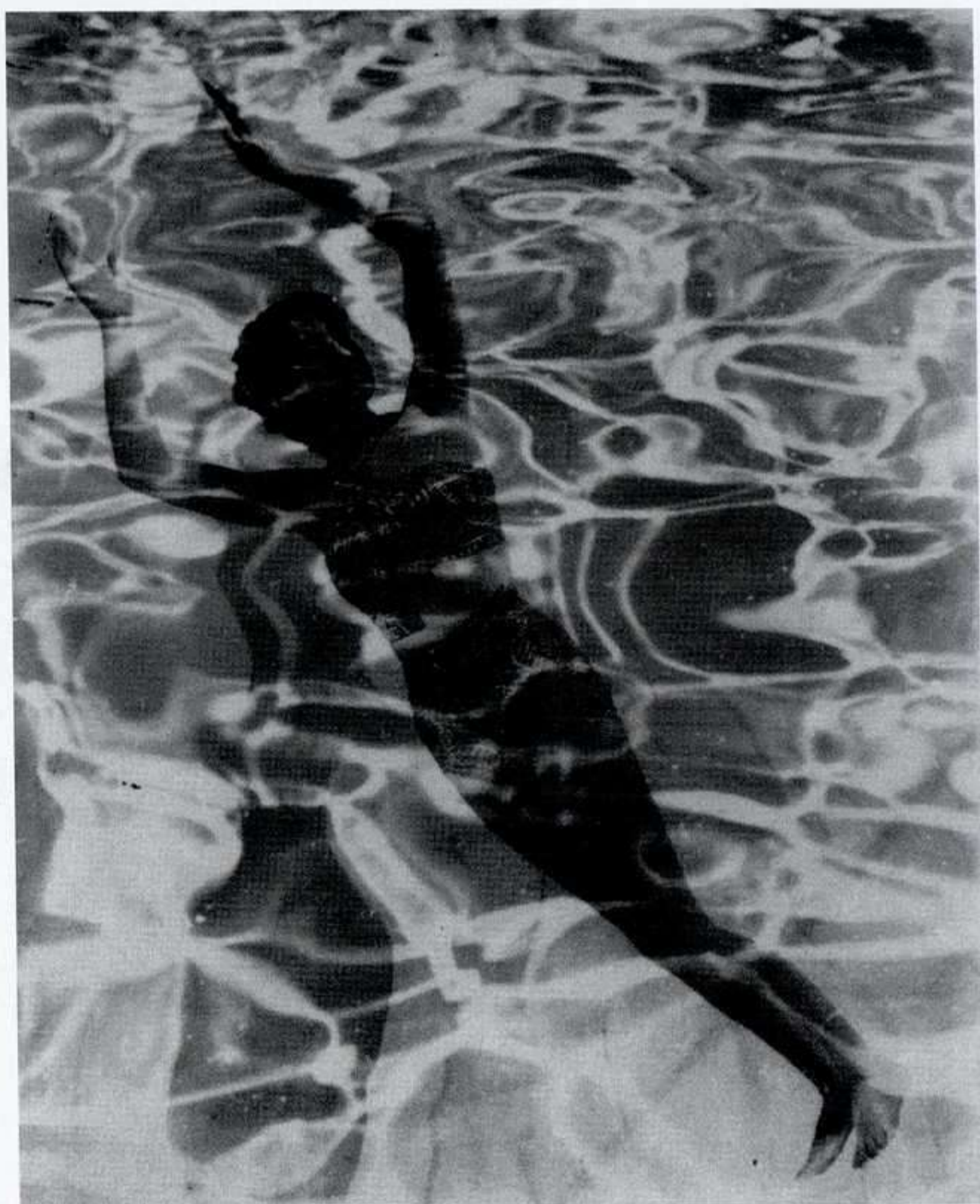
El mar. El joven mar. El mar de Ulises
Y el de aquel otro Ulises que la gente
Del Islam apodó famosamente
Es-Sindibad del Mar. El mar de grises
Olas de Erico el Rojo, alto en su proa,
Y el de aquel caballero que escribía
A la vez la epopeya y la elegía
De su patria, en la ciénaga de Goa.
El mar de Trafalgar. El que Inglaterra
Cantó a lo largo de su larga historia,
El arduo mar que ensangrentó de gloria
En el diario ejercicio de la guerra.
El incesante mar que en la serena
Mañana surca la infinita arena.

Herman Melville

Siempre lo cercó el mar de sus mayores,
Los sajones, que al mar dieron el nombre
Ruta de la ballena, en que se aúnan
Las dos enormes cosas, la ballena
Y los mares que largamente surca.
Siempre fue suyo el mar. Cuando sus ojos
Vieron en alta mar las grandes aguas
Ya lo había anhelado y poseído
En aquel otro mar, que es la Escritura,
O en el dintorno de los arquetipos.
Hombre, se dio a los mares del planeta
Y a las agotadoras singladuras
Y conoció el arpón enrojecido
Por Leviathán y la rayada arena
Y el olor de las noches y del alba
Y el horizonte en que el azar acecha
Y la felicidad de ser valiente
Y el gusto, al fin, de divisar a Itaca.
Debelador del mar, pisó la tierra
Firme que es la raíz de las montañas
Y en la que marca un vago derrotero,
Quieta en el tiempo, una dormida brújula.
A la heredada sombra de los huertos,
Melville cruza las tardes de New England
Pero lo habita el mar. Es el oprobio
Del mutilado capitán del *Pequod*,
El mar indescifrable y las borrascas
Y la abominación de la blancura.
Es el gran libro. Es el azul Proteo.

121

El incesante mar que en la serena mañana surca la infinita arena



DORA MAAR
La Bañista, 1932

Rafael Porlán

Córdoba. 1899-1945

Puerto

Telégrafos del bar, los anaqueles
izan las que licor pinta maderas,
brasas de yelo en yelo prisioneras
de que tálamo y tumba son cocteles.
Falsa canela, calvo de claveles,
de pacíficas islas licoreras
el ardor en balizas mensajeras:
sin matrículas, fauna de bajeles
os jura faros, alas añadiendo
al patín de su recta singladura
por la pista que el alga transparenta,
constelación amiga prometiendo
—luces de posición de la ventura—
buen tiempo fijo en aguas de la menta.

Emilio Prados

Málaga. 1899-1962

Mar como el mar

A pedazos la luz del mediodía
cubre mi soledad de que se adueña,
y un mar que no es el mar ni su recuerdo
llamando está llenando mi presente.

Como es el mar ¡tan lento! no se apura..
¿Desde qué origen viene? ¿De qué sombra?
¿No se desteje el mar cada mañana?
Como es el mar —porque es el mar—, resiste.

Por sus olas contadas —por sus pasos—:
pisa dentro de mí, mar de mi sangre.
Azul y azul, los pulsos de mi lengua
—hálito en mar azul— cantando sangran.

¿Quién levanta estas ondas del deseo?...
Un soñar que no es sueño ni nostalgia
del mar propio que tengo: a mí se acerca
y por fuera de mí llega soñando.

¿Son costumbres del mar como del tiempo
la distancia y la sed que por mí clava?
Y tiendo al mar la imagen de mi mano.
Regreso azul y un barco la nivelan.

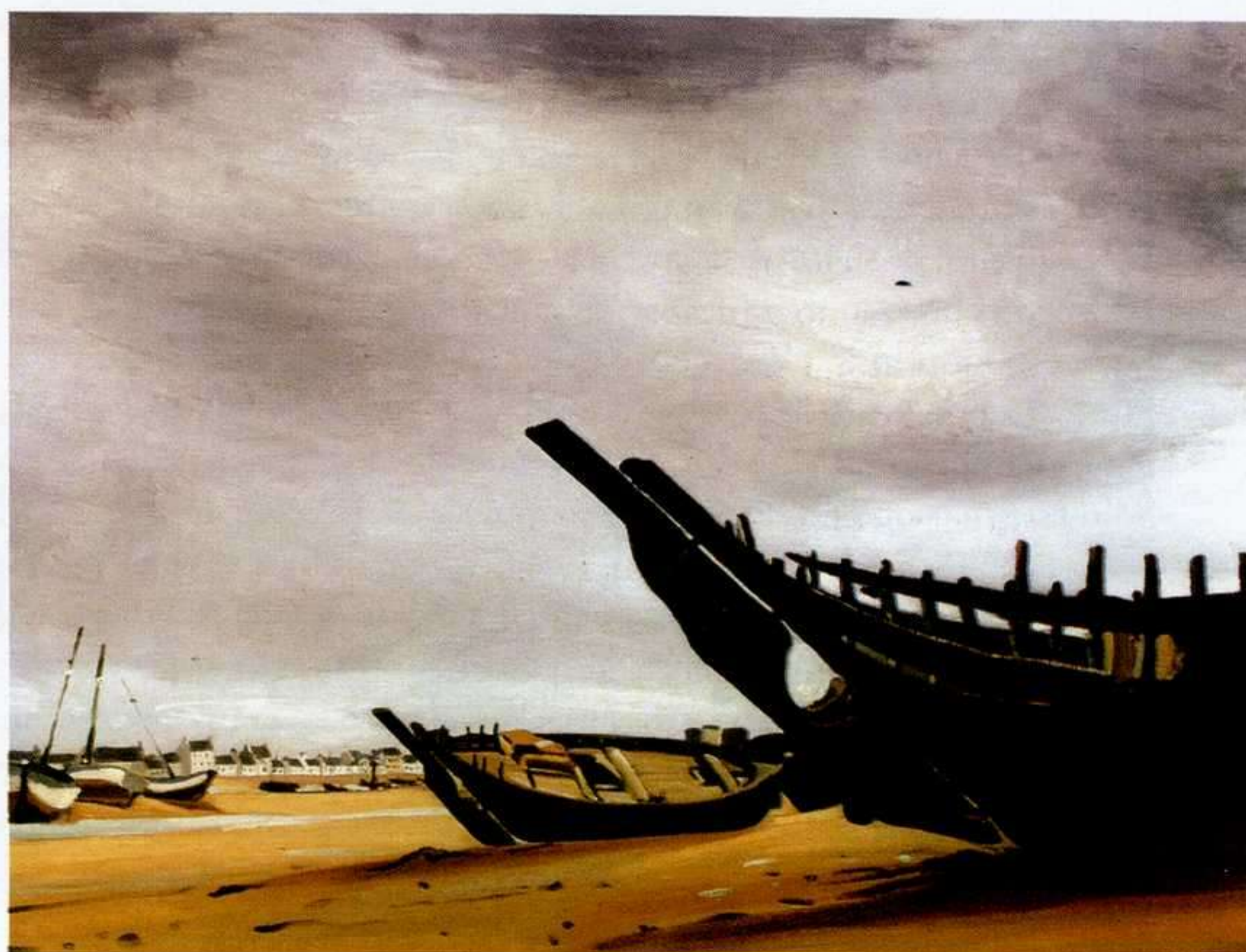
El mar viene hacia el mar como el mar vivo.
Salgo hacia el mar, soy mar y el mar no
encuentro...

Descoyunto a mi forma interior del mar
externo y, mar del mar, sin el mar soy.

Canto del mar, canté del mar que tuve,
canción: tú me has dejado lo que digo.
Soy el mar como el mar, nada me apura.
Llegó el mar, se fue el mar, sigo en mi cuerpo.

Azul, azul, azul: tu espuma canta,
borra mi voz y acaba el mediodía.

123



ANDRÉ DERRAIN

Barques échouées à Camaret, 1936

Francisco Luis Bernárdez

Buenos Aires, Argentina. 1900-1978

El mar

124

El mar sin tiempo y sin espacio nos acaricia con sus olas comprensivas.
Su soledad es tan inmensa que se confunde con sus aguas infinitas.
Nadie lo habita, ni lo surca; nadie lo llama, ni lo escucha, ni lo mira.
Vive desnudo como el alma, con su profunda inmensidad por compañía.
No hay bienvenidas en sus puertos; ni en sus oscuros malecones despedidas.
Tanto las playas que desea como las playas que abandona están vacías.
Mudas están sus caracolas, y ya no alumbran sus estrellas submarinas.
De los veleros que lo amaron apenas hay reminiscencias imprecisas.
La tierra ignora nuestras dudas y el firmamento nuestras largas agonías.
Sólo este mar que nos comprende puede medir la soledad de nuestras vidas.

El mar inunda nuestros ojos con la ternura temblorosa de sus aguas.
Y nos contempla largamente con la dulzura elemental de su mirada.
El poderoso sentimiento del mar sin fin tiene un momento forma humana.
Y entre las aguas invasoras nuestra emoción es más profunda y más amarga.
Para el dolor alternativo de las mareas nuestro ser es una playa.
De nuestras venas son las olas que se suceden en las costas más lejanas.
Algo más grande que nosotros está despierto en nuestra voz abandonada.
Una pasión de carne y hueso tiembla en el pulso de las olas solitarias.
Manos de viento nos golpean el corazón y nos oprimen la garganta.
Sólo este mar que nos contempla sabe medir la soledad de nuestras lágrimas.

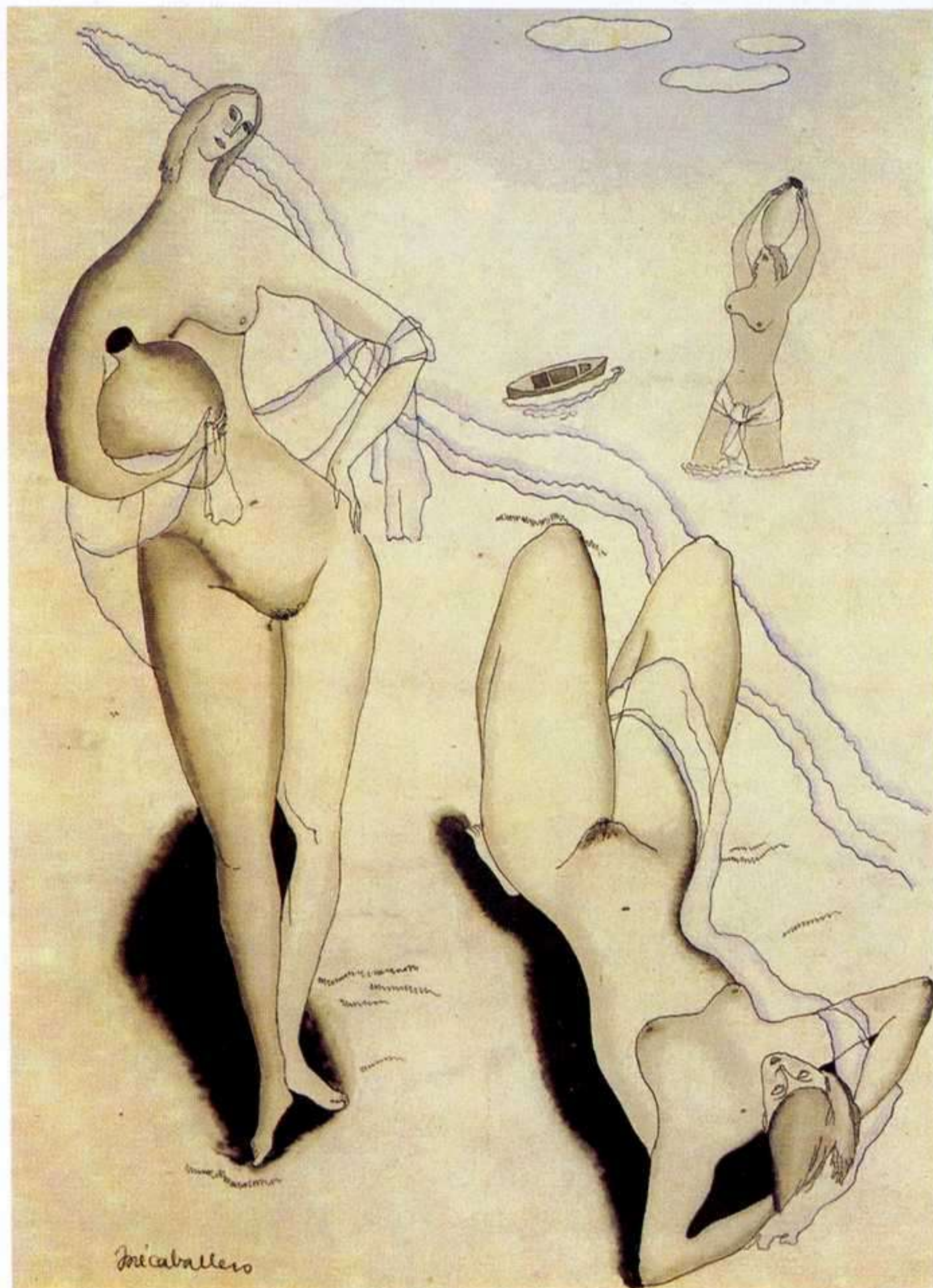
El mar escucha sin descanso la silenciosa confesión de los recuerdos.
Una emoción incontenible, pero sin voz, sube del fondo de su pecho.
Donde las aguas son profundas como la muerte y el amor, hay un velero.
Bajo las olas pensativas el gran navío de la infancia está durmiendo.
En el abismo es su dulzura como un violín abandonado en un desierto.
Nido en el bosque tenebroso, llanto infantil en un camino solo y negro.
Su cuerpo mudo y solitario vive la vida de las flores y los ciegos.
Por lo callado y por lo solo parece un alma ensimismada en vez de un cuerpo.
Para su amor interminable todos los puertos de la tierra son pequeños.
Sólo este mar que nos escucha puede medir la soledad de nuestros sueños.

El mar pregunta por nosotros en el lenguaje de sus olas más oscuras.
(De tan sombrías, ni siquiera tienen la gracia luminosa de la espuma.)
Profundos son sus ojos negros, pero su voz es todavía más profunda.
Es necesario haber sufrido sin compasión para saber lo que murmura.

Las olas vienen de muy lejos a descansar en nuestro ser, una por una.
Vienen sin restos de naufragios y bajo cielos sin estrellas y sin luna.
No vieron islas encantadas, ni blancas velas, ni gaviotas vagabundas.
Desierto igual es imposible fuera del ser por quien suspiran y preguntan.
Sobre las olas desoladas el firmamento está distante como nunca.
Sólo este mar que nos invoca puede medir la soledad de nuestra angustia.

El mar sin rumbo y sin amparo busca refugio silencioso en nuestra frente.
Y el movimiento de las olas infatigables se apacigua lentamente.
Sobre las aguas angustiosas una quietud espiritual dicta sus leyes.
La eternidad las tranquiliza con la virtud maravillosa de su aceite.
En las tinieblas infinitas un gran misterio abre las alas para siempre.
Y en el abismo solitario todas las formas del olvido están presentes.
En vez de voces hay silencio, y aterradora soledad en vez de seres.
Donde hubo pájaros hay viento, y obscuridad y obscuridad donde hubo peces.
Nuestro dolor y el de las aguas están unidos en la paz de las rompientes.
Sólo este mar que nos conoce puede medir la soledad de nuestra muerte.

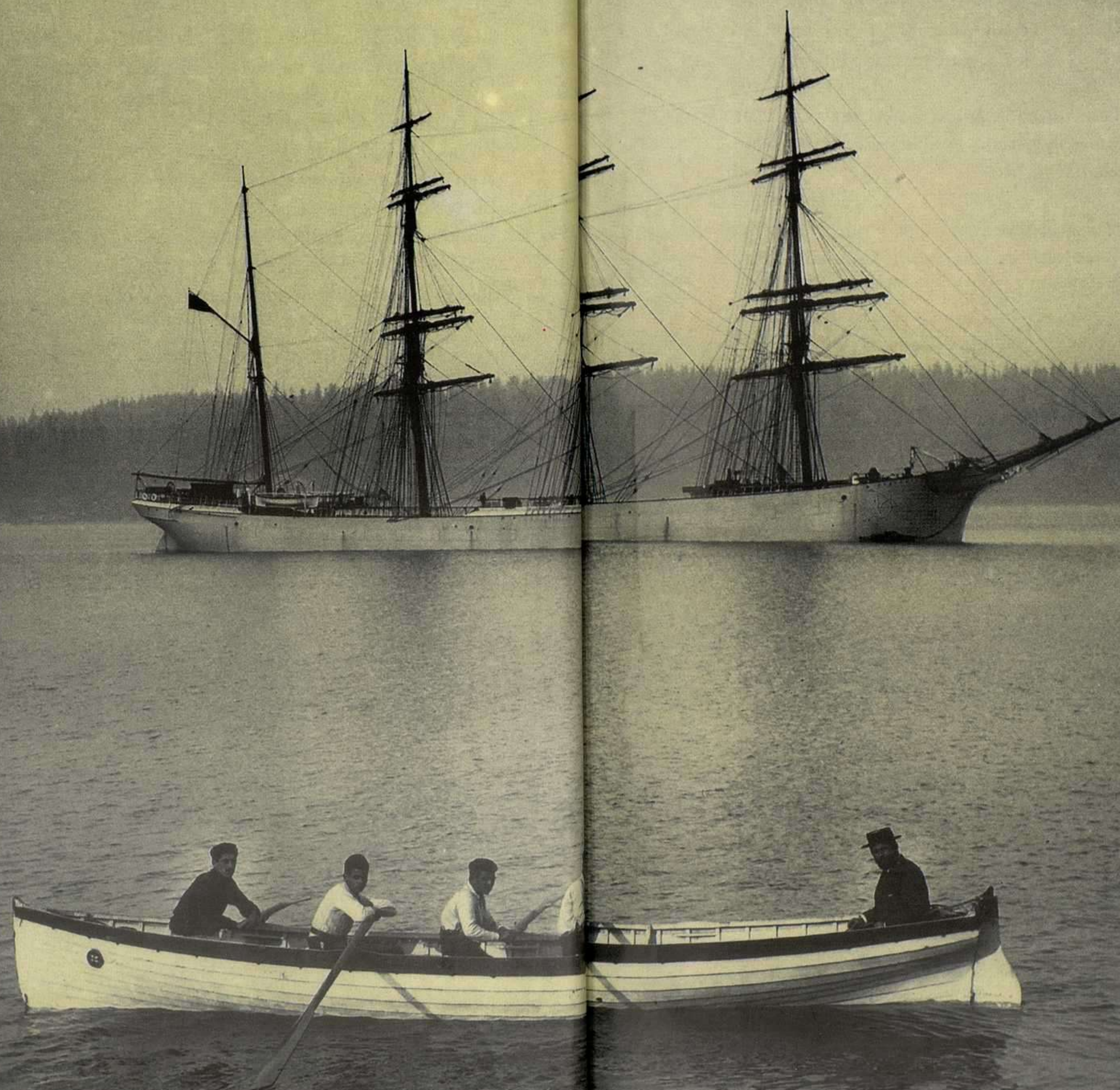
125



JOSÉ CABALLERO
Desnudos en la playa, 1932

Sólo este mar que nos comprende puede medir la soledad de nuestras vidas

Francisco Luis Bernárdez



WILHELM HESTER
Fonteviot, h. 1904

Leopoldo Marechal

Argentina. 1900-1970

Del amor navegante

Porque no está el Amado en el Amante
Ni el Amante reposa en el Amado,
Tiende Amor su velamen castigado
Y afronta el ceño de la mar tonante.

Llora el Amor en su navío errante
Y a la tormenta libra su cuidado,
Porque son dos: Amante desterrado
Y Amado con perfil de navegante.

Si fuesen uno, Amor, no existiría
Ni llanto ni bajel ni lejanía,
Sino la beatitud de la azucena.

¡Oh amor sin remo, en la Unidad gozosa!
¡Oh círculo apretado de la rosa!
Con el número Dos nace la pena.

128



JOSÉ MORENO VILLA
Butes y la sirena, 1932

Guillermo de Torre

Madrid. 1900-1971

Playa

El mar de sonrisas sinusoidales se desfleca
en cabelleras de espumas
que peinan las gaviotas circunflejas
Entre la fimbria de olas jóvenes asoma el
escote de la bahía
En la rubia playa se destrenza la cabellera
solar sobre las crenchas rompientes
Meridio
Brisa del barnizaje
Un astro decapitado vuela al extremo de la
cuerda con que unos niños aventan
su cometa
Las fibras del color laten con una máxima
fulguración plenisolar
Los cuerpos desnudos se envuelven en el
viento sádico
aprendiz de estatuario que modela las
formas ambulantes
Triángulo de las barcas vigías
Las miradas prismáticas se enredan en el
gallardete final de las maromas
El puerto escondido nos heliografía con
sus mástiles
Las sombras juegan entre las casetas y un
oleaje artificial se desriza en los
toldos
El vulturno pulveriza el ímpetu sensual
Al nadar contra corriente vienen a
anidarse en las palmas de las manos
las formas hesperidias: Se tactean los
senos del agua y sus opalescencias
mórbidas acarician los sentidos
inmersos
Ante las danzarinas del maillot las olas se
arrodillan catecúmenas
Nadadora en tu estela blanquean los
cables de miradas

y abre filas el oleaje galante
Y tu gentil amiga nostálgica sobre la arena
en tus ojos hialinos llevas tatuadas
las mareas
En el friso de paseantes femeninas una
bandada de tules modula polifónicas
transparencias
El encanto de la mañana cristaliza en estas
nereidas de organdí que tejen arcos
aurirrosados
Las sombrillas se abren como frutos
maduros y en sus pulpas se destríen
las miradas incitantes
El sol infatigable lanza dardos
y seca con su lengua dorada las arenas de
la resaca
Las horas juguetonas saltan en la comba
de la bahía enlazadas por el talle
El mar combina alquímicamente los
resortes de sus coloraciones
y nos abanica con su cola de algas
Una isla de juguete borbotea en mis
manos
Y con el último grito de la pleamar vienen
a saludarme los blandros



BENJAMÍN PALENCIA
Marina, 1935-1940

Pedro Garfias

Salamanca. 1901-1967

Mar

Todos los pueblos
volando sobre el mar
volando sobre el mar encadenado

130

menos tú pueblo mío
bajo mi frente anclado

Las banderas del viento cantan sobre las olas
Y de los hombros de los horizontes
cuelgan mantos de espuma

Mar

El mar es una estrella
la estrella de mil puntas



PAUL KLEE
El gris y la costa, 1938

José Gorostiza

México. 1901-1973

La orilla del mar

No es agua ni arena
la orilla del mar.

El agua sonora
de espuma sencilla,
el agua no puede
formarse la orilla.
Y porque descanse
en muelle lugar,
no es agua ni arena
la orilla del mar.

Las cosas discretas,
amables, sencillas;
las cosas se juntan
como las orillas.

Lo mismo los labios,
si quieren besar.
No es agua ni arena
la orilla del mar.

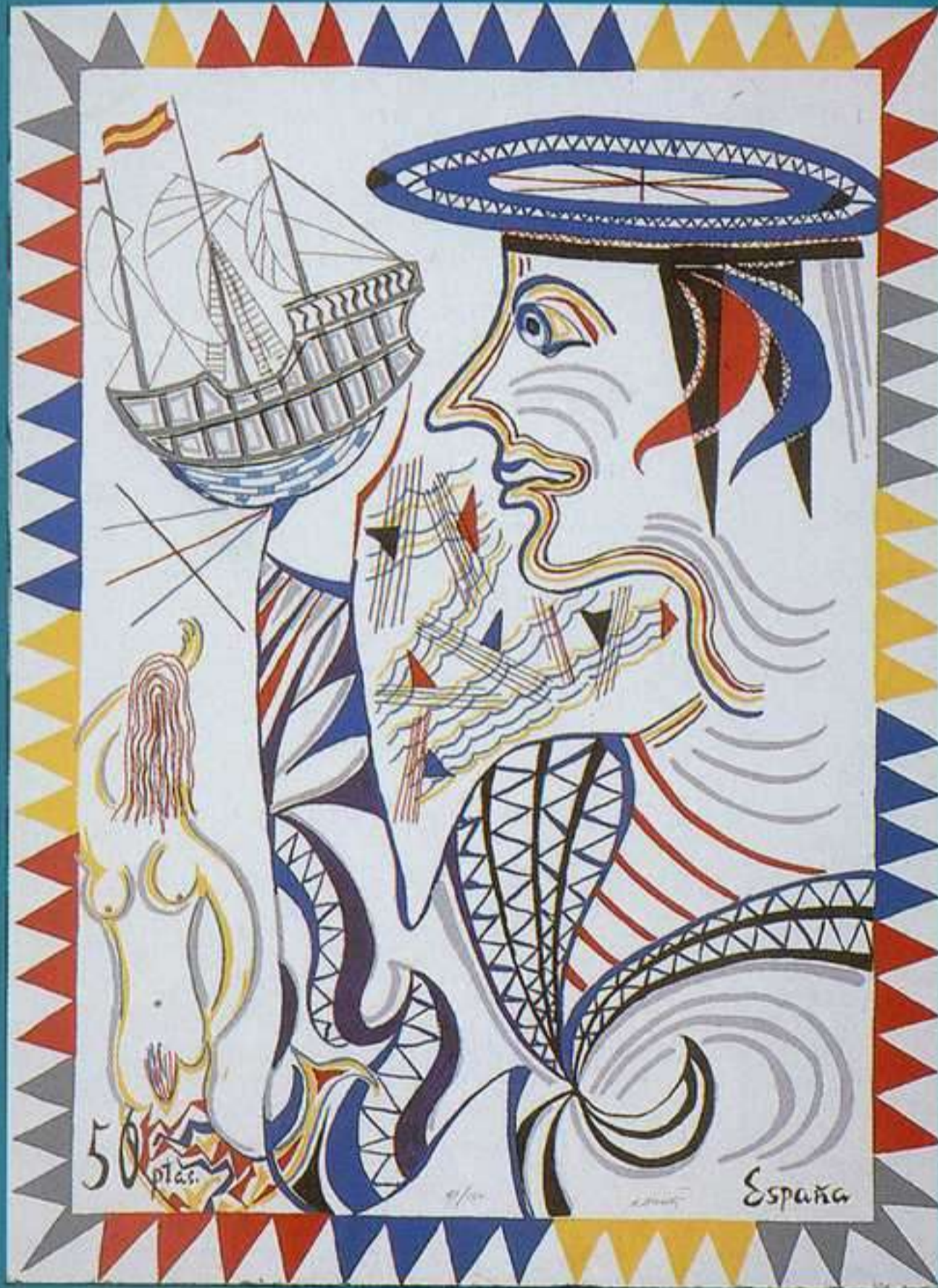
Yo sólo me miro
por cosa de muerto;
solo, desolado,
como en un desierto.

A mí venga el lloro
pues debo penar.
No es agua ni arena
la orilla del mar.

Rafael Alberti

Puerto de Santa María, Cádiz. 1902-1999

Arión (Versos sueltos del mar)



1

¡El ritmo, mar, el ritmo, el verso, el verso!

2

Dale a mi verso, mar, la ligereza,
la gracia de, tu ritmo, renovado.

3

Yo soy, mar, bien lo sabes, tu discípulo.
¡Que nunca diga, mar, que no eres mi maestro!

5

Me siento, mar, a oírte.
¿Te sentarás tú, mar, para escucharme?

6

Tienes la vanidad, el ancho orgullo
de saber que mis versos son siempre para ti.

7

Te vas dejando playa, tierra que te ha tenido.

9

Equivocado, el mar suelta una golondrina.

13

Si te escucharas, mar, si tu lenguaje
pudiera, mar, ser otro,
¿qué palabras dirías?

17

Yace aquí el mar. Ni él mismo
supo jamás el número de olas
que deshizo su sueño.

19

Yace el mar. Nadie tuvo,
como él, una caja
clavada con estrellas.

20

Yace aquí el mar. La muerte
sentada está mirándolo en la orilla.

21

Yace aquí el mar. Debiera
yacer también sobre su tumba el cielo.

23

¿Quién será, mar, capaz de escribir tu epitafio?

24

Quiero, mar, que en mi día,
que en esa misma hora,
te mueras tú también.

26

Hoy, mar, amaneciste con más niños que olas.

31

De niño, mar, ¿no sabes?,
yo te pintaba siempre a la acuarela.

38

Ronco, y hasta sin voz, de escupir muertos.

40

¿Qué estás pensando, mar, de los veraneantes?

41

¿Te gustaría, mar, montarte en bicicleta,
darte un largo paseo por las ramblas,
alquilar luego una sombrilla verde
y tumbarte en la playa,
como una mar cualquiera,
a descansar del baño?

42

Después de todo, mar, una cerveza
te vendría muy bien bajo las lonas
rayadas de estos toldos.

47

La gaviota piensa, reflejada
en un trozo de espejo
que el mar tiró en la orilla:

«Yo soy el mar. ¡El mar!»
Su espuma mensajera.

48

Vivir en pleamar, seguir viviendo...

49

Nunca morir en bajamar, no, nunca...

51

Hoy, por ejemplo, mar, nos convendría
tanto a ti como a mí,
hablar de nuestros muertos.

55

De lejos, tiene el mar conversación de bosque.
¿Tiene el bosque en su umbría conversación de mar?

56

Mar, frente a ti he echado, ¡ay!, las primeras canas.

60

Otras tardes, el mar tiene gusto a familia
asomada a la playa.

65

Espero siempre, mar, que arrojes algo
que no sea una perla,
un pez, un hombre ahogado...

70

Pienso, mar, que la tierra
no puede devolverte
un rumor tan dichoso como el tuyo.

Gimiendo por ver el mar,
un marinerito en tierra
iza al aire este lamento:
¡Ay mi Glusa marinera!
Siempre me la inflaba el viento
al divisar la escollera.



74

¡Oh mar de los encuentros espantables!
Me estás hablando ahora en alemán
con palabras inglesas.

77

Se moría la mar aquella tarde
porque alguien la tratara en masculino.

80

Debieras, mar, a veces, oler a mal tabaco.

84

Te salen barcos, barcos temerosos
de todas partes, mar,
pero, al fin, ¡barcos!

90

Pronto, mar, romperás en las orillas
tus árboles de otoño.

101

Siéntate, mar, y vamos
a contarnos la vida a la luz de la lámpara.

102

Ahora súbete, mar, a la azotea,
mientras que yo me tiendo en tu horizonte
para que me divises desde lejos.

103

¿Nunca, mar, has pensado ser veleta
para advertirte el rumbo de los vientos?

109

Siempre dispuesto, mar, a ver sirenas.

Luis Cernuda

Sevilla. 1902-1963



RAFAEL BARRADAS
Marinero del blusón azul, h. 1930

El joven marino

El mar, y nada más.

Insaciable, insaciable.

Con pie desnudo ibas sobre la olvidadiza arena,
dulcemente trastornado, como el hombre cuando un
placer espera,
tu cabello seguía la invocación frenética del viento;
todo tú vuelto apasionado albatros,
a quien su trágico desear brotaba en alas,
al único maestro respondías:
el mar, única criatura
que pudiera asumir tu vida poseyéndote.

Tuyo sólo en los ojos no te bastaba,
ni en el ligero abrazo del nadador indiferente;
lo querías aún más:
sus infalibles labios transparentes contra los tuyos ávidos,
tu quebrada cintura contra el argénteo escudo de su
vientre,
y la vida escapando,
como sangre sin cárcel,
desde el fatal olvido en que caías.

Ahí estás ya.
No puedes recordar,
porque ahora tú mismo eres quieto recuerdo;
y aquella remota belleza,
en tu cuerpo cifrada como feliz columna,
hoy sólo alienta en mí,
en mí que la revivo bajo esta oscura forma,
que cuando tú vivías
sobre un ara invisible te adivinaba erguido.

No te bastaba
el sol de lengua ardiente sobre el negro diamante de tu
piel,
a lo largo de tantas lentas mañanas, ganadas en ocio
celestes
llenas de un áureo polen, igual que la corola de alguna
flor feliz,
de reposo divino, divina indiferencia;
caído el cuerpo flexible y seguro, como un arma mortal,
ante la gran criatura enigmática, el mar inexpresable,
sin deseo ni pena, igual a un dios,
que sin embargo hubiera conocido, a semejanza del

hombre,
nuestros deseos estériles, nuestras penas perdidas.

Mira también hacia lo lejos
aquellas oscuras tardes, cuando severas nubes,
denso enjambre de negras alas,
silencio y zozobra vertían sobre el mar;
y en tanto las gaviotas encarnaban la angustia del aire
invadido por la tormenta,
recuérdale agitado, al mar, sacudiendo su entraña,
como demente que quisiera arrancar en la luz
el núcleo secreto de su mal,
torciendo en olas su pálido cuerpo,
su inagotable cuerpo dolido,
trastornado ante tu amor, también inagotable,
sin que pudieras llevar sobre su frente atormentada
la concha protectora de una mano.

Las gracias vagabundas de abril
abrieron sus menudas hojas sobre la arena perezosa.
Una juventud nueva corría por las venas de los hombres
invernales;
escapaban tímideces, escalofríos, pudores
ante el puñal radiante del deseo,
palabra ensordecidora para la criatura dolida en cuerpo
y espíritu
por las terribles mordeduras del amor,
porque el deseo se yergue sobre los despojos de la
tormenta
cuando arde el sol en las playas del mundo.
Más ¿qué importan a mi vida las playas del mundo?
Es ésta solamente quien clava mi memoria,
porque en ella te vi cruzar, sombrío como una negra
aurora,
arrastrando las alas de tu hermosura
sobre su dilatada curva, semejante a una pomposa rama
abierta bajo la luz,
con su armadura de altas rocas
caída hacia las dunas de adelfas y de palmas,
en lánguido paraje del perezoso sur.

Aún ven mis ojos las salinas de sonrosadas aguas,
los leves molinos de viento
y aquellos menudos cuerpos oscuros,
parsimoniosamente movibles,
junto a los bueyes fulvos,
transportando los lunáticos bloques de sal
sobre las vagonetas, tristes como todo lo que pertenece a
los trabajos de la tierra,
hasta las anchas barcas resbaladizas sobre el pecho del
mar.

Quién podría vivir en la tierra
si no fuera por el mar.

Cuántas veces te vi,
acariciados los ligeros tobillos por el ancho círculo de
tu pantalón marino,
el pecho y los hombros dilatados sobre la armoniosa
cintura,
cubierto voluptuosamente de lana azul como de yedra,
el desdén esculpido sobre los duros labios,
anegarte frente al mar en una contemplación
más honda que la del hombre frente al cuerpo que ama.

Cambiantes sentimientos nos enlazan con este o aquel
cuerpo,
y todos ellos no son sino sombras que velan
la forma suprema del amor, que por sí mismo late,
ciego ante las mudanzas de los cuerpos,
iluminado por el ardor de su propia llama invencible.

Yo te adoraba como cifra de todo cuerpo bello,
sin velos que mudaran la recóndita imagen del amor;
más que al mismo amor, más, ¿me oyes?,
insaciable como tú mismo,
inagotable como tú mismo;
aun sabiendo que el mar era el único ser de la creación
digno de ti
y tu cuerpo el único digno de su inhumana soberbia.

Era el atardecer. Las aves del día
huyeron ante el furtivo pensamiento de la sombra.
Los hombres descansaban en sus cabañas,
entre la mujer y los hijos,
desnudos los pies bajo la luz funeral del acetileno,
acechando el sueño en sus yacijas junto al mar;
como si no pudieran dormir lejos de lo que les hace
vivir
y de lo que les hace morir.

Un gran silencio, una gran calma
daba con su presencia al mar;
pero también latía por el aire adormecido y fresco del
letal anochecer
un miedo oscuro
a no se sabe qué pálidos gigantes,
dueños de grisáceas serpientes y negros hipocampos,
abriendo las sombrías aguas,
en lucha sus miembros retorcidos con rebeldes potencias
animales del abismo.

Quién podría vivir en la tierra

Las barcas, como leves espectros,
surgían lentamente desde la arena soñolienta,
voluptuosos cuerpos tibios,
con la gracia del animal que sabe volver los ojos
implorantes
hacia las manos de su dueño, dispensadoras de protección
y de caricias,
y piensa tristemente que se alejan sin poder retenerlas.

No a estas horas,
no a estas horas de tregua cobarde,
al amanecer es cuando debías ir hacia el mar, joven
marino,
desnudo como una flor;
y entonces es cuando debías amarle, cuando el mar debía
poseerte,
cuerpo a cuerpo,
hasta confundir su vida con la tuya
y despertar en ti su inmenso amor
el breve espasmo de tu placer sometido,
desposados el uno con el otro,
vida con vida, muerte con muerte.

Y una vez, como rosa dejada,
flotó tu cuerpo, apenas deformado por las nupciales
caricias del mar,
mas pálidos los labios, lo mismo que si hubieran dado
paso
a toda su pasión, el ave de la vida;
igualmente hermoso así, joven marino,
desgarradoramente triste con tu belleza inhabitada,
como cuando tornasolaba la vida tus miembros melódicos.

Cambian las vidas, pero la muerte es única.
Aún oigo aquella voz exangüe, que en su vago delirio
llegó hasta mí, a través de las velas caídas en la arena,
como alas arrancadas;
alguien que conocía tu ausencia, porque sus ojos te vieron
muerto, tal una rosa abandonada sobre el mar,
decía lentamente: «Era más ligero que el agua.»

Qué desiertos los hombres,
cómo chocan sin verse unos a otros sus frentes de
vergüenza,
y cuán dulce será rodar, igual que tú, del otro lado, en
el olvido.

Así tu muerte despierta en mí el deseo de la muerte,
como tu vida despertaba en mí el deseo de la vida.

si no fuera por el mar.

Nicolás Guillén

Camagüey, Cuba. 1902-1989

Nocturno en los muelles

Bajo la noche tropical, el puerto.
El agua lame la inocente orilla
y el faro insulta al malecón desierto.

138

¡Qué calma tan robusta y tan sencilla!
Pero sobre los muelles solitarios
flota una tormentosa pesadilla.

Pena de cementerios y de osarios,
que enseña en pizarrones angustiosos
cómo un mismo dolor se parte en varios.

Es que aquí están los gritos silenciosos
y el sudor hecho vidrio; las tremendas
horas de muchos hombres musculosos

y débiles, sujetos por las riendas
como potros. Voluntades en freno,
y las heridas pálidas sin vendas.

La gran quietud se agita. En este seno
de paz se mueve y anda un grupo enorme
que come el pan untándolo en veneno.

Ellos duermen ahora en el informe
lecho, sin descansar. Sueñan acaso,
y aquí estalla el espíritu inconforme

que al alba dura tragará su vaso
de sangre diaria en el cuartón oscuro,
y a estrecho ritmo ha de ajustar el paso.

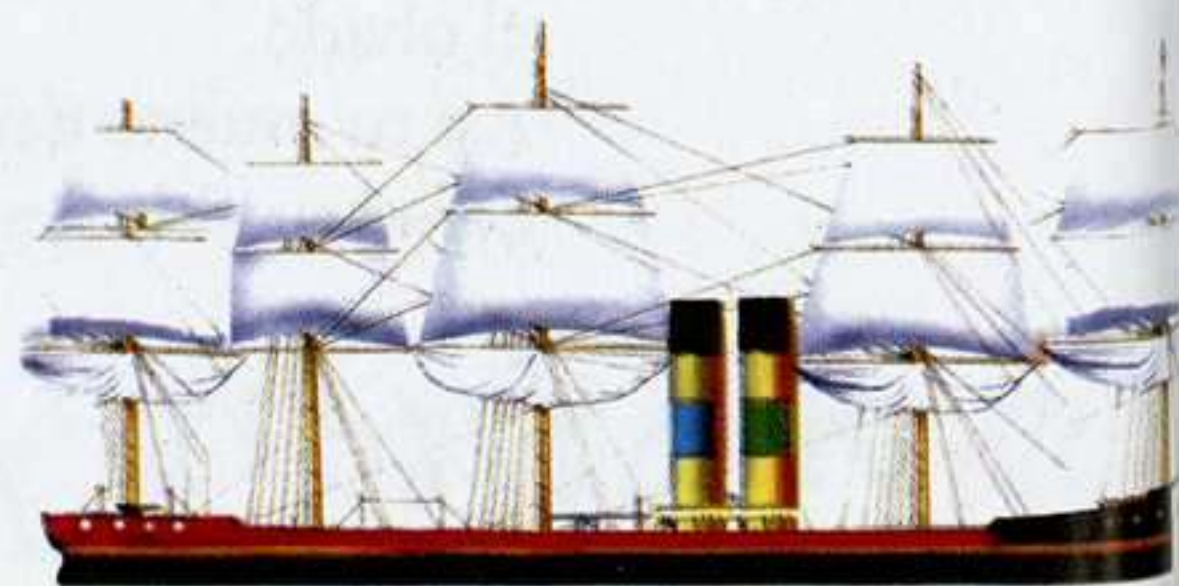
¡Oh puño fuerte, elemental y duro!
¿Quién te sujeta el ademán abierto?
Nadie responde en el dolor del puerto.
El faro grita sobre el mar oscuro.

Agustín de Foxá

Madrid. 1903-1959

Mar de los abuelos

Alferez de navío, cuya vaca
es la ballena; y por reloj la brújula.
La palmera encendida en papagayos
y el negro azul; cañaveral de azúcar.
Marino del Caribe o Filipinas
que cruza suaves playas de criollas
con faldas rojas y pañuelos blancos.
Tu timón huele a clavo y a canela,
Y en la noche del trópico, estrellada,
visitas —un farol bajo las velas—
al marinero enfermo de escorbuto.
Trae el limón del Sur, trae la vainilla
y el arroz de Luzón y sus corales,
el opio de Shangai, con los marfiles
del elefante de Sierra Leona.
¿Lloras por el landó de la cubana,
cuando iba a oír la ópera a Santiago?
Tu negro piano lleno de sextantes
solloza un vals entre los planisferios.
Dame tu lente, que en el horizonte
distingue el surtidor del ballenato
y la bandera inglesa entre la niebla.
Habla con tu alfabeto de banderas
al mirador de la hija del negrero
cuyos rosales ilumina el faro.
Y pinta, a la acuarela, a Oceanía
con una orla verde de delfines
y un indígena rojo sobre el mapa
con un ojo de cíclope en la frente.



César González-Ruano

Madrid. 1903-1965

Santander

Quiéreme, quiéreme ya;
soy joven y mi marido
navega por alta mar.

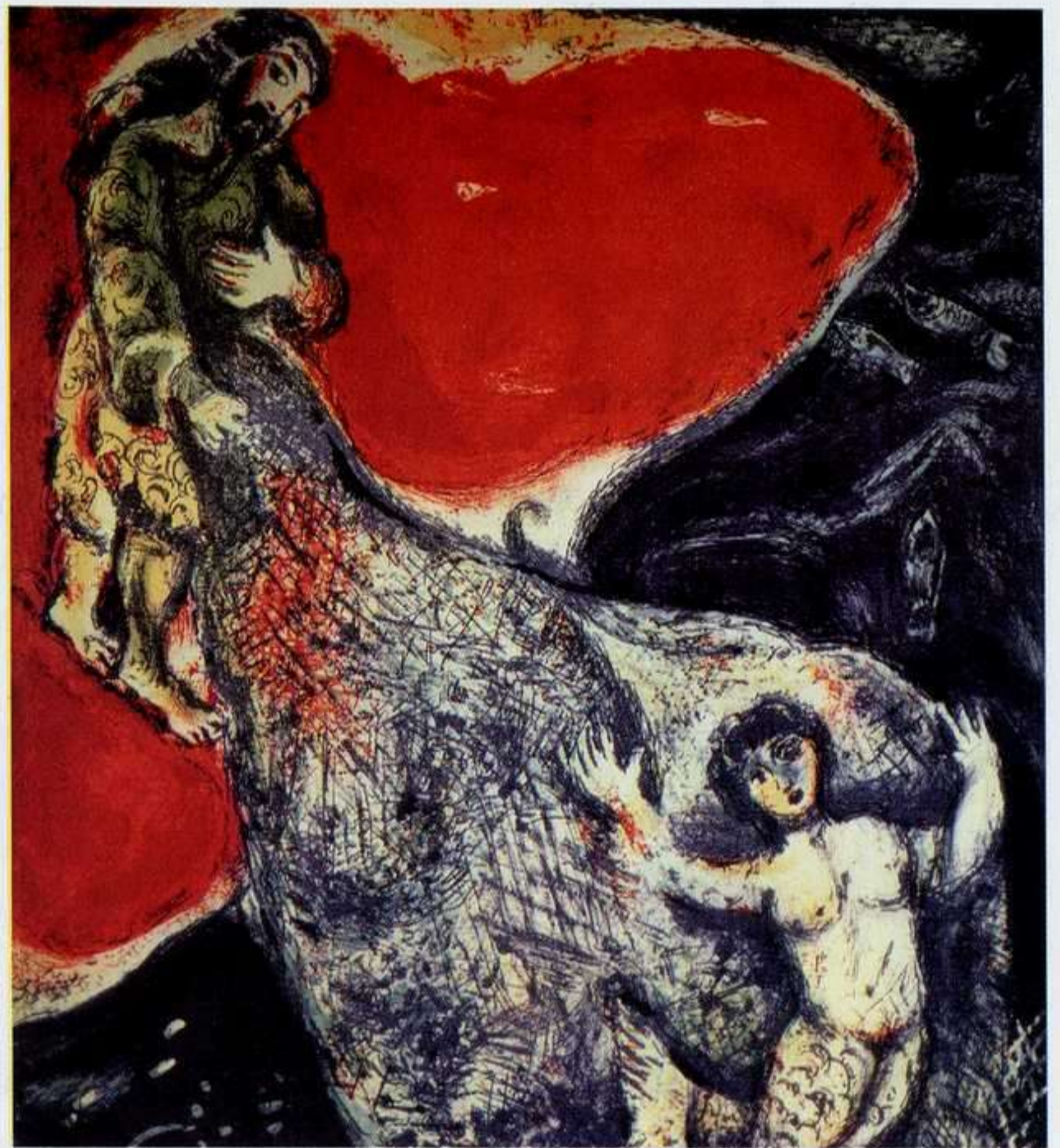
(Barrio de la Concepción:
acordeones marineros
afónicos por el ron.)

Marabú ¡qué guapo eres!
En la Calle de la Blanca
se sabe cuando tú vienes.

Marabú, mi niño guapo,
en el Alta las mujeres
saben cuando tú has pasado.

(La ventana de tu cuarto
es una mala acuarela
donde se destiñe un barco.)

Escríbeme si te vas:
te quiero y tengo el marido
navegando en alta mar.



MARC CHAGALL, 1887-1985

Después de los naufragios

De los muertos el alma sorprendida
hirviendo en la galerna su ancha frente,
tiene el coral en sangre permanente
huellas sin duda y mano retorcida.

En perla la ostra de llorar partida
guarda, cal femenina, el incidente
del tránsito en el sueño, y tiernamente
claveles claman de la voz perdida.

Nácares luce en préstamo pagado
de armaduras de plata en el pescado,
la Luna de los puertos, y los ríos

entran ya constelados de navíos
para llevar ginebra y municiones
a los muertos que luchan con tritones.

Juan Rejano

Puente Genil, Córdoba. 1903-1976

Mar íntimo

La palma de mi mano
te contiene; te siento
latir igual que un pájaro
oprimido. Primero

fue tu imagen el vaso
que aprisionó mi vida;
ahora, la tuya, oculta
tras mi frente, respira.

Desde la tierra grave,
en que el olivo sueña,
llegué a tu orilla un día
dulce de primavera.

Y conocí el olvido,
que la esperanza nombra,
y el hilo de mis sueños
recobró su memoria.

Volví a sentir el fuego
virginal. En mis sienes
sonaron nuevos pasos,
brotaron hojas verdes.

Y junto a ti el milagro
de prolongar mi sangre
nació como en un dulce
viento sobre rosales.

Estás lejos, ahora
estás lejos, y siento
tu amargura infinita
horadar mi silencio.

Te contiene la palma
de mi mano. Tan hondo,
tan inmenso, podría
disiparte en un soplo,

porque, fanal del sueño
de mi amor y mis frutos,
eres, mar, una lágrima
sola, en medio del mundo.

140



José María Hinojosa

Campillos, Málaga. 1904-1936

SE

Entre un bosque de tierras que surtieron del agua,
paseé mis miradas y colgué en cada cima
un jirón de mi cuerpo ardiente, sobre el alba
de mares estrellados de un prodigio de islas.

Acaricié países aún sin historia blanca,
donde el hombre y el árbol son hermanos menores,
dentro del laberinto de costumbres extrañas,
de las lluvias y el sol, del mar y de las noches.

La luna dio su carne alegre entre las ramas,
mientras palpó mi aliento con un cálido goce,
las nucas de palmeras de los atolls brotadas
y los pechos de nieve recubiertos de bronce.

Aún relumbra el recuerdo que traje en mi mirada,
de haber visto nacer geométricas ciudades,
al lado de la vida, en memoria estampadas
en el tiempo que media del ojo a las imágenes.

Me sentí explorador cuando encontré en mi marcha
la caja de sorpresas que me ofreciera el mar
y llevé entre mis pliegues la nostalgia aromada
del roce de sus nombres en continuo vibrar.

Velas y gaviotas vuelan en mis entrañas
y sus alas se cruzan tejiendo el horizonte
de un encaje lejano en su frente añilada
y de un ágil rumor sofocado en ardores.

Mi disfraz de monzón me obligó a que sacara
billete de ida y vuelta para ser viajero
y por mi voz de mando segura y bien templada,
me nombraron perpetuo capitán de veleros.



MARC CHAGALL
La tribu de Zabulón, 1960

Enrique Peña Barrenechea

Perú. 1904-1988

Sálvame mar ¡es tuyo mi destino!...

Sálvame mar ¡es tuyo mi destino!
tuya mi alma que huye de la hoguera,
sálvame con tu ira en primavera
odio o amor: tu solo remolino.

Sálvame del fantasma que no vino,
y del que vino en forma de quimera,
y sálvame del ángel del camino
que me quiere salvar a su manera.

Sálvame de tu isla alucinante
de tu gruta de espumas y diamante
donde duerme el dragón de alas de flores

sálvame mar de todo lo creado,
llévame a tu silencio iluminado
al olvido de todos los amores.

Pablo Neruda

Temuco, Chile. 1904-1973



I43

MARUJA MALLO
Mensajes del mar, 1937

El fantasma del buque de carga

Distancia refugiada sobre tubos de espuma,
sal en rituales olas y órdenes definidos,
y un olor y rumor de buque viejo,
de podridas maderas y hierros averiados,
y fatigadas máquinas que aúllan y lloran
empujando la proa, pateando los costados,
mascando lamentos, tragando y tragando
distancias,
haciendo un ruido de agrias aguas sobre las
agrias aguas,
moviendo el viejo buque sobre las viejas aguas.

Bodegas interiores, túneles crepusculares,
que el día intermitente de los puertos visita:
sacos, sacos que un dios sombrío ha acumulado
como animales grises, redondos y sin ojos,
con dulces orejas grises,
y vientres estimables llenos de trigo o copra,
sensitivas barrigas de mujeres encinta,
pobrememente vestidas de gris, pacientemente
esperando en la sombra de un doloroso cine.

Las aguas exteriores de repente
se oyen pasar, corriendo como un caballo opaco,
con un ruido de pies de caballo en el agua,
rápidas, sumergiéndose otra vez en las aguas.
Nada más hay entonces que el tiempo en las
cabinas:
el tiempo en el desventurado comedor solitario,
inmóvil y visible como una gran desgracia.

Olor de cuero y tela densamente gastados,
y cebollas, y aceite, y aún más,
olor de alguien flotando en los rincones del buque,
olor de alguien sin nombre
que baja como una ola de aire las escalas,
y cruza corredores con su cuerpo ausente,
y observa con sus ojos que la muerte preserva.

Observa con sus ojos sin color, sin mirada,
lento, y pasa temblando, sin presencia ni sombra:
los sonidos lo arrugan, las cosas lo traspasan,
su transparencia hace brillar las sillas sucias.
Quién es ese fantasma sin cuerpo de fantasma,
con sus pasos livianos como harina nocturna
y su voz que sólo las cosas patrocinan?

Los muebles viajan llenos de su ser silencioso
como pequeños barcos dentro del viejo barco,
cargados de su ser desvanecido y vago:
los roperos, las verdes carpetas de las mesas,
el color de las cortinas y del suelo,
todo ha sufrido el lento vacío de sus manos,
y su respiración ha gastado las cosas.

Se desliza y resbala, desciende, transparente,
aire en el aire frío que corre sobre el buque,
con sus manos ocultas se apoya en las barandas
y mira el mar amargo que huye detrás del buque.
Solamente las aguas rechazan su influencia,
su color y su olor de olvidado fantasma,
y frescas y profundas desarrollan su baile
como vidas de fuego, como sangre o perfume,
nuevas y fuertes rugen, unidas y reunidas.

Sin gastarse las aguas; sin costumbre ni tiempo,
 verdes de cantidad, eficaces y frías,
 tocan el negro estómago del buque y su materia
 lavan, sus costras rotas, sus arrugas de hierro:
 roen las aguas vivas la cáscara del buque,
 traficando sus largas banderas de espuma
 y sus dientes de sal volando en gotas.

Mira el mar el fantasma con su rostro sin ojos:
 el círculo del día, la tos del buque, un pájaro
 en la ecuación redonda y sola del espacio
 y desciende de nuevo a la vida del buque
 cayendo sobre el tiempo muerto y la madera,
 resbalando en las negras cocinas y cabinas,
 lento de aire y atmósfera y desolado espacio.

Barcarola

Si solamente me tocaras el corazón,
 si solamente pusieras tu boca en mi corazón,
 tu fina boca, tus dientes,
 si pusieras tu lengua como una flecha roja
 allí donde mi corazón polvoriento golpea,
 si soplaras en mi corazón, cerca del mar, llorando,
 soñaría con un ruido oscuro, con sonido de ruedas
 de tren con sueño,
 como aguas vacilantes,
 como el otoño en hojas,
 como sangre,
 con un ruido de llamas húmedas quemando el
 cielo,
 sonando como sueños o ramas o lluvias,
 o bocinas de puerto triste,
 si tú soplaras en mi corazón, cerca del mar,
 como un fantasma blanco,
 al borde de la espuma,
 en mitad del viento,
 como un fantasma desencadenado, a la orilla del
 mar, llorando.

Como ausencia extendida, como campana súbita,
 el mar reparte el sonido del corazón,

lloviendo, atardeciendo, en una costa sola:
la noche cae sin duda,
y su lúgubre azul de estandarte en naufragio
se puebla de planetas de plata enronquecida.

Y suena el corazón, como un caracol agrio,
llama, oh mar, oh lamento, oh derretido espanto
esparcido en desgracias y olas desvencijadas:
de lo sonoro el mar acusa
sus sombras recostadas, sus amapolas verdes.

Si existieras de pronto, en una costa lúgubre,
rodeada por el día muerto,
frente a una nueva noche,
llena de olas,
y soplaras en mi corazón de miedo frío,
soplaras en la sangre sola de mi corazón,
soplaras en su movimiento de paloma con llamas,
sonarían sus negras sílabas de sangre,
crecerían sus incesantes aguas rojas,
y sonaría, sonaría a sombras,
sonaría como la muerte,
llamaría como un tubo lleno de viento o llanto,
o una botella echando espanto a borbotones.

Así es, y los relámpagos cubrirían sus trenzas
y la lluvia entraría por tus ojos abiertos
a preparar el llanto que sordamente encierras,
y las alas negras del mar girarían en torno
de ti, con grandes garras, y graznidos, y vuelos.

Quieres ser el fantasma que sople, solitario,
cerca del mar su estéril, triste instrumento?
Si solamente llamas,
su prolongado son, su maléfico pito,
su orden de olas heridas,
alguien vendría acaso,
alguien vendría,
desde las cimas de las islas, desde el fondo rojo
del mar,
alguien vendría, alguien vendría.



MARUJA MALLO
Arquitectura humana, 1937

Alguien vendría, sopla con furia,
que suene como sirena de barco roto,
como lamento,
como un relincho en medio de la espuma y la
sangre
como un agua feroz mordiéndose y sonando.

En la estación marina
su caracol de sombra circula como un grito,
los pájaros del mar lo desestiman y huyen,
sus listas de sonido, sus lúgubres barrotes
se levantan a orillas del océano solo.

Manuel Altolaguirre

Málaga. 1905-1959

Dos mares

148

Dos mares frente a frente.
El uno un mar sin cuerpo,
todo alma azul;
el otro un mar humano,
encerrado en su carne
solitaria y violenta.
¿Encarnarán las aguas,
resucitando alegres?
¿Agrandará sus límites,
libertando tormentas,
el alma pensativa?
Frente a frente, en la playa,
ante un mar insondable,
cautiva está mi alma.

Pinos sobre el valle de México

Crecéis por ver el mar donde desnudos,
perdido el esplendor de la esperanza,
derramado el licor de vuestras copas,
rotas vuestras cadenas y raíces,
gozáis de libertad, pinos errantes,
mástiles de fragatas y navíos.
Crecéis por ver el mar y veis un valle
que perdió el manto azul con que ocultaba
la maravilla de su ser terrestre;
y al verle os olvidáis de vuestro sueño
y no queréis ya ser más navegantes
sino quedar por siempre allí plantados
con corona de asombro por bandera.



PIERRE BONNARD
Veleros en Deauville, 1936



RAOUL DUFY

On board the Queen Mary, 1936

Ernestina de Champourcin

Vitoria. 1905-1999

Tiempo de mar

El mar me pertenece
lo hago pasar entero
entre mis manos ávidas.
Lo acaricio, le doy
la única mirada
sencilla que me queda
la que aún no han manchado
ni el miedo ni la muerte.

Mar limpio entre mis dedos
goteando esperanzas
porque sostiene aún
un velamen con brisa.

Mar de todos los mares
hoy contemplo en su espuma
otros mares antiguos:
aquel de mi primer
contacto con las playas
y el de aquellas lecturas
codiciosas e incómodas
bajo algún tamarindo.
Y aquel otro del trópico
sin huellas de turistas
con esa pulpa tierna
que ofrece el cocotero.

Quiero olvidar aquí
lo que sucedió anoche.
El mar no tiene culpa.
Es dócil, mío, puro,
es un lebrél que lame
mis plantas mansamente.

Pedro García Cabrera

Vallehermoso, La Gomera. 1905-1981

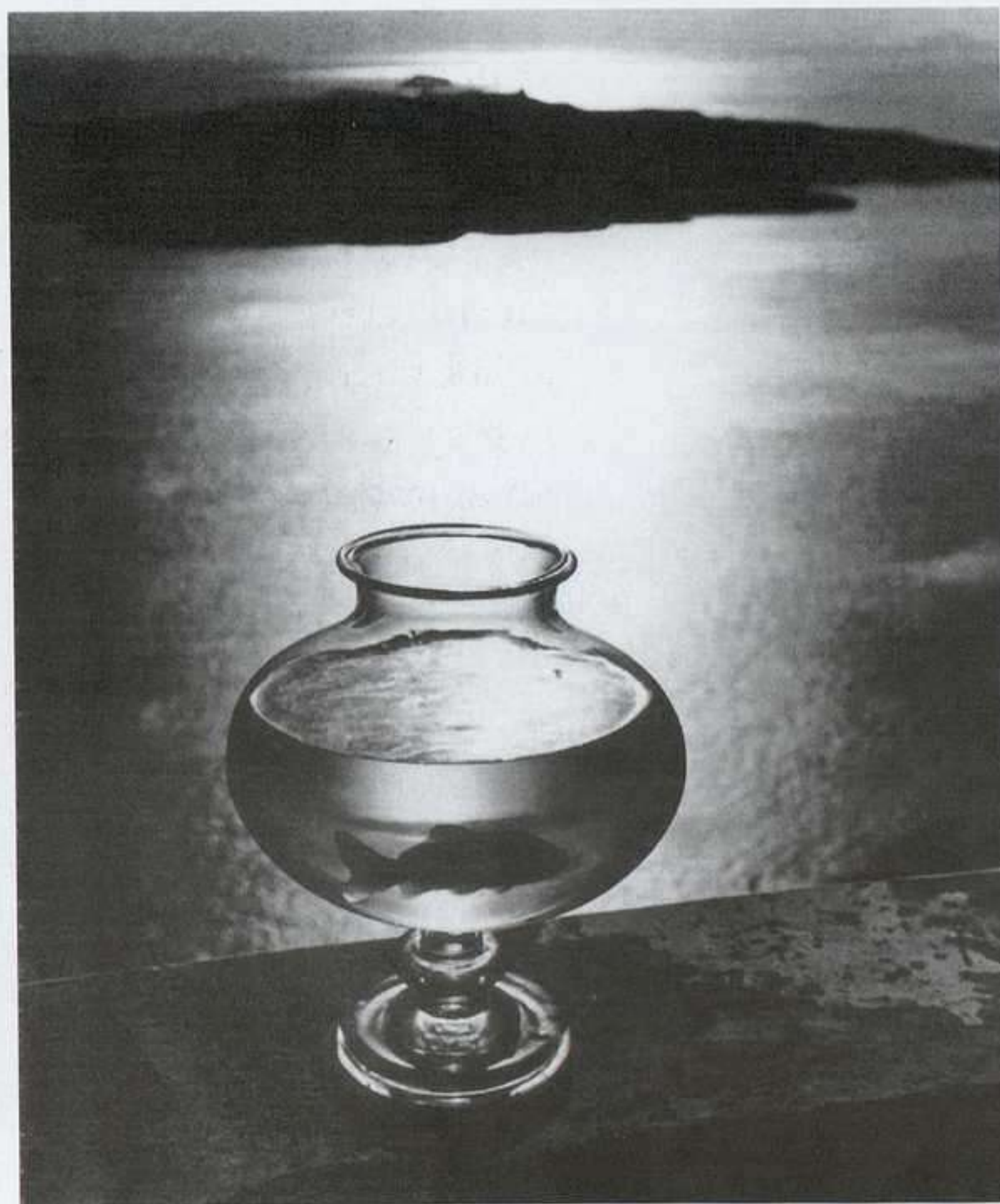
A Corina

Hoy doce son. Crepúsculo primero
de una mujer naciendo en una niña,
un tallo de maíz en cuya piña
va madurando un río verdadero.

Estás en el umbral de los te quiero,
del pájaro de fuego que escudriña
entre el racimo en ciernes de tu viña
el corazón fluyente del lucero.

Escúchame, Corina, que la infancia
comenzará muy pronto a ser distancia,
a convertirse en sueño naufragado.

Pídele al mar que nunca te la lleve
más allá de esa raya que se atreve
a eternizar un tiempo enamorado.



HERBERT LIST
Pecera. Santorini, Grecia, 1937

Josefina de la Torre

Las Palmas de Gran Canaria. 1907

12

Llevabas en los pies arena blanca
de una playa desconocida.
Por eso cuando a mí llegaste
no sentí tus pisadas.
Llevabas en la voz desnuda
un compás de espera.
Por eso cuando me hablaste
no pude medir tu voz.
Llevabas en las palmas abiertas
espuma blanca de aquel mar.
Por eso de tu bienvenida
no pude conservar la huella.
Todo tú venías en mi busca
y no pude reconocerte.
¡Arena blanca,
compás de espera,
espuma blanca!...
Inquieto sueño de la verde orilla
rizado de preguntas...

Elena Martín Vivaldi

Granada. 1907-1998

151

Su llamada

Extendido y azul.
Ante mis ojos
de nuevo el mar.
Se afana en revelarme
su nombre,
descubrir su constancia,
llenándome el vacío que bajo el cielo,
ausente,
procura acobardar la mirada y mi pulso.
Y está ahí. Propagando
color y movimiento,
vida real,
sonido.
Con el sol evidencia su verdad,
y me despierta
aquel brillo, apagado,
dormido en mis pestañas.
Su voz, casi serena,
es la llamada antigua,
la pregunta lejana que dejó entre mis huesos
un asombro en la duda.
Fue una vez.
Existía su ausencia.
Y es ahora,
tangible,
quien me escribe en la espuma
la certeza de un sueño.

Herib Campos Cervera

Paraguay. 1908-1953

Un hombre frente al mar

152

Es como yo: lo siento con mi angustia y mi sangre.
Hermoso de tristeza, va al encuentro del mar,
Para que el Sol y el Viento le oreen de agonía.
Paz en la frente quieta; el corazón, en ruinas;
quiere vivir aún para morir más tiempo.

Es como yo: lo veo con mis ojos perdidos;
también busca el amparo de la noche marina;
también lleva la rota parábola de un vuelo
sobre su anciano corazón

va, como yo, vestido de soledad nocturna.
Tendidas las dos manos hacia el rumor oceánico,
está pidiendo al tiempo del mar que lo liberte
de ese golpe de olas sin tregua que sacude
su anciano corazón, lleno de sombras.

Es como yo: lo siento como si fuera mía
su estampa, modelada por el furor eterno
de su mar interior.

Hermoso de tristeza,
está tratando —en vano— de no quemar la arena
con el ácido amargo de sus lágrimas.

Es como yo: lo siento como si fuera mío,
su anciano corazón, lleno de sombras...



153

José Antonio Muñoz Rojas

Antequera, Málaga. 1909

PAUL DELVAUX
Ninfas bañándose, 1938

XI

¡Qué vendaval de sueños te arrojan a mis playas!
Yo voy a tus despojos de puntillas, con miedo
de ahuyentar la hermosura que a ti viene a acogerse
cuando al sueño abandonas tus miembros sin cuidado.
¡Qué terca competencia de mi anhelo y las olas,
solícitos rondando tu abandono a la gracia!
¡Qué pequeña en la playa concentras la hermosura
vastísima del mar y la arena remota!
¡Qué pequeña en mi alma te miro, y cómo suena
por ti, toda insondable, clamándote a lo eterno!
¡Cómo absorbes, pequeña, los ríos sin orillas
de mis sueños que en ti seguros desembocan!
¡Oh misterio de espacios concentrados y audaces,
donde el tiempo se acoge y desecha las alas,
donde mares y montes amantes se reclinan,
donde la rosa puede desnudarse en su gracia!

Miguel Hernández

Orihuela, Alicante. 1910-1942

(Espumas y conchas)

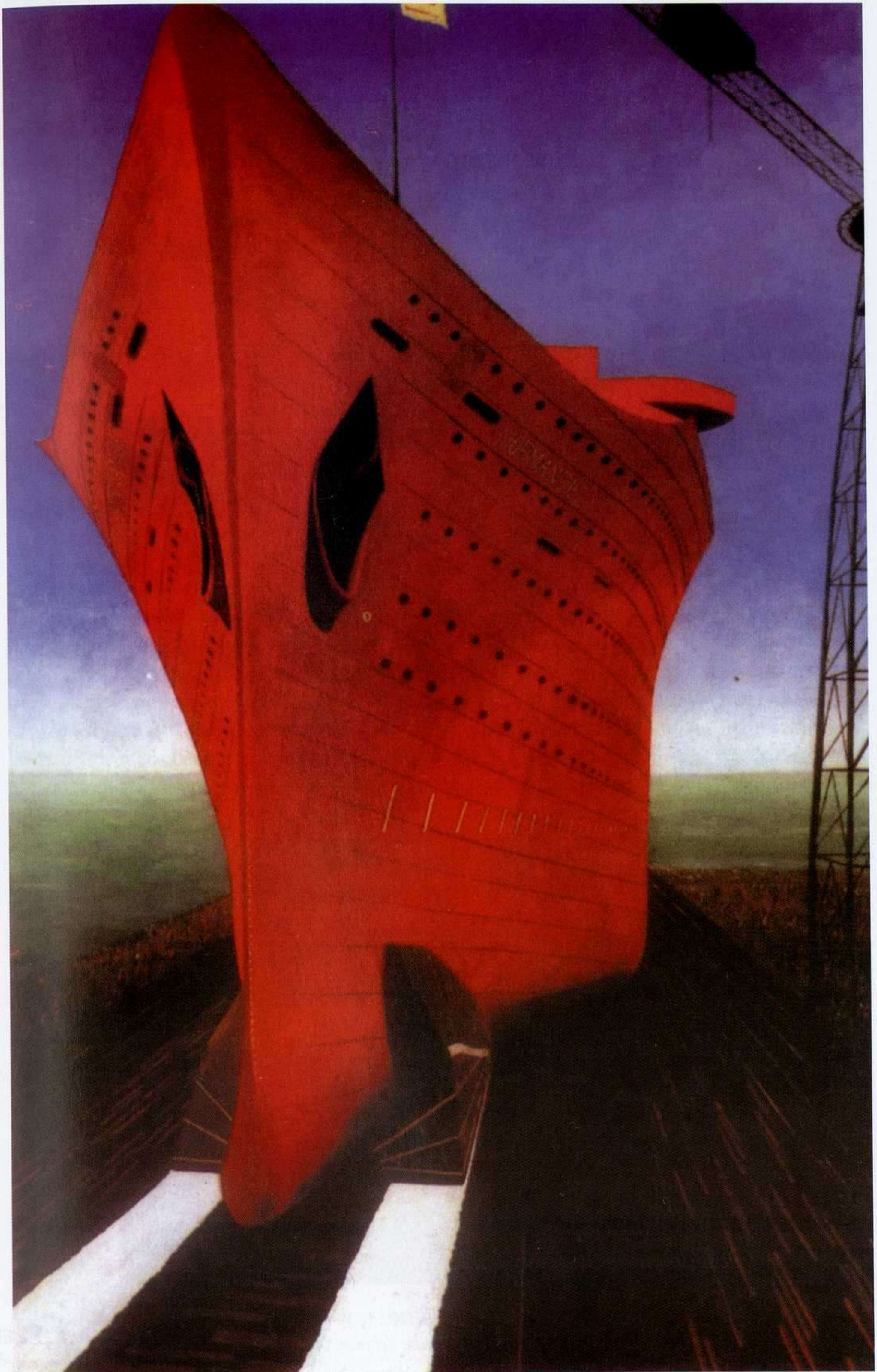
Lo oculto de tu presencia
eleva su nada al bulto:
lo presente de lo oculto
desciende a la inexistencia.
¡Oh sigilosa evidencia,
sobre secreto patente!
Y la espuma, pompa agente
de la pompa submarina,
con ¡cuánta! admirable ruina
arma las playas de Oriente.

(Sales y espumas)

Se ve lo menor del mar:
su verdad mayor, secreta
—menos en el salinar
donde tumbas interpreta.
La dispersión, recoleta
y en situación de figura,
consolida la blancura
a la ventura naviera,
mármol para el sol y cera
para la temperatura.

JULES LEFRANC

La botadura del Normanandie, 1937



Sara de Ibáñez

Uruguay. 1910-1971

Isla en la luz

Se abrasó la paloma en su blancura.
Murió la corza entre la hierba fría.
Murió la flor sin nombre todavía
y el fino lobo de inocencia oscura.

Murió el ojo del pez en la onda dura.
Murió el agua acosada por el día.
Murió la perla en su lujosa umbría.
Cayó el olivo y la manzana pura.

De azúcares de ala y blancas piedras
suben los arrecifes cegadores
en invasión de lujuriosas hiedras.

Cementerio de angélicos desiertos:
guarda entre tus dormidos pobladores
sitio también para mis ojos muertos.



GEORGES- HENRI ROUAULT
Crepúsculo u orilla del mar, 1939

José Lezama Lima

La Habana, Cuba. 1910-1976

Minerva define el mar

Proserpina extrae la flor
de la raíz moviente del infierno,
y el soterrado cangrejo asciende
a la cantidad mirada del pistilo.

Minerva ciñe y distribuye
y el mar bruñe y desordena.

Y el cangrejo que trae una corona.

La batidora espuma, la anémona
desentrañando su reloj nocturno,
la aleta pectoral del Ida nadador.
Su pecho, delfín sobredorado,
cuchillo de la aurora.

Ciegos los peces de la gruta,
enmarañan, saltan, enmascaran,
precipitan las ordenanzas áureas
de la diosa, paloma manadora.
Entre columnas rodadas por las algosas
sierpes, los escondrijos de las arengas
entreabren los labios bifurcados
en la flor remando sus contornos
y el espejo cerrando el dominó
grabado en la puerta cavernosa.
Su relámpago es el árbol
en la noche y su mirada
es la araña azul que diseña
estalactitas en su ocaso.

Acampan en el Eros cognocente,
el mar prolonga los corderos
de las ruinas dobladas al salobre.

Y al redoble de los dentados peces,
el cangrejo que trae una corona.
Caduceo de sierpes y ramajes,
el mar frente al espejo,
su silencioso combate de reflejos
desdeña todo ultraje

del nadador lanzado a la marina
para moler harina fina.

Lanzado el rostro en aguas del espejo
interroga los cimbreantes
trinos del colibrí y el ballenato.

El dedo y el dado
apuntalan el azar,
la eternidad en su gotear
y el falso temblor del múrice disecado.

El mascarón de la Minerva
y el graznar
de las ruinas en su corintio
deletrear,
burlan la sal quemando las entrañas del mar.

El bailarín se extiende con la flor
fría en la boca del pez,
se extiende entre las rocas
y no llega al mar.

Roto el mascarón de la Minerva,
rota la cariciosa llanura de la frente
y el casco cubriendo los huevos de tortuga.
Subía sobre la hoguera de la danza,
extendido el bailarín sumado con la flor,
no pudo tocar el mar,
cortado el fuego por la mano del espejo.
Sin invocarte, máscara golpeada de Minerva,
sigue distribuyendo corderos de la espuma.
Escalera entre la flor y el espejo,
la araña abriendo el árbol en la noche,
no pudo llegar al mar.

Y el cangrejo que trae una corona.

Enrique Molina

Buenos Aires, Argentina. 1910

También nosotros

Sí, zarparemos con los últimos barcos.
Al mar también le duelen las piedras que lo ciñen,
cuando su ronca cólera no basta
a estremecer la muerte del pequeño marisco.

Apartadme de mí, de mi larga estadía.
Siempre el rostro y las manos, el sueño y el espejo.
Podrías recordarme como al humo:
para eso hay muelles de dulce declive.

Eternas criaturas de la tierra,
seguiremos andando debajo de las flores,
con ligeras estrías azules en el hombro.

Y acaso reconozcan nuestros nietos por su pelo arbolado,
por sus ojos de tristes nadadores,
y su manera de decir: «Otoño...»



CLAUDE CAHUN
Autorretrato, 1932

Luis Rosales

Granada. 1910-1992

Tinieblas es la luz donde hay, luz sola.
UNAMUNO

Primavera del agua

Sólo te pido el sueño indispensable
para tener confianza en mis sentidos,
para saber que escucho, siento, veo.

Eres ya mi costumbre ante la muerte,
la alegre duración de mi esperanza,
la gracia donde tengo nacimiento,

la tierra prometida, la presencia,
del corazón donde la sangre amante
ya es un pájaro ciego y sin memoria.

Todo será en tu encuentro la alegría
donde el amor la soledad inventa
y alumbra al corazón su misma llama,

la gloria triste de la carne joven
y el mirar donde doblan las campanas
del alba en movimiento de tu forma.

Sólo te pido el sueño indispensable:

la caricia del agua es la sirena,
la caridad dio nacimiento al mito.

¿Quién ha dado a tu piel su desconsuelo?,
¿su mínimo temblor desesperado?
«¿Quién asombró el perfil de la azucena?»

Yo he visto el mar desnudo como un niño,
en tus ojos la noche y en el cielo
la luna con sus hijas de la mano.

¡Ven!, junto al sol que dorará las mieses
está la luz donde nacimos juntos
y el lirio anunciador de la alegría.

¡Ay tu soñada encarnación morena
primavera del agua, Abril, mar junto,
mar unido y sin fin!

Ya en tu abandono

la sangre es el misterio revelado
y el tiempo, tierra al fin, levanta el muro:
¡qué limpia certidumbre, qué tranquila

seguridad tu advenimiento ofrece!
¡Qué reclinada comprensión del mundo!
¡Todo a tus pies en raudos sobresaltos!

Gabriel Celaya

Hernani, Guipúzcoa. 1911-1991

En par de los levantes de la aurora

7

El pájaro se llama Mañana, y la mañana, Nadie.
 El mar repite su eterno latir vacío, como el pájaro
 escapa o vuelve a la muchacha.
 El mar se llama Siempre y la muchacha, enamorada,
 le llama Todavía.
 El mar se llama Nunca y el pájaro que gira sobre él,
 obsesionado, le llama Muerte.
 O le llama Esperanza si, con las olas abiertas, se para
 en la playa donde la muchacha duerme.

Cape Arcona



Mar del Norte

El viento entre los pinos como un niño perdido,
 y el mar
 solo en su vagabunda inmensidad.
 El mar del Norte, mi mar.

La locura de sus mil voces remotas
 que quisieran decir lo que no dicen.
 La tristeza nada más.
 En la copa redonda, bebo una neutra igualdad.

La transparencia del vuelo.
 El pájaro invisible que abre el cielo.
 Luego reaparece. Luego, desaparece.

No existe ciertamente pero de algún modo late.

Y esas nubes cruzadas de oro y rosa,
 o moradas en lo azul;
 y ese lento extenderse en lo suspenso...
 Dime tú.

Y llorar, llorar, y más llorar sin versos
 como el mar está mugiendo,
 porque el pájaro vuela también entre la niebla.
 Dime qué debo pensar porque no entiendo.

¡Esta salvaje tristeza!

¡El mar del Norte, mi mar!
 Los pinares recorridos por una extraña presencia
 como por un dios real.

No podía explicar más.
 Sólo diré, aunque no sirve, porque son datos
 concretos,
 que así me ocurrió en Zumaya, un 25 de marzo,
 y que las nubes que he dicho, parecían sólo
 restos.

¡Restos de qué? No lo sé. De un naufragio.
 De una gloria perdida en rosa y oro, y lila,

como el mar cuando muge
 llora alguna incomprensible vaguedad.

Los pinos estremecidos
 por un vuelo de intangible claridad.
 El mar como un niño ciego
 que vuelve y vuelve, y aún vuelve, y es sólo para
 llorar.

Para llorar, y llorar.
 Y no explicar. Y seguir.
 Y llorar
 sordamente entre la niebla, sin saber adónde va.

Carlos Rodríguez-Spiteri

Málaga. 1911-2001

Cortina del muelle

162 Tirador de oro, del tamaño de una hoja,
que lima las aristas de la entrada,
con el peso de las flores en la mano.

En el centro de la rosa, sala de gaviotas,
parque, aro de sol ardiendo, que tuesta
las palmeras y las palmas chorreantes.

Cristales preparados para el día, bateas
de escamas rosas; brisa siempre húmeda
y las primeras golondrinas sobre el silo que se bosa.

Puertas en blanco, postigos entornados,
zarzas de espumas, desbaste de vidrio plano,
aduana, efectos navales y redes en un telar.

José Luis Cano

Algeciras, Cádiz. 1911-1999

Dulce tumba

Junto a la orilla de este mar quisiera
a la sombra morir de su hermosura,
entreabiertos los labios, y esta dura
melancolía hiriendo el sol de fuera.

Como otro pino más de la ribera
quisiera allí soñar. Allí mi impura
sangre desnudará su rama oscura
y allí la tendrá el aire prisionera.

A flor de arena el cuerpo amortecido,
allí el vívido azul de la bahía
hermoseará su sombra y su latido.

Y el eco oiré, cual una melodía,
de unos pies al pasar, ya en dulce olvido
de tu hermosura, oh playa triste y mía.

HUMPHREY SPENDER
El Canal, 1941

Dionisio Ridruejo

Burgo de Osma, Soria. 1912-1975

Subida a Cadaqués

Pasado el circo azul —festoneado
de medio sol y verdeante plana
con venillas de luz— tuerce el camino.
Subiendo se quebranta
y vierte hacia otro mundo.
Mundo de escoria y de metal sin nada,
recién quemado, donde el mar se atreve.
Y Cadaqués afuera, con pizarra
y olivo, hierro y plata, en las alturas
y plomo, abajo, líquido, con láminas
de platino, y con nieve de colina
que baja y se despliega a flor de agua.
Afuera y sin color en la tristeza
donde la sola carnación humana
es como el fuego, y sobra,
y un abismado sueño el mar estanca.

Eduardo Carranza

Apiay, Meta, Colombia. 1913-1985

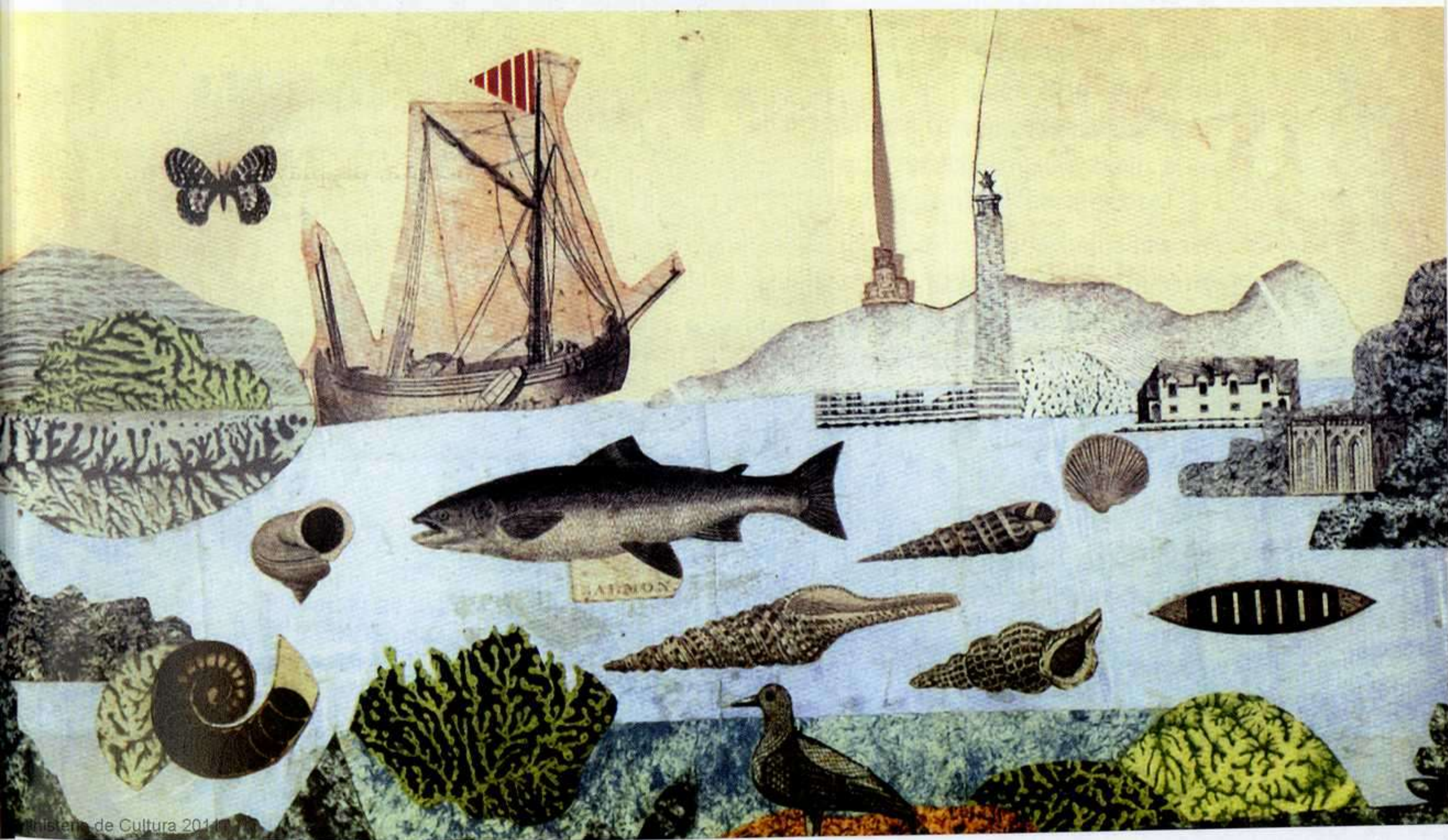
Tema de fuego y mar

Sólo el fuego y el mar pueden mirarse
sin fin. Ni aun el cielo con sus nubes.
Sólo tu rostro, sólo el mar y el fuego.
Las llamas, y las olas, y tus ojos.

163

Serás de fuego y mar, ojos oscuros.
De ola y llama serás, negros cabellos.
Sabrás el desenlace de la hoguera.
Y sabrás el secreto de la espuma.

Coronada de azul como la ola.
Aguda y sideral como la llama.
Sólo tu rostro interminablemente.
Como el fuego y el mar. Como la muerte.



Octavio Paz

México. 1914-1998

Mar de día

164

Por un cabello solo
parte sus blancas venas,
su dulce pecho bronco,
y muestra labios verdes,
frenéticos, nupciales,
la espuma deslumbrada.
Por un cabello solo.

Por esa luz en vuelo
que parte en dos al día,
el viento suspendido;
el mar, dos mares fijos,
gemelos enemigos;
el universo roto
mostrando sus entrañas,
las sonámbulas formas
que nadan hondas, ciegas,
por las espesas olas
del agua y de la tierra:
las algas submarinas
de lentas cabelleras,
el pulpo vegetal,
raíces, tactos ciegos,
carbones inocentes,
candores enterrados
en la primer ceguera.

Por esa sola hebra,
entre mis dedos llama,
vibrante, esbelta espada
que nace de mis yemas
y ya se pierde, sola,
relámpago en desvelo,
entre la luz y yo.

Por un cabello solo
el mundo tiene cuerpo.



M. ÁLVAREZ BRAVO
Parvada en el mar, 1939



ESTEBAN FRANCES
Paisaje acuático surrealista, 1941

Concha Zardoya

Valparaíso, Chile. 1914

Era un día de sol

Era un día de sol. La playa, blanca.
Las aguas del Caribe, gris acero.
Tu nombre azul grabé y se doraba
en la arena desnuda como un cuerpo.

Mis ojos en la luz ni naufragaban,
salvador por las nubes y aquel viento
que oreaba sus costas, islas claras
erguidas a más luz y más silencio.

Con el nombre, tu rostro se bañaba
en plenitud solar y, desde dentro,
me traslucía amor y se doraba...
Como estatua de sal brillaba el sueño.

Lentamente las olas te borraban,
desgrababan tu nombre, oscureciendo
entresonados iris, sienes altas,
el surco de tus labios, tu recuerdo...

165

Juan Eduardo Cirlot

Barcelona. 1916-1973

IX

Me pierdo en tus cabellos y en el mar,
me rompo entre las rocas y las olas,
mis manos están ciegas, están solas
están atormentadas por estar.

Ya no pienso horizontes, quiero dar
y solamente darme a las corolas
donde tus deslumbrantes aureolas
me enseñan a morirme y a empezar.

Empezar otra muerte con estrellas
debajo que no sobre la cabeza
del alma que se aleja lentamente.

Empezar otra vida con las bellas
ondas en que se esparce la belleza
del centro de tu ser eternamente.

Blas de Otero

Bilbao. 1916-1979

Gallarta

166

Acaso el mar. Tampoco. El hombre acaso.
Es el otoño. Hermoso dios. La tierra
roja. La piedra, roja. Acaso, un árbol
como la sangre. Hermoso dios. La piedra
y el hombre.

Es el otoño. Entonces. Caminábamos
hacia la cima. El mar en letra impresa.
Corto en palabras, pero en olas ancho.
Hacia las cinco de la tarde. Ortuella
y el aire.

Entonces. Entornó, no sé, los párpados
ella. Hermoso dios de la miseria.
Y, ya en la llambria, a vista de barranco,
el hierro.

Rey de los ojos. Sófocles roñado.
Hundida silla sideral. Paciencia.
Vizcaíno es el hierro —el mar, cantábrico—,
corto en palabras. Ley de los poemas
míos.

Silben los vértices

Y bien. El aire extiende el aire en redes,
es delicado asunto. Olvida y sigue.
Asido al remo, expira el brazo un día.
Olvida y vira bruscamente. Y vive.

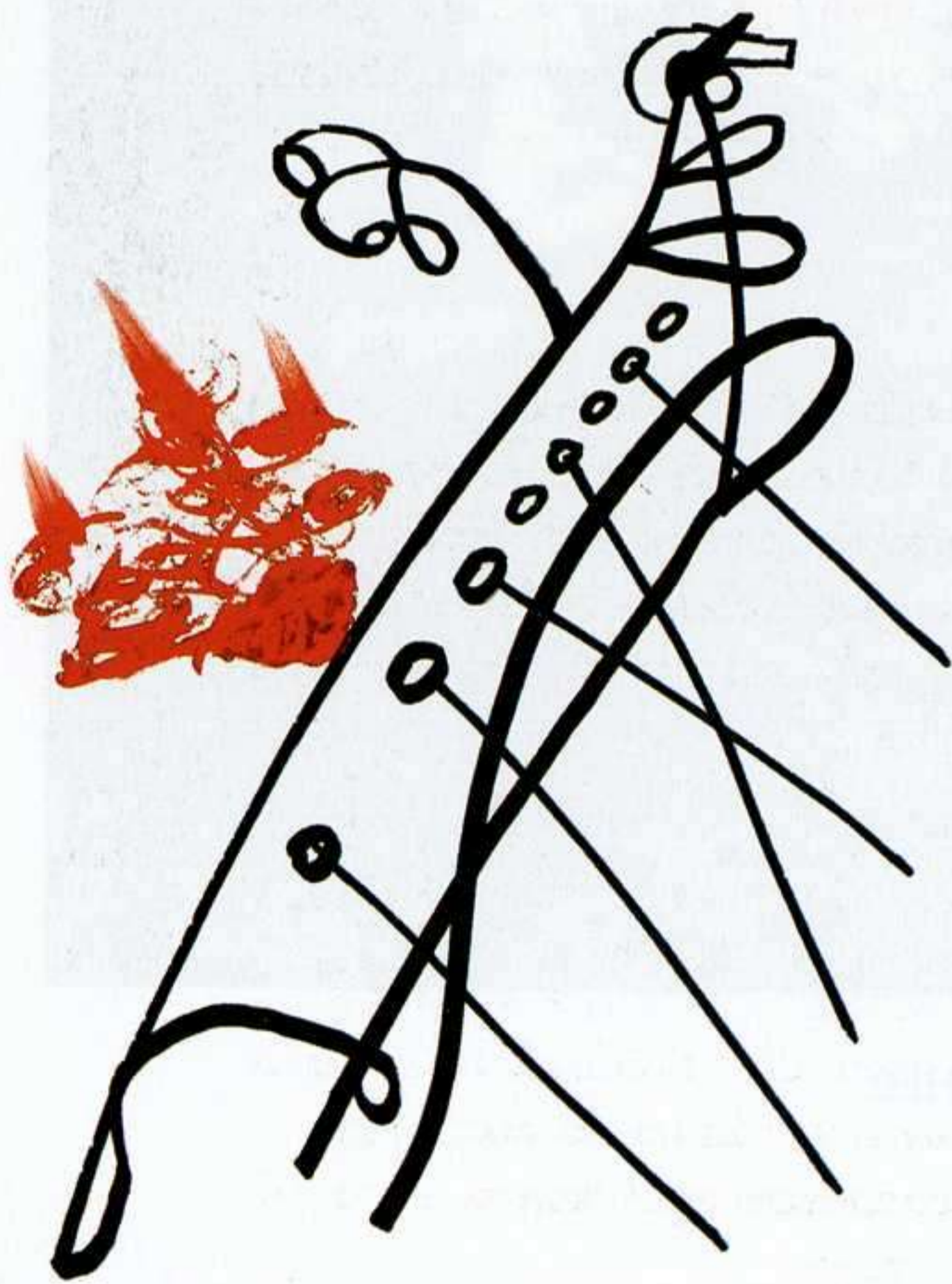
Barca violeta y lenta. Barca roja
y honda. Delicada tierra virgen.
El aire extiende el aire en tiendas frágiles.
En el bajío, el mar olea y gime.

Asido al remo, vira raudamente.
El tiempo es oro en el otoño. Silben
los vértices de proa hacia la luz.
Y el aire exhiba su tejido insigne.



ANTON OTTO FISCHER

1947



MIMMO PALADINO
Iliada, Canto XV

Francisco Giner de los Ríos

Madrid, 1917-1990

Mar en Salina Cruz

I

Canta el mar bajo el viento su milagro
y vuelve estremecido hacia la playa
su claro corazón, plata en la luna.
La playa lo recoge dulcemente
todo deshecho entre la espuma blanca,
casi temblando ya, desmantelado.
Amor que se destruye y se rehace,
que en la espuma se vuelca y desmorona
para que el beso nuevo le devuelva
a dulzura mayor, entera siempre.
El corazón del mar, entre la playa,
escapándose al mar, volviendo luego,
sube a mi corazón y el pecho llena
quietos los dos sobre la clara orilla.
Y junto al mar tendida la hermosura,
volcándose amorosa de las venas,
la angustia se deshace y se levanta,
vencida ya la noche por la aurora
de tanta plenitud enamorada.

II

El mar vuelve a sí mismo
la canción que nos daba.
Y se aleja en la noche
hacia otro mar más suyo,
solo ya entre la espuma,
señor de sí,
de tanto dar cansado.
No importa que nos llegue
y que su limpia sal
bese los labios.
Esta noche se marcha
el mar al mar
y nos deja en la playa,
abandonados.

III

¡Qué soledad más plena este silencio,
quieto ya el mar sobre su mar cansada!

IV

Mar solo entre la noche,
limpio y solo,
como si nada abierto le llamase,
como si ya la luna traspusiera
un cielo que se agota de repente.
Ya quedó solo el mar.
Junto a mi pecho.

V

Salina Cruz se marcha por el monte,
buscándose en la tierra que le falta.
Y el mar persigue su silencio quieto
golpeando en su playa, toda luna.
Salina Cruz le entrega sólo piedra,
muerta su carne por la noche viva,
vacía la ciudad, sola y callada.
Y el mar le besa tanta ausencia triste
y la hace suya entre la espuma dulce.
Testigos yo y la noche. ¡Qué hermosura!

VI

Sola tu canción,
alta la noche,
cantándose a sí misma
entre las olas.

VII

Ven, mar, hasta la mano.
Déjame ver
el hondo corazón de tu frescura.

VIII

La plenitud que te logré un momento
vuelve hacia ti —mi corazón ya solo—
la eternidad sin nombre, pura y virgen.

IX

Vente conmigo, mar, hacia la noche.
Subamos los dos juntos su hermosura,
destruidos de amor, el beso lento,
casi muerte lograda entre los brazos
que empuja dulcemente a mayor vida.
Y que nos halle así la aurora nueva.

X

¡Qué sola está la luna entre tus brazos,
mar solo ya sin risas que te alcancen
el corazón callado de tus penas!
La risa que te dieron yo la guardo.
Yo la guardo esta noche, mar solo,
abandonado.

XI

Mar, contigo otra vez, solo contigo,
me vuelvo sobre mí desde tu espuma,
para dejarte solo con la noche.
Y te encuentro aquí dentro, entre mi
sangre,
cantando tu hermosura por mis venas,
empujando en mi pecho tu alegría,
en soledad inmensa los dos solos.

Gonzalo Rojas

Lebu, Arauco, Chile. 1917

Playa con andróginos

A él se le salía la muchacha y a la
muchacha él
por la piel espontánea, y era poderoso
ver cuatro en la figura de estos dos
que se besaban sobre la arena; vicioso
era lo viscoso o al revés; la escena
iba de la playa a las nubes.

¿Qué después

pasó; quién
entró en quién?; ¿hubo sábana
con la mancha de ella y él
fue la presa?

¿O atados a la deidad
del goce ríen ahí
no más su relincho de vivir, la adolescencia
de su fragancia?



JOSEPH CORNELL

La rosa de los vientos, 1942-53

Leopoldo de Luis

Córdoba. 1918

Naufragio

EL mar en Santa Bárbara es un claro
mastín de espuma. Ladra entre las rocas,
lame las finas manos de la arena,
va y viene por las conchas,
y a los lentos corderos de la tarde
hasta el redil del horizonte acosa.

Trae en los dientes algas. Juega
con viejos corchos, con maderas rotas.
Acaso son oscuros, pobres restos
de un naufragio remoto. Por las olas
viene en la triste tabla carcomida,
hecha frío despojo, una congoja
humana, un pulso a flote
de corazón cegado, una memoria
de vidas por un mar ya sin orilla
hacia un día que ya no tiene aurora.
Contemplamos el mar. Y nos miramos.
Tal vez aquí solloza,
en esas tablas, un amor, un sueño
que aún el olvido arrostra.

Y miramos el mar, cual si sintiéramos
que un oscuro naufragio nos convoca,
que olas de tiempo y soledad nos lanzan
contra arrecifes de tristeza, contra
mares de llanto sobre los que pasa
su helada mano un cielo sin memoria.

Mario López

Bujalance, Córdoba. 1918

Moneda fenicia

I72

Sumergido misterio indescifrable
de su perfil, gastado en las monedas
que usó la antigüedad. Insomne plata
de Tarsis abismada entre moluscos
y algas sin voz...
Su rostro.
No hay memoria
de su rostro, perdido para siempre
tras el lento naufragio de los pueblos
del mar...
Siglos de agua.
No hay memoria
de su sonrisa, espuma de las olas...
Deidad mediterránea...
¿Astarté acaso...?
¿Vestal en Knösos o bacante en Biblos...?
¿Diosa de carne y hueso por costumbre
de amor en mano consumida en Gades...?

Pagano efluvio de su ser...
Remota
huella de su existencia en el reverso
del eco a tres milenios evocada:
¡Carne de luna antigua!
¡Azul su nuca...!

(...De obsidiana también sus absolutos
ojos de estigia luz y a su trasfondo
esa llama interior, perversamente
mantenida en secreto frente al tiempo...)

José Luis Hidalgo

Torres, Santander. 1919-1947

Mar entre casas

Y surge el mar, de pronto
—aún no se le esperaba—,
al borde mismo de la mano.
¡Cómo saltó hasta mí,
con qué alegría vino
y me abrazó de azul!
Y qué justo su abrazo
entre el prisma seguro de las casas.

Al borde mismo. Azul...
¡Y no se le esperaba!

Solo hoy y nunca más
para siempre amanece
en el mar.

Faro en el frío, arena,
mar gris, mar sin agua,
mar...

Los hombres van desnudos
por la ribera negra
con un rumor incierto
de inquietantes cadenas...

¡Pero el día está aquí!
Ya llegó en la alegría
de esa gaviota fresca.

Luis López Anglada

Ceuta. 1919

Viaje en el transbordador

De Algeciras a Ceuta apenas cabe
un instante de espuma. África crece
al sur, como una mano que se ofrece
para cuando la mar se nos acabe.

Abre el puerto sus brazos; posa un ave
en el mástil su vuelo. El barco mece
su cáscara de nuez y al fin florece
la azucena de Ceuta, blanca y suave.

Hay gentes en el muelle. Alguien señala
un rostro familiar. Ponen la escala.
Bajamos. Un abrazo nos espera.

España duerme lejos, dulcemente...
Miramos al castillo, sobre el puente,
y nos alegra el alma una bandera.

173



JOAN PONÇ
Nocturne, 1948

José Hierro

Madrid, 1922

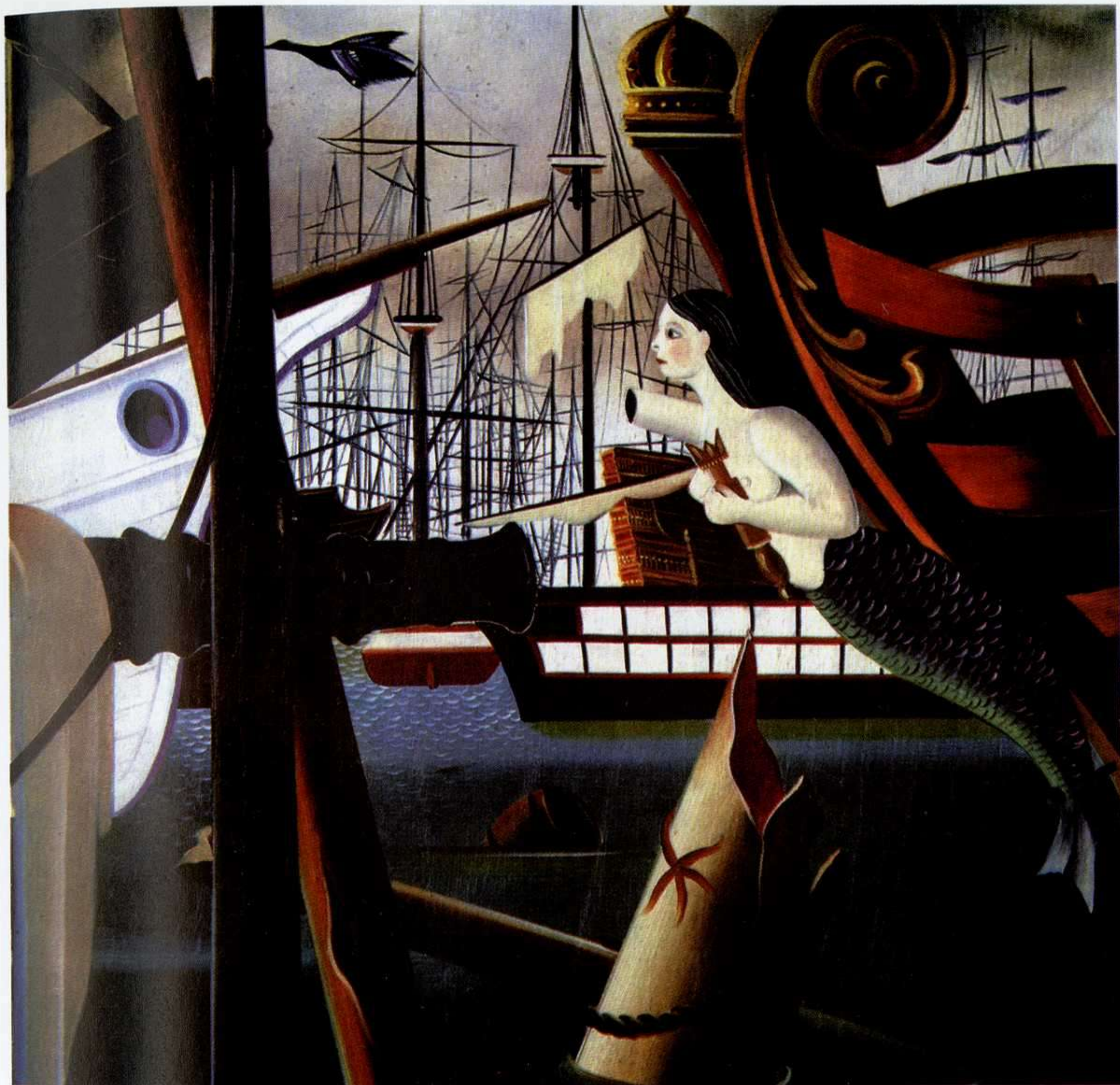
De otros mares

El viento desplegó sus velas.
Sus dedos señalaban el litoral desconocido.
La ciudad que me decía
que no quería morir sola, que no la abandonase,
que no la abandonase.

Tras pasado el umbral de alba y de lluvia
dejé atrás, para siempre,
los muros enjorjados de verdín,
el mascarón de proa de las grúas,
y zarpé hacia poniente.
En una playa de oro pálido,
entre azules y blancos jadeantes,
lamí la piel con estrellas de sal,
naufagué en unos ojos entreabiertos, ensenadas de luz,
en los que soles, nubes, azucenas y juncos
iban labrando sus constelaciones.
Y luego fue el silencio.

La fantasmal jauría de las olas se despereza.
También la mar de aquí me pide que no la deje morir sola,
que nunca la abandone.
La marea peinaba su cabellera de algas.
Enmudeció la artillería.
Y el silencio rogaba que no muriese yo con él,
que no me hiciese él,
porque yo era su vida (como él era la mía)
y su confirmación.

Cantaba su canción el marinero,
cantaba en una lengua extraña
que yo no acierto a descifrar.



URBANO LUGRÍS
Mar de los Sargazos, 1946

Carlos Bousoño

Boal, Asturias. 1923

Frente al mar

176

Y la voz que se eleva en el elogio impuro.
Oh limpidez del cielo, aire ligero y sumo, tersa brisa
dando frescor al mar, que, interminable,
existe por completo y por completo es,
y así hace envejecer de manera instantánea
al rostro humano que lo mira,
y luego reta,
hondo,
con su profundidad,
nuestra superflua vida.

Igual que un ruido inesperado destruye la delicia
leve
de una mecida flor y su rumor idéntico al silencio,
la belleza del mar
resulta
grave disminución de cuanto le rodea,
pues es inmenso coro sacro:
el Más Allá remoto llegándose a nosotros
aminorado en canto
por cortesía celeste
hacia nuestro destino.

Y de este modo,
se nos hace difícil
percibir sin espanto,
frente al mar
aquel gran suceder
que nos impone límites, fronteras
tristes
desde su infinitud.

Un orden repentino surge entonces
de delicadas jerarquías,
suaves los tránsitos, leves concesiones
a un tenue descender, en donde somos
el último peldaño, escalón mendicante, ruin comienzo
del verdadero deshonor.

Alfonso Canales

Málaga. 1923

El puerto

El timón hace tiempo
que no obedece. Y se perdió la aguja
en un golpe de mar, y no se sabe
lo que fue del sextante y de las cartas,
y hay una nube siempre cubriéndole la cola
a la Osa Menor. Todo es confuso,
salvo el agua y el viento que empujan, ignorando
sargazos, arrecifes, a la buena
de un dios aviesamente situado
en un lejano fondo al que no llega
el peso de la sonda. Cada día
ostenta un igual ruedo
sin tacha (pero, al menos,
mientras dura la luz, está la suerte

de ver que no hay obstáculo que hiera
el maltratado pino), y cada noche
la sospecha de un duro acantilado,
de un gran terrón de hielo bogando a la deriva,
de la sierpe o del flanco de otra nave
también sin norte, suma
nueva zozobra al navegar. El sueño
sólo se logra con licor y viejas
canciones repetidas
sin convicción, pues ya no hay quien ignore
que es triste y es final cuanto sucede,

que el viaje se hizo más penoso
a cada singladura, que faltan mercancías
con las que comerciar, y que es posible
que nunca haya existido
la ciudad con el puerto.



ANDRÉ LHOTE
El puerto

Pablo García Baena

Córdoba. 1923

El corsario

178

De sal es todo el viento en esta noche
que no quiere cegar el encarnado
párpado del crepúsculo. Allá lejos
Estambul de esmeralda en los divanes
de seda extingue el grito de las víctimas.
Perdidos son los días del amor
pues la furia es el goce de la vida
y altanería y odio son su fiesta,
ira y miedo en feroz desequilibrio,
tal oleaje que esta balsa agita
entre santelmos lívidos de ahogados.
Y amo el desnudo músculo blandiendo
la luna sarracena del alfanje
que eclipsa en sangre el chorro de la
arteria.

Arden en las orillas las fogatas
y así como un corcel entre enemigos
patea herido en medio del combate,
voy en el ardimiento de la cólera
sobre esta tablazón undosa al agua;
como tapiz que extiende el mercader,
ceñido por la cruel briega bardaje
que la gumía acalla gutural.
Flotan las testas entre los bejucos,
a cercén del olvido las cabezas
que bate el mar contra las rocas áridas
Allí expiras también, mi dulce Elvira,
amor mío fiel.

Álvaro Mutis

Bogotá, Colombia. 1923

La muerte del capitán Cook

Cuando le preguntaron cómo era Grecia, habló de una larga fila de casas de salud levantadas a orillas de un mar cuyas aguas emponzoñadas llegaban hasta las angostas playas de agudos guijarros, en olas lentas como el aceite.

Cuando le preguntaron cómo era Francia, recordó un breve pasillo entre dos oficinas públicas en donde unos guardias tiñosos registraban a una mujer que sonreía avergonzada, mientras del patio subía un chapoteo de cables en el agua.

Cuando le preguntaron cómo era Roma, descubrió una fresca cicatriz en la ingle que dijo ser de una herida recibida al intentar romper los cristales de un tranvía abandonado en las afueras y en el cual unas mujeres embalsamaban a sus muertos.

Cuando le preguntaron si había visto el desierto, explicó con detalle las costumbres eróticas y el calendario migratorio de los insectos que anidan en las porosidades de los mármoles comidos por el salitre de las radas y gastados por el manoseo de los comerciantes del litoral.

Cuando le preguntaron cómo era Bélgica, estableció la relación entre el debilitamiento del deseo ante una mujer desnuda que, tendida de espaldas, sonríe torpemente y la oxidación intermitente y progresiva de ciertas armas de fuego.

Cuando le preguntaron por un puerto del Estrecho, mostró el ojo disecado de un ave de rapiña dentro del cual danzaban las sombras del canto.

Cuando le preguntaron hasta dónde había ido, respondió que un carguero lo había dejado en Valparaíso para cuidar de una ciega que cantaba en las plazas y decía haber sido deslumbrada por la luz de la Anunciación.

Carlos Edmundo de Ory

Cádiz. 1923

Aerolitos

Las olas son saliva de la luna.

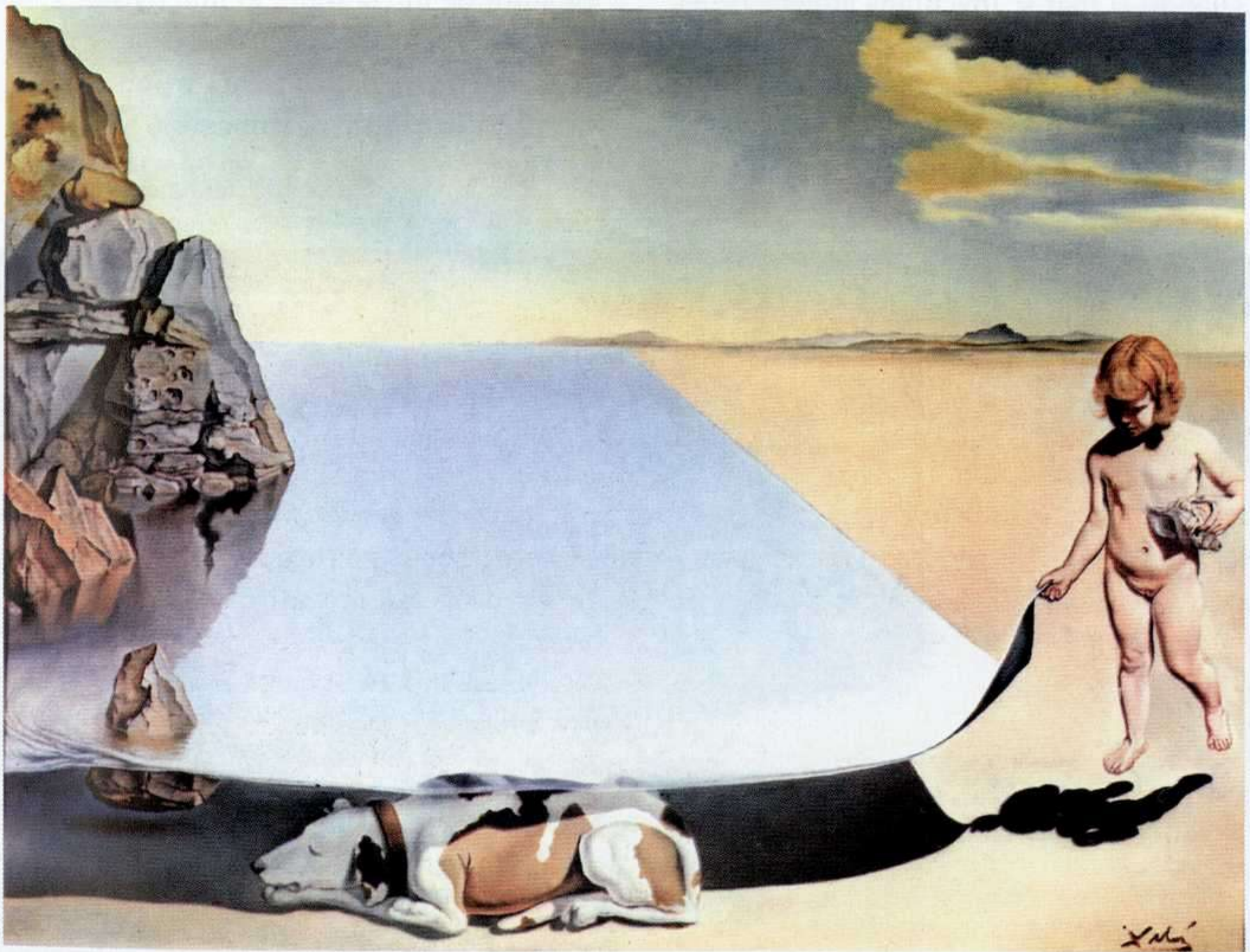
*

En el mar no hay libros.

*

Epítetos alcohólicos para el mar:
«color de vino oscuro» (Homero) —
«color de whisky» (Malcolm Lowry).

179



SALVADOR DALÍ

Dalí a la edad de seis años, cuando creía que era una niña, levantando la piel del agua para ver a un perro que duerme a la sombra del mar, 1950

Manuel Alcántara

Málaga. 1925

Mar

En medio de la noche el mar sin sueño
cuenta peces y estrellas desvelado;
en medio de la noche el mar cansado,
como un perro olvidado por su dueño.

La ola se frunce en numeroso empeño,
algas condecorándole el costado,
y el mar dentro del mar ha naufragado
igual que un río frágil y pequeño.

Lluvia de Dios sirviera de semilla
a su arboleda azul y su cadena
cuando el mar se inventaba aquella orilla.

Una postura suya busca el centro;
desertor inconforme de la arena,
el mar tiene un dolor de tierra adentro.

María Beneyto

Valencia. 1925

Con el mar

Niña escondida mía, niña extraña,
niña que fui, y me he muerto, y me he perdido,
forma dos veces vida de mi vida,
sombra rasgada de mi ser impuro,
¿hacia dónde escapó tu luz pequeña,
tu corazón de música sencilla?
¿Se ha perdido en un bosque, y tiene miedo
a las cosas que ya nunca temías?

¿Habitas en la piedra de los montes,
o velas en ciudades de la prisa
llorando, disolviendo noche a noche
tu amor de lluvia sobre lo indefenso?

Naciste en esta España clara y pobre
heredera de lágrimas, ruinas



BALTHUS

El gato del mediterraneo, 1949

y tiempo, tiempo muerto y enterrado.
En la patria que sueña sus recuerdos.

Un mundo sin presente, dedicado
a la nostalgia de remotos nombres,
te recibió a la claridad del día
y te entregó tu parte en la tristeza.

La hidalga España te condecora
con hambre y llanto. Con palabras viejas
que decían Castilla entre clarines
y después se volvían a su muerte.

Y eras mediterránea. No había
nada tuyo en Castilla. Por tu sangre
iba el litoral tuyo navegando
hasta quedar varado allí en la estepa

cuando un día llevaste el mar contigo
junto a la sed de la reseca tierra
con la palmera, el mirto y la naranja
en vegetal, vernáculo cortejo...

Pero volviste, mar al mar. ¿Recuerdas
qué alboroto de peces y gaviotas
movía el alma tuya, caracola
devuelta viva al elemento madre?

Quizás ahora el mar es tu morada
y sabes ya lo que las olas dicen
con la salina voz que hablaba arena
en el primer idioma de las aguas,

porque tienes que estar en algún sitio,
niña del mar, ensayo de mi vida,
en donde sea playa, faro, puerto,
eas luz tuya que habitó mi nombre.

Ángel González

Oviedo. 1925

Canción de invierno y de verano

Cuando es invierno en el mar del Norte
es verano en Valparaíso.

Los barcos hacen sonar sus sirenas al entrar en
el puerto de Bremen con jirones de
niebla y de hielo en sus cabos,
mientras los balandros soleados arrastran por
la superficie del

Pacífico Sur bellas bañistas.

Eso sucede en el mismo tiempo,
pero jamás en el mismo día.

Porque cuando es de día en el mar del Norte
—brumas y sombras absorbiendo restos
de sucia luz—

es de noche en Valparaíso

—rutilantes estrellas lanzando agudos dardos
a las olas dormidas.

Cómo dudar que nos quisimos,
que me seguía tu pensamiento
y mi voz te buscaba —detrás,
muy cerca, iba mi boca.

Nos quisimos, es cierto, y yo sé cuánto:
primaveras, veranos, soles, lunas.

Pero jamás en el mismo día.

Julio Mariscal Montes

Arcos de la Frontera, Cádiz. 1925-1977

El barco de juguete

¡Aquel barco de niño bogando en mis recuerdos
hacia un país lejano, borrado de los atlas!
¡Aquel barquito frágil, de marfil, que tenía
un nombre de sirena y una velita blanca!

¡Horas de aquel verano: arenas y salinas;
el poniente saltando por entre las casetas,
y el farero dormido con sus ojos de noche,
y el vendedor de «polos» con su pregón de feria!

Entre espejos tranquilos y viejas caracolas,
mi madre lo guardaba dentro de la vitrina,
junto a aquel abanico con el país de nácar
nostálgico de valeses y empolvadas sonrisas.

Yo recuerdo que un día —crepúsculo en los pinos,
cornucopias doradas de la sala en silencio—,
lo encontré entre mis manos de niño sin historia
como un pájaro exótico temblando en el misterio.

¿Dónde fuiste, barquito de mis juegos de niño,
con tu nombre sonoro y tus velas de seda,
que en un verano antiguo navegaste sin rumbo
por el mar encrespado de mi ilusión primera?

¿Dónde estarás ahora, barquito de marfiles?
¿Hacia qué puerto oscuro tu timón y tus remos?
¡Mi corazón te busca latiendo de nostalgias
en la playa escondida de mis viejos recuerdos!

Café de puerto

Bailaba con un ritmo de sierpe en las caderas
ante un cartel de toros con una fecha antigua,
mientras que el humo turbio bordaba de espirales
la atmósfera cruzada de azules marineros.

En las noches del puerto —canciones y navajas—
era un grito de sombra la mata de su pelo,
y su boca anhelaba el perfil de otra boca
que la besó una noche bajo la luz del faro.

Sus pechos se agitaban cansados de batista,
siguiendo en la guitarra una vieja locura,
y en sus ojos, dormidos entre el ron y el requiebro,
había un temblor confuso de alondra en agonía.

Un alba de jazmines —trinquetes y banderas—
la encontró un marinero tendida para siempre;
tenía en la garganta un chorro de rubíes
y en las manos un ancla con un nombre extranjero.

Se marchó con el alba; el bordón en la noche
lloraba por guajiras la ausencia de su talle,
y en el café de puerto se quedaron sus faldas
con una risa amarga de volantes azules.

Siento pasar los barcos por dentro de la noche

J. M. CABALLERO BONALD

José Manuel Caballero Bonald

Jerez de la Frontera, Cádiz. 1926

Nocturno con barcos

Siento pasar los barcos por dentro
de la noche. Viene de un taciturno
distrito del invierno y van a otra interina
estación de argonautas,
esas rutas
quiméricas que rondan
los fascinantes puertos de la imaginación.

Invisibles a veces, surcan
las cóncavas comarcas de la niebla,
pertenecen a un mundo despoblado,
a alguna procelosa tradición

de vidrieras marchitas, se parecen
a la emoción que queda detrás de algunos sueños.

Llega hasta aquí el empuje
respiratorio de las máquinas, el empellón
del agua en las amuras,
y a veces
una sirena desenrosca
la disonante cinta de su melancolía
por los opacos círculos del aire.

La cifra de esos barcos es la mía.
Con ellos cada noche se va también mi alma.



CHARLES DIXON
Orontes

Rafaela Chacón Nardi

La Habana, Cuba. 1926

Caribe

Caribe de islas tatuado.
 Mar indio. Cristal teñido.
 Caribe, lago perdido
 en alegría tallado.
 Mar de tierras penetrado.
 Mar de música afilada.
 Seda verde y ondulada
 acariciando la tierra.
 Anillo de agua que encierra
 la luz de la madrugada.

Alfonso Costafreda

Tárrega, Lérida. 1926-1974

El mar

Nacer... morir..., nada preguntes.
 Son simplemente dos sucesos.
 En medio un mar tempestuoso.
 Y esto es lo que sabemos.

En medio un mar, sobre sus olas
 confiadamente naveguemos
 dejándonos llevar, dejándonos
 llevar... Nuestras pasiones son sus vientos.

Aunque de pronto se desaten
 poderes que no conocemos,
 y nuestra soledad se pueble
 de promontorios de misterio,

siga la nave su camino
 real contra lo incierto,
 siga la vida, siga, marche
 terco su rumbo contra el pensamiento.

FERNAND LEGER

Las Bañistas



Luis Jiménez Martos

Córdoba. 1926

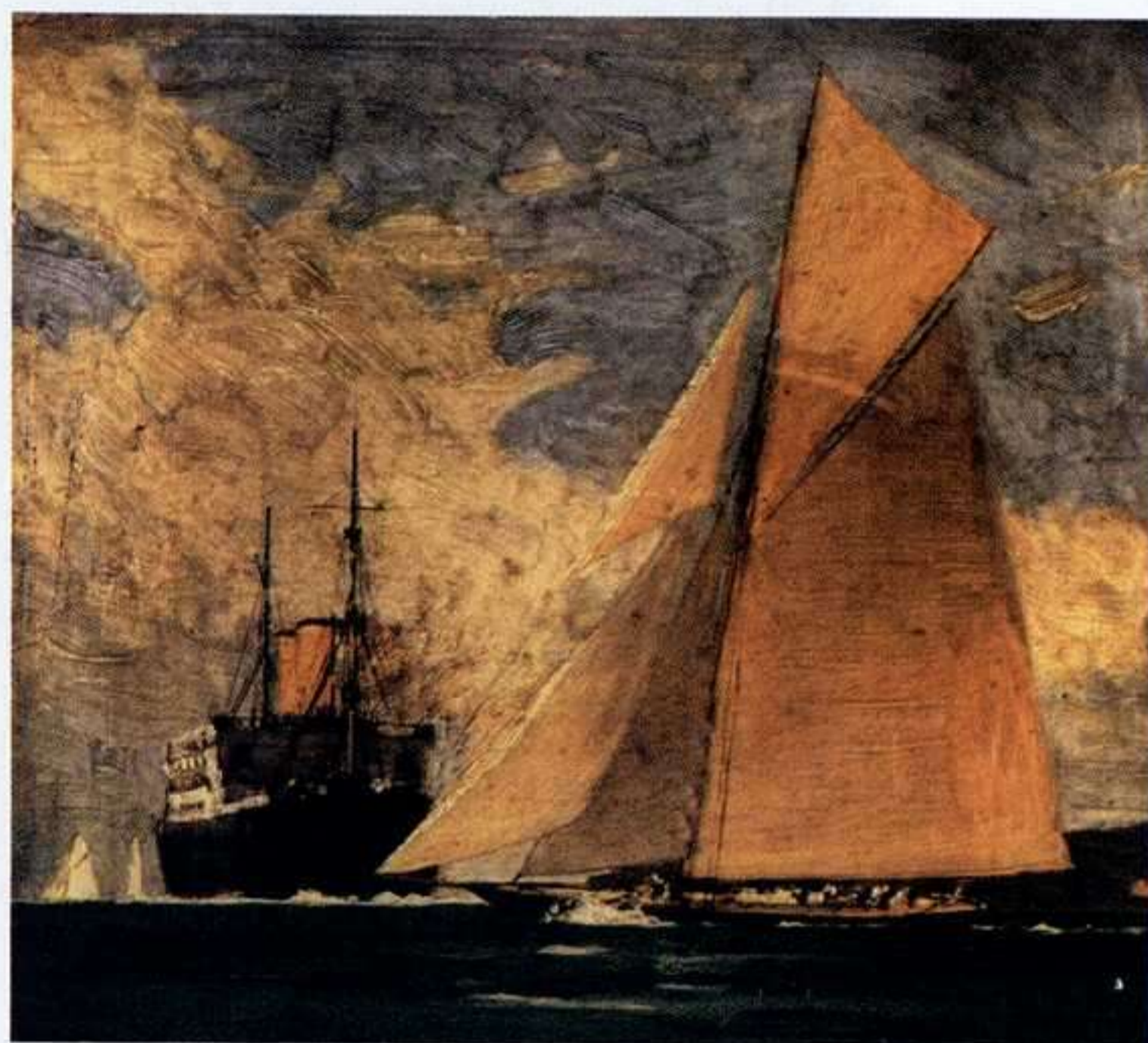
El mar en la pared

Para todos los días
clavado ahí,
instante del mar.
Todos.
Mudo entre los ruidos
que hacen los hombres con sus prisas.

Se quedaron paradas
las olas.
Para siempre
(no sé en qué fecha ni en qué orilla).
Aunque sea espeso el muro,
acaso el agua rompa
alguna vez por estallante vía.

Yo te saludo todas las mañanas
con la memoria fresca,
mar de idas y venidas.
Sé que no avanzarás
hasta la costa de mi silla,
pero de cuando en cuando creo que va a aparecer
un alga en mis papeles,
creo que va a comenzar una invasión que apague
este goteo terrible de la vida
sólo de nombre.
Oh, salto,
qué gran salto,
mar de pared hasta ti,
qué salto y risa,
qué libre el corazón bajo otra luz.

Para todos los días
clavados tú y yo.
Dos prisioneros que se miran.



NORMAN WILKINSON
Duchess of Bedford

Enrique Badosa

Barcelona. 1927

Milos

Las aguas florecían de azules encendidos,
una alta mar de espumas remansaba en tus
manos
un horizonte de islas nunca tan venturosas,
y tú te reposabas absorta en tu desnudo,
y que te navegasen mis ojos y mi piel,
súbitas singladuras, naufragios obligados
en tu carne marina y en tu luz sosegada.
También yo era del mar, pero más del mar tuyo,
tu pleamar de sal, turgente y gozadora,
y tus profundidades de abismo placentero.
Naufragio de los dos, salvados, cenitales,
varados en la arena del pulcro mediodía.
Y todo, para siempre, será de mármol virgen.



Luis Feria

Santa Cruz de Tenerife. 1927-1998

El mar

He venido hasta el mar; aquí he sumado
tanto fracaso, tanta esperanza inútil
al movimiento eterno, a su frente estrellada,
a la que tantos niños que no han nacido nunca
y en el fondo del agua esperan las palabras
del levántate y anda de un inmortal que crea.

Sobre los pies del agua descanso cuanto he sido.
Le sumo mi tristeza, mi airado preguntar,
como un soldado solo que después de la guerra
sobrevive y pregunta de qué valió la sangre
y llora sobre el pecho enmudecido
de cualquier muerto amigo que ya no le responde.

He venido
al mar que se destruye para no morir nunca.



MANUEL ÁNGELES ORTIZ. *Desnudos ante el mar*, 1955

El mar

El mar sabía todas las lenguas que el corazón del hombre entiende. Abandonados ante él, sobre la arena, un agua que venía nos hablaba de la violencia o del esfuerzo sin tregua. Otra nos mantenía en nuestro diario seguir esperando, nos decía de continentes y constelaciones que desconocíamos, nos urgía a marcharnos hacia la Cruz del Sur a la aventura y, viento de nosotros mismos, a dirigirnos hacia tierras sin latitud y sin nombre...

Encontrar juntos el azar, la ambición, la leyenda, el desnudo, era encontrar la hora del corazón en punto, y había dos maneras de ganarle a la vida: dejarse convencer por las promesas, partir sobre cualquier marea o, en un impulso vehemente, hundirnos en el mar sin meditarlo en busca de su salvaje corazón sonante.

Cualquiera de aquellas dos maneras era alcanzar la vida en plenitud. Y el día en que el océano se secase, siempre habría una ola final, piadosa y con memoria, que nos regresaría a tierra, cuando ya inmóviles, indefensos y puros, fuéramos una concha sin amor a la que el agua arrastra para siempre en su marea.

Carlos Barral

Barcelona. 1928-1989

188



ALEX KATZ
Ensenada al atardecer, 1957

El niño observa un temporal memorable

Remota voz de náufragos, quebrada
en el ruidoso bulto de las aguas,
en las crestas silbantes y en las cuevas
de rencor enroscado y de cercano
descomunal estrépito.

Los golpes
avanzan, se atropellan, se encabalgan
y el mar inspira hondo
el replegarse de la tierra aterida
que el ritmo expresamente conmemora.

Acuden relucientes
al rostro las agujas y la escama
del viento y el vapor de lo anegado.
Llueven como de abajo, desde el fondo,
erráticos humores, hoscas frondas,
secreto de la sima reventada.

Y él, con dolido adentro, se pregunta,
escrutando las charcas, finalmente
vencido y asustado,
por el cubo de plástico y su pala.

José Agustín Goytisolo

Barcelona. 1928

Nombre de mar

La mitad de los días se me fue
pensando en tu retorno. Tenías
que volver.

Nosotros en secreto negábamos tu muerte
como se niega un dios.

En un rincón del alma
la esperanza sonaba con tu nombre de mar.

Por el sendero por el monte acaso
por las esquinas o al caer la venda
de la gallina ciega
por algún sitio...

Tenías que volver.

Yo junto al mismo río
te esperaba en el agua.

Juan Valencia

Jerez de la Frontera, Cádiz. 1928

El mar...

El mar.

Oh qué rápido sucederse,
cambiarse sin pausa,
—ya arriba, ya en descenso—,
en un nacer y renacer eternos.

A la ola extinguida
otra más poderosa se levanta,
ambiciosa del inmenso techo,
pero pronto se allana
del mar en el seno creador.

Sólo el mar hace y deshace.
Tiene el rumbo de la eternidad.

Adviene de sí mismo,
pero nunca se agota
en su ser multiforme.

Encadenado a los cielos día y noche,
está día y noche solo,
de tumbo en tumbo inciertos,
sin más horizonte que su soledad.

Desde el cercado y batido promontorio
—como si en tu córnea espesa, dulce,
recogieras
toda la libertad de sus formas cambiantes—,
en su majestad sin igual le miras.

No te parece, en su soberbia,
más que en sí mismo originado,
de sí mismo surgido
en una esplendorosa y eterna creación.

José Corredor Matheos

Alcázar de San Juan, Ciudad Real. 1929

Nada sabes que valga
la pena decir,
y por eso prefieres
el silencio que deja
oír el agua,
pero no la palabra,
esos largos silencios
de la piedra que hay en tu corazón,
donde rompen las olas
como en aquel islote
que se ve allá a lo lejos,
cuando el mar se evapora
y parece la sal
de la consagración,
una espuma sin nombre,
mientras sientes que el mundo
se detiene.

*

*El mar:
mientras lo miras,
se evapora.*

*

Esas velas latinas,
sobre el mar, tan azul,
entretenido
en su vasta existencia
sin pasado,
han escrito un poema
irrepetible,
sin saber ni importarles
que estuvieras aquí
y pudieras leerlo
y olvidarlo,
dejándote su aroma.

Jaime Gil de Biedma

Barcelona. 1929-1990

Desembarco en Citerea

190

Como la luz, la música
tiene una calidad fosforescente y suave
de sueño recordado. Cerca el mar
y la noche tranquila sobre el gran paseo
le esperan, avivándole
la rara y tenue sensación de estar
que se siente en las islas y en los bares.

De vivir en la arena, bajo el sol,
son nobles esos cuerpos
y capaces de hacer llorar de amor
a una nube sin agua, en los que el beso
deja un sabor de sal en la saliva,
gusto de libertad que hace soñar
y sobrexcita al extranjero.

Cuando vaya a dormir,
a solas y muy tarde, la nostalgia
sucederá a la envidia y al deseo.
Nostalgia de una edad del corazón,

y de otra edad del cuerpo,
para de noche inventar en las playas
el mundo, de dos en dos.

No sólo desear, pero sentirse
deseado él también. Es ese sueño,
el mismo sueño de su adolescencia,
cada vez más remoto. Porque le apremia el tiempo,
y en amor —él lo sabe—
aunque no tiene aún que dar dinero
tiene ya que dar inteligencia.

Mañana por la noche sin luna, sobre el mar,
volando hacia su casa,
irá con él la imagen de estos cuerpos
dorados. Y en su imprecisa gracia
sentirá que le inquieta un reproche,
doloroso y trivial como el recuerdo
de una deuda olvidada.



PANCHO COSSÍO. *Puerto*, 1957

Vicente Núñez

Aguilar de la Frontera, Córdoba. 1929

Isla

Si no fuera por otro entendimiento
que el de ciudad y destierro
comunes; si no fuera
por la palabra y su sonora antorcha,
a orilla de una tierra donde vino,
sensualidad aparente y hermosura
edifican el único
pedestal de la vida;
si por ella, oh sombra
deseable que el miedo no reduce,
no fuera, acaso nunca
ni Córdoba ni yo despertaríamos
de nuestra antigua y seca indiferencia.

Haber cantado un día por encima de todo
la voz atenorada como aquí debe oírse,
cuna y designios convirtiendo en otra
soledad y avaricia,
eso lo recogimos una tarde
lejos de nuestro río,
en esa Malta grata y sempiterna
de la amistad y su roca solitaria,
cobrando con aplauso o afecto compasivo
la fuente de las lágrimas,
el precio de la muerte.

Cuantos allí creyeron, por la extraña
aventura que despierta el poeta,
rendir memoria y culto
a un sentimiento noble que el tiempo desmorona,
con miedo igual e idéntico fracaso
nosotros a su imperio
futuro sometemos.

Isla que ha recogido entre flotantes
palmas de luz la suerte
que prematura ocupa y acompaña
a quienes del naufragio, victoriosos,

faro es su voz y mágico su pecho.
Isla, pero, más dura,
serlo por la palabra,
uniendo soledades como patrias adversas.

Si en algo nos aquieta
su garganta de roca,
desde el acantilado donde una brisa de oro
parece que anunciara la llegada
de nuevos argonautas,
por su tesón sería,
abriendo otros caminos a la gloria del mundo.
Sólo por esa móvil esperanza,
por el aire que ordenan sus velas como aroma
hacia la plenitud remota de los tiempos.
Porque rema ahí la vida, y sus cadenas
cantan sobre las olas
que no estamos perdidos.

José Ángel Valente

Orense. 1929-2000

XI

No me abandones tú en los sumergidos
muelles de esta anegada primavera.

Hay ríos

de enorme luz que arrastran los quemados
baluartes del aire, lentas
barcazas que naufragan, cuerpos
que nunca más alcanzarán el mar.

192

XII

Moluscos lentos,
sembrada estás de mar, adentro
de ti hay mar: moluscos del beber
en ti el mar
para que nunca en ti
tuvieran fin las aguas.

Enrique Molina Campos

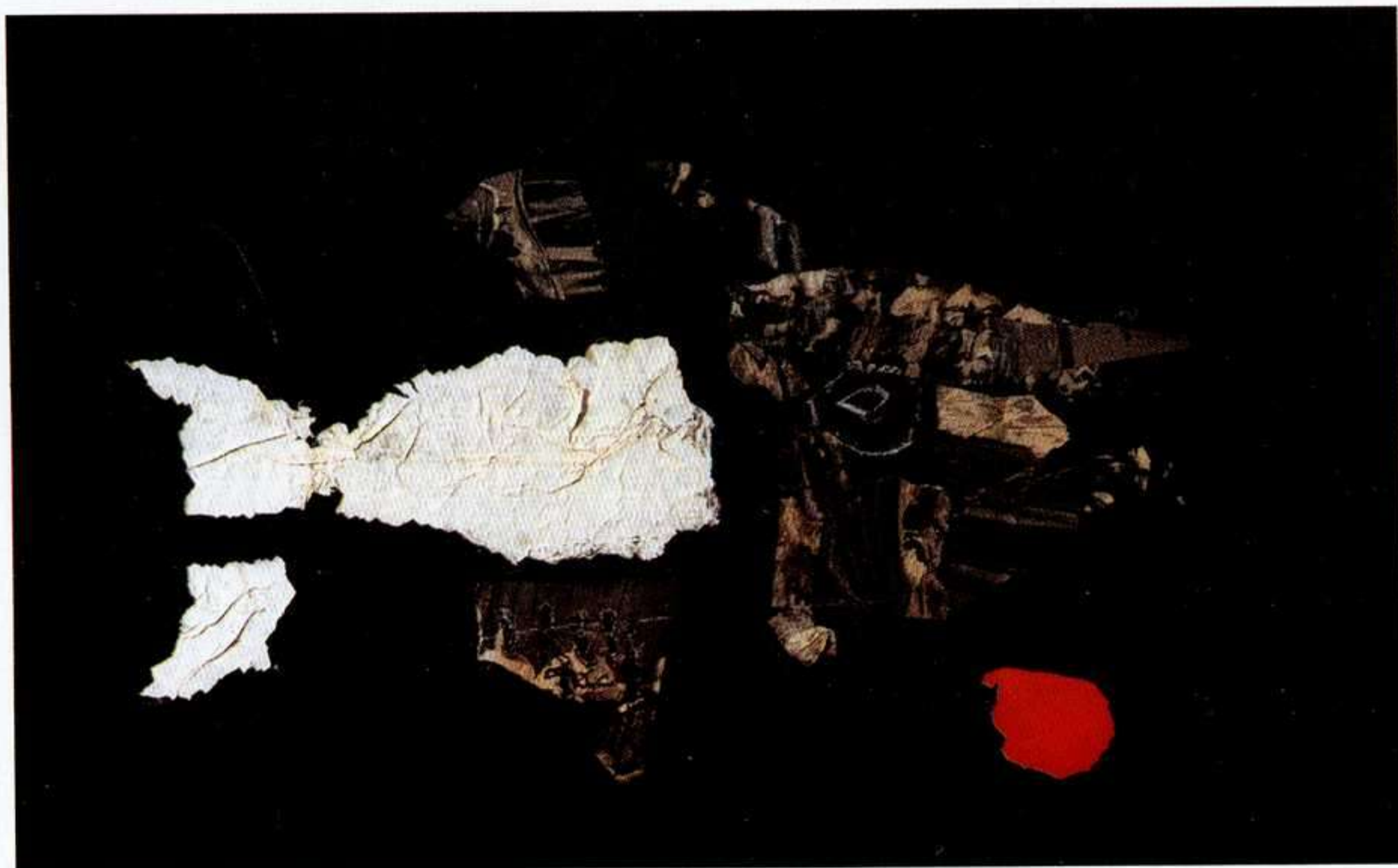
Madrid. 1930-1994

Sapore di sale...

Sabor de sal, sabor de mar, sabores
de soles sucedidos en tu cuerpo,
en tu piel extendida por la arena;
sabor de ti cuando te beso y antes
y después.

Tú eres el mar y el mar es tú. Te veo
como el mito emergiendo de las olas,
surcando con tus pasos las espumas
hasta la arena seca, aún con tus huellas,
que te aguarda.

Mas no Venus, no diosa. Mujer mía,
tú, sometida como yo y conmigo
a la ley de las horas. Y con tantos
sabores de estar viva y de entregarte
al mar, a mí.



ANTONI CLAVÉ. *Poisson*, 1959

Fernando Quiñones

Chiclana, Cádiz. 1930-1998

Puerto del pasado

En tus ruedas de cráter las barriadas se asfixian
cuando el adormilado monzón empuja apenas
por la recta grisura colonial de Ma'alla
las hojas cuarteadas de un libro de Salgari.

Esta misma mañana se fueron los ingleses.
Mr. Kipling, de escala el viernes unas horas
en su viaje último, a nadie quiso ver
ni salió de su cuarto del hotel Gold Mohur.

Índicas bajamares lánguidas aún esperan
de la creciente el oro y el esclavo perdidos,
y tus hombres, tus pájaros de los muelles, no avisan
los velámenes ávidos de Deaf Bahadur Shah.

Del coronel Scare, que morirá en su Dover
Dentro de un año: «John cabalgó mucho ayer
y sé que no debiera», dijo el capitán médico
en voz baja a la puerta del hotel Gold Mohur.

Golfo adentro se aquieta por el cielo de cobre
el humo del West India, Mr. Conrad a bordo,
y ya a las diez se afiebra, o ella es la propia fiebre,
la caleta pequeña de Tawali, vacía.

¿Qué? ¿Con los insurrectos el criado de los Gray,
el flaco y el fiel Omar Abed de ojos quemantes
que toca la tambora y trae las bailarinas
de Mukalla a las fiestas del hotel Gold Mohur?

Llega desde la isla Socotora un caldoso
sureste de aventuras, derecho a los estanques
y milenios de Wadi Tawili, aires y aguas
que espejaron los pechos pródigos de la Reina.

Aún habla Mrs. Cranston del año de la tromba
y el teniente tan joven que se lo jugó todo

por verse con la esposa del mayor Joseph Brown
en la 313 del hotel Gold Mohur,

y esos colmillos secos del volcán, esas cuevas
de lava amoratada, comprimen, fuerzan contra
la rayamar inerte en riberas e islotes
caras y esquinas ciegas del rigor de los días.

194

Mirando de soslayo para disimular
el lanzazo reseco de su garganta, Morris,
cabo en las horas malas del Sudán, ni las nombra
nunca en los largos téis del hotel Gold Mohur.

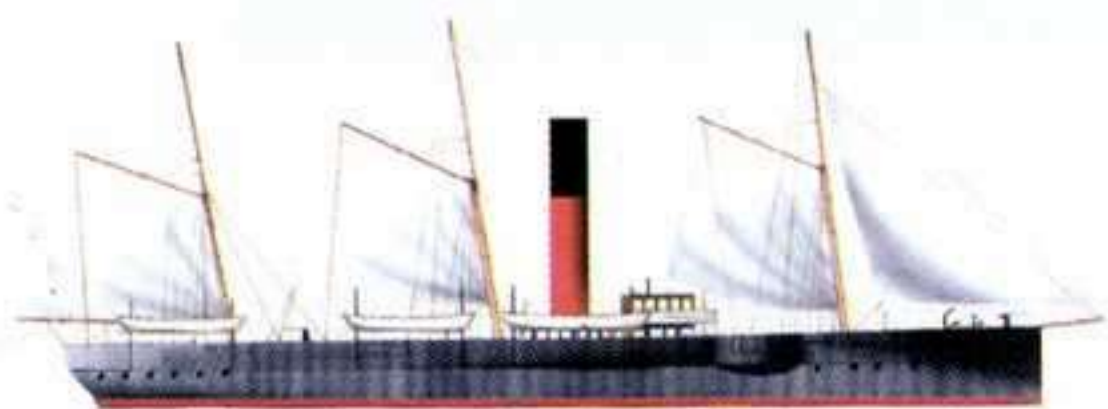
Algo más que calígine se amontona en el zoco,
en Khormaksar, en Bohra, en las murallas, algo
que no alivian los zumos del mango de Lahij,
ni la playa, la puerta para una fuga inútil.

Aderezan las cenas músicas trasnochadas
y entre paredes rotas y sudorosos zénkius
quema el reloj los anchos ceniceros oscuros,
como en desguace a venta, del hotel Gold Mohur.

No, Áden, no es de hoy tu agrio encanto, y las naves
aquellas en bahía, aún no están, ni son tú.
Nohecidas, preñadas con esas babas negras
que el desierto escondía y el Profeta calló.

Mr. Somerset Maugham, que en el Middle East Times
ya escribió del dominio de los turcos aquí,
nos habló de un Nizan y un tal Rimbaud, franceses,
anoche, en la salita del hotel Gold Mohur.

Rompe un gallo cansino. El mediodía arrastra
por las grúas el grave grito de los almuédanos
y a callejones, ojos, memorias, cafetines,
a dársenas y amores, a templos y prostíbulos,
caen desde el hondón del Tiempo los seguros,
lentos dedos mojados del calor y el desánimo y la muerte.



Miguel Romero Esteo

Montoro, Córdoba. 1930

Pálido, pálido está el loro
del gran capitán pirata,
tiene enfermo el corazón
y tiene enferma una pata,
con sus plumas de colores
vuela de un cañón de plata
a una cuchara de oro
igual que a saltos de mata,
va por el barco lo mismo
que un abismo chundarata,
va lo mismo que alma en pena
soltando pluma escarlata,
espelechando de amores
con repeluznos de rata,
gimiendo de negro el barco,
pidiendo fresas con nata,
gimiendo de negro el mundo
y negra la mar ingrata,
gimiendo que la negrura
le viene encima y lo mata,
un marinero va y dice:
el bicho nos da la lata,
le arrea un sopapo de amores
y lo alivia y lo remata,
luego en un rincón del barco
el loro estira la pata,
y luego con mucho amor
se lo merienda la gata.

195

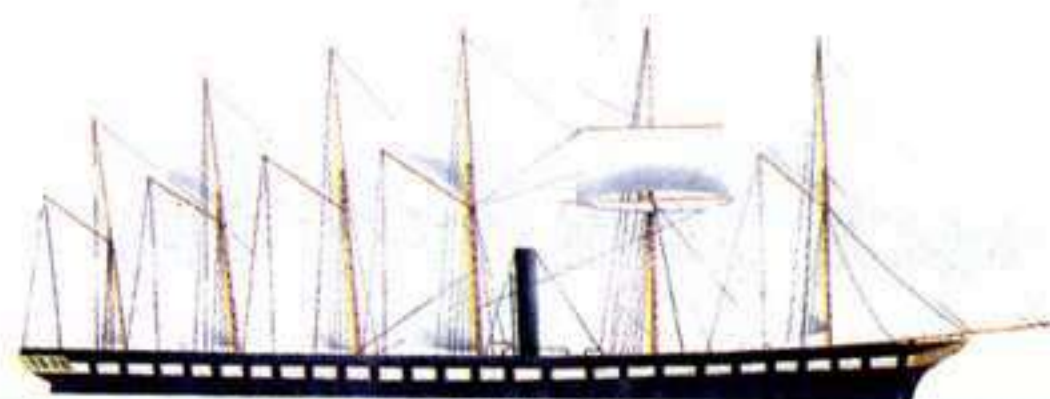
M^a Victoria Atencia

Málaga. 1931

Wasa, 1628

Fueron creciendo en savia los árboles precisos
para su arboladura y pudieron los pájaros
oírse en tus maderas. Deslumbró el astillero
tu dotación de bronce, el hueco de tus velas,
la increíble tersura de tu marinería.
Así fuiste creado, así dejaste el puerto,
así tu tajamar dio su proa al abismo,
detuvo su rugido tu mascarón rampante
y un puñado de sal colmó sus fauces regias.

Ventre grávido, útero maternal bajo el agua,
barco de mucha noche y de larga hermosura,
seguirás navegando un océano de lodo.



Aquilino Duque

Sevilla. 1931

Rafael Alberti y el cine de una noche de verano

196

Al cine de verano, alto barco en la playa
de la boca del río, con sus dos masteleros
y la gran vela cuadra de su blanca pantalla
toda llena de islas del sur y bucaneros

una noche de junio que nevaba en el norte
abordó en su trineo de caballo marino
la reina de las nieves y te hizo rey consorte,
a ti, que eras ya rey por derecho divino.

Fuiste mago de ranas, hombre de nieve,
gnomo,
paje de las sirenas, soldadito de plomo,
martinillo del sueño, la vigilia y el frío...

Ojalá que recales de nuevo en las arenas
del cine de verano, rotas ya tus cadenas,
marinero, hombre libre, capitán de navío.

Miguel Fernández

Melilla. 1931-1993

Navegación

No tengo sed, ni mar, pues ya te bebo
cuando rompes el sol de las mañanas.
Ni hambre de ser la orilla en tu vorágine
ya que bañas mis piernas con tu aceite.

Tengo tan sólo el líquen de tus óxidos,
el salitre en mi hacienda de tu gracia
que a mi garganta llega y se me rompe
en las alas trenzadas de mi canto.

Sólo la barca de mi andar por tierra
se varó en la memoria del recuerdo.
Sólo el bramante de los abordajes
para saber qué hambre tuve siempre.

Era un vino fenicio por las cráteras,
monedas de los césares ya dioses.
Mas no el naufragio por haber vivido
ola tras ola con la mano alzada.



ANDY WARHOL
Paisaje marino, 1962

Enrique de Rivas

Madrid. 1931

Altas van ya las puertas de la noche
 cuando se oye en las olas los relojes del mar.
 Las naves doloridas silencian sus sirenas
 como si el tiempo antiguo quisiera naufragar.
 Sus umbrales abiertos aquietan las espumas
 por donde la hora sola se atreverá a pasar,
 una hora terrible que el reloj sólo anuncia
 para luego olvidarla, fuera de su manar.
 El espejo de esa hora no podría romperse,
 no hay espejo que pueda reflejar el del mar.

Francisco Brines

Oliva, Valencia. 1932

La última costa

Había una barcaza, con personajes torvos,
en la orilla dispuesta. La noche de la tierra,
sepultada.

Y más allá aquel barco, de luces mortecinas,
en donde se apiñaba, con fervor, aunque triste,
un gentío enlutado.

Enfrente, aquella bruma
cerrada bajo un cielo sin firmamento ya.
Y una barca esperando, y otras varadas.

Llegábamos exhaustos, con la carne tirante, algo seca.
Un aire inmóvil, con flecos de humedad,
flotaba en el lugar.

Todo estaba dispuesto.

La niebla, aún más cerrada,
exigía partir. Yo tenía los ojos velados por las lágrimas.

Dispusimos los remos desgastados
y como esclavos, mudos,
empujamos aquellas aguas negras.

Mi madre me miraba, muy fija, desde el barco,
en el viaje aquel de todos a la niebla.



199

FRANCISCO LOZANO. *Barcas*, 1964

Alberto García Ulecia

Morón de la Frontera, Sevilla. 1932

El recuerdo anclado

La luz de estío le ponía al pueblo
un traje marinero azul y blanco.
Desde las azoteas se veía
el cielo más añil y el mar más alto.

La amanecida entraba con la voz
lavada y bulliciosa del mercado,
envuelta en la fragancia del melón
y en las branquias sangrantes del pescado.

La callejera cal y sus relumbres,
la vieja plaza con el demacrado
reloj consistorial, y al fin el pie
de cemento del muelle anticipado,
en donde el sol, como un lebril de oro,
lamía el alquitrán, cegaba el faro,

hervía en las espumas, sonreía
soltándose gaviotas de las manos.

De feria eran los ojos casi niños
y las cosas le entraban a puñados.

Era la soledad, con larga cola
de salitre y crepúsculo; el mandato
vibrante y triste de la adolescencia,
con su sabor a fruta y a pescado:
y un algo más y manos que el amor:
aquel soñar despierto y obstinado.

La patria aquella flota todavía,
en la memoria anclada como un barco:
y allí regresa el que de allí venía,
lentos los ojos y el reloj parado.

Rafael Guillén

Granada. 1933

Voces por la playa desierta

Después hay un momento en que la
madre
naturaleza pasa
su lengua por el húmedo milagro
de la playa recién nacida.
Lejos,
como el rumor de una estampida, crece
y se acerca la claridad y toma
relieve una palmera hasta que, al pronto,
con un clamor, con un sonoro golpe
de platillo, por todas
las lejanías a la vez, estalla
irresistible la alborada.
Un bozo
de pulido oro viejo
se insinúa en los frunces de la arena.

Allí está jadeante
el mar; como recién llegado. Tardo,
el día acosa en derredor. No hay montes
que guarden nuestra espalda. La isla toda,
patena deslumbrante, se levanta
para ofrecer un nuevo sacrificio.

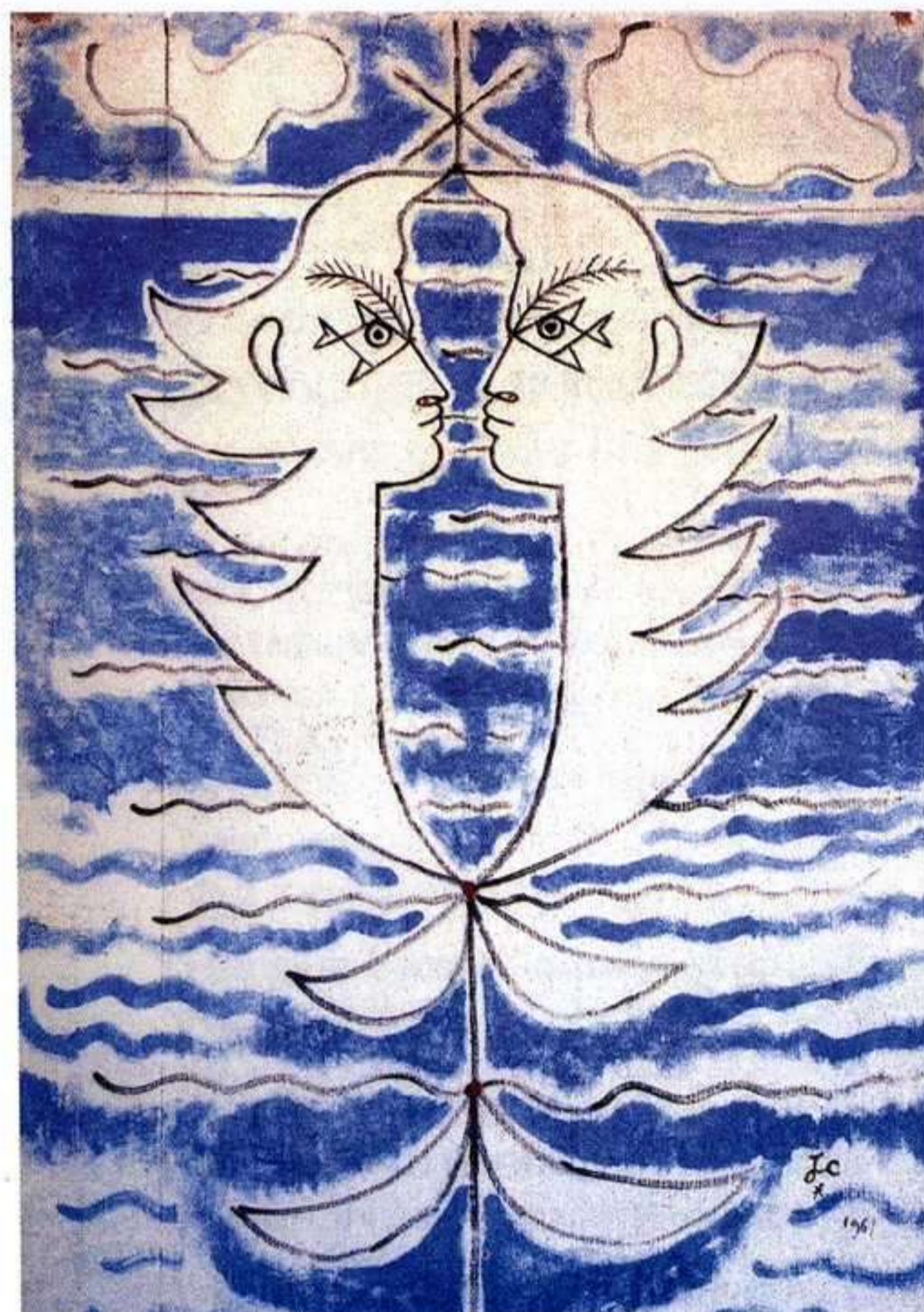
Desde la línea curva
donde negrean los olivos, desde
la ranura del horizonte, tenues,
arrastrándose por el rompeolas,
se oyen voces. Son voces que no tienen
origen, que nacieron con el mundo.
El hombre, vida apenas,
tan sólo existe para ser testigo.

Manuel Padorno

Canarias. 1933

Oír la ola distinta

El ruido que hace la ola esta noche
no es el que se ve. Se ve romper
encrespada (en ella misma), ola que bate
el infinito. Pero yo que vengo caminando
frente a ella, que la oigo, que la sé,
parece que me dice en su arboladura
floreale y por la arquitectura de su espuma
que ese trallazo suyo (por primera
vez) se oye distinto: oí distinto.
¿En dónde vivo? ¿Qué mar es éste?
La región bondadosa deja oír
cómo aprender a oír de nuevo todo.



JEAN COCTEAU *El estrecho de Gibraltar*, 1961

Gabriel Zaid

México. 1934

Bósforo

—¡Ay, Estambul, Estambul,
Bizancio de mis enredos,
vine a saber en tus dedos
que la garganta es azul!

—En uno y otro meandro,
oh Mármara, no es tu sino
que busques el desatino
del tajo aquel de Alejandro.

—¡Es más que nudo: madeja,
este empeño bizantino
de buscar, que no me deja!

—Que el Bósforo, a tajo fino,
te sepa desconstantino—
polizar sin una queja.

Félix Grande

Mérida, Badajoz. 1937

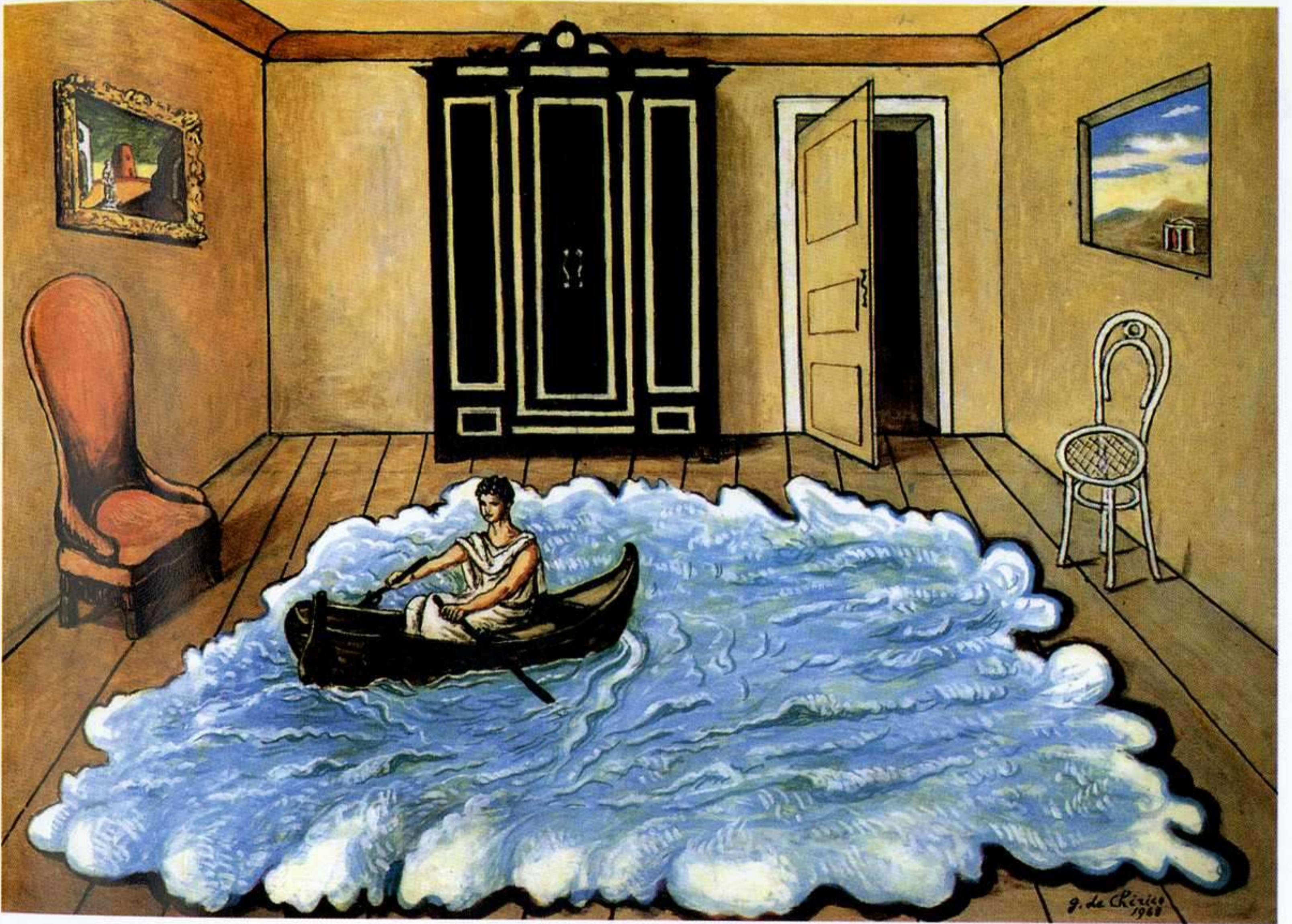
Sueño

(Fragmento)

El mar no sabe
que en secreto se está multiplicando
cuando en la noche queda en calma y cuando
se dilata la estela de una nave
sobre las aguas.

Desde las orillas
un hombre, de rodillas
lanza una piedra al mar y mira atento
cómo ese fantasmal círculo lento
toma la senda de la lejanía.
No le importa: esa rosa aún no ha llegado
ni al más desconocido acantilado
ni al último rincón de la bahía.
Tira otra piedra, y otra... Se ha propuesto
permanecer arrodillado en esto,
multiplicar al mar.

Y poco a poco
el pobre arrodillado se va volviendo loco.



GIORGIO DE CHIRICO
La vuelta de Ulises, 1968

Rafael Pérez Estrada

Málaga. 1936-2000

204

La hora inglesa del Mediterráneo.



Quién puede decir mar impunemente.



El mar anochecido es sólo negativo de plata.



Y los niños achican el mar con sus palabras.



Florecen los almendros en los corales.



Y el mar es el reverso de un deseo.



La cresta y el seno de la ola, el corazón transido
en transparencia, el hueso de lo azul.

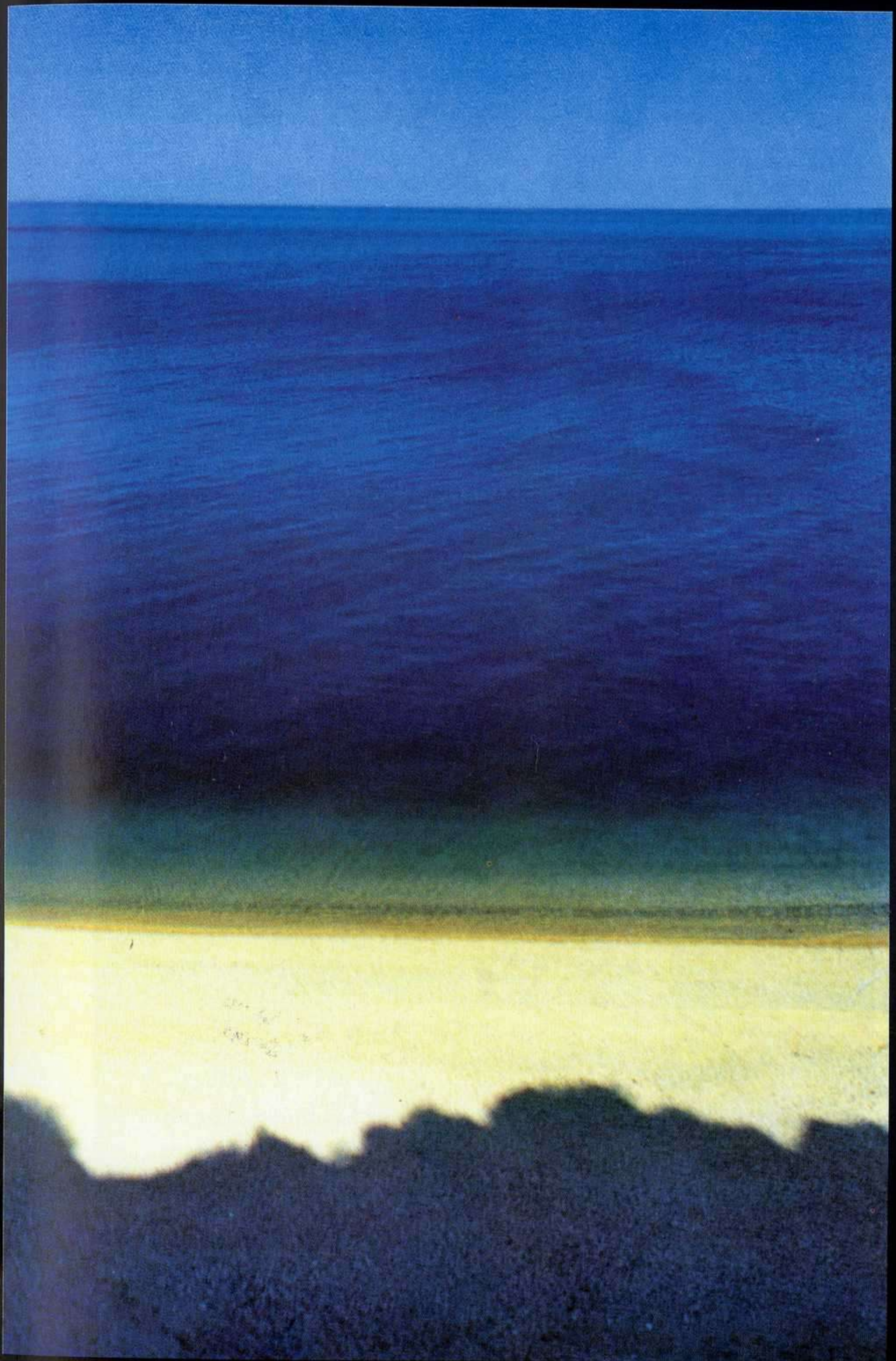


Los centauros pastorean el verde de las algas.



Y las medusas mueren donde se acaba el mar.

FRANCO FONTANA
Paisaje, Baia delle Zagare, 1970



Rafael Soto Vergés

Cádiz. 1936

Sargazos

Las amigas celestes, que coreaban mis dominios, deambulan ahora poseídas por la maleza astral de un mar lejano.

Y las amantes se separan de mis vagos sentidos, apresadas por la naturaleza navegante.

Mi habitación terrestre llora en el vacío de pléyades bulbosas y el infortunio de los astros móviles.

Tuvo color aquello. Acaso rosa, blando y, por razón del agua, rumoroso, al zozobrar en vértigos profundos.

Lloraba al borde de los meridianos, cuando las tres mareas navegaban sobre la incertidumbre de mi estancia.

¡Aquella distracción abstracta! Mis sirenas se fueron, lejos, lejos, entre la espuma pálida, inventada.

Fue mi secreta dimensión: un miedo a lo concreto, música o maleza, a la deriva de los equinoccios.

En tanta confusión hoy canto, difundido en las aguas. ¡Parcas, Parcas, quebrad hilos de plata en las solubles algas!

Rafael Ballesteros

Málaga. 1938

En la mar, confundido

No la mano en las estancias frías de la mar, entre las últimas moradas: sino tu cuerpo: Inminente regalo: Adorno de la marisma.

Y no tu cuerpo, peregrino, entre las escarlatas sombras allá al fondo, su murmullo, su flora: sino tú. Toda tu lozanía, tu misterio en el azul intenso de la mar, perdido.

No tu cuerpo extendido en las solubres maneras, sino tú convertido en la suave forma que del mundo la mar, atesora y preserva. No ausente de la tierra, sino en tu transparencia.

Y perdido en la enorme rielente materia, sufrir los avatares del viento y de los silbos, del inmenso artilugio que mueve las mareas; surgir, placer de nuevo: perderse en el olvido. Oh, ser espumeante objeto del fluido, ser trono, luminaria.

Confundirse
en la ancha sustancia, ser
el trino mismo de la
espuma y el viento. Alegría
perenne. Enamorado objeto.

Primura de la vida,
sustentación del orbe:
No parte de la mar, sino
su estola, su filo recamado,
su arrebol en lo alto.

Acercarse a la orilla, ser
objeto del arte, maravilla
del astro, perfección temblorosa.

Y llegada la última estela
luminosa, la ribera, la ruidosa
comba, te resta, peregrino,
cayendo entre los huecos sutiles
de la arena, pertenecer al mundo:
ser espuma en la muerte.

Carlos Sahagún

Onil, Alicante. 1938

Desembarco

Perdida la ocasión en las batallas,
años después, hombres y niños esperábamos
un desembarco salvador.

Se poblaban las playas de miradas,
los sueños, de navíos.

Pero nadie venía a destruir
la tiranía del silencio.

Nada en el horizonte de color Normandía.

Sólo espuma en la orilla y tierra inhóspita
bajo los pies descalzos, anhelantes
y acobardados.

207



EDUARDO
NARANJO
h. 1970

Antonio Martínez Sarrión

Albacete. 1939

Mares que no aparecen en los atlas

208 Mares que tosen, mares que se tiñen
como la cortesana más procaz.
Mares de hoja de lata que se creen lañadores,
mares en carromatos quemados de gitano.
Mares que huelen mal, mares que asolan
el más derecho surco con sus posos de cal
sin permitir que brote ni siquiera una espiga.
Mares de canapés de caviar, empleados
en engordar el gato del cocinero chino
que hace enfermar de envidia a las visitas.
Mares con profusión de esporas que se abren
a una proliferante tormenta de residuos
sólo desactivables con una solución
que del todo prescribe el sublimado en vaso.
Mares de esa edad triste del poblado entrecejo
de la que nos libró —tras el turbión
semiótico—
la triaca fascista del pensamiento «débole».
Mares de aburrimiento leyendo mala prosa
y versos aún más hueros bajo el sol del verano.
Mares como una nécora chorreante y vaciada
cuyos dentros se asan a los ojos del público
para que se percate de que no hay engañifa,
de que quien habla fuerte es que gasta pistola
y que puede emplearla y que piensa emplearla.

Rima

Pasarán otras naves y otros cielos
de similar pureza alguien contemplará.
Pero el tiempo alargado hasta el desmayo
que empleara el velero en cruzar la ventana,
ese no volverá.

Ana M^a Navales

Zaragoza. 1939

Tendida en la playa...

Tendida en la playa, cuando los barcos se han
ido,
asoma la niñez. Ya no eres el capitán
pirata de tu vida que con la piel protege
el mapa del tesoro. Una canción de sombra
saluda al que de su mañana nada sabe.
Infinito el mar, a solas reclama tu cuerpo
frío del ayer, y el sueño cae como el cielo
amanecido en la profundidad de la noche.
Gris de lluvia, de dulce tristeza compartida.
Dónde perdiste el rápido mensaje del viento,
la gloria, la fe viva del secreto camino,
el anhelo de vivir embriagado, la fiebre
de luz que acariciaba tu aliento, aquel beso
que brilla en los ojos y sabio ignora la muerte.
El arpa que enciende sumisa el candor del aire,
cuando despeina enamorada tu frente altiva,
firme arranca ya las cenizas de ajadas flores.
El mensaje oculto en la playa solitaria
es la pregunta que la vida jamás responde.

Manuel Vázquez Montalbán

Barcelona, 1939

Santo Caserío pasegiaba per la Franca

bajo los puentes más lejanos
llegaban barcos holandeses errantes
gabarras fugitivas de ríos insuficientes
catamaranes polisémicos

¿o polinésicos?

de tanto norte el sur tiritaba
porque era año de extasiado presagio
los paquebotes no volvían a casa
y los turcos habían perdido la cabeza
al malecón llegaban los sargazos
desencantados del mar de los sargazos
medusas muertas de miedo

algas

convencidas del sexo de los ángeles
algunas carmelitas en bañador descalzas
con la cola de pez desescamada
en las tetas las frías oceánicas

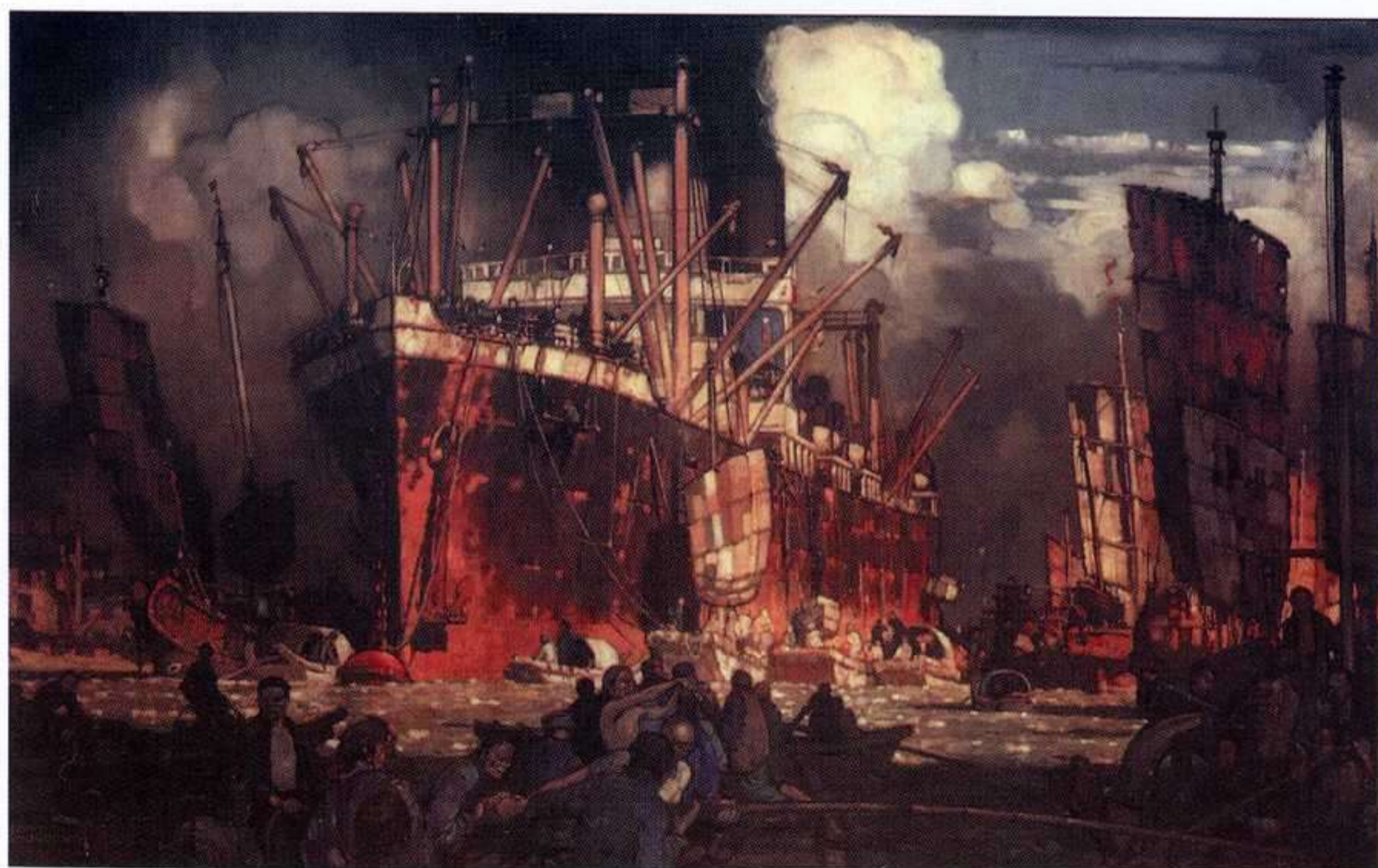
manos del Papa

teclas de pianos sumergidas tiaras
tras el sueño de Nautilus

Nadie

fue capitán del peor naufragio

209



KENNETH SHOESMITH
Blue Funnel in Shanghai



JOAQUÍN SÁENZ

José María Álvarez

Cartagena, Murcia. 1942

(Fragmento)

Saliendo de la niebla en el frío

de una mar triste
flotan los grandes balnearios.
Las largas pasarelas de madera
se pierden como en un espejo
empañado

Sillones solitarios toldos a la deriva. Y

escuchas
el romper de un oleaje
antiguo.

La proa de una barca
se balancea solemne en la blancura.

Recuerda el viejo
automóvil de mi abuela—Finales de un Verano,
los primeros
fríos, al atardecer; unos hombres
ciegan con tablachos puertas y ventanas
en el caserón de la playa. Y el coche, negro,
inmenso,
magnífico como una embarcación
fúnebre — silencio de fotografía: Todos
subimos. Veo alejarse la playa
por la ventanilla el viento mueve las palmeras.
Mientras

envejezco. Unas

muchachas pasean
con pies desnudos por la arena, abrigan
sus cuellos con sus brazos
en torno del jersey. Las oigo
reír. Sus rostros

se pierden en la niebla. Las olas rompen
lentamente. Como lisos
animales moribundos
crujen los embarcaderos.

Llega
con el ruido del mar
la música de unos altavoces
lejanos, una pista
de coches de choque.

Terrazas
de playas solitarias,
con el vaso en la mano

Siempre has sido
nocturno. Por eso amas
Istanbul, suntuosa, y amas Venecia,
y la madrugada de New York, coches
de policía en la lluvia.

Sí,

Recuerda: el Atlántico en la soledad de los muelles,
el chapoteo en los pilares mueve el agua
cadáveres de ratas, las
luces
como un tren fantasma
de un trasatlántico alguien cruza

por el suelo mojado, con
botas de agua, en el silencio
helado, al fondo
de enormes puertas metálicas

Como ahora se pierden
sobre la mar quieta

los grandes balnearios destruidos,
sus largas pasarelas misteriosas.

Damas fosforescentes pasan lentas. Las
gaviotas
pasan al otro lado de la
niebla. Las patas de la mesa
se clavan en la arena,
rompen conchas. El
Mundo se derrumba. Ah,

maravilloso. Veremos una caída memorable.
Contemplándola, afirma el gesto da
una
propina.

La hubiera dado aquel
niño que iba en el automóvil de tu abuela,
la playa alejándose
las palmeras brillando con el viento. Deja
pasar la noche, bebe,
escucha
la mar que
rompe
contra los balnearios destruidos.

Al otro lado de estas aguas
Alejandría, Esmirna, el Sueño de Alejandro,
callejuelas
sucias
de algún puerto.

Juan Luis Panero

Madrid. 1942

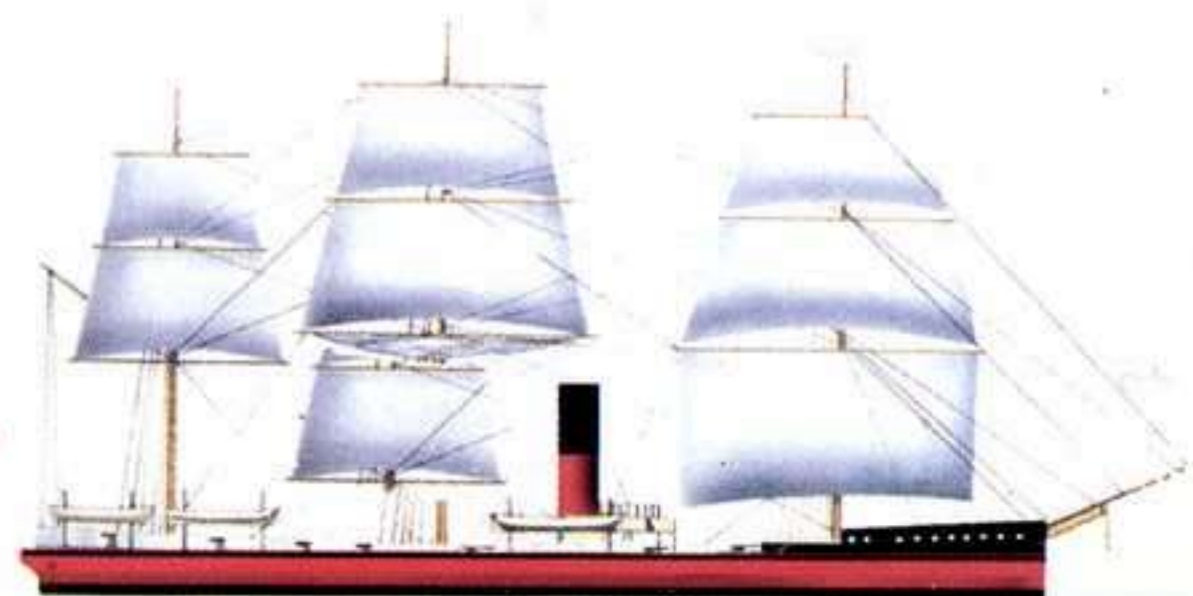
Encuentro en un puerto

212

Nada pasa en el caluroso puerto,
en la húmeda suciedad de sus calles,
en las casas ruinosas y agrietadas,
frente al mar tan monótono como el cielo y la vida.
Nada pasa, tan sólo, algunas veces,
el repetido rumor de las olas sobre piedras y arena,
trae unas palabras a la mujer adormecida,
callada y distante, allá en su mecedora.
Unas palabras, apagados ecos: Ayacucho, Pichincha, Junín,
Fergusson, Lima, Bogotá, Quito, Jonatás, Santander, Sucre,
nombres que ella espanta, igual que las moscas,
con un gesto de su mano en el sopor de la siesta.
También, de cuando en cuando, al empezar a anochecer,
con la primera luz de las estrellas, caballos al galope,
uniformes rasgados, parejas bailando, iluminadas por
las velas,
el resplandor de un sable, espejos que se rompen y una
sombra de sangre,
le hacen cerrar sus oscuros ojos,
enterrar en la sombra los cansados fantasmas.
Pasan las horas, los años pasan, no pasa nada.
Un día, —tan rutinario como todos— de noviembre de 1841,
un barco ballenero llegó al puerto, y Manuela Sáenz, la vieja
puta desterrada
que guardaba —en cofre de cuero— las cartas de amor
de Bolívar,
y Herman Melville, un joven marinero, hambriento
y borracho,
que pescaba ballenas, se saludaron y cruzaron algunas
palabras en inglés.
Después, los dos desconocidos se despidieron y ella regresó
al letargo de su mecedora
y él al barco y al mar que lo esperaban.
Esto ocurrió en Paita, un miserable puerto, donde jamás
ha sucedido ni sucederá nada.

La hora del almuerzo en Santa Elena

El sonido de las olas grises
y la forma curvada de su espuma
le recordaron, con cierta intensidad, un amanecer en
Marengo,
las grupas de los caballos, quietas en movimiento,
y el sonido de los cascos sobre la tierra.
Hasta el olor del pasto, húmedo ahora,
le trajo algún recuerdo perdido a su memoria.
Su pequeña estatura, sobre el caballo gris o tordo,
se dibujaba, nítida, en lo alto de los acantilados.
Cuando, de pronto, alguien, familiar e intruso,
se le acercó ligero, tras un breve galope,
para anunciarle, puntual y amable, que era la hora del
almuerzo.
Miró otra vez la espuma y recordó el blanco helado
del Neva,
el invierno en París, desde el Pont Saint Michel.
La voz remota se escuchó de nuevo:
«Sire, es la hora de almorzar».
Con un gesto, apenas perceptible, de cansancio,
tensó las bridas y metió los estribos, haciendo
girar a su caballo.
Riéndose, nadie supo por qué,
escuchó, quizá por última vez,
el terco sonido de las olas golpeando las piedras.
Miró, quizá por última vez,
la luz del sol fundiéndose en el azul del mar.
Su figura se fue perdiendo entre el polvo y una leve bruma.



Javier Lostalé

Madrid. 1943

El puerto

No existe el puerto
sino un fulgor húmedo
suspendido en el aire por tus ojos.
Y una bruma de vacilantes barcas
cristaliza una música que el pecho relampaguea
con el flujo de presencias reveladas en el relente del deseo.
El amor es una temperatura de huellas en la arena
de rostros chorreantes respirados en el resol
mientras la luz en la madera
hálito es de una entrega posible.
Como brillos punzantes en un cielo de tormenta
los cuerpos son atmósfera que nos invade hasta la lágrima
cegando el paisaje con un hondo tacto
que se deshace lluvioso en alumbradas montañas.
Extraño, como una sirena al atardecer,
dirá siempre el hombre a su amante: No nazcas.
El puerto es una tristeza que va encendiendo sus luces.

Waldo Leyva

Villa Clara, Cuba. 1943

Nadie

He oído a las sirenas cantándose una a otra.

No creo que canten por mí.

T.S. ELIOT

Navego atado al mástil,
no porque haya islas esperándome,
ni magas,
ni monstruos solitarios.
Estoy atado al mástil
porque necesito, para salvar al mundo,
que canten las sirenas.



HIROSHI HAMAYA

Islas Aran, 1973

Justo Jorge Padrón

Las Palmas de Gran Canaria. 1943

Las aguas profundas

El agua se prolonga más cansada y más negra,
este mar que no acaba y se llena sin tiempo.
Hundo tenaz los remos largos, sordos
en un oscuro chapoteo extraño
que invoca y extravía a la memoria.
Remo con una fuerza enterrada en sí misma
que se pregunta si es de ausencia o miedo.
Lejano y más lejano el largo fluir persiste,
y el agua negra y dura, la noche inacabable,
y los remos del agua densa y negra
y el círculo veloz de lo profundo.
Ya mis brazos son agua entre las aguas,
y remo y remo para siempre
y para nunca, nunca, remo,
en el último abismo de la noche
y en sus aguas ocultas.



DAVID HAMILTON
1974

Guillermo Rodríguez Rivera

Santiago de Cuba. 1943

Mar

Ha amanecido al fin. Y vuelvo
a verte recostando tu espuma
(casi polvo después del golpe)
a lo largo del muro y en las aceras.
Vuelvo a mirarte. Hacia la derecha,
un poco antes de llegar a La Punta,
se siguen abriendo las bocas acuosas
y sigue temblando el litoral.
Pero ya no es lo mismo. Desde
que amaneció se te han ido
el dolor y la furia.
Y este estremecimiento,
que todavía forma parte de todo aquel aire,
es la pobre postal que te ha quedado de anoche,
cuando no había sino el terror mío,
detenido en la oscuridad ante ti.

Francisco Bejarano

Jerez de la Frontera, Cádiz. 1945

Bahía

Miro en el mar los barcos por la tarde
dirigirse a los puertos. Los conozco,
los espero en el mío; mas se pierden
lentamente confusos en la niebla.

Otros vientos y naves aproximan
hacia la orilla sus siluetas. Cruzan.
Móviles luces son cuando la noche
vuelve gris e imprecisa la distancia.

El mar se llevó siempre los deseos.
La tierra es ese mundo adonde nunca
arribarán los barcos misteriosos
que he mirado pasar con el crepúsculo.

El puerto

Sobre los barcos surtos en la noche,
las luces amarillas. La bocana
envuelta en densa niebla y desde el mar
el aire frío de la madrugada.

Huir, ¿adónde?, si lo oscuro oculta
los vastos horizontes en la nada
y es vacilante el mar y es insegura
la nave misteriosa que me aguarda.

Así clavado estoy en este puerto,
aterido y confuso, sombra vaga
con miedo de partir, aunque a lo lejos
asome la engañosa luz del alba.

Juan Cameron

Valparaíso, Chile. 1947

Eken renavegado

220

Navegamos por Eken esa noche
Intentamos salir de madrugada en un oleaje
imposible de arribar con tanto vino
Eken no era Eken sino el recuerdo de Eken
Bajo la torre de agua un cajón de manzanas espera a nuestro amigo
Y tu primer amor cruza la avenida como si fuese el último camino a casa
Yo sé que Ulvedt movía tu esqueleto con cables y roldanas
tu corriente de arena tu hermosa arboladura
y así pudimos navegar por la mañana
llegar a puerto en un chirrido de voces y jadeos
Salir y volver a Eken volver y llegar a Eken
una vez más y una más dormimos sobre el prado
Difícil navegar con tanto vino
en un barco armado de carrera
Mas llegar a Eken fue preciso:
navegar es necesario.



Guillermo Carnero

Valencia. 1947

El embarco para Cyterea

Sicut dii eritis

—Gen., III. 4—

Hoy que la triste nave está al partir,
con su espectacular monotonía,
quiero quedarme en la ribera, ver
confluir los colores en un mar de ceniza
y mientras tenuemente tañe el viento
las jarcias y las crines de los grifos dorados
oír lejanos en la oscuridad
los remos, los fanales, y estar solo.
Muchas veces la vi partir de lejos,
sus bronces y brocados y sus juegos de música:
el brillante clamor
de un ritual de gracias escondidas
y una sabiduría tan vieja como el mundo.
La vi tomar el largo
ligera bajo un dulce cargamento de sueños,
sueños que no envilecen y que el poder rescata
del laberinto de la fantasía,
y las pintadas muecas de las máscaras
un lujo alegre y sabio,
no atributos del miedo y el olvido.
También alguna vez hice el viaje
intentando creer y ser dichoso
y repitiendo al golpe de los remos:
aquí termina el reino de la muerte.
Y no guardo rencor
sino un deseo inhábil que no colman
las acrobacias de la voluntad,
y cierta ingratitud no muy profunda.

221

A.R. PENCK

*Vistas de espaldas en la bahía
tranquila, 1977*

Francisco Díaz de Castro

Valencia. 1947

La noche marina

Me atraparé la noche sin piedad una noche
y acudirá mi barca a estrellarse en la costa
extrema de la nada en la que zarandean
marejadas sin tiempo los restos de los muertos,
y las gaviotas ciegas comerán mis entrañas.

Pero esta noche no: esta noche me acoge
como amante que insiste en otras singladuras,
y su vientre ornamenta con salitres de vida
este bajel en fiesta que surca sus oscuros
rincones con sirenas que prenden en su canto.

Salve, noche marina, que como cortesana
sabes nutrir las ansias que alargan el periplo,
los sueños que despliegan sus velámenes blancos
a la merced del viento, esa forma del dios.
El dios que nos otorga arrojo y desvarío.

Fernando Ortiz

Sevilla. 1947

Atardecer junto al mar

Un viento fresco que se sabe breve
orea agridulce el rostro del que espera
con ojos muy cansados, y su pecho
ya tiembla, qué temblor inesperado,
largo lamento suave, y es la tarde
de rosa, malva y oro, y van las olas
con ronco y desmayado son hiriente
muriendo lentas en la mansa arena
mientras el sol se hunde sobre el mar.

23 de febrero de 1810

Blancas de cal las casas que en el alba se alejan.
Un tibio sol de invierno va atemperando el aire.
Desde el mar los tejados parecen menos nítidos.
Temo la soledad. Y la melancolía
me invade si contemplo el puerto abandonado
y la ciudad hundiéndose bajo aguas azules.

Si miro el mar veo sólo mi presente inestable,
precario, tornadizo, al igual que las aguas
que el «Lord Howard» remueve y aparta con su
quilla
—como el tiempo pasado la espuma se disuelve
mientras el barco sigue seguro su camino—.
Mas levanto mis ojos y un viento ajeno y libre
despeina mis cabellos, acaricia mi cara,
templando mi inquietud ante el vasto horizonte.

Ahora miro adelante: ¿qué habrá tras esas nubes?
Dejo tierra y afectos. Perdonadme mi odio
y también el amor que sufro por vosotros:
aunque nunca consiga desterraros del alma
habréis de serme extraños. Así, al menos, deseo.

No he de volver mis ojos, ni han de volver mis
pasos.
Amo la libertad. Y mi amada no es fácil.





CHRISTOPHER NEVINSON
The arrival

Leopoldo María Panero

Madrid. 1948

El canto del llanero solitario

(Fragmento)

*There are almost no friends
But a few birds to tell what you have done.*
LOUIS ZUKOFSKY

4

Las llaves de una puerta que no se abrirá nunca
en el fondo del mar
negación de la ola, fragilidad inmensa
las noches son frías en Marruecos, lo decía O.
(a quien también gustaban las ostras) los pájaros
como Gulliver clavando por medio de estacas, o vampiro
en el fondo del mar

el terciopelo
cantaba una amarga, endurecida canción
caía nieve del cielo
o como si lloviera piedras
que dan el sueño, perlas
color de fuego, fuego
en que arde la bruja: bruja
de chocolate: son frías
como el fuego
llama de cristal (de lo vencido

nace un resplandor, o flores

hongos

Ulm

ganó en la batalla todo menos su vida
que hubo de perder para ganarla Ulm
vivía en los bosques y muerto el leopardo
que defendía (junto con el lobo, y un tercer animal
de cuyo nombre no quiero acordarme)
la entrada a la montaña, y los árboles cortados
vaguedad precisa si no se quiere
flotar lo mejor es hundirse aquellos ojos
de ahogado que ya no miraban
quizá porque veían (con los huesos
de un ahogado puede hacerse un pastel

con los huesos

con una planta carnívora Ulm
derrotó a ejércitos armados tan sólo de caballos
groseros y móviles la espada
la espada

(espaldas

antiguas sollozan entre las ramas Espada

en la roca, o nudo

luna torre espejo

mudo

yo no era un mono dame

tu mano niño de cabellos verdes

que no tienes manos.

225



WOLFGANG PAALLEN
La tormenta, 1945

Rosa Romojaro

Algecira, Cádiz. 1948

Doble fondo

Tantas cosas que ver: los días
amarillos si las nubes esconden
las arenas del sur, luego el granizo —un gong—

226

y en la mano monedas —los ojos deslumbrados
toman la foto; o en el visor las aguas
de la dársena: cebras en plenilunio

sobre papel cuché; la vulva de las olas
o el ahogado de arcilla: corredores
ocultos bajo el mapa de esta tierra de nadie,
redimidos ahora en el puente del zoom.

Eloy Sánchez Rosillo

Murcia. 1948

La playa

Nadie podrá quitarme —me digo— la ilusión
de soñar que ha existido esta mañana.
Se ha detenido el tiempo: oigo tu risa,
tus palabras de niño. Nunca he estado
tan conforme con todo, tan seguro
de mi alegría. Juegas junto al agua, y te ayudo
a recoger chapinas, a levantar castillos
de arena. Vas corriendo de un sitio para otro,
chapoteas, das gritos, te caes, corres de nuevo,
y luego te detienes a mi lado y me abrazas
y yo beso tus ojos, tus mejillas, tu pelo,
tu niñez jubilosa. El mar está
muy azul y muy plácido. A lo lejos
algunas velas blancas. El sol deja
su oro violento en nuestra piel.
Me digo
que es cierto este milagro, que es verdad
el inmóvil fluir de la inquieta mañana,



Alejandro Duque Amusco

Sevilla. 1949

Tankas

I

El mar,
como un perro tendido, bosteza
y estira su piel
monótona —azul, blanca,
azul— de agua.

227

IV

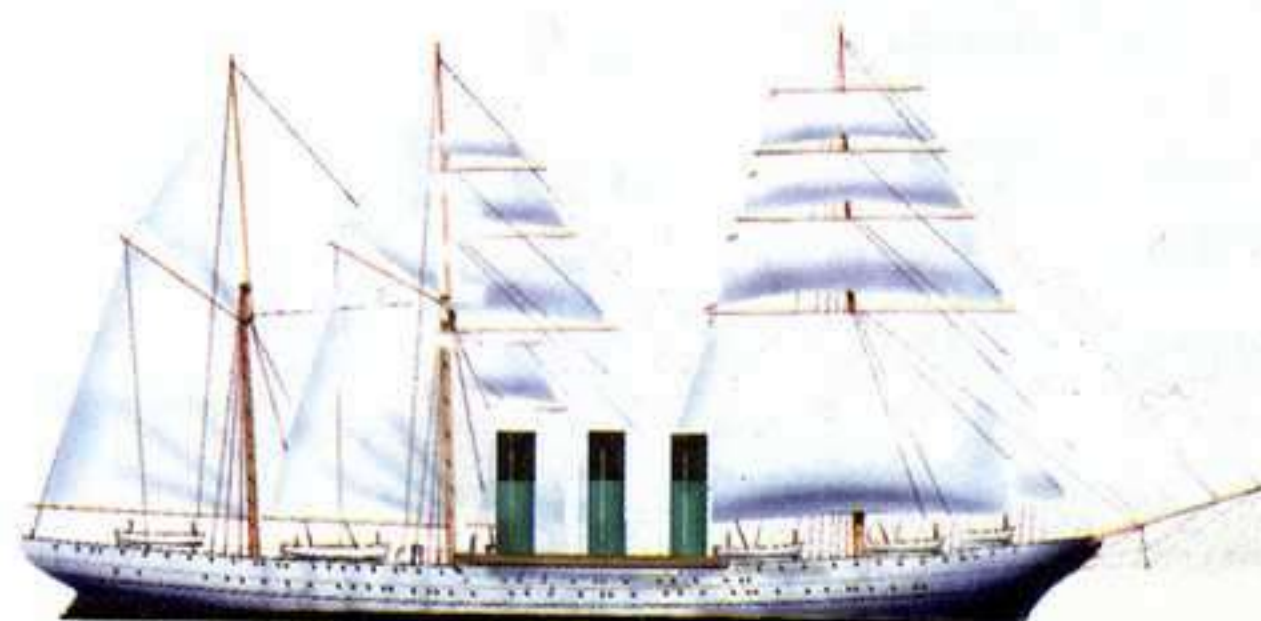
Llueve en el mar.
La barca asciende,
leve, suspendida en la lluvia.
El cielo va llenándose
de balanceos.

V

Toda la noche
se desploma, al alba,
sobre la mar palpitante;
mas si retiras las redes,
¡ni una estrella!

la ilusión de soñar el remanso dulcísimo
en el que acontecemos como seres
dichosos de estar vivos, felices de estar juntos
y de habitar la luz.

Pero escucho, de pronto,
el ruido terrible y oscuro y velocísimo
que hace el tiempo al pasar, y la firmeza
de mi sueño se rompe; se hace añicos
—como un cristal muy frágil— la ilusión
de estar aquí, contigo, junto al agua.
El cielo se oscurece, el mar se agita.
Siento en mi sangre el vértigo espantoso
de la edad: en un instante, transcurren muchos años.
Y te veo crecer, y alejarte. Ya no eres
el niño que jugaba con su padre en la playa.
Eres un hombre ahora, y tú también comprendes
que no existió, ni existe, ni existirá este día,
la venturosa fábula de mis ojos mirándote,
la leyenda imposible de tu infancia.
Estás solo, y me buscas. Pero yo he muerto acaso.
Somos sombras de un sueño, niebla, palabras, nada.



Daniel Samoilovich

Buenos Aires, 1949

Porto dos Ossos

La angustia del amor te aprieta la garganta
como si nunca más fueras a ser amado.

APOLLINAIRE

228

¿Pero cómo se hará de noche si la sombra
no sabe qué hacer contra el pulido
azul de la bahía?

Los cascos de los barcos ya están negros
y el cielo rayado de mástiles negros
y el agua todavía resplandece.

En el bar, siluetas
que la tarde cortó de su papel plateado
toman whisky y murmuran
en media docena de lenguas. Y tu botella
se va poniendo igual a todas las botellas;
las etiquetas ya no se pueden leer.

¿Pero cómo se hará de noche
si la noche vacila
ante el escudo azul de la bahía?
Alguien tal vez venga nadando
de los barcos, y por la estela negra
que dejen sus brazadas invisibles
entre la noche al mar. Entonces sí,
antes que llegue el nadador
será de noche y se habrá abierto
la mano que en un puño tu corazón tenía.

Luis Alberto de Cuenca

Madrid, 1950

El mar de Homero...

El mar de Homero ríe para ti,
que te acodas desnuda en la baranda
en busca de aire fresco, con la copa
de néctar en la mano, mientras vienen
y van los invitados por la fiesta
que has dado en el palacio de tu padre.
El aire puro inunda tu pulmones
y el néctar se te sube a la cabeza.
Llega entonces el hombre de tu vida
a la terraza. Es una hermosa mezcla
de fortaleza y de sabiduría.
Ulises es su nombre. Tú no ignoras
que pasará de largo. Ya soñaste
su desdén tantas veces... Pese a todo,
el brillo de tus ojos insinúa:
«No me canso de verte». Y tus oídos
reclaman: «Háblame, dame palabras
para vivir». Y con el sexo dices:
«Dueño mío, haz de mí lo que te plazca».
Todo es entrega en ti, dulce Nausícaa.
Pero él está aburrido de la fiesta,
perdido en el recuerdo de su patria,
y no se fija en ti, ni en ese cuerpo
de diosa acribillado de mensajes
que nunca llegarán a su destino.

MANUEL COLMEIRO
Pescadoras, 1969



José Luis García Martín

Aldeanueva del Camino, Cáceres. 1950

Hago recuento de mi vida

La montaña azul. El fresco
muro de un jardín. El mar
de pocos años que risueño ofrece
un puñado fragante de luna.

*

Oscuro y somnoliento el destello
del agua. Callados ojos grises.
La lenta marcha de un navío
abriéndose paso, a ciegas, en la niebla.

*

El humo de la lumbre entre las flores
bajo la luna que se apaga.
Gruesas gotas de agua negruzca.
Huele a tedio y a tierra
mojada.

*

La lluvia pertinaz en la sucia
avenida. La soledad de una
ventana. La masa negra de la tarde
muerta sobre el mar.

Ángel Guache

1950

El norte es el pasado...

El Norte es el pasado. Los jardines de la infancia.
Días felices al aire libre. Los baños en la playa casi
vacía, las pequeñas navegaciones en esquife. Las
gaviotas. Las lentas tardes de verano, los amigos, las
meriendas bajo los castaños y los eucaliptos y unos
barcos navegando hacia la línea de horizonte.

Ana Rossetti

San Fernando, Cádiz. 1950

Marítima

230

Mi mar era de colores, inmóvil, fenicio, encerrado. Estaba dividido en tapices luminosos, en láminas de plata en la luna llena; en bandejas debajo de las amanecidas, en esterros. Fra Angélico, a veces, lo ondulaba, el verano lo hería, el Levante lo arrebatava mientras que la sal iba asomándose, iba creciendo, iba extendiendo su larga bata blanca. El mar era un cuadrado de purísimo azul o cobre rosa y una pirámide nevada en su orilla. El océano estaba en una cárcel de sapina, esparcido como un espejo roto; geométrico laberinto donde yo me escondía de las lecciones, donde me perdía por innumerables cruces de los caminos, monótonos e implacables como de un jardín francés. Qué dibujos no trenzaría yo andando y desandando, rodeando, quizás, una y otra vez la misma muestra azul, confiándome al parsimonioso discurrir de un caño que parecía guiarme hasta que de pronto se abría en una palmera desconcertante y desalentadora. ¿Cómo elegir entre idénticas rutas? ¿Cuál era la que me haría regresar? Qué difícil era siempre encontrar la salida pues jamás quise imitar a Pulgarcito, jamás desmigajé mi merienda ni deshice mi jersey azul oscuro. Las gaviotas como telones de tul iban alzándose mientras yo me acercaba a no sé qué confín y la desorientación era un delicioso juego que podía convertirse en una celada pavorosa si se prolongaba demasiado. Mi mar era adentrarse en una salina y tratar luego de volver.

El mar de mis dieciséis años era la playa, y los torsos de los muchachos desnudos, y mi cuerpo dibujándose bajo la tela mojada como el de una mujer, y la cita para el guateque de por la tarde, y los turbadores escarceos submarinos, y escribir corazones en la arena, y tenderte junto a otro cuerpo bajo el sol. Horas larguísimas, rojas debajo de los párpados.

Y el mar de mis dieciocho años es un libro en mi equipaje siempre a punto. Es un libro que me descubrió el mar en todo lo que me faltaba, en todo lo que yo amaba, en todo lo que me dolía. Es un libro que me hizo creer que estaba enamorada del mar de tanto como me enseñó a añorarlo. Desde entonces a todo lo que echo de menos le llamo mar. Y al mar le llamo Alberti.



Álvaro Salvador

Granada. 1950

La rosa de los vientos

Parece un largo adiós,
desde hace meses,
este dejarte sola en los andenes,
estación de autobuses, aeropuertos,
rellanos de escalera...

La vida —según dicen—
a veces se parece a un vuelo con demora,
pero tú, con tus ojos
de niña extraviada en mitad de la feria,
me miras y te marchas
cargada de maletas sin señas ni remite.
Y vuelves (a mirarme
otra vez) a marcharte
como quien no conoce la dirección del viento.

Reina de los andenes, mi pequeña viajera,
cansada de equipaje, pero buscando aún,
nómada de ti misma, no se sabe qué rumbos
donde curar con cuerpos el amor.

Parece un largo adiós,
desde hace años,
este sentirme solo en los destinos,
antesalas de alcoba, barras fijas
pasillos de oficina.

Experto en despedidas que siempre me dolieron,
a vueltas con la vida y su máscara infiel,
bebiéndome las noches amargas, las felices
desplegando velámenes de ausente seducción,
derrotas exhibidas, cicatrices, ojeras,
nostalgias de otros sueños y otra edad.

Por eso, mi pequeña viajera impenitente,
este viejo corsario de los mares profundos
puede ofrecerte aún su tesoro más dulce:
una escondida playa al abrigo del mundo
—que no exista en los mapas ni en las cartas de viaje—
donde encuentre refugio después de cada envite,
desnudo y renovado,
tu joven e indeciso corazón.

Miguel Sánchez Ostiz

Pamplona. 1950

Habitación junto al mar

232

Un barco de alta arboladura y quilla estrecha
que navega sin viento tras un cristal de aguas.
Un jarrón blanco con cuatro ideogramas azules
cuyo significado seguiré ignorando
y que acaso encerró el reino del humo.
Una campana bruñida con un nombre
o unas iniciales ya indescifrables.
Mapas de la isla de la Desolación,
cartas de mares helados y silenciosos
que no llevaré conmigo en viaje alguno.
Y allí, junto a la ventana,
los ojos que no me retuvieron,
que jamás pudieron retenerme,
fijos como seguirán en el océano.



ÉDOUARD PIGNON
El azul del mar, 1978

Jon Juaristi

Bilbao. 1951

Santurce

De su niñez, te cuesta imaginar
las tardes estivales
en que a la exaltación se unía el miedo
al dolor de la pérdida, y llegaba
la angustia como muerte en anticipo.

Para ello, debieras haber estado allí,
entre jóvenes padres que entonaban,
a la puesta de sol,
canciones que se burlan de la tristeza antigua
(*¿Por qué, por qué llorar
si brillan en el cielo las estrellas
sobre el oscuro mar?*)
y haber visto la sombra del monte deslizarse,
disputando a la última llamarada del día
ladera, puerto, torvos arrabales
donde la vida era un precipitado
de alegrías confusas y pobres esperanzas
en algo parecido vagamente a la vida,
y, sobre todo, haberla visto entonces,
los grandes ojos verdes deslumbrados
por los haces radiantes del faro que barrían
aquel oscuro mar convocado en el canto.
Pero tú estabas lejos,
en la ribera opuesta del estuario.

Años después, ella recordará
la nota melancólica
que aturdía su alma desde ninguna parte,
ante la larga huida de la luz,
cuando otra niña cruce ensimismada
un jardín hacia el mar oscuro y sin estrellas,
y entenderá también
que toda pérdida será definitiva,
rehén irrescatable de la muerte,
si no se persevera en la canción.



Chantal Maillard

Bruselas, Bélgica. 1951

233

Si pregunto a los hombres
qué es aquel cuerpo inmenso
que vibra al otro lado de los bosques,
me contestan: «el mar».

Si te pregunto qué es el mar
me dices:

«un animal de lluvia que sin tregua recorre
la distancia infinita que de sí mismo le separa».

Quieres ponerme a prueba, pretendes confundirme.

Sé que aquel cuerpo inmenso
eres tú

cuando sales del bosque
y arrojas tu saliva sobre el mundo.

Francisco Ruiz Noguera

Frigiliana, Málaga. 1951

Bahía / 3

234

Acodado en el muro ves la plata
de una aguja que cruza la bahía
en la tarde de junio. Un vigía
silencioso y atento que desata

el lazo de los sueños y así mata
su tiempo en esta breve cacería
de la vida. Arte de cetrería,
sigilosa estrategia de pirata:

así busca la vista sobre el agua
la huella de un reflejo que ha formado
una vana ilusión de libro abierto.

Mientras, sobre el azul, la muerte fragua
el final para un jaspe imaginado
en la sombra de un buque sobre el puerto.



ALBERT RAFOLS CASAMADA
Mar rosada, 1980

Jaime Siles

Valencia. 1951

Marina

Una antorcha es el mar y, derramada
por tu boca, una voz de sustantivos,
de finales, fugaces, fugitivos
fuegos fundidos en tu piel fundada.

Una nieve navega resbalada
en resplandor de rojos reflexivos,
de sonoros silencios sucesivos
y de sol en la sal por ti mojada.

La turbamulta del color procura
dejar sobre tu tez la tatuada
totalidad miniada de la espuma.

Tu cuerpo suena a mar. Y tu figura,
en la arena del aire reflejada,
a sol, a sal, a ser, a son, a suma.

Ritornello

Nada hay en mí, sino esos horizontes
que alguien dormido contempla desde un mar:
desde otro mar, que acaso ya no existe.

JULIAN SCHNABEL
El mar, 1981



Luis Antonio de Villena

Madrid. 1951

III

Recuerda ahora aquella tarde de la isla.
Y cómo la ansiedad de cuerpos ofrecidos,
el radiante sol, y los tonos del mar entre los farallones,
pero sobre todo el cuerpo, la gloria del cuerpo allí viva,
te hicieron olvidarte de comer,
y subir —ya declinando la luz— hasta tu Hotel,
desde el gozo de la Piccola Marina.
¿En qué pasó casi todo aquel día?
Sólo recuerdas inmensos ojos negros,
al que nombraban Ciro zambulléndose al mar
desde alta roca,
y el vello rubiáceo y leve de unas piernas
que el sol curtía.
Y la arena amarillenta de playa diminuta,
y los muchachos que andaban y jugaban y subían,
y la yanqui con gafas de carey como dos corazones...
¿Qué hice todo el día?
Sólo recuerdo sol, claridad inaudita
como melena inmensa derramándose rubia.

Raúl Zurita

Santiago de Chile. 1951

Las playas de Chile V

236

Chile no encontró un solo justo en
sus playas apedreados nadie pudo
lavarse las manos de estas heridas

Porque apedreados nadie encontró un solo
justo en esas
playas sino las heridas de la patria
abiertas llagadas
como si ellas mismas les cerraran con sus
sombras los
ojos

i. Aferrado a las cuadernas se vio
besándose a sí
mismo

ii. Nunca nadie escuchó ruego más
ardiente que el
de sus labios estrujándose contra sus
brazos

iii. Nunca alguien vio abismos más
profundos que las
marcas de sus propios dientes en los
brazos
convulso como si quisiera devorarse
a sí mismo
en esa desesperada

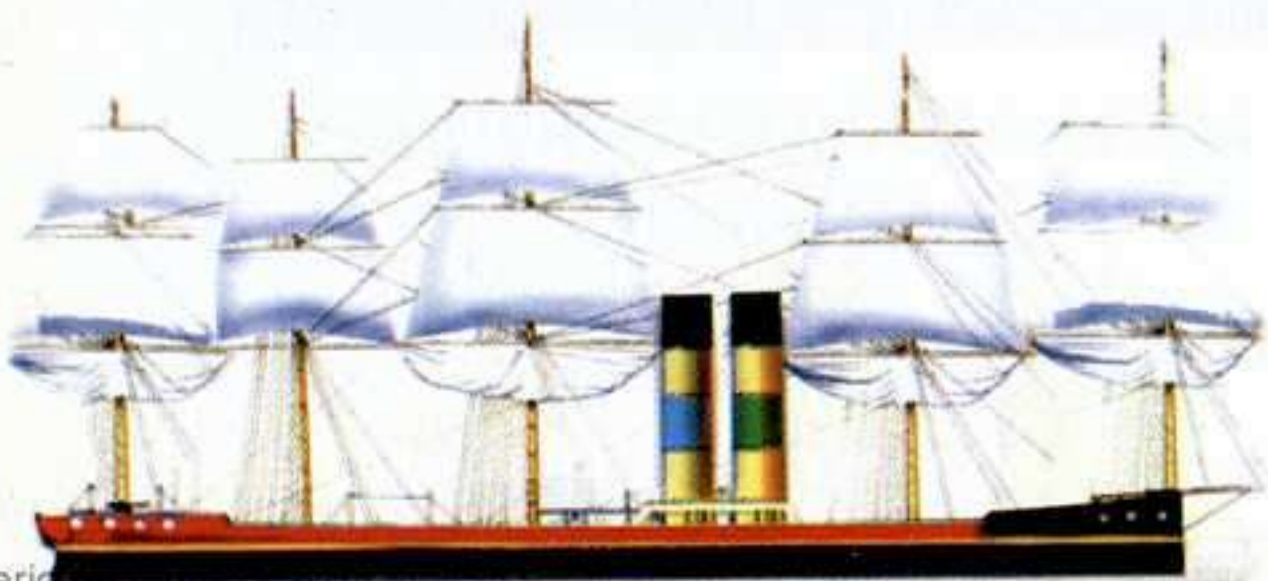
Porque apedreado Chile no encontró un
solo justo en
sus playas sino las sombras de ellos
mismos flotando
sobre el aire de muerte como si en este
mundo no
hubiera nadie que los pudiera revivir ante
sus ojos

iv. Pero sus heridas podrían ser el justo
de las playas
de Chile

v. Nosotros seríamos entonces la playa
que les alzó
un justo desde sus heridas

vi. Sólo allí todos los habitantes de
Chile se habrían
hecho uno hasta ser ellos el justo que
golpearon
tumefactos esperándose en la playa

Donde apedreado Chile se vio a sí mismo
recibirse como
un justo en sus playas para que nosotros
fuésemos allí las piedras que al aire
lanzamos enfermos yacentes
limpiándonos las manos de las heridas
abiertas de mi
patria



Fernando de Villena

Granada. 1956

Las islas

Se las ha comparado
con doradas monedas esparcidas
al azar sobre el calmo azul egeo.
En sus puertos minúsculos se mecen
barcas multicolores
en tanto que los dueños de las mismas
recuerdan sus difuntos en iglesias
con cúpulas celestes
o viejas redes zurcen
junto a las tapias blancas
por donde tiernos pámpanos
trepan a su aventura.

Son las islas, las islas que proclaman
la plenitud dulcísima de Grecia.

Un rojo vino homérico
asiste a sus crepúsculos
y en sus noches de estío o de noviembre
el cielo esparce perlas y diamantes
para fiesta y asombro
de cuantos por allí
—como yo ahora— sueñan o navegan.

Son las islas, descanso de los héroes,
refugio de los bardos,
miradores sublimes
para quienes la dicha y el sentido
en el pasado buscan
y en el amable olvido de la prisa.

Las islas blancas, verdes y doradas
tal la imaginación
ardiente y multiforme de los niños.



Javier Egea

Granada. 1952-2000

(IV)

Es así que otras aguas se presienten
azules, más allá, volviendo El Cabo,
y en los acantilados amanecen
palomas y zureos,
sirenas nuevas,
que desde el farallón de la esperanza
pueblan el aire.

Sobre el puente los hombres aparejan.
De espaldas a la Isleta
promete el horizonte con la luz
lisas y pargos.

Pero es tarde en la orilla.
Los escollos
amurallan los últimos deseos
y es tarde en la Bahía para el que yace y sueña,
para el que se quedó del lado de la piedra.

Aquí, de tanto mar, de tanto cielo,
tanta espalda alejándose,
se han extraviado los ojos y las manos
y sólo huele a pueblo vacío con el alba,
a ruinas de arena,
a luz deshabitada.

La Nube permanece.
Las palabras
sobran ahora que el dolor levita,
orza a estribor y pasa.
Es tarde y en tu espalda florecen los pañuelos.

Es así que el amor, el viejo amor,
el pobre amor tan viejo, tan torpe, tan cansado,
mira hacia el mar, entorna los postigos
y se tiende y reposa.



César Antonio Molina

La Coruña. 1952

Olvido necesario

238

Lugares que me guardan de un olvido necesario.
Palmeras, geranios, sauces suspirando sobre la playa.
Los días como el óxido que anilla rapaces sobre los puentes.
Nunca estuve más unido, más próximo a aquella higuera que planté,
ahora,
que flota en las olas libre de puntales.
Recuerdo estos caminos dejados en el abandono,
las piedras heridas por un desierto de azabache
tan negras como mi corazón.
¡Ah, qué paisajes se te han escapado!
Y todo se cubre de imágenes que anhelan ser rescatadas.
El faro convoca a la tormenta, la ilumina,
la convierte en sonoro instrumento, la reverbera
y alza su breve fuego sin memoria como la luz que,
desde el pasado,
ilumina a los cargueros chorreantes de espumas lácteas.
Lugares que me protegen de un olvido necesario:
del sueño sobre el musgo, mientras se abren las flores bajo el sol,
de las alertas en las murallas,
del resbalar del caballo sobre la blanca sal,
del afilado dedo que desgaja otro gajo
en la tibia alcoba de brocado.
En la oscuridad del pabellón solitario
arden las hojas y las plumas de las aves
que se pierden en el bosque de la noche.
Lugares que me guardan de todos los regresos.
¡Una ausencia te hace!
¡Una ausencia te deshace!
Y en el barco que atraviesa filos de agua,
los perros sólo comen carne fresca.
Lugares que me guardan de un olvido necesario.
Insepulto en la pira de los astros,
nunca tan altivo como a la hora del hundimiento.
Y en el denso silencio nocturno, el leve ruido de tijeras
rasgando los cordajes de las trampas para huir.

ALBERT BRENET
Manhattan



Ángeles Mora

Rute, Córdoba. 1952

Carta de un naufragio

Querido amigo Corto:
Usurpo el brillo de tus ojos,
tu corazón de niebla para explorar la isla.
Haremos un concurso de destreza
en los acantilados y tú te dejarás ganar
sólo para besarme.
Maltés querido, después yo perderé con toda
alevosía
y luego se hará tarde.
Mojaremos galletas en el vino
del capitán Akab.
Verás como las olas saben más que nosotros.

José Ramón Ripoll

Cádiz. 1952

El sur

Devuelve el corazón la llaga al mar de siempre
donde cada crepúsculo es la luz de mi tiempo
y el paso de los años la sal contra la roca
que los recuerdos tornan en golpes de palabras.

Deben llegar muy pronto los corsarios anónimos
a recoger el cofre de un misterioso azar:
la razón y la patria de un amor en desuso,
el prisma de la vida como un eco marino.

Viene del horizonte la goleta encarnada,
la soledad que vuelve su gesto al infinito
y entre gritos de pájaros y compases de agua
reconozco la muerte como el sur de los sueños.

Es invierno y el mar huele a cerveza rancia,
los cielos y el silencio juegan con la pasión
que entre la rota espuma se sumerge cautiva
del rumor de la noche que le invita a perder.

No sé si el poderoso titán de la memoria
me incitará en sus letras a contar mi destino,
pues de todo el deseo que me arrastró a la orilla
ahora sólo me queda la amargura del verbo.



ENRIQUE BRINKMANN
Objetos en la playa, 1982

José Carlos Rosales

Granada. 1952

Más tarde

Como el aire que esconde una cosa inservible,
las olas de septiembre piezas son vanidosas
de un techo desbrozado. Inhóspitas, fugaces,
como el brillo recluso de una caja blindada,
se asemejan a un cuerpo que no tiene dominios.

Secretas y sin llave, las olas de septiembre,
siendo el fin de un verano son de nada el inicio.

Andrés Sánchez Robayna

Las Palmas de Gran Canaria. 1952

La barca

Y nuevamente vas, el mar en calma,
en la barca de fuego.

Las fogatas levantan ceniza
al fondo de tu sueño, en las montañas

tan oscuras de agosto, en el silencio.
Hace mucho que viste en el barranco

arder sin fin hogueras, estupor
de un niño en hombros, cerca de los muros

del pueblo en fiestas bajo el cielo rojo.
Había humos cegadores

en mitad de la noche de verano,
fuegos multiplicados en laderas

que descendían hasta los caminos
de humana hechura, humano pie hacedor

de la piedra y la cal, hasta la muerte.
Las palmeras se erguían sobre el polvo,

y el algarrobo, y el naranjo umbrío.
Junto a la casa ya, vencido

por el sueño burlado, despertaste
al ruido de los pasos en la grava

bajo el aire caliente. Un farolillo
latía en el umbral. Llévale, sueño,

en tus aguas de nuevo, en tu fondo
de transparencia y de inminencia,

y llegue el fondo de tu luz a ser
un mar en calma ante la vieja casa.

Aguas nocturnas, sedle
esplendor del verano en la barca de fuego.

241

Club náutico

En el dique hay un yate meciéndose
y una brisa serena que añade
a la tarde con flama ese clima
de sosiego y reparo.

Mas el ruido continuo de anillas
nos indica que el mundo está cerca
y su roce metálico rige
una fuga forzosa.

Con las velas de lona escondidas
y los fondos expuestos al aire,
se parece este barco a un cadáver
—reluciente, desnudo, severo—
del que sólo supieras el nombre,
como ocurre con todas las cosas
aunque nadie lo piense.

El sonido del mar ya no existe,
la pasión de viajar se ha perdido.



CHARLES HARBUTT
Isla mujeres, 1979

Vicente Tortajada

Sevilla, 1952

Spandau Ballet

Ser remero, qué hermoso. Siempre quise
formar en un equipo sobre la luz del agua,
sentir cómo la lancha se desliza
sencilla y suavemente hacia la costa.
Seguir las gotas que platean
y recubren los remos sostenidos en alto...
Como ahora, alzados en la tarde,
los fusiles del cambio de la guardia
brillan en el crepúsculo.
Se va calmando el aire, los soldados,
como monjes antiguos, en tranquilo abandono,
contemplan el sol que se pone.
Se arría el pabellón.
Tristeza contenida, la luz que ya se marcha,
devuelven a la casa su aire de hospital.
Esta noche, las grietas
negras, rojas, se llenan de la luz
deshecha de la luna.
La luz desmenuzada de la luna...

El palacio lo habitan los miembros de un ballet
de exiguo repertorio: pasear los jardines,
celdas vacías del convento.
Y yo también me siento bailarín.
Un soldado danzante. Bailarín-funcionario
al que no caben dudas de la coreografía:
Leviathan ya no es nadie. Los ángeles de Dios
lo saben, y lo guardan.
Y así sucede siempre.
Así será mañana, cuando el sol
cruce de un salto los parterres,
y alguna sombra infame quiera algo
del aire transparente. Sin embargo,
los lujos no se dan
por caridad, jamás el oro por compasión.
No recuerdo la música.
No sé si tiene música la historia.
Esta noche purísima de agosto,
el silbido blanco de una lechuza
va abriendo lentamente
los pechos a una angustia limpia y clara.
Yo no soy el solista, desde luego,
pero me siento solo... Über alles,
über alles
in der Welt.

Antonio Enrique

Granada, 1953

El vigía avizora gaviotas y, alegre, aliviado de pasadas travesías, solemne anuncia: ¡Tierra!

243

Fue cuando el planeta ya se helaba.
El caballero y la doncella y el hijo de ambos
vieron una gaviota en lo alto y supieron
que el mar andaba cerca. Que el mar les aguardaba.
El planeta entonces se estaba helando.
El único remedio era el mar y hacia aquí
venían y cuando luego al fondo lo divisaron
suspiraron de alivio y se miraron a los ojos, con alegría.
El mundo se estaba helando, aunque invierno no era.
Había gentes, muchas gentes por doquier,
pero pareciera que nadie había.
Y en los valles poblados hasta la inmensidad
cundía el silencio, el silencio gemebundo que precede
a la capa del diablo antes que se anuncie entre la bruma.
Caballero, doncella y el vástago de ambos iban
como sonámbulos por los caminos, y en las hospederías
de los monasterios ya nadie les acogía como antaño.
Las ciudades estaban yertas, aunque invierno allí no hiciera,
y los jóvenes no aprendían ya un solo verso, ni sus manos
tañían al laúd las sacrosantas canciones heredadas.
Las universidades, los palacios y los templos,
los púlpitos, cátedras y estrados no acogían
ya la flor soberana de la nostalgia,
ni el fruto gentil de la quimera.
Por eso, cuando vieron el mar, sonrieron.
El mundo se estaba helando.
Helando porque ya se habla apagado el amor
en el corazón de todas las criaturas.

Diego Maquieira

Santiago de Chile. 1953

Levantamos un faro

244

Levantamos un faro en medio del mar
un faro de paredes de papiro
que usábamos para guardar los vinos
y para echarnos a beber con mujeres
pero no hacíamos nada para la posteridad
Una noche que intentamos dar Macbeth
nos demorábamos meses en darla
y se nos olvidaba en qué íbamos
Habíamos levantado un faro en el mar
para no hacer nada en la vida
y gozar desnudos y con mujeres
Mas a veces maravillados por un Mirage
por una clona que nos hacía los ojos
asaltábamos a la sexta flota española
y promovíamos graves desórdenes bajo
cubierta
Pero no hacíamos nada grande la verdad
Abusábamos del amor
del ocio y del porvenir
y bebíamos hasta moverle el piso al mar.

Justo Navarro

Granada. 1953

El pasado es un muelle

El pasado es un muelle: allí los aguaceros,
la capucha de aceite que protege las radas,
la cabellera de los fumaderos
(del matiz aluminio de las telas mojadas

que flotan en las dársenas) como en una película
aparecen, fugaces: la humedad de un desván
mancha el techo del cine: una partícula
de pulpa roja en una cinta de tafetán

blanco. Mira el campestre retrato de familia:
en uno de nosotros la escritura invisible
de la muerte grabada su preciso
emblema. Del pasado ninguna cosa auxilia.

Pero es también el más inaccesible
de los deseos: claro y turbio paraíso.



PACO SAVAL
Borderline, 1979

Andrés Trapiello

Manzaneda de Toría, León. 1953

Tiempo del aire en Tarifa

Miro pasar los barcos largas horas
y el ruido de motores
que cruzan el estrecho.
Oscilan las linternas de los mástiles:
son líneas en el agua
la rosa de los vientos.
Nada deseo sino ver la costa
que se pierde a lo lejos.
Nada sentir, sino sentir
los ácidos olores de este mar,
el amarillo yodo y el brillar de las algas,
mezclados por la noche.

Nada amar,
cegar hasta cegarse
de oscuridad los ojos y de amor.
Pasan los viejos barcos,
brama el tiempo del aire
y estas torres que ven desde aquel puerto,
sombrias, solitarias,
son igual que las torres
que vemos desde aquí en el horizonte
como flores perdidas,
como temblor de muerte...
Todos los puertos son uno y el mismo,
donde cantan las brumas
y una ciudad se apaga y un estrecho
sin que nunca sepamos
si vamos, si venimos
o estaremos siempre.

Manuel Ulacia

México. 1953-2001

Mar Egeo

246

brillan las luces hasta el horizonte
hay tantas constelaciones
como islas
en el cielo los dioses construyeron
sus casas
los hombres
excavaron en la tierra las suyas
estos pueblos son páginas
en ellas el mundo
se da a luz cada día
se inventa en sus mutaciones
se escribe
sobre sus escrituras
al querer los hombres llegar al cielo
un rayo de luz derrumbó la torre
entre piedras florecieron las lenguas
la Atlántida se hundió
nuevas tierras
emergieron
hoy todavía tiembla

Santorini es el útero del mundo
y la noche negra parto de estrellas
llega una nave encendida
las sirenas cantan
cae un cometa
larga estela
de guerras y conquistas para buscar
la rama dorada
es esta isla
la flauta de Orfeo celebró
la paz de los argonautas
y Polifemo izó velas rumbo a Sicilia
aquí también llegaron los judíos
al abrirse los mares
la promesa era *Thira*
todos somos errantes
nos desprendemos del cuerpo igual que
la leve mariposa de la oruga
somos transfiguraciones
nuestro tránsito
es pasar de una vida a otra vida
en el mar Egeo
las palabras baten
incesantemente en el oído
hoy 15 de agosto en Santorini
dentro de las iglesias canta el pueblo
y por las calles pasan procesiones
se sumerge Venus en el crepúsculo
y al amanecer emerge del agua
para inventar
en la unión de los cuerpos su secreto

José Carlos Cataño

La Laguna. 1954

El cónsul del Mar del Norte

Yo no comprendo qué furioso misterio contienen las tardes luminosas en que, borracho de ron, tropiezo con lindes de tuneras que no sirven para nada, junto al Ukeréwé. Y entro en casas abandonadas que en todos los casos fueron de cónsules ahora muertos. No comprendo por qué, borracho de habanero, encuentro por los suelos viejas ediciones de bolsillo en alemán, y blusas multicolores, y cajas de embalajes que nunca se utilizaron. Por qué el dinero no llegó a tiempo. O se hundió el barco que venía por mí. O me dejé morir al sol, como los lagartos sobre las lindes de piedra, en una tarde que no servía para nada y estaba completa, frente al Ukeréwé y sus resacas silenciosas de grandes olas verdes aun en la penumbra del ocaso. Ukeréwé, mar sin rutas, mar vacío frente al cónsul que entra en casas abandonadas y halla en la pared la bandera de un país que ya no existe.

247



SANDRO CHIA
Gruta azul, 1980

Antonio Jiménez Millán

Granada. 1954

Aguamarga

248

Su casa pudo estar aquí.
Una torre vigía
permanece en la alta claridad,
donde no cede el viento de levante.

Su casa pudo estar aquí,
junto al acantilado,
abierta al bullicio de agosto
y al sonido del agua.
No llegó a conocerla.

(Vino después el oleaje
de aquel invierno débil,
el desierto y la noche,
las puertas que se cierran.)

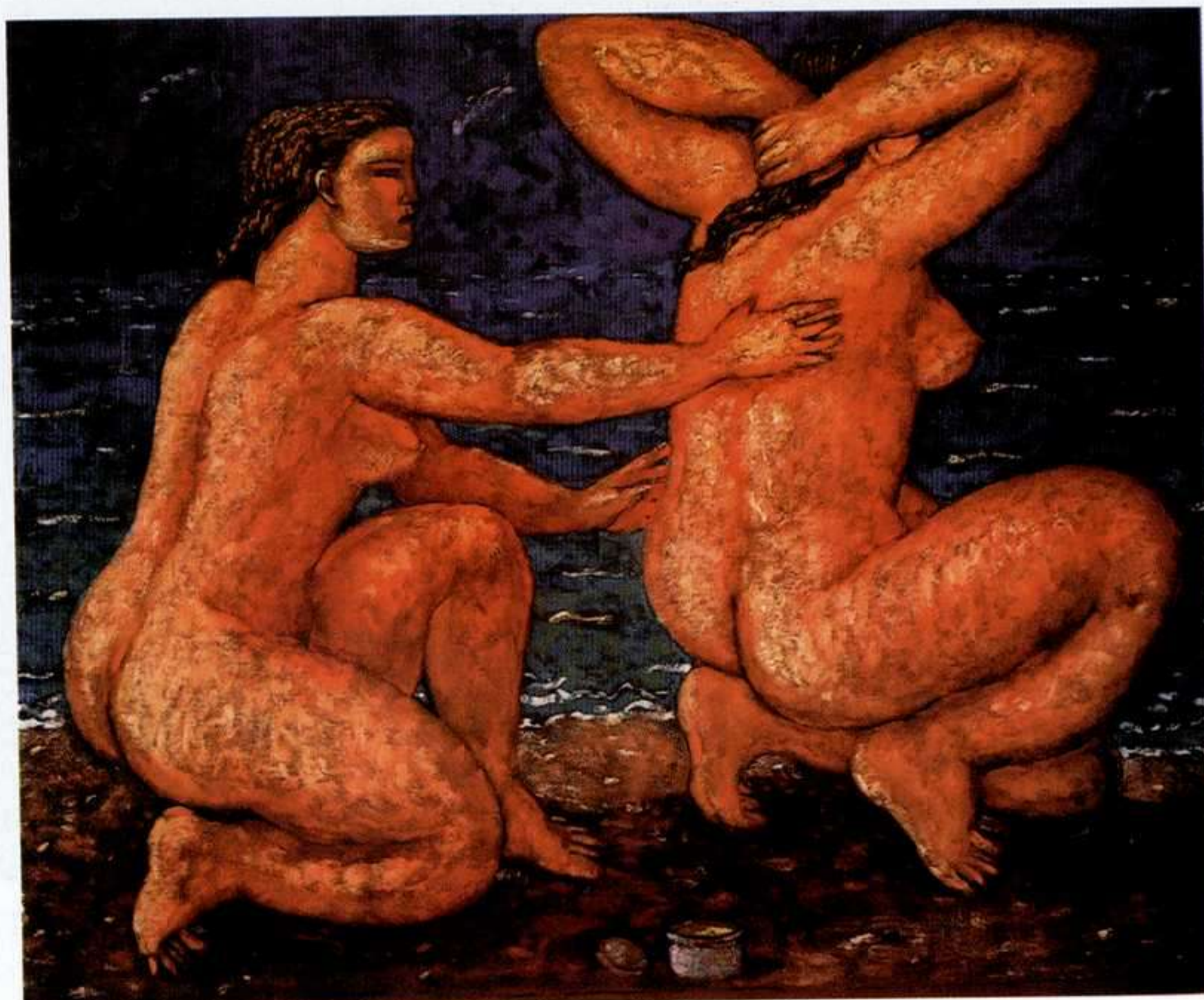
Es su memoria una casa de aire,
la arena y el silencio
de una playa perdida.

María Navarro

Buenos Aires, Argentina. 1954

También se quema el mar

El mar vocea humos que el cielo
no apadrina
solamente tú puedes nombrarlos
bajito, con los gestos, con las piruetas de las manos
en las paredes
o en los libros que escribes cuando la luz flaquea.
Tu reino son las sombras, los resquicios
donde perder la vida ganarle al mar su oscuro aliento
de bestia desolada, su espuma blanca caricia de los
pechos
su llanto amedrentado, sus sirenas.
Un hombre ardiendo mirando al horizonte, vigía de
los barcos.



JOSÉ SEGUIRI

William Ospina

Padua, Colombia. 1954

El temerario llevado al desguace

De una tela de William Turner

Con color de crepúsculo la nave que se rinde
parece, en la pesada soledad del regreso,
un anciano del mar que se apoya en un niño.
Herido el flanco de oro por la sal de los viajes,
vuelve a la vasta tierra que la engendró entre incendios,
al surtidor de hierro de las minas sombrías,
a los altos pinares que le dieron sus mástiles.

Pasó con arrogancia sobre hurañas corrientes,
recibió, como un árbol, los cielos y los pájaros,
unió blancas orillas que jamás podrán verse
y aún recuerdan sus velas cosidas las tormentas,
las raíces del cielo, las luminosas manos.

Un rostro se trasluce bajo este viaje extremo,
el de un inglés que mira hacia brumosas playas
e interroga los surcos que, con rejas, el tiempo
traza sobre las nubes, los llanos y las almas.

Es un triunfo este viaje del barco hacia la muerte.
El Temerario, guiado por ruidosos vapores,
deja atrás agua de héroes y de piraterías,
ensenadas de espectros, noches que Joseph Conrad
contará para siempre. Británicas pasiones
donde el planeta entero no es más que un reino de agua
que surcan, desafiantes, indomables muchachos,
aros de oro en los lóbulos sobre las negras barbas,
sables que empuñan manos curtidas por los vientos,
corazones violentos como el mar. Atrás quedan.
Y el Temerario tiembla, en silencio, agitando,
eterno, en una atmósfera de orgulloso cansancio,
las rojas aguas últimas.

Lorenzo Saval

Santiago de Chile. 1954

Oda a un barco hundido

(Fragmento)

250

El pasado acostumbraba a relatarme
sus viajes por el mar
y me señalaba en los mapas
la latitud de lo inexplicable.
Los hundimientos de los barcos ciegos
y el lenguaje de las mareas
cuando Dios entreabría sus misterios.

Desde qué lugar del océano
desde qué profundidad de brújulas abisales
me llega esta correspondencia insólita
de pasión y de muerte.
Qué adiós dejé de dar
para que de pronto todo tenga la cadencia
de un reencuentro submarino.

El sueño del océano adolece a mi lado.

Yo no quiero soñar en el mar
ni dormir sobre el coral de un cuerpo sumergido.
No, no quiero conocerte anónimo del pasado
tengo el frío de tu presencia inquieta
anticipándose a mi palabra.
Pareces la voz de un amor
con un corazón cubierto de algas.

Unos labios invisibles me recorren el cuerpo
como las aguas oscuras que visitaron tu aposento.
Unos labios obsesivos
como la proa de un barco insumergible.

Qué mensaje en el mar arrojaste a la noche,
nadadora del pasado.
Qué auxilio tremendo gritaste
cuando el mar te cerró los párpados
y te convirtió en sirena de los hielos.

Rafael Juárez

Estepa, Sevilla. 1955

De noche el mar, como tu pensamiento,
no encuentra orillas, para nadie suena,
se asoma a la memoria y es la arena
que trajo el viento y que se lleva el viento.

La luna te consuela con su lento
mentir. Hubo un pasado sin condena
que volverá cuando la luz serena
aclare de la sombra el pentimento.

Solo es verdad la noche, la ensenada
en la que todo conocer se olvida
y entrega el mar las últimas astillas

Aunque arrastre después la madrugada
el reconocimiento de la vida
con sus eternidades amarillas.

Luis Martínez de Merlo

Madrid. 1955

Marina

Profundado en aromas, oh remoto
mar, a mí llegas este mayo herido
por un filo de lluvia y de amarguras,
tú, horizonte ya lejano a mis cristales.

Sólo de noche, cuando las zaínas
velas el sueño al céfiro despliega,
una tiniebla azul se ensancha y brama,
y la escollera ahonda con sus ecos.

Hundiré mi surcada frente entonces
y mi hombro arañado en tus espumas,
y mudo encenderá el ocaso un vuelo.

En ritmos, sí, en aromas profundados
—oh acantilado, oh muelle, o playas altas—
ya se cierran mis ojos. Ya estás cerca.

251



LORENZO SAVAL
El Titán, 1994-96

Julio Martínez Mesanza

Madrid. 1955

Contra utopía II

252

Han vuelto a emborracharse los marinos:
otra vez hablan de un país incierto
que dicen conocer. En esa tierra
no existe la codicia y sólo leyes
benignas la gobiernan. Eso dicen.
Pero no se pondrán jamás de acuerdo
sobre el lugar exacto en que se encuentra.
Los más osados quieren que mi reino
se asemeje al país de sus visiones,
y se ha creado una hermandad secreta
cuyos fines no ignoran mis espías.
Pero con esas gentes es preciso
tener cordura: que hablen. Si existiera
su soñado país, sería un fraude:
ningún hombre en sus fábulas he visto,
sólo un plan sin relieve y una vida
sin amigos, caballos ni horizontes.
Sólo he visto un poder que odia a la sangre,
y predestinación, y ley que dice
derecho y no deber, y ley que castra.
Que los marinos beban cuanto quieran:
si existe ese país que ofende al hombre,
asolaré en justicia sus dominios.

Fabio Morábito

Alejandría. 1955

In limine

Por el perdón del mar
nacen todas las playas
sin razón y sin orden,
una cada mil años,
una cada cien mares.

Yo nací en una playa
de África, mis padres
me llevaron al norte,
a una ciudad febril,
hoy vivo en las montañas,

me acostumbré a la altura
y no escribo en mi lengua,
en ciertos días del año
me dan mareos y vértigos,
me vuelve la llanura,

parto hacia el mar que puedo,
llevo libros que no
leo, que nunca abrí,
los pájaros escriben
historias más sutiles.

Mi mar es este mar,
inerte, muy temprano,
cede a la tierra armas,
juguetes, sus manojos
de algas, sus veleidades,

emigra como un circo,
deja todo en barbecho:
la basura marina
que las mujeres aman
como una antigua hermana.

Por él que da la espalda
a todo, estoy de frente
a todo con mis ojos,
por él que pierde filo,
gano origen, terreno,

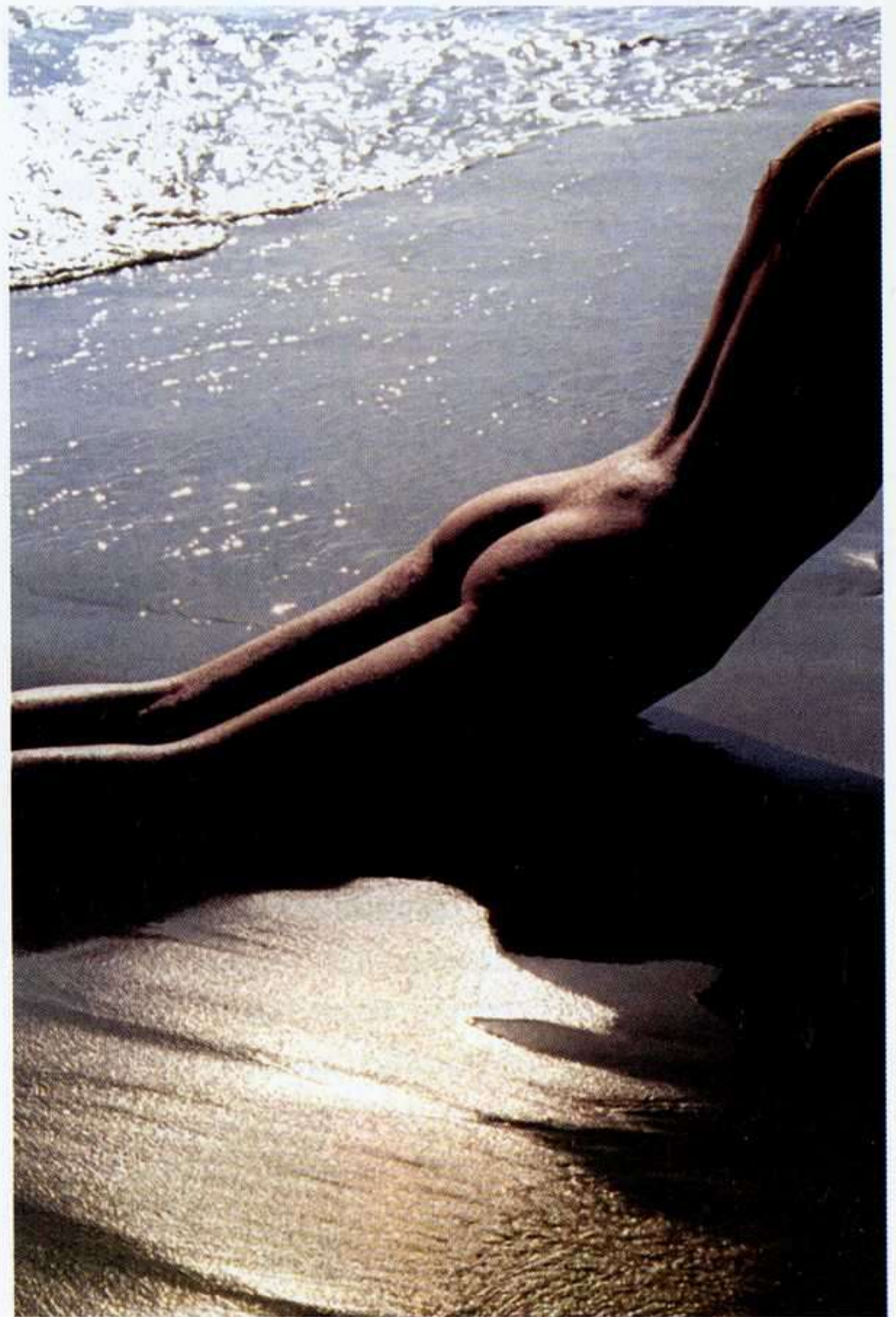
jadeo mi abecedario
variado y solitario
y encuentro al fin mi lengua
desértico de nómada,
mi suelo verdadero.

Tomás Harris

La Serena, Chile. 1956

Mar de la muerte roja

Al rayar el alba los primeros neones lumínicos verdes dorados ultramarinos travestían la nao que parecía puta macho de tanta pedrería, oro falso, lo último que le vimos fue la popa que se meneaba hundiéndose a la fuerza por un túnel rojo gruta vulva socavón o cueva y los sentidos, todos, que se nos hacían guturales, vencidos, babosos. Lo que ellos vieron fue más o menos esto, que pocos sobrevivieron para narrarlo y menos conservaron el juicio: estábamos en Tebas, capital principal de una urbe suramericana. Por todas partes penaban las ánimas. Como una leona echada entre mis mundos, dos sueños prohibidos, lúbricos, desconocidos, el King Hotel, abría sus fauces carroñeras de mal amor: había cuerpos, pero no eran cuerpos, ahí estaban nuestros amores todos, lentamente desnudos, como lluvia: estaban nuestros amores, todos los de una vida, pero no estaban, estaban plácidamente ausentes, sin carne, sin huesos, sin tinte rojo sobre los labios; entre estas ausencias presentes, se nos fueron confundiendo los hechos en



LUCIEN CLERGUE
Camargue, 1980

la mente, Almirante, tanta castidad produce chancro, tanta gana abolida, vacíos oscuros hacia el final del pensamiento. Estábamos en Tebas: los cuerpos no tenían ojos, los cuerpos estaban hechos de cera, los cuerpos eran multiformes, modulares, tan perversos como esas muñecas de Bellmer, pero impúberes, tan impúberes que se desmaterializaban, lo juro, al primer golpe de ojo: estábamos en La ley de la calle: el mundo era un círculo en blanco y negro, habitado por los peces rojos devorando su reflejo a falta de víctima. Yo era un pez, Almirante, y la muerte, otro.

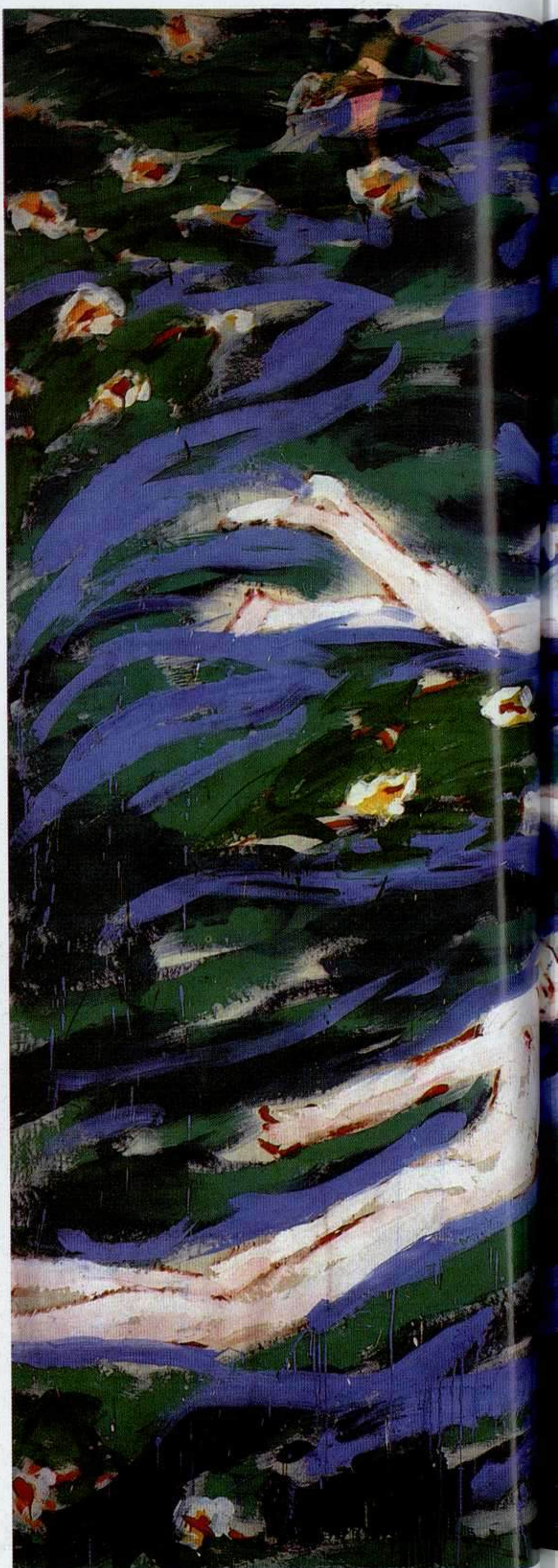
José Carlos Llop

Palma de Mallorca. 1956

Finis terrae

254

Era una de esas noches
convertidas en taberna tenebrosa.
Una de esas noches en que el alba
no existe y el viajero es de niebla
y un pozo negro donde flotan los libros
es lo poco que queda de tu vida.
Eran tristes todas las estancias,
pintadas de agua oscura,
como si un viento extremo
hubiera barrido esta ciudad nocturna.
Había líquenes marinos en las baldosas
y piedras grabadas con inscripciones extrañas.
Un velero blanco —con todas
sus velas desplegadas— cruzaba los muros
bajo una caravana de sombras
navegando hacia la nada.
A la luz de una linterna,
los colores de los peces muertos
y una tarjeta que sangra
como la granada en el árbol
y la hierba en la batalla.
Y en esa ciudad estaba y en esa noche
y en el humo de una llama apagada:
el timbre de un teléfono, las cartas,
los faisanes, el opio, las ranas,
la podredumbre de un buque inmóvil
tripulado por esqueletos con uniformes viejos
y medallas y mohos y esclavos y armas
y todos los recuerdos al otro lado del mar.





María Sanz

Sevilla. 1956

Delta del Ebro

Tendidos sobre el mar están mis días,
sin refugio posible, al descubierto,
a merced de las olas y las aves,
en espejo de nubes reflejados.
Tendida sobre el mar está mi muerte,
en constante deriva, aunque conozca
el modo de llegar hasta mi puerto,
aunque un faro recóndito la guíe.
Sobre el mar un deseo cristaliza,
se calma algún temblor entre la espuma,
y el viento del amor roza mi carne
hasta pulirla triste y lentamente.
Delta soy por la gracia de las aguas;
su sal y su dulzura me recubren.
Tendido sobre el mar, como otro cielo,
mi corazón a solas, desterrado.

255

RAINER FETTING

Salomé: El espíritu de la época IV, 1982

Juan Cobos Wilkins

Riotinto, Huelva. 1957

Con la voz animal...

256

Con la voz animal del unicornio blanco
canta el mar mientras el río lo penetra.
El río desemboca. Todo el aire
es una selva nevada de vilanos.
Estaba el mar sereno como el pecho
yacente de un doncel, y el río
le iba entrando lentamente agua dulce
y el agua dulce entraba, se bebían
en el agua salobre.

Juan Lamillar

Sevilla. 1957

Playa nocturna

Maravilla del mar su perfil quieto.
La noche borra espumas y pisadas.
Simétricos y oscuros, los pinares
descienden hacia el mar, y lo custodian,
inmóviles soldados misteriosos,
vuelos sombras heridos por la Sombra.
Las sílabas del mar siguen, en cambio,
dibujando un mensaje en el silencio.
No hay tiempo que perder si deseamos
fundirnos con el mar, ser obra suya.

RICHARD BOSMAN

La ola, 1984



J. G. BERENGO GARDIN
Noruega, 1982



Iñaki Ezquerro

Bilbao. 1957

Nadar

Alguna vez la nada selló un pacto
secreto con el agua, esa materia
que finge ser un poco menos seria
y dura que la tierra para el tacto.

Y así pasó de ser potencia acto
si alguien nada en el mar o en una arteria
fluvial, en la abundancia o la miseria.
Nadar es un asunto muy abstracto.

Nadar es conjugar la nada en verbo
y nadador el más húmedo siervo
del nihilismo huyendo como un galgo

hacia la metafísica; el gerundio
de la oquedad; nadar es un infundio;
es ir haciendo con la nada algo.

Salvador López Becerra

Málaga. 1957

Tributo

La belleza rinde tributo al desamor.
Y el aire de poniente, suave, y hostil,
acaricia mi rostro bajo las acacias
de cualquier lugar perdido.

Hoy de nuevo la playa me recorre
cual desdichado amante
que ansía la quietísima esencia del cuello,
tal vez la última sombra de tu pubis
o el abrazo efímero de la despedida.

Y siempre la misma noche con el beso
solitario de tu cuerpo,
siempre las mismas aves que arrebataran
el canto del poeta.

Próximos a la mar, mis pies aún presienten
el roce tenue de la última braza del remo.
Tú. Barca o velero ya perdido,
náufrago en medio del abismo.

José Julio Cabanillas

Granada. 1958

Rosa azul

Entonces llegué al mar y parecía
como una rosa azul que nadie ha visto
porque vive en el sueño.

258

Sus pétalos brotaban de las olas.

—Córtalos, alguien dijo.

Y bebí de aquel agua y todo me fue amargo.

Antonio Cabrera

Medina Sidonia, Cádiz. 1958

Ante el mar

Una vez más, azul amanecido.
Estar ahora frente al mar otorga
a mi razón la renovada excusa
que le permite hacer desde su luz
una pregunta al aire iluminado
con que se viste lentamente el día:
¿qué se puede entender mirando el mar?
Hay un límite aquí, bajo mis pies,
un borde todavía sin espuma
que es mansedumbre falsa, negligencia
del tiempo siempre comenzando, roce,
caricia de una bestia indiferente.
Y al fondo el otro límite, la raya
que no es y en su ausencia delinea
un estricto concepto de los ojos,
una costumbre, un plano precipicio.
Y entre ambos este afán, estas gaviotas
cansadas, esta franja de infundado
absoluto. Yo sé que no hay más cosas.
Reflejos solamente, no misterio.
¿Qué podría entender si miro el mar?
La ignorancia se viste esta mañana
con el color azul de lo impensable.



MANEL ANORO
Les dues Balears, 1993

Francisco Fortuny

Málaga. 1958

El hondo lirismo...

El hondo lirismo. La lira del fondo
irradia con densa frecuencia de ondas.
La indómita fiera del caos, que es mundo,
lirondo la escucha y se amansa, y sus frondas

en rayas danzantes y manchas cachondas
se ordenan, y el mundo amanece redondo
y alterno: feroz pero tierno si el son do-
mestica el abismo con rítmicas ondas.

Son ondas que viajan por la mar salvaje,
son olas que llevan el hondo mensaje
por el fiero abismo de las aguas hondas,

son sondas que manda del fondo el Poeta
Cósmico al poeta que aquí lo interpreta
sintiendo en el fondo sus olas, sus ondas.

259

ERIC FISCHL
Cargo Cults, 1984





ROSS BLECKNER
Océanos, 1984

Luis García Montero

Granada. 1958

El insomnio de Jovellanos

Porque sé que los sueños se corrompen,
he dejado los sueños.
El mar sigue moviéndose en la orilla.

Pasan las estaciones como huellas sin rumbo,
la luz inútil del invierno,
los veranos inútiles.
Pasa también mi sombra, se sucede
por el castillo solitario,
como la huella negra que los años y el viento
han dejado en los muros.
Estaciones, recuerdos de mi vida,
viene el mar y nos borra.

El mar sigue moviéndose en la noche,
cuando es sólo murmullo repetido,
una intuición lejana que se encierra en los ojos
y esconde en el silencio de mi celda
todas las cosas juntas,
la cobardía, el sueño, la nostalgia,
lo que vuelve a la orilla después de los naufragios.

Al filo de la luz, cuando amanece,
busco en el mar
y el mar es una espada
y de mis ojos salen

los barcos que han nacido de mis noches.
Unos van hacia España,
reino de las hogueras y las supersticiones,
pasado sin futuro
que duele todavía en manos del presente.

El invierno es el tiempo de la meditación.

Otros barcos navegan a las costas de Francia,
allí donde los sueños se corrompen
como una flor pisada,
donde la libertad
fue la rosa de todos los patíbulos
y la fruta más bella se hizo amarga en la boca.

El verano es el tiempo de la meditación.

Y el mar sigue moviéndose. Yo busco
un tiempo mío entre dos olas,
ese mundo flexible de la orilla,
que retiene los pasos un momento,
nada más que un momento,
entre la realidad y sus fronteras.

Lo sé,
meditaciones tristes de cautivo...
no sabría negarlo.
Prisionero y enfermo, derrotado,
lloro la ausencia de mi patria,
de mis pocos amigos,
de todo lo que amaba el corazón.

En el mismo horizonte
del que surgen los días y la luz
que acaricia los pinos y calienta mi celda,
surgen también la noche y los naufragios.
Mis días y mis noches son el tiempo
de la meditación.

Porque sé que los sueños a corrompen
que dejado los sueños,
pero cierro los ojos y el mar sigue moviéndose
y con él mi deseo
y puedo imaginarme
mi libertad, las costas del Cantábrico,
los pasos que se alargan en la playa
o la conversación de dos amigos.

Allí,
rozadas por el agua,
escribiré mis huellas en la arena.
Van a durar muy poco, ya lo sé,
nada más que un momento.

El mar nos cubrirá,
pero han de ser las huellas de un hombre más feliz
en un país más libre.

Primer día de vacaciones

Nadaba yo en el mar y era muy tarde,
justo en ese momento
en que las luces flotan como brasas
de una hoguera rendida
y en el agua se queman las preguntas,
los silencios extraños.

Había decidido nadar hasta la boya
roja, la que se esconde como el sol
al otro lado de las barcas.

Muy lejos de la orilla,
solitario y perdido en el crepúsculo,

me adentraba en el mar
sintiendo la inquietud que me conmueve
al adentrarme en un poema
o en una noche larga de amor desconocido.

Y de pronto la vi sobre las aguas.
Una mujer mayor,
de cansada belleza
y el pelo blanco recogido,
se me acercó nadando
con brazadas serenas.
Parecía venir del horizonte.

Al cruzarse conmigo,
se detuvo un momento y me miró a los ojos:
no he venido a buscarte,
no eres tú todavía.

Me despertó el tumulto del mercado
y el ruido de una moto
que cruzaba la calle con desesperación.
Era media mañana,
el cielo estaba limpio y parecía
una bandera viva
en el mástil de agosto.
Bajé a desayunar a la terraza
del paseo marítimo
y contemplé el bullicio de la gente,
el mar como una balsa,
los cuerpos bajo el sol.

En el periódico
el nombre del ahogado no era el mío.

Alfonso Sánchez Rodríguez

Almedinilla, Córdoba. 1958

Todos los demás nos llamamos Alfonso

262 Los ojos posados en la mar,
volverse loco al fin,
de bien mirarla y verla
surcada por ballenas suicidas,
medusas amarillas,
sirenas que reían en el viento...
Será gustoso, sí,
volver a escribir cartas
y reiniciar estudios de gramática
con que llenar mi tiempo de reposo
mientras llega septiembre,
en tanto que tu piel albar
se adentra alegremente
a conseguir un cuerpo muy danone
en piscina de mosaico con tortuga.
¡Feliz navegación!
Eres carnal, ¡oh, sí!
Y hasta tu lengua habrá de recordarme
que surgí iconoclasta
entre tus brazos
como lujo poético,
ahora que llego con retraso
a mi clase de vela.

Juan José Téllez Rubio

Algeciras, Cádiz. 1958

Nocturno Mediterráneo

Hacia Orán, en una draga danesa, el camarote
de mi ánimo era un templo vacío.
«—Yo nací en la Isla del Aire»,
repite el jefe de máquinas
junto a la fotografía de Nicole,
que del brazo condujo al paseo de los ingleses.

En el petate, llevo una vasija que en Beirut compré:
vino del Líbano bebíamos al cruzar el Bósforo,
tras los bombardeos y el mar de Mármara.
Un sacerdote, en Bizancio, desconoce
que el Coliseo resistió a los bárbaros.

Fui inocente en Bengasi.
A cuchillo, maté al joyero de Esmirna
y sólo por despreciar la música de un zíngaro.
Cuentan que allí reposan, sin vida, los dioses griegos.

Cuando arribamos a Malta, había fiesta en el puerto.
Los organillos sonaban a Barcelona y a Sirte.
Recuerdas que Paola era morena y sucia.
La vendieron desnuda a los mercaderes de la Cirenaica
pero ayer la vi junto al Canal de Otranto
y nos gritó que el Etna iba a estallar de nuevo.

Blanca Andreu

La Coruña. 1959

263

Me queda la mar media en el triunfo del agua,
en el advenimiento de los espejos y de las aleaciones,
me queda la mar media y sus ahogados, cantiga y quemadura,
ebrios de agua profunda y profundo dolor.
Pero había un mar de la sangre más blanca
y del dolor apagado,
mar de la caza y muerte en montería, vino metal dormido
y baja luna. Mar de los ventanales empapados para el amor más duro
con quien la soledad se atreve y canta, con crines antorchadas
y dibujada hoguera,
mas del amor más duro que decae como decae tu nombre,
el nombre que en mí tiembla y tu nombre primero.



STEFAN
Sirena, 1986

Rafael Arráiz Luca

Caracas, Venezuela. 1959

Rosa da Fonseca

264

Yo, a los ocho años
zarpando del puerto de La Guaira
en el *Rosa da Fonseca*,
descubriendo las leyes de los camarotes,
la simetría de los ojos de buey
y los muchos pisos que puede tener un barco.

Yo, feliz en la cubierta rumbo a Curazao,
como si fuera a recorrer el mundo
bajo el amparo de dos chimeneas,
como si vivir pudiese ser siempre
una piscina al mediodía en el Caribe.

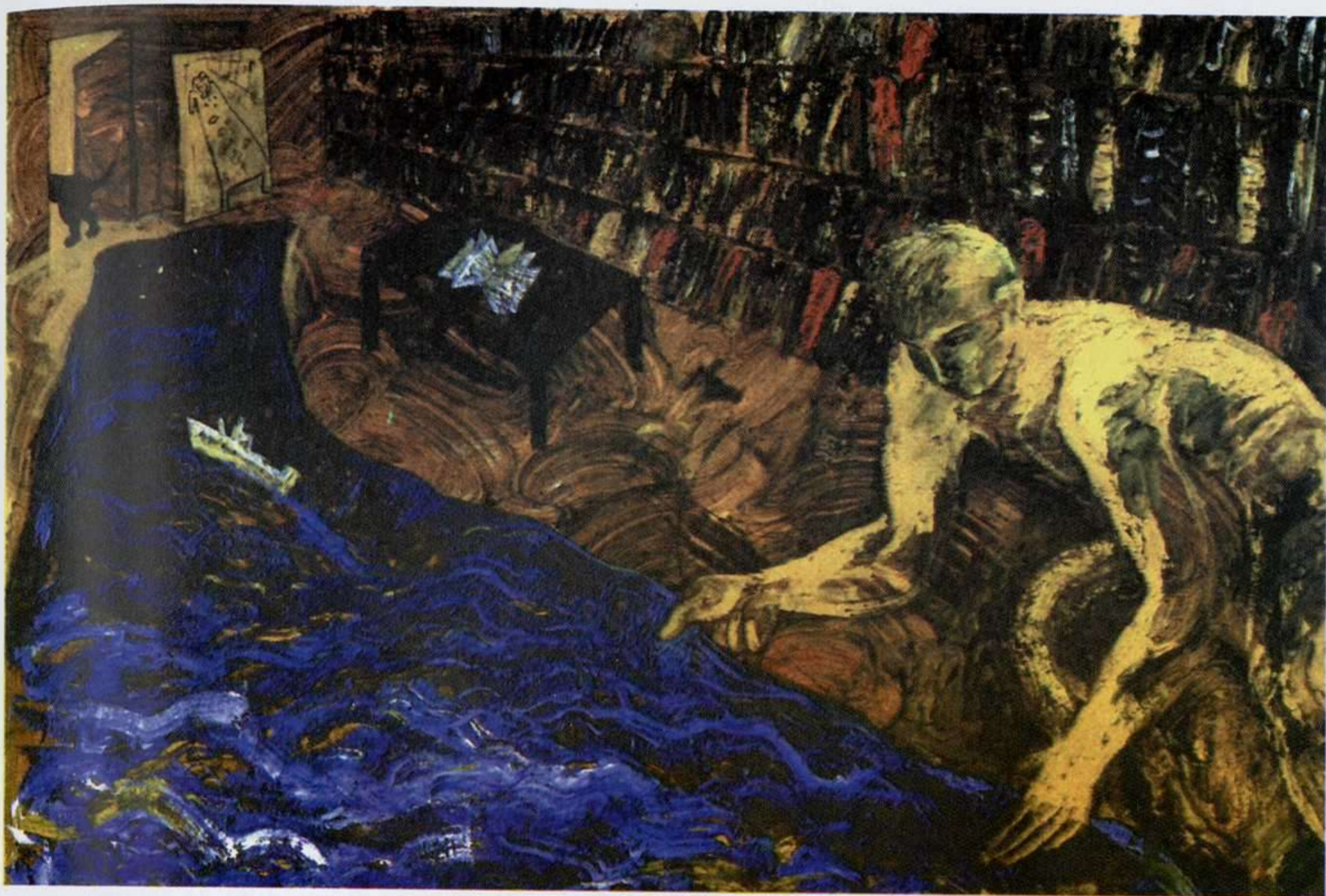
Yo, a los diecisiete años
cruzando el lago de Constanza en un *ferry*,
con la niebla entre el café y tres amigos
perdidos de país en país
porque ya la vida era
el agua gris de un lago en Alemania.

Álvaro Valverde

Plasencia, Cáceres. 1959

Viaje a Cadaqués

He venido de lejos. Contemplo
la más tópica imagen de la villa,
la que abusivamente reproducen
las postales que compro destinadas
a aquellos que no están ahora conmigo.
Deprisa he recorrido las calles tortuosas,
de cal y de pizarra.
Bajando —los bancales,
los árboles que el viento somete cada día—
he recordado tierras
del interior, lejanas.
A veces, los paisajes más recónditos
reducen la mirada a lo inmediato,
a eso original que simboliza
una visión del mundo;
acaso la primera, la única
posible a nuestros ojos.
Es verdad que no sé qué me trajo a este sitio.
No ignoro que el azar es, como siempre,
una simple coartada,
y que a pesar de todo
tampoco es la respuesta verdadera.
Al ver sobre la dársena
las barcas amarradas y el agua transparente
y los guijarros; al ver las buganvillas,
el vivo azul cobalto en puertas y ventanas,
el blanco sentencioso de las casas,
supongo innecesario querer dar por exacta



MIQUEL BARCELO

Sin título, 1984

siquiera una respuesta.
Vuelvo la espalda, el mar
es, otra más, una azotea;
sucesiva y azul e interminable.
Al lado —otra frontera—
sirvió de despedida a Walter Benjamin.
Alguien viene de lejos; descansa.
Soy ahora ese alguien.
Doy por supuesto
que sólo en los lugares como éste
—estoy en Cadaqués, final de julio—
se puede revelar algún atisbo
de esa búsqueda extraña
que llamamos *verdad*.
Detrás de los susurros de tantos visitantes,

de la pulcra evidencia de lo nuevo y lo viejo,
no hay mentira emboscada. La belleza,
el silencio (esas puras razones)
han fijado su precio.
Aunque alto, es el mío.
Recuerdo a Ferrater (asiduo de esta costa,
suicida como Benjamin):
«Con qué poco nos basta. Tan sólo
el sentimiento de dos cosas:
la tierra gira y las mujeres duermen».
Con una luz escasa de nuevo miro el mar.
Inacabable siento su presencia,
tan cierta como ajeno me parece
todo lo que no sea en esta hora
la vida que me vive de repente.

Felipe Benítez Reyes

Rota, Cádiz. 1960

Navegaciones

266

En un cartel de finales de siglo
un grabado de Massey
reproduce el Coruña, un vapor de la empresa
Cabral y Cía.
que salía para Habana y Puerto Rico desde Cádiz
admitiendo carga y pasaje...

(Viajeros soñolientos en la noche,
mirando por la borda el agua rota
en estelas rizadas.)

...Transbordando en Puerto Rico,
expendía la empresa billetes combinados
para Mayagüez, Ponce, Santiago
de Cuba, Nuevitas y Gibara...

(Gente que espera en estaciones marítimas,
fumando en una sala
pintada del color de los juguetes.)

...Capitán don Isidoro Domínguez.

(¿Pasará la tormenta?)

En La Habana los niños
saltan alrededor del equipaje.
Un hombre—la chaqueta sudada—
mira la lejanía, haciendo
visera con la mano.

En el muelle de Puerto Rico
un viajero da vueltas alrededor
de una pila de redes.

En Mayagüez,
un impaciente mira su reloj
y mira el horizonte
desvaído del mar, esperando esa carta

que contenga el secreto tardío de un futuro.

(Fonda y bares del puerto,
donde la gente tiene
los ojos desvalidos de los náufragos.)

El capitán don Isidoro Domínguez
fuma en cubierta.
El viento trae la música errabunda
de una orquesta española.
Brillan globos de gas en las terrazas.

El vapor Coruña, en un cartel publicitario
de finales de siglo, grabado por Massey:
alguien lo mira ahora,
fumando y redactando este poema sin sentido.
Como si quisiera tener
un pasaje para Habana o Nuevitas.
Tener su vida ya
dentro de la botella que se arroja a la nada.

Mirando este cartel del vapor Coruña,
con su pequeña quemadura de cigarro.

De un cigarro quemado
hace ahora cien años
por alguien que miraba el grabado de Massey
esperando el vapor para La Habana
o viendo pasar los barcos
que partían sin él para lugares
donde la vida era
la joya que brillaba entre las manos
de un futuro que nunca llegaría.

Como suele ocurrir con los futuros.

José Ángel Cilleruelo

Barcelona, 1960

Orpheu en Alfama (1915)

No son raras las riñas en los bares
de comidas baratas ni los hombres
muy solos que se imaginan amados.
Los pescadores odian la mar, beben
por ello durante toda la noche,
se encandilan con el travieso oleaje
de una mujer por escasos escudos
y parten de madrugada en navíos.
Maldicen los estibadores el mar,
a media botella caen derrumbados
en un rincón, les recoge la madre,
les arrastra penosa calle abajo
mientras la rabia gotea en su mejilla.
Las meretrices invocan el mar
porque es verde y cariñoso y lejano,
recuerdan cuando niñas se bañaban
vestidas en una dársena oculta,
y se besaban los novios tumbados
en la escalera del embarcadero
como ocurría entonces en los sueños.
Otros hombres no piensan en el mar,
callan, volvieron la cabeza un día
y miraron atrás, viéronse adentro
la farsa, uno la canta en servilletas
de papel. Aguardan que les destroce
el alma ese coro vociferante
de marineros, ramerías, mendigos,
compañeros insensibles del Viaje.

Eduardo Chirinos

Lima, Perú, 1960

Sueño con sirenas

The insatiable fiction of desire
ROBERT LOWELL, «Mermaid»

Yo también he cerrado los ojos,
he soportado el correa que me ataba al palo
mayor
pero no pude evitar su perfume de alas negras,
su armonioso canto que enceguece el alma.
Porque quise zafarme.
Contra mi terca voluntad quise zafarme
y conocer el vértigo que produce la caída,
la insaciable ficción del deseo.
Debo recordar que su cabello era largo y
engañoso como una red,
que en sus ojos brillaba una dulce maldad, que
su boca
sólo podía conducirme a la desesperación o al
desastre.
Pero su voz era música para mis oídos
y sus manos —las tenebrosas alas que fueron—
buscaron con ardor enlazarse con las mías.
Jamás la tuve más que en sueños.
A veces veo su cola asomando a la superficie
y escucho esa risa burlona que nunca pude
comprender.
Entonces me armo de valor y nado a su isla;
allí retozan los cadáveres,
luego se esfuman o transforman en arena.
Ella cubría el mundo con los ojos y me borró
con la mirada.
Ahora sólo deseo despertarme.

267



Carlos Marzal

Valencia. 1961

Una subasta en julio

268

En el muelle, los barcos soñolientos
declamaban al aire del crepúsculo
el monólogo en paz de la madera,
cuando cruje mecida por el agua.

Risueños en su esquema intemporal,
medio desnudos, dos adolescentes
remendaban las redes en la dársena,
en un hondo compendio de armonía,
resuelto en claridad de superficie.

Una indulgente brisa ensalitrada
nos convidaba a respirar el mundo,
con una inspiración de complacencia
que abreviaba las cosas en aliento.
Un sol exangüe daba a los tinglados
la tintura de un oro ultramarino.

La tarde de aquel puerto terminaba
en su cumbre de luz desvanecida.

Cuando comparecimos en la lonja,
gritaban los tratantes sus ofertas.

Había un eco antiguo en el tumulto,
una reminiscencia corporal
de cuanto sin vivirlo el cuerpo sabe,
y resucita en el volver del tiempo.
Había esa lección superviviente
que al palpar infunden los mercados.

Miré con embriaguez las mercancías:
sobre el hielo molido, agonizaban
los pescados adustos. Un fulgor
de estaño en sus escamas temblorosas
bañaba de extrañeza su martirio.
En la pupila yerta de los peces
nos contemplaba un pánico de ilusos.
Durante el estertor, sus labios tristes
besaban con sus muecas a la nada.

Pero en el rito aquel de aquel verano
lo más curioso fue nuestra alegría,
la turbia conmoción que la belleza
de todo lo que acaba nos infunde.

Daba miedo gozar del sacrificio,
apropiarnos la furia de unos dioses
que sólo con la sangre se contentan.

Qué eufórica la muerte en cuanto hacemos.
Qué satisfecha está la muerte infame.



MANUEL CARMONA
Sirena varada, 1998

José María Micó

1961

Memoria del aire

Como en aquella tarde, soy las olas
que han escuchado el polvo, y fumo lento,
puesto a querer el mar y el movimiento
desprestigiado de las amapolas.

Como en aquella tarde, el aire ordena
eternidades de fotografía,
y con la ayuda estúpida del día
se echa a perder el sol sobre la arena.

Como en aquella tarde, ya se han ido,
despedazándose contra una nube,
los pájaros, las risas, los amantes.

Casi sin no quererlo, me he tendido,
adormilado sobre lo que tuve
y empecinado en ser como el de antes.

Manuel Moya

Fuenteheridos, Huelva. 1960

Las islas escindidas

Pareciera que las calles
siguiesen a los barcos
y la mar de repente se poblara
de recias nervaduras,
que nosotros, la carne de nosotros
que arraiga en las camisas,
colgase del morral de algún
pirata sagaz y atrabiliario.

Pareciera entonces que las islas
perdiesen su luz y sus perfiles,
y nosotros, sin ellas,
sin la esperanza cualquiera de un abrigo
quedáramos en sueños fulgurantes
solos en la mar y a su deriva.

269

MICHAEL SOWA
Seemannlos, 1988



Alfredo Taján

Rosario, Argentina. 1960

Fiebre intacta

Es sueño convulsivo bajo ondas marinas
que electrifica el aire y permanece
fiebre intacta: ungida fiebre de signos.

A los ojos asombra el mar en el esfuerzo
que intenta: premio y castigo igualados.
El sufrimiento incita la marea lo golpea:
la urdimbre tan profunda lo desgarrá.

Lava de amor del cráneo descubierta
quiere bañarse entera en esta espuma.
Indulgente no vuelve la cabeza:
necesita contiendas y continuas
erupciones volcánicas.



ANTÒNIA BORRÀS
Deix d'irrealitat, 1990

Jesús Aguado

Madrid. 1961

Poema para tocar la flauta a la orilla del mar

Cuando la bajamar estalle y queden
desnudas en la playa las sirenas,
cogeos de la mano y caminad
procurando que el viento no despierte,
elegid una roca que tenga en su memoria algún naufragio
o una duna que lleve todavía en su seno el calor de unos amantes,
sentaos allí mismo, y con un dedo
dibujad una flauta de sal pero dulce y profunda.
Soplad en ella como si las olas rompiesen en la noche,
y todocallará mientras se elevan
las notas de un amor tan triste y tan intenso.
Entonces las sirenas se alzarán perezosas
y bailarán —dejando un rastro de silencio en vuestra piel—
hasta que llegue el alba.
Con las primeras luces, borrad la flauta con un beso
y devolved su propio sonido al mar que crece.

Benjamín Prado

Madrid. 1961

Las flores de Isla Negra

La carretera de la costa lleva
a un bosque
con pequeñas
casas prefabricadas.
A lo lejos
se ven los pilotos azules
de los remolcadores.
La casa está en la playa.
Hay un balcón
hecho para esperar
el salto mineral de las ballenas.
La luz es como un fuego.
Neruda está junto a la empalizada.

Aquel día, la gente iba llegando
muy despacio

al borde del océano.
Algunos se sentaban a leer; otros, dejaban
junto a la puerta velas encendidas
o traían banderas.

Cerca de las ventanas, en los cuartos
apagados, se ve la mesa con las fotos
de Whitman y Rimbaud,
el salón con los grandes mascarones
que descienden al suelo
como ángeles marinos: uno lleva
una rosa en la mano
y otro tiene ojos tristes gastados por las olas.

Antes de irme —sigue
contándome Christina— ya era casi
de noche. Había puestos
iluminados. El viento apagaba
las velas. Yo compré
esta pequeña caja de cobre
y puse en ella
dos flores de la tumba de Neruda.
Aquel viento
sonaba igual que el mar sobre un
embarcadero.
Volví a mirar la casa,
como si de repente
fuera a encenderse la luz de una ventana.
Hay ángeles que buscan
playas abandonadas donde olvidar el cielo.

Pensé en las flores
porque siempre dices
que Neruda es el gran poeta de la vida,
gracias a él
la lluvia del jardín
se convierte en manzana.

Leopoldo Alas

Arnedo, Logroño. 1962

El tiempo en los ojos

No es tanto el tiempo lo que me preocupa haber perdido como los ojos que tuve, limpios. Y el olor del mar, un rumor de voces, la playa que sin saber por qué me represento intensa (aunque sé que ya entonces era incómoda la arena y abrasaba).

Y más lamento aún que todo aquello nunca sucediera, que tantos días como supongo he vivido no existan, ni siquiera en la memoria. Porque no puedo acordarme de nada. Y es inútil evocar la imagen de siempre: arena muy fina que se escapa entre los dedos de la mano. Porque es más triste que una imagen que se escape el tiempo y que, ahíta de demonios, se te apague la mirada. Y el olor del mar, un rumor de voces, la playa...

272



NICOLA DE MARIA
Canto del mare, 1990

Luis Cremades

Alicante. 1962

Los versos del mar

HE dormido en el suelo, encima de la tarima,
ahora que vuelve el buen tiempo,
para recordar cuando tenía quince años
y dormía en la playa, al raso; y al amanecer,
delante de unos pinos, con frío, de pie sobre el
arrecife

decía en alta voz un poema precioso
buscando compañía en la salida del sol
que venía a trepar el horizonte.

Toda la noche había perseguido la luz, la
iluminación,
en las voces de un libro de tapas de piel verde
(robado en unos grandes almacenes);
con el amanecer comprobaría si la luz del sol
era de verdad más fuerte que la del poema.

Daba lo mismo. Al terminar, el mar cantaba
como un dios satisfecho y divertido,
dejándose llevar por el instinto,
por su propia inocencia ultramarina,
sus secretos, sus roces con el viento.

Doce años después, vivo en el interior, una capital
donde he tenido amigos y al principio algún
maestro avaricioso además de incompetente.
No es que tenga nostalgia. Pero los comentarios
del mar —de su oleaje— al poema del libro
de tapas verdes duran todavía.
«Ningún dios nos castiga; ninguno pide
que ensalcemos su gloria. Sólo tú,
que esta mañana pasas:
para ti canto, para ti beso el fondo de roca,
para ti abrazo el mundo, y este arrecife,
y me tiendo a tu lado, manso, en el lecho suave de
la orilla.»

He sido estudiante, he buscado aventuras.
No he podido ser más ambicioso,
ni más abandonado. Nunca dejarán
de suceder anécdotas. Una gaviota
detenida en el aire un instante está posando
para una fotografía. Y algunas noches,
sobre todo si no me encuentro del todo bien,
—con un medio resfriado en primavera—
me tiendo en el suelo hasta que regresa...

Lo de menos entonces es la imagen de mis quince
años.

Es este mar, al fondo, recitando
incomprensibles versos largos, innecesarios,
—«Oh, Dios, —le dice al dios que no existe—
Dios: deshazme»—
hasta que al fin recuerdo, llega el sueño.

Emilio García Montiel

La Habana, Cuba. 1962

274

El mar se abría lentamente en los amaneceres y no lo vi distinto sino ancho y azul como se ha visto desde siempre el mar.

No mintieron las cartas ni los libros de viaje.

En el mar se descubre el infinito.

Ese infinito que augura la inocencia del hombre, el delirio de Dios.

Todo empieza en el mar.

La verdadera proa de un barco es el delfín

y un barco es sólo viento, niebla, latido de seres abisales:

así de simple

como los sueños de un vigía en las gaviotas.

Y si alguien teme al mar o al silencio del mar

es porque teme al dolor de esa simpleza:

el hombre, que imagina ser dueño y grita ante el naufragio

no por miedo a la muerte, sino por vanidad.

Yo también busqué con furia mi país porque temía al mar.

Pero en el mar no hay banderas ni habrá país alguno.

Y fue bueno saberlo.

Yo iba descalzo, tendido en la cubierta, en su madera húmeda

iba de espuma a espuma indiferente.

Y sentí bajo mi cuerpo la oscuridad del agua.

Y palpé sobre mis ojos el claror del océano.

Yo iba descalzo y vi pasar las costas:

de Algeciras a Trípoli, de Brindisi a Estambul. Los puentes y las costas.

Como dibujos que aparecen al doblar una página

escrita con tinta invisible.

Yo conozco el mar de mi país y es un mar de delicias.

Privado a veces, extranjero a veces.

Un mar de delicias casi melodramático, seguro en su retorno.

Pero no es el mar.

No el que se cierra lentamente en los atardeceres para dejar la noche.

La noche donde se extienden los brazos y se sabe que hay *algo*.

Donde aprendí de golpe el miedo de lo eterno.

Aurora Luque

Almería. 1962

Anunciación del verano

Una avioneta banca sobrevuela la costa
con su estela de lona casi en blanco.
Anúnciese en el aire. Desde el apartamento
los parasoles verdes, naranjas y morados

hacen que el mar se vista a estas alturas
una túnica pop. Se hunde aquel barco
centímetro a centímetro, sus tribales quehaceres
de antigua pesquería. Este verano

nos deslumbra el blanquísimo poliéster
de un yate sobre el puzzle inacabado
de un movedizo mar turquesa, malva.
Descienden las gaviotas. ¿No está la vida acaso

bajo un inmenso toldo de luz que la protege
del ardor del vacío, de su abrazo,
de las ondas violetas de la muerte,
de su quehacer tribal, del viejo pacto?

Vicente Gallego

Valencia. 1963

Septiembre, 30

No ha sido fácil comprender el mar,
las rocas, su volumen,
la concreción del tiempo en la materia
más real, la verdad del mundo en el vaivén 275
del viento y la marea, en la quietud
que el arrecife opone al oleaje,
en el fragor eterno del silencio,
que es una voz antigua e innumerable.
El mar que se resiste al adjetivo,
que en su enigma desprecia
definición o imagen más allá
de ese asombro que afirma en cualquier muerte
la vida que no acaba, esa vida del agua
que ha sido tantas vidas y que ahora
es también ésta nuestra.
El mar,
y una noche sin luna ni tormenta,
el mar únicamente y yo, aquí,
este íntimo acuerdo con mis pasos:
tan sólo quien se busca en el camino
y al encontrarse al fin está desnudo.

PLÁCIDO ROMERO
Nafragios cotidianos, 1994



Rafael Inglada

Málaga. 1963

Hart Crane in memoriam

276

Un remero va por el paraíso
entre las fábricas y las nubes.
Sus palabras dicen del amor
que siente por las cosas lejanas.

Siempre hay soldados y marineros
que se resignan porque están solos,
recuerdan aquellos días en Akron,
cuando mentían a la soledad.

Vida: supón que otra vez te encuentro
y le digo a él que huir no es fácil,
como no lo es coger un relámpago
y hablar del retorno de las aguas.

Anoche, creo, bebí demasiado
y ni recuerdo con quién estuve.
Vagamente unos ojos me miran
desde la niebla sobre la mar.

Carlos Jiménez

Jerez de la Frontera, Cádiz. 1963

Aventura

En la posada negra del «Almirante Bembow»,
que asomaba a los mares,
el mapa de un tesoro
tomé del cofre del Capitán.

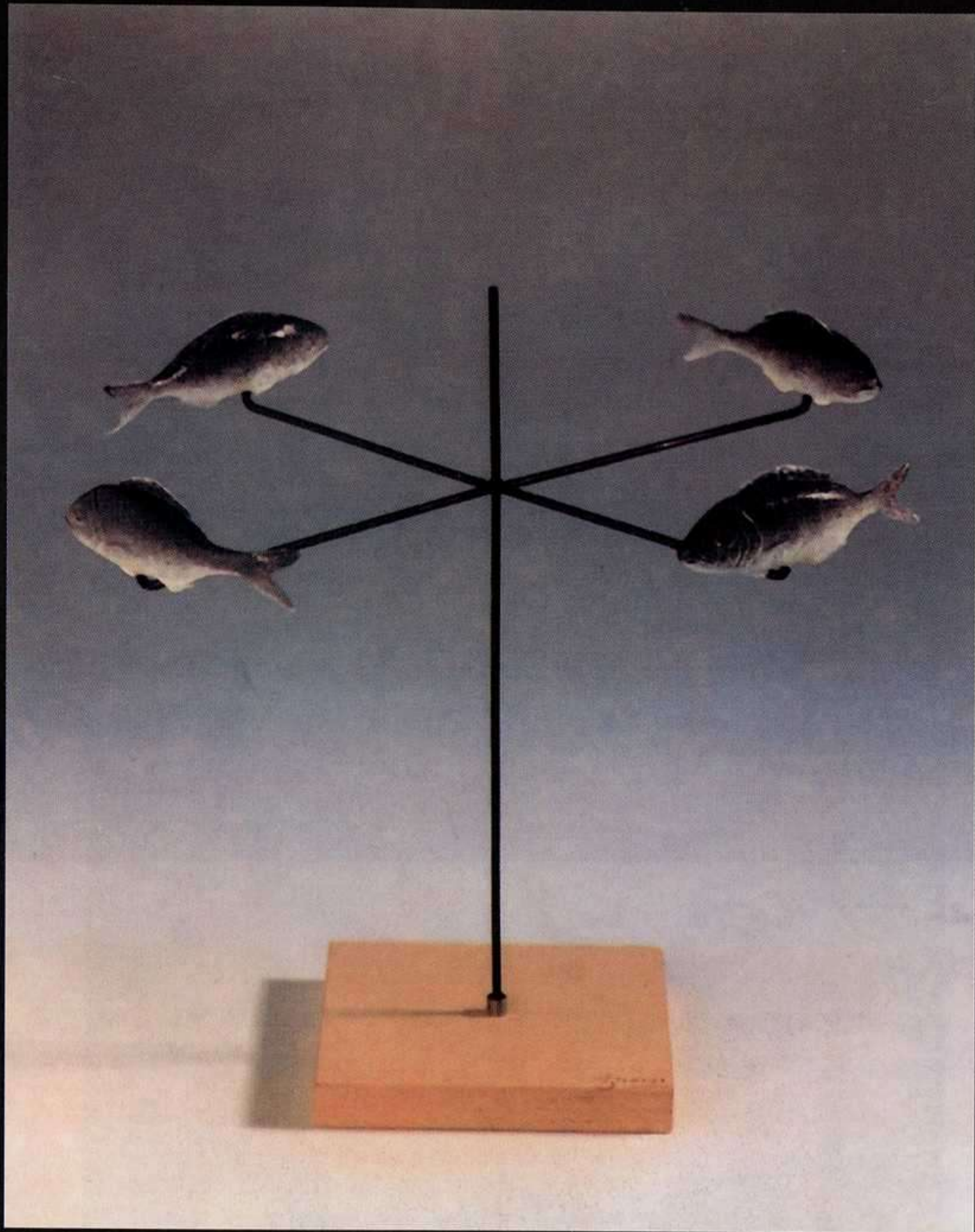
El ron y la mortaja de su cuerpo,
—viejo lobo de mar y de aventura—,
duermen en los recuerdos de mi infancia
en las costas de Bristol.

Conozco la ambición y del poder las garras:
la horca para aquellos cuyo espíritu es libre
y perecen besando las sirenas.

He visto la mirada de un hombre ante la muerte,
la estúpida sonrisa del ilustre burgués.
Y, ahora que soy rico, no soy tan feliz como era antes.



JOAN BROSSA
Oceana, 1991



JOAN BROSSA
Rosa Náutica, 1991

José Mateos

Jerez de la Frontera, Cádiz. 1963

Mar

278

Ya no veré la tarde de un azul indeciso
resbalando en la playa, detrás del horizonte.
Con los ojos aquellos dorados de inocencia
no volveré a mirar los viejos muros,
ni el regreso de un barco
recalando en la bruma densa y gris de los muelles.

He perdido el camino que me lleva hasta el mar,
y ni siquiera sé, para encontrarlo,
en qué rara ignorancia consistió el paraíso.

Leopoldo Sánchez Torre

El Entrego, Asturias. 1963

Otra tarde

Otra vez otra tarde
PABLO GARCÍA BAENA

Calles como el silencio largas,
como la muerte oscuras. Un barco
que se aleja, un barco anclado.
El mar. Unos ojos ingenuos
de juventud gloriosa.
Otro barco, otra mirada.
Lo que la tarde, gris,
te ofrece. Nada.



Lita Mora
Océano, 1994



CORNEILLE

Un puerto en la cabeza, 1949

Vicente Valero

Ibiza. 1963

XXIX (epitafio)

Solo, pero no muerto, casi muerto diríamos,
pero aún resoplando, con las manos inútiles
y el rostro azul. Vencido, pero ansioso. El mar
puso palabras viejas a mis plegarias. Ola,
madrépora, medusa, acantilado... He sido
el ahogado más duro de roer. Bajo el agua,
digno, iba cantando los poemas de Shelley.
Y cuando las gaviotas querían devorarme,
yo les daba pan limpio de sueños incompletos.
El mar era un dios torpe y no me merecía.

Mercedes Escolano

Cádiz. 1964

Fascinación del Atlántico

EN tardes como ésta, tardes de viento huracanado
en el malecón del muelle,
tardes de gris altura de las olas,
el Atlántico me llama con voz confusa,
deletrea la e undosa de mi nombre
y me convoca; como si la sangre tirara de mí,
como si tiraran de mí naufragios, fragatas escoradas,
peligrosas travesías bajo una lona.
El temblor se acumula en mi piel.
Me estremezco al contemplar el mar
totalmente agitado,
rubio u oscuro por momentos,
denso o volátil, según la ráfaga.

El mar se dilata por instantes.
Cada ola que embiste,
cada ola que cruza la bocana del puerto
se lleva mis ojos hacia adelante.
Ebria, zarandeada, medio hundida,
mi alma es un juguete entre las crestas.
Suenan en la lejanía una sirena.
Acelera mi pulso. Tal vez algún barco
se dispone a zarpar hacia lo inmenso.
Con estrépito el viaje es anunciado
y, asustadas, las gaviotas emprenden el vuelo.
Mi vida, en cambio, permanece en los muelles,
en la losa grisácea de los muelles,
como un fardo abandonado en los muelles.

Almudena Guzmán

Navacerrada, Madrid. 1964

Siento decir...

280

Siento decir que me aburre
el leve eucalipto y aquellos almendros del barranco.
No es lírico, ya lo sé,
pero las montañas aprisionan mi altura:
yo nunca podría vivir en este valle
donde el cielo, de tan azul,
parece una cúpula islámica mal reconstruida
por algún chapucero naïf.
Cuando vuelva a la costa,
pienso tirarme de cabeza al mar:
mi cuerpo tiene ganas de hacer el amor con algo auténtico.

Ángela Vallvey

Ciudad Real. 1964

Vista marina del puerto de Plymouth

Mi corazón no espera nada, salvo buen viento
que lo ponga en franquía hacia espacios aún más
tenebrosos que los que dejé atrás: una casa con cimientos
ingenuamente hincados en la tierra, una madre
que tal vez llore por mi ausencia, el perfume de fruta
de la mujer que quise unos instantes, la patria
y su grandeza que trata como niños a los hombres.

A ninguno echo de menos. No siento el balanceo
del agua negra que mece nuestro barco, al contrario,
es la tierra, allá en la lejanía, quien parece inestable
desde aquí, como si no estuviera quieta, como si
fuese frágil su sustancia. La jarcia se recorta
contra el cielo. Han pasado los años.
Ya no sabría volver.

Juan Manuel Villalba

Madrid. 1964

Todo el mar

Yo era un hombre sentado ante una máquina,
al borde de la tarde, esperando que los dedos
encontraran las teclas apropiadas.

Yo era un hombre sentado
ante las veintisiete letras
donde han entrado todas las historias,
las historias que han sido, que serán.
Yo era un hombre minado por la fiebre
de todos los que un día contaron una historia.

Nadie sabe hasta qué punto deseaba
que mis dedos dictasen unas líneas.
El hombre, algunas veces, es un lunes
de lluvia encabalgado al final del calendario;
o el apagón perpetuo de las cajas cerradas.
En la playa, las olas llegaban a la orilla
como los versos blancos
de un poema infinito, inagotable.

Las veintisiete letras, todo el mar,
el ingrato trabajo de atrapar una idea,
son cosas que consiguen abrumarte.
Yo era un hombre asomado a la ventana
con todo el mar mirándole a los ojos.



ENRIQUE QUEIPO

La ola, 2000

Tomás Cano

Blanca, Murcia. 1965

El más largo silencio

EL mar rompe en las rocas:

las voces de otro tiempo
vuelven, remontan algas
sucias, espumas, velas,
salen a flote y duele
la piel, la sangre, el mundo,
y la esperanza tiembla
y olvida y sufre y muere
en nuestros brazos, sola.

Un frío que es silencio
va oxidando tu nombre,
la playa de este mar
de invierno que nos mira.



DÁMASO RUANO

Mar, 1997

Álvaro García

Málaga. 1965

Galeones

Tesoro de un naufragio es el naufragio mismo,
su memoria callada y encallada,
su silencio abisal y su misterio
transitado despacio por los peces.
Se naufraga para algo.
Lo que ahí abajo late sin latir
es el haber perdido
flotación en la historia y ser sustancia
de la que el tiempo se alimenta.
Los siglos no andan solos,
comen derrotas,
trizas de pabellones,
afanes que navegan y que un día se hunden.

Pátina, aportación
del alma al tiempo o viceversa.
Cuando el mar le hace sitio al barco,
la memoria no es sólo
astillería húmeda que pasa del abismo
a la mañana del museo.
Es también galeones que yacen en lo oscuro.

La luz le duele un poco
al fragmento de barco que vuelve con
poleas y derramando olvido.
El tiempo se despieza y es algo más que piezas.
No es ajuar en vitrinas y es temblor.
Es vida oscura o luminosa.
O algo intermedio,
que tal vez sea el espíritu y que escapa
mientras secamos piezas con un rótulo al lado,
como piratas de nosotros mismos.

283

Juan Bonilla

Jerez de la Frontera, Cádiz. 1966

Cualquier tiempo pasado

A solas ante el mar, oigo las olas
que al acabarse dejan, en susurros,
el infinito. Pienso en el pasado,
en las cosas que guarda, rotas, múltiples:
fragmentos de esa eternidad inhóspita
que las olas pronuncian sucesivas.

El día más lejano de mi vida
precisamente es éste que se va.
A él regresaré, ya sin conciencia
de que antes lo viví. Todas las cosas
que me ocurrieron volverán de nuevo
a sucederme, sin que yo lo sepa.
Cualquier tiempo pasado fue presente.
Y fue futuro, y otra vez será
el futuro, el presente y el pasado
en este viaje circular sin fin.

Luisa Castro

Foz, Lugo. 1966

Mi buque tiene patente limpia y pide libre plástica

284

Los hijos de mi abuelo no aprendieron un
oficio.

Construyeron barcos y casas
sobre la tabla rasa de la lluvia y el hambre.

Aquella débil construcción
jamás salió al mar.

Nunca las escaleras
se han elevado tan ciegamente
hacia el lecho.

Nunca hubo mástil
tan alto.

Tan obstinado semblante.



Alexis Díaz-Pimienta

La Habana, Cuba. 1966

No sé cómo no temes
que el mar entre por el balcón,
soborne a las cortinas,
oxide los relojes.
En cada poro de tu piel
habrá barcos anclados, algas,
peces con avidez de fondo virgen;
presiento, no sé por qué,
remos y anémonas,
voces escandalosas desvirtuando
la seriedad de nuestras pieles.
No sé como no temes que el viento
grite a la vecindad
lo blando de tu vientre,
el seseo de mis manos sobre tu cabellera.
El mar y el viento,
no son confiables a esta hora de la noche.
Nos veríamos ridículos en medio de la Plaza,
los niños señalando hacia nosotros
y hablando entre risas,
los pájaros viniendo a picotear
las ingles húmedas.

Piénsalo bien, el mar es tan antiguo,
debe saberlo todo sobre nuestros jadeos,
sobre mis codos y tus camisones.
Piénsalo bien, cierra el balcón,
baja más las cortinas.
No sé como no temes,
no me explico ...

JOAQUÍN LOBATO
Marinero, 2001

Luis Muñoz

Granada, 1966

Una casa en la playa

—Las olas se comían los cimientos.
Cada una arrancaba, eran fieras con hambre,
su bocado de arena.
Fuimos a un extremo de la isla
y al volver
la lluvia nos frenaba y nos lanzaba
sus patitas untosas como dardos de cera.

La oscuridad del cielo se rompía
igual que un camisón enredado a una hélice.

Si lo que era tan fácil se tornaba difícil,
lo que era la orilla parecía
un buque desolado,
partido por rugidos de alta mar.

No dio tiempo a sacar un solo mueble.
Los vecinos salieron mucho antes, llevándose
sus trastos,
y la casa se desplomó despacio, sin apenas
ruido,
en un profundo sueño complaciente
—dijo al despertarse.
Igual que si quitases a alguien dormido la
almohada
—fingió con un abrazo un gesto de
derrumbe—
y sin ella buscarse la postura más cómoda.



CARLOS LÁINEZ
Al abordaje, 1998

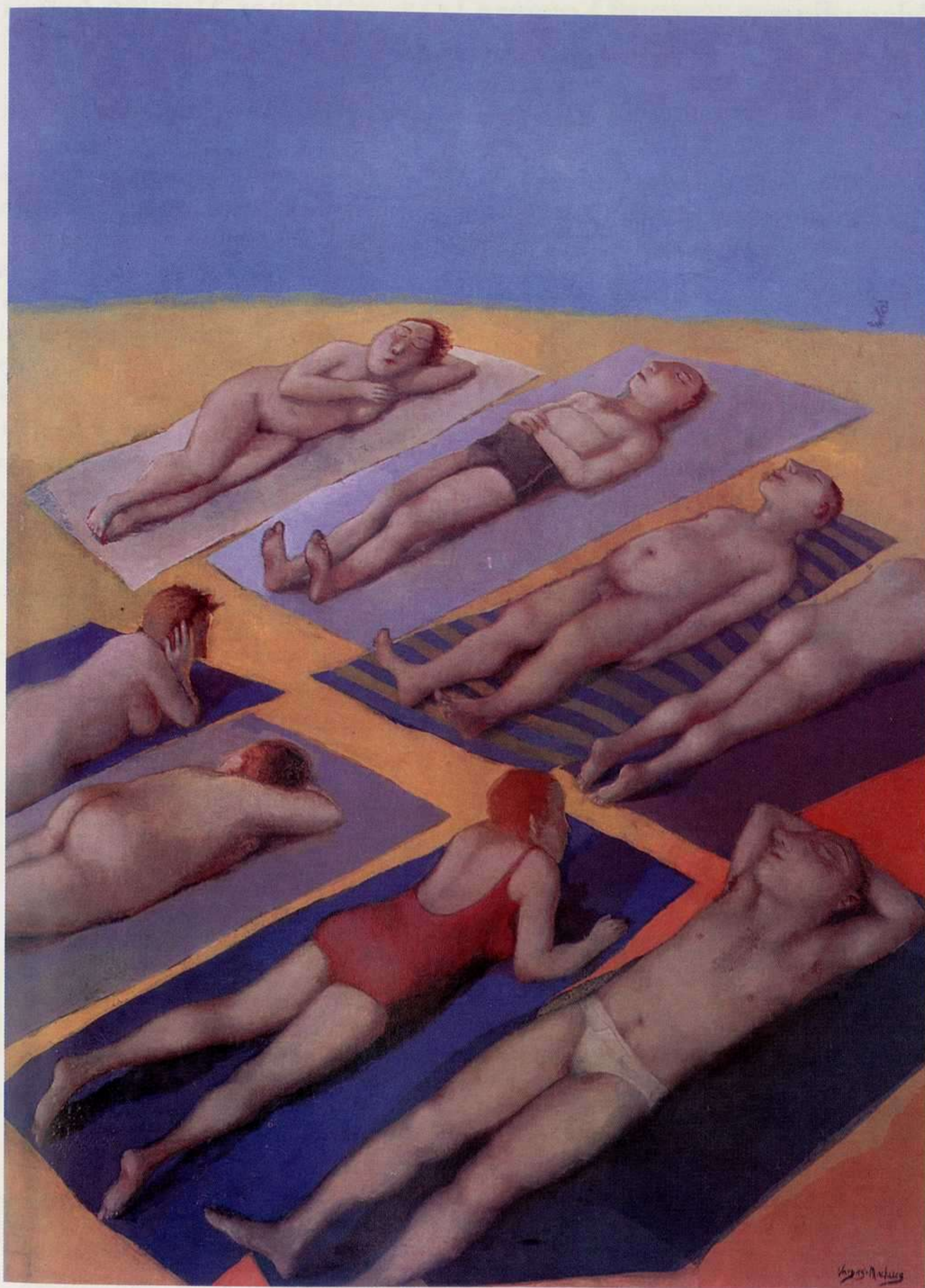
El mar nunca

El mar nunca propone la nostalgia
porque sólo regresa
en busca de un comienzo,
de unos ojos primeros,
de una torre sin marcas de combate,
de unos lentos tobillos indecisos
que lo sientan llegar con la extrañeza
del amor que precede al cuerpo del amor.

Pero tú eliges que las olas vengan
arrastrando fragmentos de un pasado
que simula el murmullo
azul de la memoria,
y la alta noche lo corona de fuego,
y lo secundan quietas
ilusiones perdidas.



JOSÉ ANTONIO DIAZDEL
En la playa, 1995



MARÍA JOSÉ VARGAS MACHUCA
Bañistas, 1999

Pelayo Fueyo

Gijón, Asturias. 1967

La caracola

Conjurar la inocencia es como devolver al mar la caracola que enmudeció en tu cuarto, y escuchar en el pecho de la mujer que amas las voces de ese niño al que ahoga el recuerdo.

Marina

En el cuadro hay un hombre que, desde un malecón, contempla el horizonte, por el que cruza un barco. El hombre que yo hubiera deseado haber sido mira desde ese barco hacia ese malecón, sin ser representado, sin poder ver a nadie más que a mí contemplando el cuadro que lo ignora.

Esther Morillas

Jaén. 1968

Paseo marítimo (dos)

Salimos, y durante media tarde la tarde parecía estar acabándose, hasta que no hubo sombras, y las calles se hicieron más pequeñas. La vendedora de helados cerró el cajón de las monedas, le brillaban las uñas con la luz del faro. Un pintor empezó a silbar, soplaba la tinta fresca de la cartulina, cuidadoso, como si soplara una herida, y los dos lo miramos, parados en mitad del paseo. Así es como yo vuelvo a vernos: dónde estamos que ya no estamos allí.



M. CARMEN CORCELLES

David Delfín

Málaga. 1968

Agua

La tripulación que regresa de los mares del dolor ya habrá sido derrotada por la sed, podía leerse en los libros de la adolescencia. Así cruzaríamos a nado el gran silencio que en la manecilla del agua se advierte como la acción consagrada a reflotar lo sumergido; no obstante, aprended que tras la arquitectura de la lejanía el cielo borra sus huellas sin concesiones. Después se llenaron todas las vasijas y la nada transparente con llantos de agua dulce, oración cerrada de nubes que persiguieron lo jamás negado, y el olvido nos relegó a ser supervivientes en tránsito hacia la unidad de tiempo, porque no hay sol más árido que un caudal de ausentes. Acude en nuestro propio auxilio la sequía que se alimentan con señales no tenidas en consideración: la raíz del agua llamando a la puerta de nuestra identidad y nadie responde.

Lorenzo Oliván

Castro Urdiales, Cantabria. 1968

Viejos lobos de mar

Encaramados en algún saliente de aquel acantilado al mismo tiempo quieto y vertiginoso, preparábamos todos los aparejos con exacta y extraña precisión de viejos lobos de mar que ya conocen bien su oficio. Aun así, parecía inevitable que alguna que otra vez aquellos corchos cayesen en la casi invisible telaraña que tendía el sedal sobre las rocas. Entonces sólo había dos opciones: o armarse de una siempre inexistente paciencia y dedicar largos minutos a soltar la maraña y no pescar; o cortar por lo sano, hacer un nudo con los extremos y seguir pescando.

Nada como empatar bien el anzuelo, sentir aquel minúsculo peligro cerca de nuestros labios, con su plata tentándonos, ingenua, a que mordiéramos.

Nada como sacar de sus secretas casas a los cangrejos ermitaños, y creernos más sabios y más hombres por engañar con ellos a esas julias de colores chillones y brillantes.

Recuerdo que los otros siempre usaban aquella boya boba, roja y blanca, que flotaba aburrida sobre el mar. Yo, en cambio, prefería una veloz plomada que buscara, viva, el fondo y, al arrastrarse en él, imaginármelo. Así, tenso el sedal, cuando algún pez por fin iba y picaba,

de repente
sentía en mi interior su coletazo.

Javier Rodríguez Marcos

Nuñomoral, Cáceres. 1970

Una luz muy lejana

Call me Ishmael

290

Nunca me he movido del mar de estas palabras.
Traté de convertirme en diestro marinero
y apenas he llegado a oficial de segunda
de aquellos que en los libros amenazan
con no volver al barco.

No conozco otros mares ni otras costas
ni otra navegación que la más triste,
el cruel cabotaje de no llegar a nada.



Conocimiento del reino submarino

Ahora sólo soy huesos. Los peces me conocen
y atraviesan confiados las cuencas de mis ojos.
Se han disuelto mis manos en la sal y mis piernas
crecen entre raíces en las rocas y el fango.
Recuerdo vagamente mi vida y sueño a veces
que hay plantas abisales coronando mi cráneo.
Por la noche mis huesos están tristes y echan
de menos el sonido de un corazón latiendo
y el pulso de la carne
que sirvió de alimento a la fauna marina.
Es la vuelta al origen. Me resigno y me digo
que ya andarán mis ojos entre perlas y estrellas,
como siempre quisieron cuando eran sólo ojos,
ni claros ni serenos, de un hombre en un naufragio.

CARLOS RAMÍREZ

Milena Rodríguez

La Habana, Cuba. 1971

Mar

¡Oh mar, cielo rebelde
caído de los cielos!

J.R.J.

El mar es el cielo de los pobres,
el infinito a mano,
su puerta azul a la otra vida.
Hacia afuera, hacia afuera...
donde conversan orilla y horizonte.

Pero el mar los engaña:
las buenas olas también tienen un precio.
Hacia adentro, hacia adentro...
El mar es el infierno de los pobres.

Pablo García Casado

Córdoba. 1972

Los petroleros

hablas de sexo y veo pasar los petroleros hacia el puerto
los veo posarse sobre una corriente lenta que los lleva
yo me pregunto si cada imagen es la historia de este mundo
o es que este instante es sólo pura coincidencia

Daniel García Florindo

Córdoba, 1973

Atlantic City

El Atlántico golpea la costa de los sueños.
Él me hizo llegar hasta aquí... Atravesar su inmensidad,
descubrir su enorme desafío azul.
El Atlántico golpea la costa de los sueños
porque para él no existe humana compasión,
y su fuerza destroza los deseos
que son grandes rocas,
y sus olas balancean al maduro corazón
o a los vagabundos que llegan al mar
en brillantes botellas de cristal verde.
Cada sueño es un cuerpo sometido a las aguas
del Atlántico por la cara Este,
a la espuma blanca de su furia,
y a la negrura de los petroleros
Allí se ahogan las prostitutas baratas de Atlantic City,
que empeñaron su cuerpo en una apuesta arriesgada
sin confiar demasiado en el ejercicio del amor otorgado
ni en los sucios juegos de los educados crupieres.
Las olas deshacen su furia en Atlantic City
como pronto lo harán en el arrecife de un amor lejano,
más allá de los mares del Sur,
y más allá de la Esperanza.

Martín López-Vega

Llanes, Asturias. 1975

Playas de la memoria

292

Una playa de Bretaña que ya no tiene nombre
una mañana de julio creo que del 92
y la voz sonriente de Anne Christinne
y aquel poema que habla de dos cuerpos desnudos

Pocos meses antes la playa de Alassio
una noche invernal cuando el adolescente
que yo era comprendió que estaría siempre solo

La playa de Póo en las tardes de la infancia
y el día que llegaron de más allá del horizonte barcos
trayendo a bordo un milenario ejército de fantasmas

La playa de Candás los dos un poco bebidos
como si lleváramos años esperándonos

La playa junto al lago de Estrasburgo
con un té árabe y tus labios que ya son ceniza

Una playa que desconozco en la que Loleh
le tiende la mano, por fin, a un fantasma

La playa de Bayona con whisky
todos juntos escondidos, entre las rocas,
de la muerte, que siempre acecha

No hay lugares de los que uno se vaya para siempre
Y la mano del tiempo hoy lanza
toda esa arena hacia mis ojos



LOU DUBOIS

Escuchando la música del mar, 2001

Carlos Pardo

Madrid. 1975

Limbo

La memoria sostiene un cielo falso
de estrellas adhesivas,
da confianza al mar
y besa el párpado
de la habitaciones del paseo marítimo.
El orden, Paz, existe
por aproximación: perdidas
en las charcas del ocio, nuestras manos
hacen su juego dulce de canicas,
abren el ventanal tanto tiempo callado
a la ciudad de bañadores ruines,
palique caprichoso
y orillas que desnudan su lunar
facilidad. La adolescencia, tarde,
me inventó a tu manera,
aunque el amor no iguala.
En la sentina crece
un moho de espejismo.
Vendrá la juventud
retrasada también
y no tendrá tus ojos. El deseo
en un puerto tranquilo, empapado en
gasoil.
Por eso vuelvo
justo al inicio: habitación de Paz,
de la abulia del mar
recuperada, mi mejor costumbre.

Álvaro Tato

1978

Amanece en la proa del pesquero...

Amanece en la proa del pesquero,
en el ala del albo cormorán,
en los relojes que la cifra dan
de la lactante luz, sombra primero.
Pero aunque la mañana prenda gran
hoguera en el nocturno pebetero,
aunque le preste germinal lucero
hora al ansioso lisonjero afán,
ningún otro ser más que el pescador,
ni proa ni reloj ni luz ni ala,
puede cantar, lector del mundo al bies,
pues amanece dentro del cantor.
Para la hoja que la boca exhala
luz es el haz y voz es el envés.

293

Trinidad Gan

El puerto a oscuras

Desde tus ojos lo miro,
trepando blanco a colinas,
con el mar como callada
promesa tras las rocas,
presentido en el cabecear de las barcas
—corazones con pálpito
de mástiles
apuñalando el cielo—.

Desde tus manos
dibujo su atardecer oculto,
la tierna cicatriz de sus primeras luces
y estos últimos versos
que apenas, desde ti
te nombran.

Graciela Reyes

Buenos Aires, Argentina

La chica del agua

El mar es grande y me da pesadumbre
pero a lo ancho del mar corre este mar a mi medida,
que es sedoso e incoloro
(en el mar de al lado, en cambio, se agitan luces locas
de neón).

Yo nado con brazadas muy torpes porque no sé nadar
mientras el mar de al lado brilla y crepita, inmenso
como el fuego.

Ella nada delante de mí.

En el lugar del sexo tiene una mata de boj que, de a
ratos, le abraza los muslos.

Es delicada y sólida, elemental, remota.

Vamos aguas abajo, en paz.

Sus hombros anchos, sus bíceps marrones al sol.

No sé cómo se llama.

Va adelante, se da vuelta a veces y me habla y se ríe
con esa risa de púas que tienen los
jóvenes.

Aguas abajo, en paz.

El mar grande fulgura, mastica sus naufragios.



MICHAEL DEAS

Marina Pino

Macarra en la playa

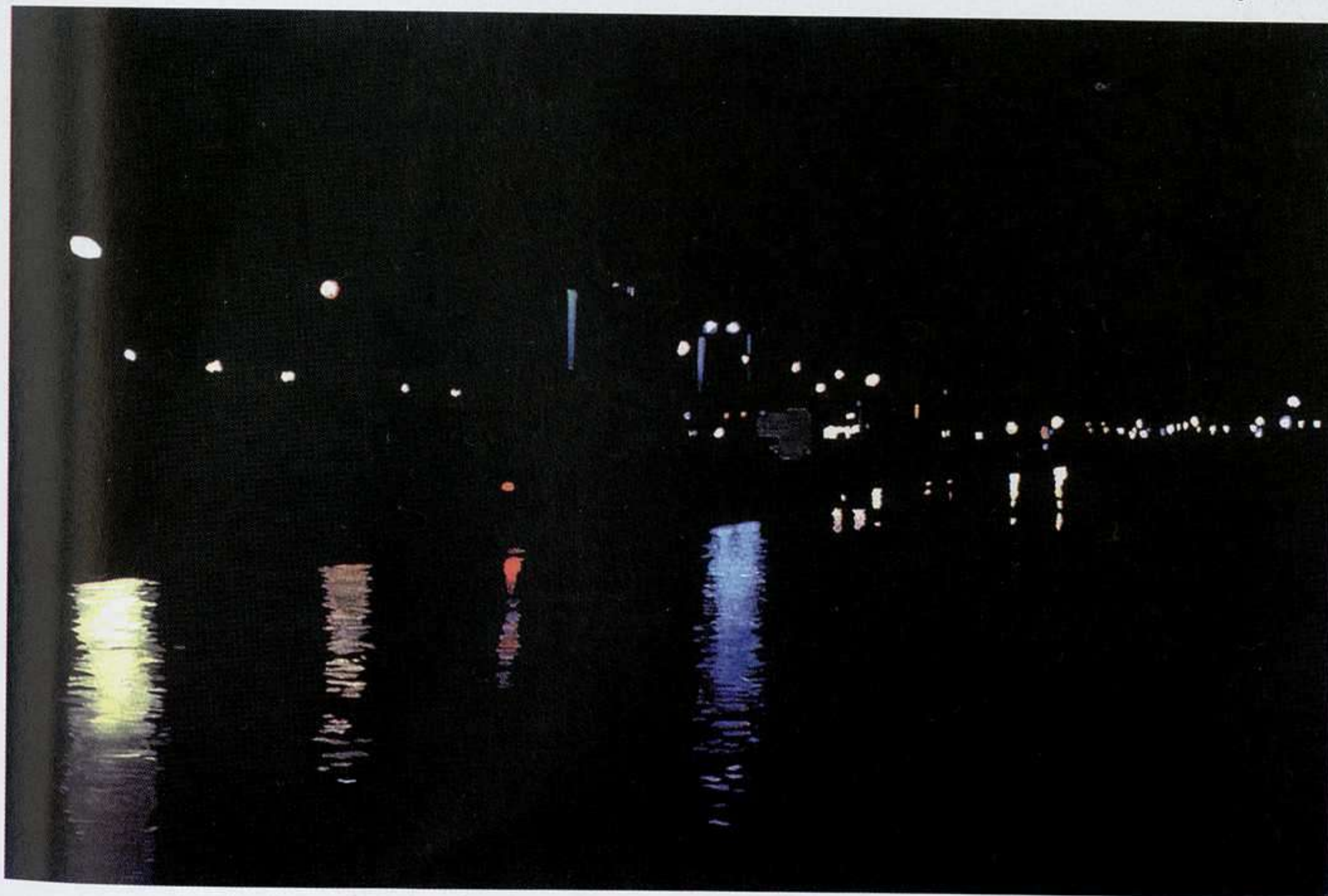
En la semidesierta playa de otoño
dormitaba al descuido sobre la arena
en traje oscuro a rayas, anticuado.

Y al acercarme vi
los fieros ojos atigrados,
el tenso cuerpo de macho
y el gesto de displicente orgullo
que proclamaba sin ningún pudor
su condición de macarra ocioso.

Y fue tal la sensación de peligro
que suavemente me alejé por la orilla,
la cazadora al hombro.

295

JAVIER BUZÓN
Nocturno 23, 2000



Peces

José Antonio Garriga Vela



JOSÉ MARÍA DOÑA



JOSÉ ANTONIO GARRIGA VELA

Yo soy un pez que nada a contracorriente en las aguas quietas de los estanques y en las aguas turbulentas de los ríos que dicen que van a dar a la mar.

Los peces no envejecen. Sin embargo yo sí, quizá porque vivo fuera del agua, a merced del sol, de los vientos y, sobre todo, de los hombres.

Los peces dormimos con los ojos abiertos porque estamos siempre alerta.

Cuando los peces dormimos parecemos pintura. Los cuadros de peces son fragmentos reales de un sueño. La otra noche soñé con una exposición de cuadros de peces que salían de los cuadros cuando el público se iba, y nadaban en las salas de la galería.

Los peces de los acuarios se quedan boquiabiertos al descubrir lo que hay al otro lado del cristal. Y sufren cuando comprueban que no es un espejismo, ni una distorsión de la realidad, sino al contrario, todo lo que les rodea es desgraciadamente cierto. Ellos, los peces de los acuarios, son la única isla fantástica en medio del paisaje cruel y devastador; un motivo de decoración en una casa desolada.

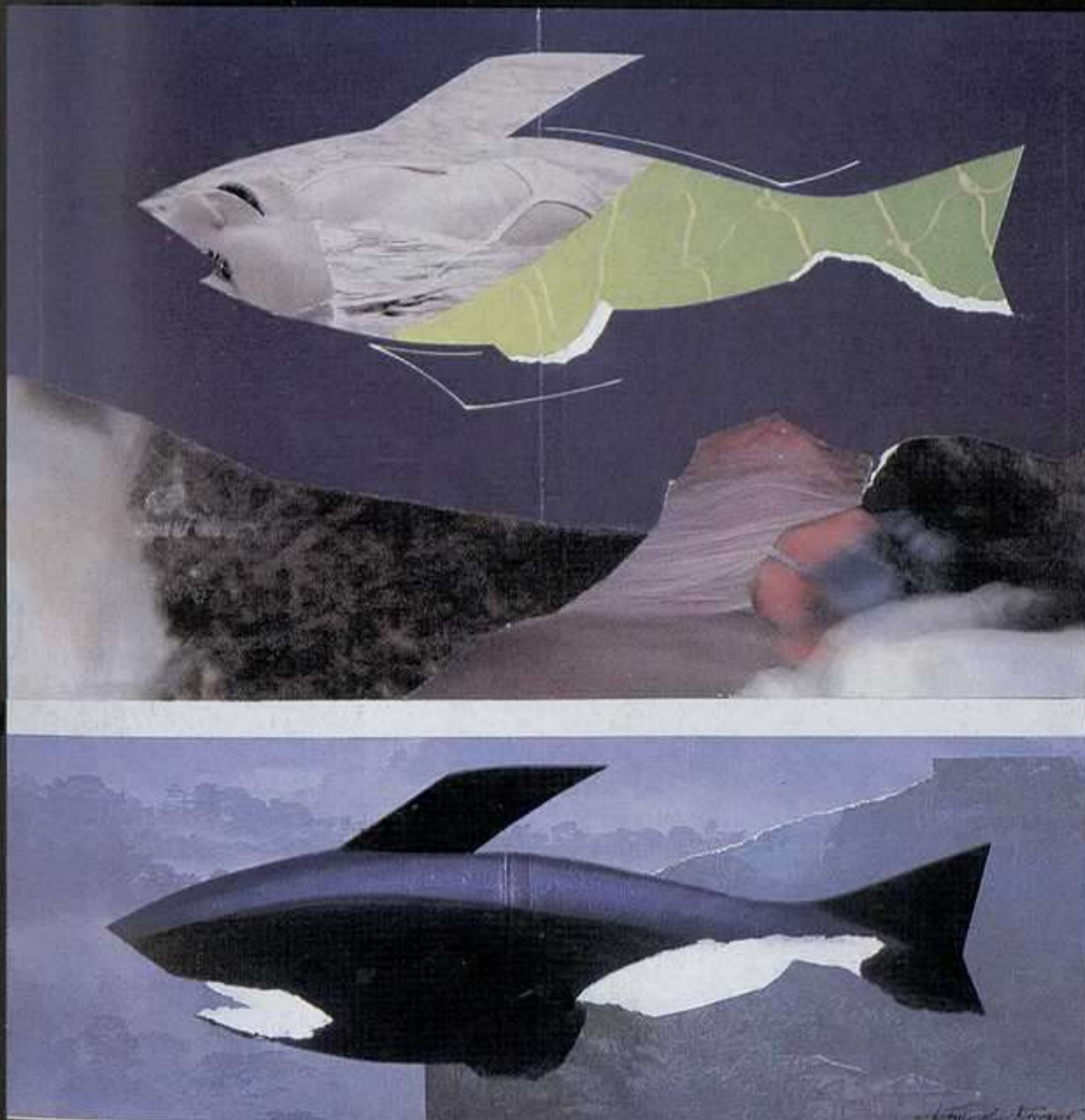
Los peces de Siam atacan su propia imagen en el espejo porque no son vanidosos a pesar de su belleza. Además, no se creen la mentiras, ni los elogios, ni las hipocresías.

Los peces somos los fósiles de la historia.

Los peces nos hacemos los muertos, para no morir; cuando las aguas bajan turbias.

Los peces se suicidan cuando las aguas bajan.

Los peces suicidas embarrancan en costas lejanas para evitar a los suyos el dolor y las molestias. Aparecen brillando en la arena, con los ojos abiertos, como si estuvieran pensando en otros mundos; mientras el agua los despide mansamente.



DÁMASO RUANO

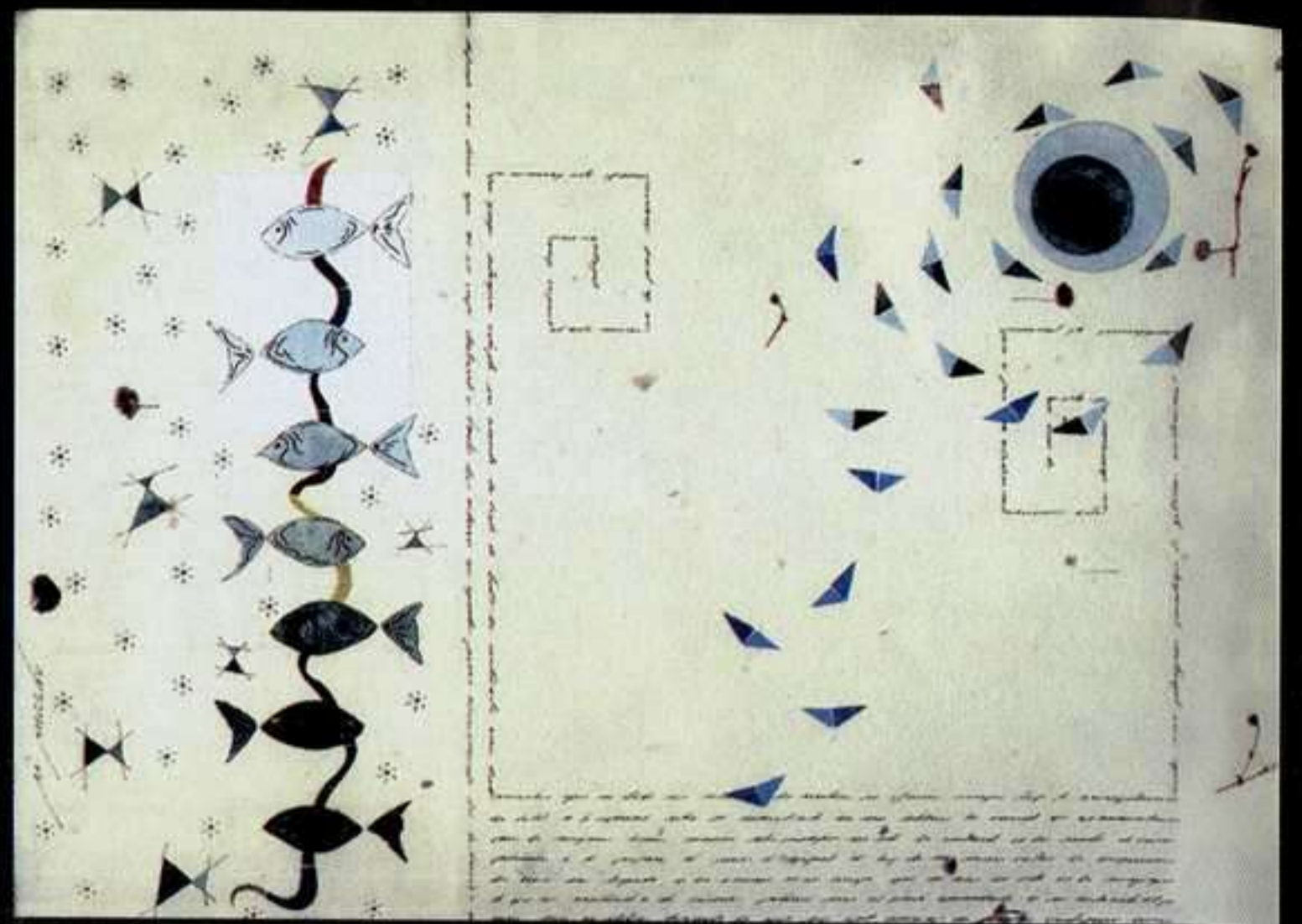
Dicen que somos de los seres más antiguos de la creación. Entonces quizá haya sido la vejez quien nos ha hecho sabios y escépticos. Por eso los peces oímos, vemos y callamos, igual que las pinturas con peces de los cuadros. Sólo abrimos la boca para tomar aire y continuar viviendo.

El pensamiento político de los peces coincide con el color de las escamas.

A menudo hay líderes entre los peces, pero nunca van armados. No convencen a sus seguidorre con falsas promesas. No gastan el tiempo con palabras vacías. Miradlos en silencio y por sus actos los conoceréis.



DIAZDEL



MANUEL MORENO

Un pez es un trozo de vida suspendido en el aire del agua.
 Los peces no necesitamos el agua para vivir. Lo que pasa es que cuando salimos a la superficie y contemplamos el mundo terrenal preferimos sumergirnos. Llevamos así toda la vida.

Los peces no picamos el anzuelo, nos suicidamos al descubrir el mundo que nos rodea.

El país de los peces no conoce fronteras.

Cuando la vida de la Tierra se refleja en agua los peces escapamos con estupor y tristeza.

Los peces tenemos agallas pero somos pacifistas.

Los peces nihilistas nadan y nada.

Los peces hemos aprendido a separarnos del mundo con elegancia, poniendo agua por medio.

Los peces no se cansan de hacer el amor bajo el agua.

Los peces enamorados se dicen frases como esta: «Si la belleza hiere, prepárate a sufrir cuando te sumerjas conmigo».

Los peces morimos cuando nos hundimos en nuestro propio corazón.



PACO AGUILAR

FUNDACIÓN

CAJA MADRID



Restauración de la Cripta de la Real Colegiata del Conjunto Hospitalario de Roncesvalles.

Restauración

Patrimonio Histórico Español.

Más de 11.000 millones de pesetas de inversión.

Desde 1991, FUNDACION **CAJA MADRID** ha invertido más de 11.000 millones de pesetas en la restauración del Patrimonio Histórico de España. Un compromiso que crece y se afianza con el tiempo, hasta el punto de convertirnos en la institución privada sin ánimo de lucro que más invierte en la conservación de nuestro Patrimonio. Porque creemos que es importante mantener viva la huella de nuestra historia. Sus valores y su riqueza artística. **Recuperamos el pasado para enriquecer el futuro.**



Índice/Antología



STUART BECK. *Uganda*

- | | | | | | |
|----|--|-----|----------------------------|-----|--------------------------|
| 40 | Manuel González Prada | 84 | Gabriela Mistral | 119 | Luis Palés Matos |
| 41 | Rafael Obligado | 85 | León Felipe | 120 | Jorge Luis Borges |
| 42 | Salvador Díaz Mirón | 86 | Tomás Morales | 122 | Rafael Porlán |
| 43 | José Martí | 88 | Delmira Agustini | 123 | Emilio Prados |
| 44 | Manuel Gutiérrez Nájera | 88 | Pedro Prado | 124 | Francisco Luis Bernárdez |
| 46 | Manuel Reina | 90 | José del Río Sáinz | 128 | Leopoldo Marechal |
| 46 | Salvador Rueda | 90 | Alfonso Cortés | 129 | Guillermo de Torre |
| 50 | Julián del Casal | 92 | José Moreno Villa | 130 | Pedro Garfias |
| 51 | Miguel de Unamuno | 92 | Ramón de Basterra | 130 | José Gorostiza |
| 53 | Ramón M. ^a del Valle Inclán | 92 | Ramón López Velarde | 131 | Rafael Alberti |
| 56 | Rubén Darío | 94 | Héctor Pedro Blomberg | 134 | Luis Cernuda |
| 60 | José Santos Chocano | 94 | Mariano Brull | 138 | Nicolás Guillén |
| 61 | Ricardo Jaymes Freire | 95 | Rogelio Buendía | 138 | Agustín de Foxá |
| 62 | Luis G. Urbina | 95 | Oliverio Girondo | 139 | César González-Ruano |
| 62 | Amado Nervo | 96 | Pedro Salinas | 140 | Juan Rejano |
| 62 | Enrique González Martínez | 98 | Alfonsina Storni | 141 | José María Hinojosa |
| 63 | José Juan Tablada | 99 | César Vallejo | 142 | Enrique Peña Barrenechea |
| 64 | Antonio de Zayas | 99 | Jorge Guillén | 143 | Pablo Neruda |
| 64 | José María Eguren | 102 | Vicente Huidobro | 148 | Manuel Altolaguirre |
| 66 | Manuel Machado | 102 | Federico de Ibarzábal | 149 | Ernestina de Champourcin |
| 66 | Guillermo Valencia | 103 | Rafael Sánchez Mazas | 150 | Pedro García Cabrera |
| 67 | Leopoldo Lugones | 104 | Juan Larrea | 151 | Josefina de la Torre |
| 70 | Julio Herrera y Reissig | 104 | Ezequiel Martínez Estrada | 151 | Elena Martín Vivaldi |
| 71 | Antonio Machado | 105 | Adriano del Valle | 152 | Herib Campos Cervera |
| 72 | María Eugenia Vaz Ferreira | 107 | Mauricio Bacarisse | 153 | José Antonio Muñoz Rojas |
| 72 | Francisco Villaespesa | 108 | Juana de Ibarbourou | 154 | Miguel Hernández |
| 74 | M. Magallanes Moure | 109 | León de Greiff | 156 | Sara de Ibáñez |
| 76 | Eduardo Marquina | 109 | Gerardo Diego | 157 | José Lezama Lima |
| 80 | Alejandro Mac-Kinlay | 110 | Evaristo Ribera Chevremont | 158 | Enrique Molina |
| 80 | Porfirio Barba-Jacob | 110 | José Bergamín | 159 | Luis Rosales |
| 81 | Emilio Carrere | 112 | José María Morón | 160 | Gabriel Celaya |
| 82 | Fernando Villalón | 112 | Vicente Aleixandre | 162 | Carlos Rodríguez-Spiteri |
| 83 | Juan Ramón Jiménez | 113 | Dámaso Alonso | 162 | José Luis Cano |
| 84 | Pedro Luis de Gálvez | 116 | Federico García Lorca | 163 | Dionisio Ridruejo |
| 84 | Ricardo Miró | 118 | Concha Méndez | 163 | Eduardo Carranza |

*Este oscuro
objeto de deseo*

www.barcelo.com.do

Bebe con moderación. Es tu responsabilidad. 37° 5°



Ron
BARCELÓ

Auténtico sabor dominicano

- 164 Octavio Paz
165 Concha Zardoya
165 Juan Eduardo Cirlot
166 Blas de Otero
168 Francisco Giner de los Ríos
170 Gonzalo Rojas
171 Leopoldo de Luis
172 Mario López
172 José Luis Hidalgo
173 Luis López Anglada
174 José Hierro
176 Carlos Bousoño
177 Alfonso Canales
178 Pablo García Baena
178 Álvaro Mutis
179 Carlos Edmundo de Ory
180 Manuel Alcántara
180 María Beneyto
181 Ángel González
182 Julio Mariscal Montes
183 José M. Caballero Bonald
184 Rafaela Chacón Nardi
184 Alfonso Costafreda
185 Luis Jiménez Martos
185 Enrique Badosa
186 Luis Feria
188 Carlos Barral
188 José Agustín Goytisolo
189 Juan Valencia
189 José Corredor Matheos
190 Jaime Gil de Biedma
191 Vicente Núñez
192 José Ángel Valente
192 Enrique Molina Campos
193 Fernando Quiñones
195 Miguel Romero Esteo
195 M^a Victoria Atencia
196 Aquilino Duque
196 Miguel Fernández
197 Enrique de Rivas
198 Francisco Brines
199 Alberto García Ulecia
200 Rafael Guillén
200 Manuel Padorno
201 Jesús Hilario Tundidor
201 Claudio Rodríguez
202 Gabriel Zaid
202 Félix Grande
204 Rafael Pérez Estrada
206 Rafael Soto Vergés
206 Rafael Ballesteros
207 Carlos Sahagún
208 Antonio Martínez Sarrión
208 Ana M^a Navales
209 Manuel Vázquez Montalbán
210 José María Álvarez
212 Juan Luis Panero
214 Waldo Leyva
214 Javier Lostalé
215 Justo Jorge Padrón
216 Guillermo Rodríguez Rivera
216 Francisco Bejarano
217 Pere Gimferrer
218 Pablo del Águila
219 Miguel d'Ors
219 José Infante
220 Juan Cameron
221 Guillermo Carnero
222 Francisco Díaz de Castro
222 Fernando Ortiz
224 Leopoldo María Panero
226 Rosa Romojaro
226 Eloy Sánchez Rosillo
227 Alejandro Duque Amusco
228 Daniel Samoilovich
228 Luis Alberto de Cuenca
229 José Luis García Martín
229 Ángel Guache
230 Ana Rossetti
231 Álvaro Salvador
232 Miguel Sánchez Ostiz
232 Jon Juaristi
233 Chantal Maillard
234 Francisco Ruiz Noguera
234 Jaime Siles
235 Luis Antonio de Villena
236 Raúl Zurita
237 Fernando de Villena
237 Javier Egea
238 César Antonio Molina
239 Ángeles Mora
239 José Ramón Ripoll
240 José Carlos Rosales
241 Andrés Sánchez Robayna
242 Vicente Tortajada
243 Antonio Enrique
244 Diego Maquieira
244 Justo Navarro
245 Andrés Trapiello
246 Manuel Ulacia
247 José Carlos Cataño
248 Antonio Jiménez Millán
248 María Navarro
249 William Ospina
250 Lorenzo Saval
251 Rafael Juárez
251 Luis Martínez de Merlo
252 Julio Martínez Mesanza
252 Fabio Morábito
253 Tomás Harris
254 José Carlos Llop
255 María Sanz
256 Juan Cobos Wilkins
256 Juan Lamillar
257 Iñaki Ezquerro
257 Salvador López Becerra
258 José Julio Cabanillas
258 Antonio Cabrera
259 Francisco Fortuny
260 Luis García Montero
262 Alfonso Sánchez Rodríguez
262 Juan José Téllez Rubio
263 Blanca Andreu
264 Rafael Arráiz Luca
264 Álvaro Valverde
266 Felipe Benítez Reyes
267 José Ángel Cilleruelo
267 Eduardo Chirinos
268 Carlos Marzal
269 José María Micó
269 Manuel Moya
270 Alfredo Taján
270 Jesús Aguado
271 Benjamín Prado
272 Leopoldo Alas
273 Luis Cremades
274 Emilio García Montiel
275 Aurora Luque
275 Vicente Gallego
276 Rafael Inglada
276 Carlos Jiménez
278 José Mateos
278 Leopoldo Sánchez Torre
279 Vicente Valero
279 Mercedes Escolano
280 Almudena Guzmán
280 Ángela Vallvey
281 Juan Manuel Villalba
281 Tomás Cano
283 Álvaro García
283 Juan Bonilla
284 Luisa Castro
284 Alexis Díaz-Pimienta
285 Luis Muñoz
288 Pelayo Fueyo
288 Esther Morillas
289 David Delfín
289 Lorenzo Oliván
290 Javier Rodríguez Marcos
290 Pablo García Casado
291 Milena Rodríguez
291 Daniel García Florindo
292 Martín López-Vega
293 Carlos Pardo
293 Álvaro Tato
293 Trinidad Gan
294 Graciela Reyes
295 Marina Pino



¿EN NAVIDAD O TODO EL AÑO?



SIN DUDA

Índice de ilustraciones



- PÁG.
- 2 Andrea Ghisotti. *El K. T. en el Mediterráneo*
- 6 Adolfo Guiard y Larrauri. *En la terraza*, 1887
- 8 Manuel Ángeles Ortiz. *Litoral*, n.º 1, 1926
- 9 Benjamín Palencia. *Litoral*, n.º 2, 1927
- 10 José M. Uzelai. 1926
- 14 Anónimo. Siglo XIV
- 15 Anónimo, Siglo XVI
- 17 Claude Lorrain. *Amanecer en un puerto*, 1634
- 18 Francesco Albani. *El rapto de Europa*, 1630
- 19 Eugène Boudin. 1824-1898
- 20 Ludolf Backhuysen. 1631-1708
- 22 Herbert James Draper. 1864-1920. *Ulises y las sirenas*
- 27 J. M. W. Turner. *Paz-Entierro en el mar*, 1842
- 29 Anónimo. 1818
- 31 Arthur John Briscoe. 1873-1943
- 32 Howard Pyle. *La sirena*
- 34 C. E. Boutibonne. *Sirenas*
- 37 Peter Paul Rubens. *Nereida y Tritón*
- 38 César Portela. *Faro na Costa da Morte*, 1995
- 33 Jan Brueghel. *Paisaje fluvial con barcos*
- 41 Théodore Géricault. *La balsa de la medusa*, 1818-1819
- 44 J. M. W. Turner. *El Fighting Temeraire llevado a su último destino para su demolición*, 1838
- 47 Le Gray. *La Ola*, 1856.
- 48 Edgar Degas. *Casas junto al mar*, 1869
- 50 Camille Corot. *L'avant-port de Rouen*, 1834
- 52 Gustave Courbet. *Mar en tempestad*, 1869
- 54 Claude Monet. *Impresión. Sol naciente*, 1872
- 57 Edouard Manet. *En la playa*, 1873
- 59 Pierre Auguste Renoir. *Bañista sentada*, 1883
- 61 Arnold Böcklin. *La isla de los Muertos*, h. 1880
- 63 Paul Gauguin. *En la playa de Dieppe*, 1885
- 65 Vincent Van Gogh. *Veleros en Saintes-Maries*, 1888
- 67 Georges Seurat. *Puerto en Bessin*, 1888
- 68 Pablo Picasso. *El puerto de Málaga*, h. 1889
- 73 Henry Rousseau. *Nave dentro de la tempestad*, 1896
- 73 Paul Signac. *Orilla arenosa del mar*, 1890
- 74 Paul Cézanne. *La barca y las bañistas*, 1890
- 76 Edvard Munch. *El misterio de una noche de verano*, 1892
- 77 Odilon Redon. *La barca roja*, 1895
- 78 Gustave Klimt. *El pez dorado*
- 79 Toulouse Lautrec. *La pasajera del 54*, 1895
- 80 J. H. Lartigue. *Biarritz*, 1905
- 82 Georges Braque. *El puerto de Amberes*, 1906
- 82 Joaquín Sorolla. *El Balandrito*, 1909
- 85 Frantisek Kupka. *El agua o la bañista*, 1906-1907
- 86 Wassily Kandinsky. *El viaje en barco*, 1910
- 89 Alexej von Jawlensky. *Costa mediterránea*, 1907
- 93 Henri Matisse. *Lujo II*, 1908
- 94 Ernst Ludwig Kirchner. *Entrando en el mar*, 1912
- 96 Emil Nolde. *Mar de Otoño*, 1911
- 97 Emil Nolde. *Ola gigante*, 1948
- 98 Erich Heckel. *Escena a la orilla del mar*, 1912
- 100 Orison Beaton. *Colonel Villebois Mareuil*, 1912
- 103 Karl Schmidt-Rottluff. *Cuatro bañistas en la playa*, 1913
- 105 Adriano del Valle. *Las mujeres y los niños primero*, 1929
- 106 Norah Borges. *El marinero y la sirena*, 1931
- 108 Francis Picabia. *Personaje en la playa*, 1926-1927
- 110 Max Ernst. *Rayo-tierra, el mar y el sol*, 1927
- 111 Filippo de Pisis. *Bodegón marino con langosta*, 1926
- 112 Francisco Boses. *La Playa*, 1923-1925
- 115 Carlo Carrà. *Nadadores*, 1929
- 117 Federico García Lorca. *Marinero Litoral*, 1925-1926
- 118 Franz Marc. *Mujer al viento junto al mar*, 1907
- 119 Gregorio Prieto. *Faro*, 1928
- 120 N. Courrier, 1852
- 122 Dora Maar. *La Bañista*, 1932
- 123 André Derain. 1936
- 125 José Caballero. *Desnudos en la playa*, 1932
- 126 Wilhelm Hester. *Fonteviot*, h. 1904
- 128 José Moreno Villa. *Butes y la sirena*, 1932
- 129 Benjamín Palencia. *Marina*, 1935-1940
- 130 Paul Klee. *El gris y la costa*, 1938
- 131, 133 Rafael Alberti
- 134 Rafael Barradas. *Marinero del blusón azul*, h. 1930
- 139 Marc Chagall. 1887-1985
- 140 Rene Magritte. *La invención colectiva*, 1934
- 142 Marc Chagall. *La tribu de Zabulon*, 1960
- 143 Maruja Mallo. *Mensajes del mar*, 1937
- 147 Maruja Mallo. *Arquitectura humana*, 1937
- 148 Pierre Bonnard. *Veleros en Deauville*, 1936
- 149 Raoul Dufy. *On board the Queen Mary*, 1936
- 150 Herbert List. *Pecera*, Santorini, 1937
- 153 Paul Delvaux. *Ninfas bañándose*, 1938
- 155 Jules Lefranc. *La botadura del Normandie*, 1937
- 156 Georges-Henri Rouault. *Crepúsculo u orilla del mar*, 1939
- 158 Claude Cahun. *Autorretrato*, 1932
- 160 Anónimo. *Cape Arcona*
- 163 Humphrey Spender. *El Canal*, 1941



Eliseu Meifren y Roig. *Puerto de Barcelona*, 1889

Un barco nos parece el objeto cuyo fin es navegar, pero su fin no es navegar: es llegar a un puerto. Nosotros nos encontrábamos navegando sin la idea de qué puerto nos debía acoger. Reproducíamos, en versión dolorosa, la fórmula aventurera de los argonautas: navegar es preciso, vivir no lo es.

Fernando Pessoa

Puerto de Gijón

EL hombre se ha asomado al agua inmóvil de la atardecida.
Bajo los cascos se hacen trizas el rojo, el verde, el amarillo.
Son chispazos, harapos: visten la carne turbia de la mar.
El hombre ha empapado una sombra en el corazón del poniente:
cubre con ella el mundo. El aire se convierte en vidrio de olvido.
Aquellos hombres que tejían primorosas redes de araña,
las mujeres que descendían por rampas y por escaleras,
se han disuelto en la luz de cobre.
La realidad zarpa hacia islas imposibles y luminosas
y deja aquí su seca máscara.

El hombre se aleja del agua mojado de melancolía.

José Hierro

Muelle de Santander

Café del bulevar:
yo quiero café con mar.

Leche picada
de la mar salada.

Y este olor azul, de brea,
que va hasta San Antón con la marea.

Ola tierna, dura ola
con la marina española.

Que aún vemos al marinero
colonial, sucio, habanero,

cojo, ultramarino, flaco,
del tiempo de Machichaco.

Desembarcará el indiano
con un mono en la mano.
La mirada ultramarina
mira en piedra a Concha Espina.

Niña, vamos a bañar
nuestro amor a la alta mar.

Estás sola y me da pena
verte desnuda en la arena.

César González Ruano



Puertos

Cádiz

Después de tanto tiempo, vastas edades,
siglos, migraciones allí sorprendidas
frente al vocerío de las aguas sin límite
y asentadas en su espera
hasta confundirse con el polvo calcáreo,
hasta no dejar otra huella que sus muertos
vestidos con abigarrados ornamentos
de origen incierto, escarabajos egipcios,
pomos con ungüentos fenicios,
armas de la Hélade, coronas etruscas,
después de todo esto y mucho más
transfigurado en la substancia misma
que el sol trabaja sin descanso
después de tales cosas, la piedra
ha venido a ser una presencia
de albas porosidades, laberintos minúsculos,
ruinas de minuciosa pequeñez,
de brevedad sin término,
y así las paredes, los patios, las murallas,
los más secretos rincones, el aire mismo
en su labrada transparencia también
horadado por el tiempo, la luz y sus criaturas.
Y llego a este lugar y sé que desde siempre
ha sido el centro intocado del que manan
mis sueños, la absorta savia
de mis más secretos territorios,
reinos que recorro, solitario destejedor
de sus misterios, señor de la luz que los devora,
creencia sobre la cual los hombres
no tienen ni la más leve noticia,
ni la menor parcela de dominio.
Y en el patio donde jugaron mis abuelos,
con su pozo modesto y sus altos muros
labrados como madréporas sin edad,
en la casa de la calle de Capuchinos
me ha sido revelada de nuevo y para siempre
la oculta cifra de mi nombre,
el secreto de mi sangre, la voz de los míos.
Yo nombro ahora este puerto que el sol
y la sal edificaron para ganarle al tiempo
una extensa porción de sus comarcas
y digo Cádiz para poner en regla mi vigilia
para que nada ni nadie intente en vano
desheredarme una vez más de lo que ha sido
«el reino que estaba para mí».

Álvaro Mutis

Gibraltar

El peñón enarca
su espinazo de tigre
que espera
dar un zarpazo
en el canal.

Agarradas a la única calle,
como a una amarra,
las casas hacen equilibrio
para no caerse al mar,
donde los malecones
arrullan entre sus brazos
a los buques de guerra
que tienen epidermis y letargos de cocodrilo.

Las caras idénticas
a esas esculturas
que los presidiarios tallan
en un carozo de aceituna,
los indios venden
marfiles de tibias de mamut,
sedas auténticas de Munich,
juegos de té,
que las señoras ocultan bajo sus faldas,
con objeto de abanicar su azoramiento
al cruzar la frontera.

Hartos de tierra firme,
los marineros
se embarcan en los cafés,
hasta el mareo los zambulle
bajo las mesas,
o tocan a rebato
con las campanas de sus pantalones
para que las niñeras
acudan al agravar
sus nostalgias, de países lejanos,
con que las pipas inciensen
las veredas de la ciudad.

Oliverio Girondo

- 164 M. Álvarez Bravo. *Parvada en el mar*, 1939
 164 Esteban Frances. *Paisaje acuático surrealista*, 1941
 167 Anton Otto Fischer. *S/t*, 1947
 168 Mimmo Paladino. *La Ilíada, Canto XV*
 170 Joseph Cornell. *La rosa de los vientos*, 1942-53
 173 Joan Ponç. *Nocturne*, 1948
 175 Urbano Lugiés. *Mar de los Sargazos*, 1946
 177 Andre Lhote. *El Puerto*
 179 Salvador Dalí. *Dalí a la edad de seis años...*, 1950
 180 Balthus.

- 232 Édouard Pignon. *El azul del mar*, 1978
 234 Albert Rafols Casamada. *Mar rosada*, 1980
 235 Julian Schnabel. *El mar*, 1981
 239 Albert Brenet. *Manhattan*
 240 Enrique Brinkmann. *Objetos en la playa*, 1982
 242 Charles Harbutt. *Isla mujeres*, 1979
 245 Paco Saval. *Borderline*, 1979
 247 Sandro Chia. *Gruta azul*, 1980
 248 José Seguirí

- 265 Miquel Barcelo. *s/t.*, 1984
 268 Manuel Carmona. *Sirena varada*, 1998
 269 Michael Sowa. *Seemannlos*, 1988
 270 Antònia Borràs. *Deix d'irrealitat*, 1990
 272 Nicola de Maria. *Canto del mare*, 1990
 275 Plácido Romero. *Nafragios cotidianos*, 1994
 276 Joan Brossa. *Rosa Náutica*, 1991
 277 Joan Brossa. *Oceana*, 1991
 278 Lita Mora. *Océano*, 1994
 279 Corneille. *Un puerto en la cabeza*, 1949
 281 Enrique Queipo. *La ola*, 2000
 282 Dámaso Ruano. *Mar*, 1997
 284 Joaquín Lobato. *Marinero*, 2001
 285 Carlos Laínez. *Al abordaje*, 1998
 286 José Antonio Díazdel. *En la playa*, 1995
 287 María José Vargas Machuca. *Bañistas*, 1999
 288 María Carmen Corcelles
 291 Carlos Ramírez
 292 Lou Dubois. *Escuchando la música del mar*, 2001
 294 Michael Deas
 295 Javier Buzón. *Nocturno 23*, 2000



- El gato del Mediterráneo*, 1949
 183 Charles Dixon. *Orontes*
 184 Fernand Leger. *Las bañistas*
 185 Norman Wilkinson. *Duchess of Bedford*
 186 Manuel Ángeles Ortiz. *Desnudos ante el mar*, 1955
 188 Alex Katz. *Ensenada al atardecer*, 1957
 190 Pancho Cossío. *Puerto*, 1957
 192 Antoni Clavé. *Poisson*, 1959
 197 Andy Warhol. *Paisaje marino*, 1962
 199 Francisco Lozano. *Barcas*, 1964
 200 Jean Cocteau. *El estrecho de Gibraltar*, 1961
 203 Giorgio de Chirico. *La vuelta de Ulises*, 1968
 205 Franco Fontana. *Paisaje, Baia delle Zagare*, 1970
 205 Eduardo Naranjo. *s/t.*, 1975
 209 Kenneth Shoesmith. *Blue funnel in Shangay*
 210 Joaquín Saénz
 215 Hiroshi Hamaya. *Islas Aran*, 1973
 216 David Hamilton, 1974
 218 Donald Mc Cullin. *Scarborough*, 1967
 220 A.R. Penck. *Vistas de espaldas en la bahía tranquila*, 1977
 223 Christopher Nevinson. *The arrival*
 224 Wolfgang Paalen. *La tormenta*, 1945
 229 Manuel Colmeiro. *Pescadoras*, 1969

- 251 Lorenzo Saval. *El Titán*, 1994-96
 253 Lucien Clergue. *Camargue*, 1980
 254 Rainer Fetting. *Salomé: El espíritu de la época IV*, 1982
 256 Richard Bosman. *La Ola*, 1984
 257 J. G. Berengo Gardin. *Noruega*, 1982
 258 Manel Anoro. *Les dues Balears*, 1993
 259 Eric Fischl. *Cargo Cults*, 1984
 260 Ross Bleckner. *Océanos*, 1984
 263 Stefan. *Sirena*, 1986

Peces

- 296 José A. Garriga Vela
 296 José María Doña
 297 Pilar Bernabeu
 297 Dámaso Ruano
 298 José Antonio Díazdel
 298 Manuel Moreno
 298 Paco Aguilar

© De las obras autorizadas, VEGAP, Málaga, 2001



LITORAL



ÚLTIMOS NÚMEROS PUBLICADOS

1990

- π (183-185. Poesía del Rock
≈ 186-187. **Emilio Prados**. La ausencia luminosa
∞ 188. **Luis Antonio de Villena**

1991

- † 189-190. Navegaciones. **Pablo Neruda**
† 191-192. **Nerhu**. Escritos

1992

- † 193-194. Poesía norteamericana contemporánea
† 195-196. Memoria de América en la poesía

1993

- * 197-198. Poesía ucraniana contemporánea
* 199-200. Poesía catalana actual

1994

- * 201-202. Poesía italiana contemporánea
* 203-204. **Carlos Arniches**. El Alma Popular

1995

- * 205-206. Poesía vasca contemporánea
* 207-208. **Dionisio Ridruejo**. *Dentro del tiempo*

1996

- * 209-210. Poesía gallega contemporánea
* 211-212. Eros picassiano

1997

- * 213-214. **María Victoria Atencia**. El vuelo
‡ 215-216. Poesía cubana

1998

- π 217-218. **Luis García Montero**. Complicidades
π 219-220. **Rafael Alberti**. El amor y los ángeles

1999

- π 221-222. **Constandinos Cavafis**.
π 223-224. **Chile**. Antología de la poesía contemporánea

2000

- π 225-226. **Pasajeros**
* 227-228. **La poesía del jazz**

2001

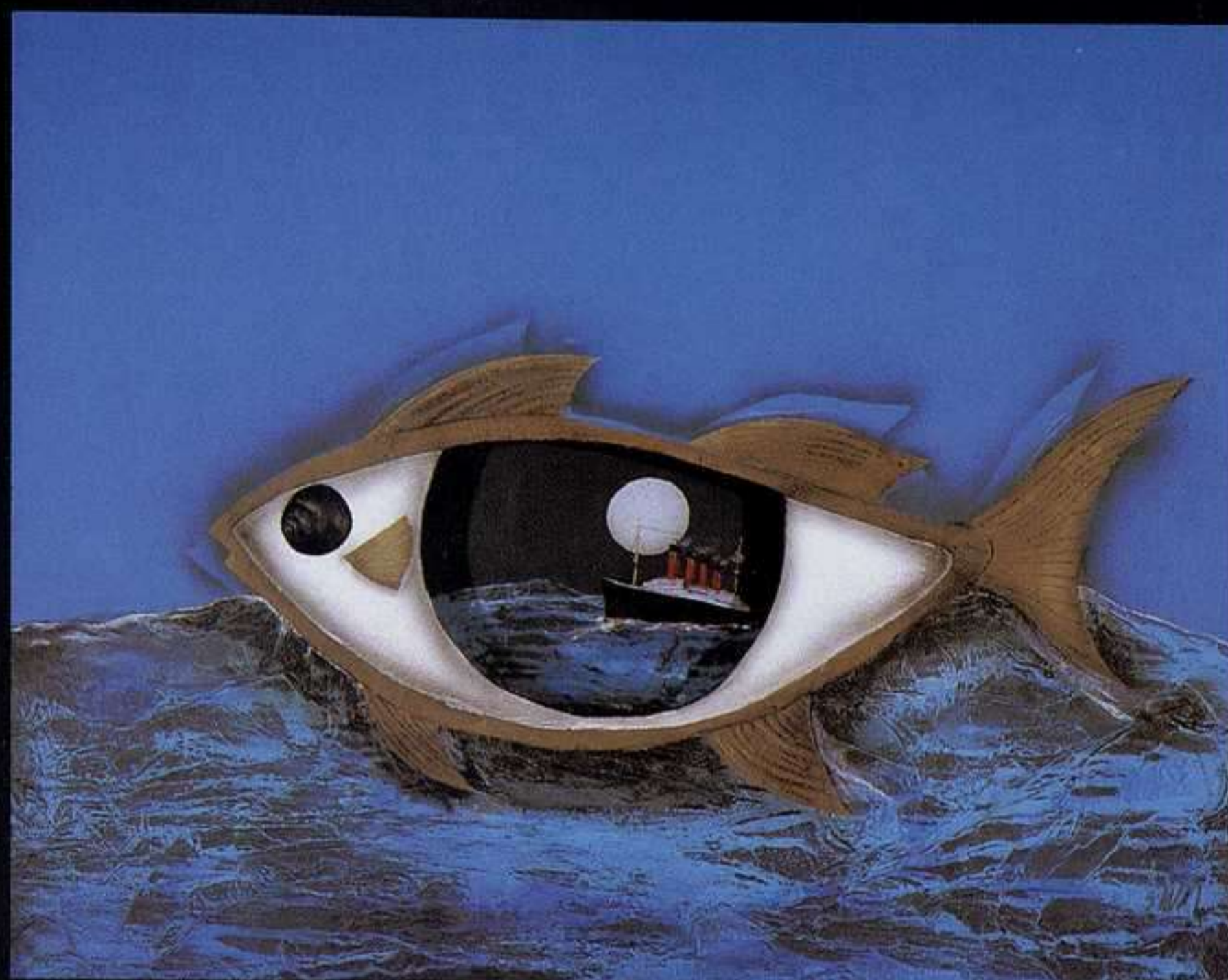
- * 229-230. **Felipe Benítez Reyes**. Ecuación de tiempo
* 231-232. **La poesía del mar**

	Agotado
π	
∞	2.500,— PTAS. 15,03 EUROS
≈	3.000,— PTAS. 18,03 EUROS
†	3.500,— PTAS. 21,04 EUROS
*	3.700,— PTAS. 22,24 EUROS
‡	3.850,— PTAS. 23,14 EUROS
∞	4.000,— PTAS. 24,04 EUROS

Precio de la suscripción anual

España	48,08 EUROS (8.000 PTA)
Europa (correo superficie)	54,09 EUROS (9.000 PTA)
América (correo aéreo)	90 \$ EEUU
Resto	95 \$ EEUU

Esta edición de
La poesía del
Mar



LORENZO SAVAL

Se terminó de hacer en *La Marea* (Benalmádena), el día VI de XII de MMI, festividad de San Nicolás, para imprimirse después en los talleres de Gráficas San Pancracio de Málaga, bajo la orientación de Lorenzo Saval y María José Amado.

Colaboraron en la realización de este número de la revista José Antonio Mesa Toré, Miguel Gómez, Pilar Salado, José Luis González Vera, Francisco Fortuny, José Antonio Díazdel, Paco Saval, Antonio Jiménez Millán, Ignacio del Río, María Victoria Balmaseda y Carmen Saval Prados.

Portada Lorenzo Saval

El Faro (2001)

Collage, técnica mixta (50 x 75 cm)

Litoral

Boletín de Suscripción

Enviar a Revista Litoral, S. A. Urb. La Roca, 107-C. 29620 Torremolinos Málaga
Tel. 952 388 257 fax 952 380 758. litoralr@teleline.es

Apellidos... ..
Nombre
Domicilio
CP Localidad
Provincia Teléfono

Deseo suscribirme a la Revista Litoral durante un año, a partir del número

Suscripción anual	España	48,08 EUROS (8.000 PTAS)
	Europa	54,09 EUROS (9.000 PTAS)
	América	90 \$ EEUU
	Resto	95 \$ EEUU

Deseo recibir los siguientes números atrasados
.....
.....

Modalidades de pago

- Cheque nominativo a Revista Litoral S. A.
- Transferencia bancaria a la cuenta 2103-3022-89-0030001175 de Unicaja
- Domiciliación bancaria (sólo para España).

Pago por domiciliación bancaria

Muy Sres míos:

Ruego a Vds. abonen hasta nueva orden los recibos que con periodicidad anual presente
Revista Litoral, S, A. cargando su importe en la cuenta abierta a mi nombre; en esa entidad.

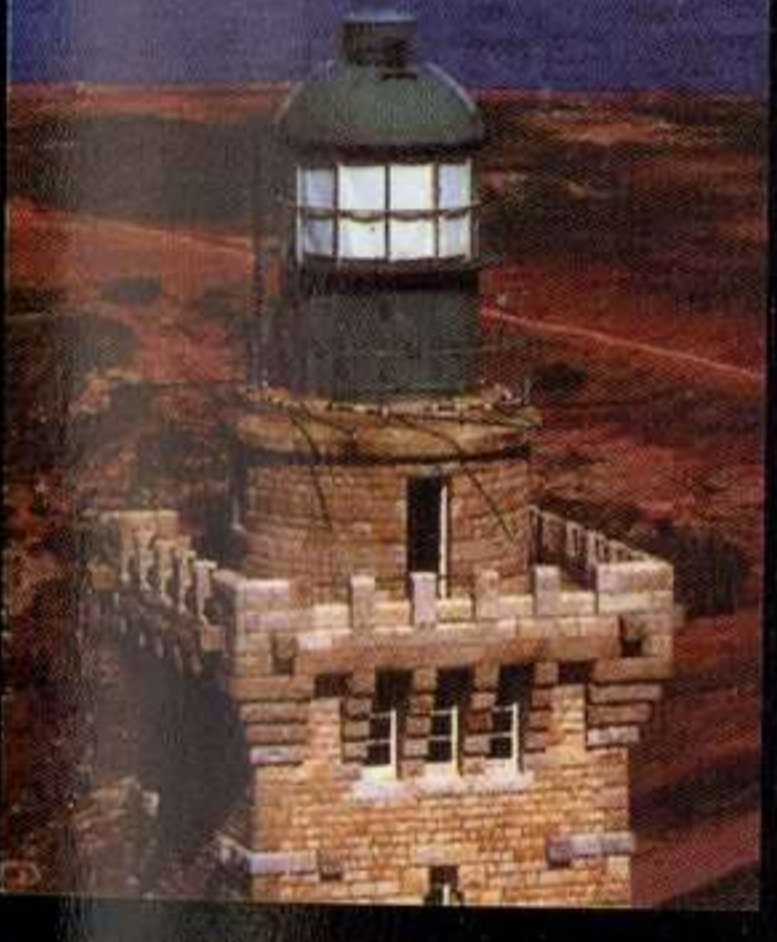
Banco / Caja de Ahorros Localidad
Dirección
Entidad _ _ _ _ Oficina _ _ _ _ D.C. _ _ N.º Cuenta _ _ _ _ _ _
NIF _ _ _ _ _ _

Nombre y apellidos del titular
Domicilio del titular

Fecha

Firma

A PARTIR DE 2002, EN ARAS DE SIMPLIFICACIÓN, LOS NÚMEROS DE LITORAL, DEJARÁN DE SIGNARSE
COMO DOBLES, LLEVANDO UNA SOLA CIFRA INDEPENDIENTEMENTE DEL VOLUMEN DE PÁGINAS



litoral nació en Málaga en noviembre de 1926. Los poetas Emilio Prados y Manuel Altolaguirre, al frente de la imprenta Sur, tuvieron el acierto de publicar en la revista y en sus Suplementos primeros poemas, dibujos, grabados y partituras de la mayoría de los artistas que luego habrían de pasar a la historia con el nombre de Generación del 27.

Las colaboraciones de García Lorca, Alberti, Bergamín, Cernuda, Guillén, Larrea, Moreno Villa, Gerardo Diego, Alexandre, Dámaso Alonso, Gómez de la Serna, Picasso, Juan Gris, Miró, Ángeles Ortiz, Palencia, Peinado, Bores, Dalí, Halffter, Falla, etc., convirtieron a LITORAL en el motor entusiasta de la renovación artística propugnada por las vanguardias y en el buque insignia de esa generación.

Con Hinojosa hubo una segunda época, breve, que pretendió dar alas al surrealismo en España. Con Rejano, Giner de los Ríos, Moreno Villa y otros intelectuales españoles conoció LITORAL, en el exilio mexicano, una tercera etapa, también de corta duración.

Fue en la primavera de 1968 cuando José María Amado decidió volver a publicarla, otra vez en Málaga, con el empeño de reivindicar el papel histórico de la Generación del 27, tras tantos años de silencio o persecución por parte de la cultura oficial.

Amado reprodujo los números de las tres primeras etapas de LITORAL, difundió la obra de aquellos artistas que pagaron con la cárcel, el exilio y el olvido su compromiso moral con el pueblo español y logró que algunos de ellos —Alberti, Picasso o Bergamín— publicaran de nuevo en la revista. A veces, con libros inéditos como *Roma, peligro para caminantes* o *La claridad desierta*.

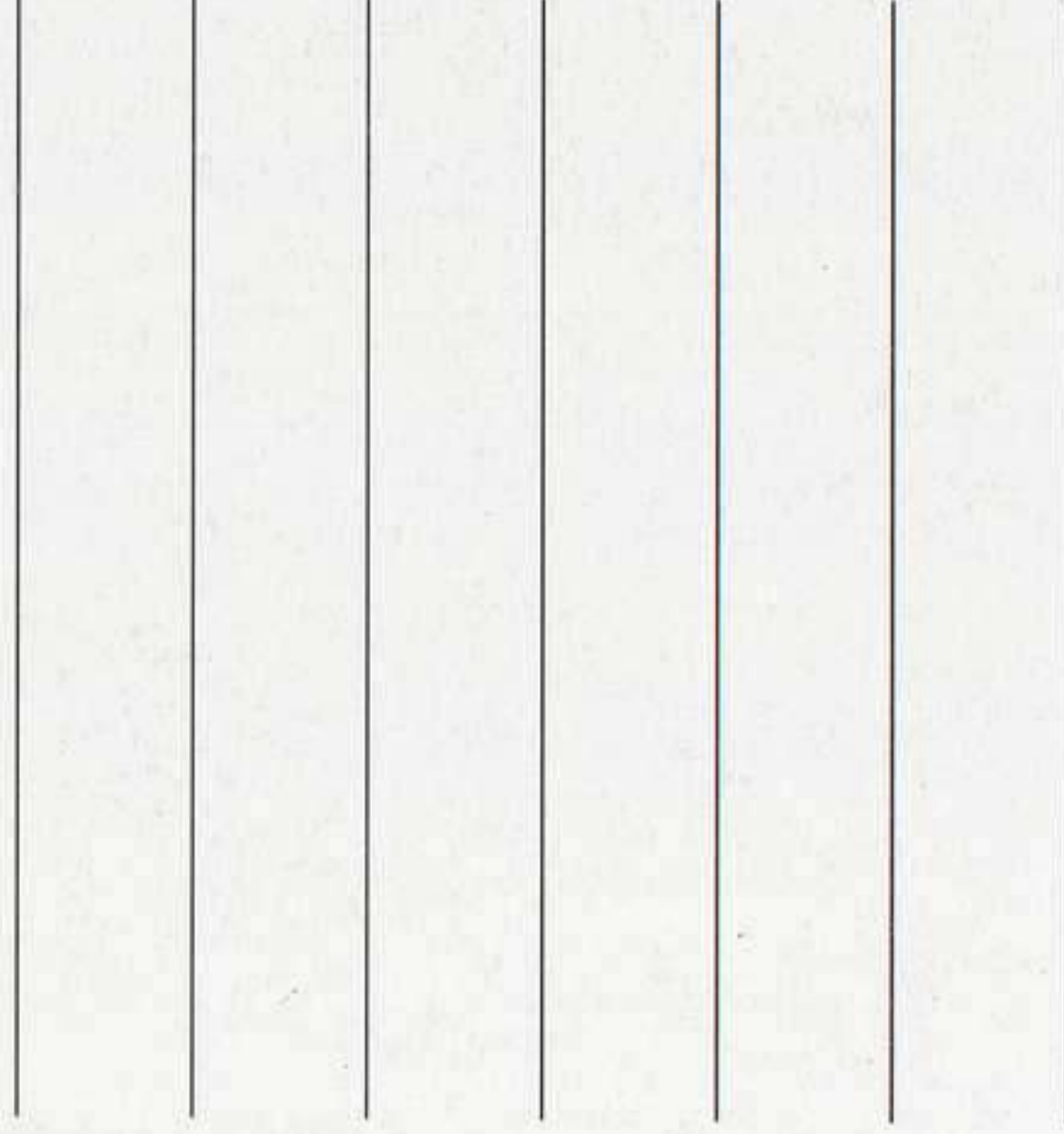
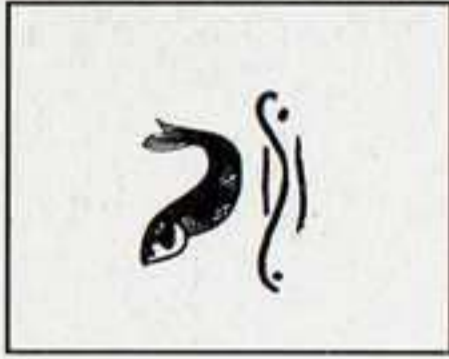
Desde entonces LITORAL ha ido incorporando en sus páginas las voces más personales de las sucesivas generaciones de nuestro país y ha mostrado las manifestaciones artísticas de otras culturas.

Números dedicados a Brennan, Ridruejo, León Felipe, Neruda, Gil de Biedma, Jaime Siles, Luis Antonio de Villena, María Victoria Atencia o Luis García Montero y antologías de poesía sueca, árabe, norteamericana, italiana, cubana, chilena, catalana, vasca, gallega, escrita por mujeres, del rock, erótica, etc., son ejemplos, entre otros muchos, de que, de acuerdo con el espíritu de sus fundadores y directores, LITORAL siempre ha estado abierta al arte y al pensamiento modernos.

LITORAL

La poesía
del
mar





L I T O R A L
REVISTA DE LA POESÍA, EL ARTE Y EL PENSAMIENTO

Lorenzo Saval. *El Faro*, 2001. Collage, técnica mixta, 50 x 75 cm

P.V.P.

22,25

€



0212-4378-231-232

La poesía del mar es una amplia muestra de cómo han expresado los poetas en lengua española el tema marino. Cerca de trescientos autores españoles e hispanoamericanos, en orden cronológico de nacimiento, nos ofrecen su personal visión del mar, dando forma a las infinitas posibilidades temáticas y expresivas que un mundo tan sugerente como éste encierra.

La antología, que parte del modernismo y llega hasta los poetas nacidos en torno a 1980, cubre los últimos 130 años de poesía en nuestra lengua y, aunque centrada en un solo motivo, refleja de manera nítida los cambios estéticos que se han ido produciendo en las sucesivas generaciones y grupos poéticos.

Por otra parte, una selección tan extensa se hace eco de innumerables matices y de cuantas perspectivas ofrece el tratamiento de lo marino. La descripción de un paisaje (playas, puertos, islas, faros...), la fauna y la flora, la vida de los hombres del mar, el sentido del viaje y de la aventura, los fenómenos atmosféricos que provocan en muchas ocasiones el naufragio, los sucesos históricos, la espectacularidad de las batallas navales, el perfil de los héroes, de los navegantes, piratas y bucaneros intrépidos, la evocación de personajes hechos a la mar en célebres novelas y poemas épicos y de escritores que hicieron del mar su bandera literaria, los deportes náuticos, las faenas de pesca, lo simbólico (el mar como trasunto de la energía vital, de la libertad, del deseo y de la belleza, de los avatares del amor, de la sexualidad, de la soledad, de la muerte...), lo mítico (con toda la gama de seres fabulosos y de divinidades), todo esto ha servido de impulso para la creación de bellísimas composiciones literarias.

Precede a la antología un ensayo sobre la poesía del mar en los primeros tiempos de nuestra literatura y otros dos acerca de la fecunda simbología que ha generado el tratamiento lírico de lo marino. Y se acompaña de una no menos amplia selección de pintura universal —y también de imágenes fotográficas— que abarca el mismo asunto e igual período temporal que la de textos.

Al cumplirse ahora el 75 aniversario del nacimiento de la revista LITORAL, una publicación que se hacía en una imprenta con forma de barco y que, a través del nombre, el color azul intenso de la portada y muchas de sus colaboraciones gráficas y literarias, declaraba su inspiración marinera, nos ha parecido que el mejor modo posible de celebrar dicha efeméride era dedicando este nuevo número de la revista a la poesía y el arte en torno al mar.



área de cultura y educación
Diputación Provincial de Málaga



JUNTA DE ANDALUCÍA
CONSEJERÍA DE CULTURA



LITORAL

La poesía del *mar*

231-232



Mar
de
Málaga

I2

El agua en la boca
Litoral / Suplementos

Jean Cocteau Salvador Rueda José Moreno
Villa Jorge Guillén Vicente Aleixandre
Federico García Lorca Emilio Prados Rafael
Alberti José María Souviron Manuel
Altolaguirre José Antonio Muñoz Rojas Carlos
Rodríguez-Spiteri Juan Bernier Francisco
Giner de los Ríos Alfonso Canales Pablo
García Baena Manuel Alcántara Enrique
Molina Campos Miguel Romero Esteo María
Victoria Atencia Rafael Pérez Estrada José
Infante Francisco Cumpián Francisco Ruiz
Noguera Antonio Jiménez Millán Pedro
Molina Temboury Aurora Luque Isabel Pérez
Montalbán Juan Manuel Villalba Álvaro
García Esther Morillas

Selección e introducción
de José Antonio Mesa Toré

12

Litoral

El agua en la boca



Del mundo antiguo que pone a secar sus ropas en una higuera, versos del poema titulado «Málaga» de Jean Cocteau, apenas queda algo en nuestras costas. Muy poco, incluso, tienen que ver con las que vivió Cocteau en la década de los 50, cuando el turismo extranjero se asomaba tímidamente al litoral andaluz.

Hoy, entre la proliferación de complejos hoteleros, urbanizaciones gigantescas, torres que rascan el cielo, campos de golf por doquier y segundas casas para el veraneo, son un milagro las manchas de bosque mediterráneo junto al mar. ¿Dónde encontrar entonces una higuera, si también nuestros pueblos del interior se han contagiado de la fiebre turística y, en consecuencia, urbanística?

De aquel mundo antiguo, como reflejaba el poema de Cocteau, sólo sobreviven, al igual que en tantas otras culturas ribereñas del Mediterráneo, esos ojos de profundidad milenaria pintados en las proas de nuestras jábegas y, acaso, la luz. Esa luminosidad que azulea las cales de las casas, viejas y de nueva construcción, hasta causar dolor en los ojos de quien las mira sin defensa alguna tal vez no haya cambiado desde entonces. La luz, por ejemplo, de primavera anticipada en el invierno malagueño o los tonos magistrales de los atardeceres en septiembre. La luz vertida siempre sobre el mar y reflectada por él.

Quizás por culpa de esa luz, y también seguramente por esa manera tan andaluza, tan malagueña de vivir en el tiempo sin que el tiempo nos quite el sueño ni el gusto por la contemplación serena de las cosas, Málaga fue siempre buena tierra para la poesía.

A los poetas nacidos entre sus límites hay que sumar los que, no siendo de aquí, y son muchos, se dejaron atrapar por su luz, su tiempo, su mar y vayamos a saber por qué misterios. Algo que no debe extrañarnos, pues también han sido innumerables los viajeros y turistas, acaso menos aficionados al arte, que decidieron cambiar la nieve por el sol y las incomodidades de la gran ciudad por la calma de estos rincones.

Como un guiño a esa pacífica invasión foránea, de la que tanto hemos aprendido los nativos, he empezado esta antología poética sobre el mar de Málaga con el citado poema de Jean Cocteau, en su versión original, para cerrarla con la traducción que hizo el poeta malagueño José María Souviron, ambas publicadas en 1955 por la revista *Caracola*. El artista francés estuvo en varias ocasiones en estas playas y nos dejó muestras, tanto en lo literario como en las artes plásticas, de su talento creativo. Esas fructíferas visitas fueron recordadas en los 80 por otra publicación malagueña, *Puertaoscura*, en un artículo muy sugerente de Juan Carlos Jurado, que se acompañó de varias reproducciones de los cuadros y paneles que Cocteau pintó en Marbella, así como de la ilustración que hizo para el libro *Jábega* del poeta José Ruiz Sánchez y de la ya mencionada versión original del poema «Málaga».

Tras este texto, que pretende ser un mínimo espejo de esa Málaga cosmopolita acostumbrada al intercambio cultural, la antología presente es una muestra de cómo el mar de estas costas ha inspirado a sus poetas en el último siglo. Tanto a los que aquí nacieron como a los que decidieron afincarse en ellas —advertirá el lector que su número es parejo al de aquellos—, y a los que, sin estar en ninguno de estos dos grupos, tuvieron, sin embargo, una estrecha vinculación con la ciudad; así Lorca y Alberti, gracias a la actividad editorial del grupo malagueño de la generación del 27, capitaneado desde la mítica imprenta *Sur* por Emilio Prados y Manuel Altolaguirre.

He tratado que los poemas seleccionados no lo fueran únicamente por el hecho de haber sido escritos por autores malagueños o vinculados, por diversas razones, a Málaga, sino que he basado mi compilación, además de en este motivo, en la prioridad de que los textos hayan captado algunos rasgos singulares de ese mar y de su costa, de manera que, más o menos directamente, las palabras de los poetas dejen adivinar que están hablando del litoral malagueño, aun cuando la mayoría lo trasciendan y universalicen.

Para coincidir con el plan de la antología «La poesía del mar», que ocupa el número de la revista, he partido en este suplemento de *El agua en la boca* del primer poeta malagueño antologado allí: Salvador Rueda.

El prolífico autor nacido en Benaque en 1857 dedicó numerosísimas composiciones a Málaga, por lo que es tarea difícil acertar en la elección. No obstante, creo que el soneto titulado significativamente «Mi patria» resume de forma inmejorable su amor por el litoral malagueño, desde Nerja a Estepona como no olvida precisar en el primer endecasílabo.

Después de Rueda, son los poetas de la generación del 27 los que reflejarán en sus obras la magia del mar cercano. José Moreno Villa, pintor, crítico de arte y poeta, escribió mucho sobre el mar pero casi nunca sin dar pistas del mar modelo que posaba. Del texto «Tres momentos del Parque de Málaga» traigo aquí el primero tan sólo por una leve pincelada lírica o por unos mínimos versos pictóricos sobre el puerto.

Igualmente Jorge Guillén, aunque nacido en Valladolid, prodigó en su obra la atenta y meditativa mirada sobre el mar. Tras el exilio, se instaló en un apartamento del Paseo Marítimo, rebautizado con el nombre de Pablo Picasso, y de esas magníficas vistas a la bahía surgió un poema que, con «Ciudad del Paraíso» de Aleixandre, sea tal vez hoy el más citado de todos los inspirados en nuestra ciudad. Me refiero a «Paseo Marítimo. Málaga», en el que el mar malagueño dibujado en la ventana es para el poeta un «Matisse constante».

«Siempre te ven mis ojos, ciudad de mis días marinos...» comienza el célebre poema del Nobel Aleixandre, acaso tan célebre entre nosotros porque el Ayuntamiento lo ha aprovechado como reclamo turístico. El poeta sevillano, que pasó su infancia en Málaga, muchos años después va a evocarla «elevada a mito, dorada por la lejanía de tiempo y espacio», en palabras de Alfonso Canales. Pero, sumándose a este texto, otros del ciclo paradisíaco contienen también elementos de aquella geografía de la niñez: así este «Mar del paraíso» que el propio Aleixandre ha identificado con el de Málaga.

Ese mismo mar que dibuja Federico García Lorca en un delicioso apunte lírico titulado «En Málaga», donde el granadino, que pagaba un taxi para pasar unos días con sus amigos poetas de *Litoral* en las playas malagueñas, capta con gracia y nitidez la atmósfera disipada de los felices 20.

Del Puerto de Santa María, Rafael Alberti es sin discusión uno de los grandes poetas del mar. Rara vez no aparece el mar, o la mar, en sus versos. Junto a Tomás Morales y Pablo Neruda es, tal vez, el mejor cónsul hispano de todos los mares. El de su niñez y adolescencia le acompañó siempre, poniendo melancolía en las calles de Madrid, en la meseta castellana o en las ciudades del exilio. Sin posibilidad de pisar tierra española, escribió el poema «Retornos frente a los litorales españoles». Lo incluyo porque es el litoral que el Ministerio de Información y Turismo bautizó años más tarde con el nombre de Costa del Sol el que se retrata aquí. Aunque es el único poema que, por su trasfondo histórico introduce un tono de tragedia -la huida de Málaga a Almería durante la guerra civil y el asesinato de Lorca-, describe de manera insuperable el paisaje costero, siendo también el único de la antología en el que la perspectiva del poeta es desde el mar hacia la costa, pues está escrito a bordo del buque «Florida» cuando enfila la proa hacia el Estrecho y la nieve de la sierra de Granada parece reflejarse, gracias a la espuma, en el mar.

Los malagueños Emilio Prados y Manuel Altolaguirre fundaron la imprenta *Sur* muy cerca de los muelles, una imprenta con forma de barco de donde salió la revista

que dio alas a la poesía y al arte de la generación del 27. Con nombre, color azul intenso para la portada y dibujos inspirados en el mar, *Litoral* nació así acaso por la afición del grupo de poetas malagueños a frecuentar las playas y barriadas pesqueras. De todas, quizá sea la del Peñón del Cuervo la más emblemática, como se aprecia en los poemas escogidos de Prados y Altolaguirre. Existe una fotografía nunca publicada, que he podido ver en el archivo de Alfonso Sánchez Rodríguez, de un joven Hinojosa a punto de lanzarse al agua desde el rocoso trampolín del Peñón.

De Prados he seleccionado también un texto que retrata nítidamente el puerto y sus alrededores (la solitaria torre de la Catedral, las palmeras del parque, los faroles que ribetean los muelles...).

Pocos años antes del nacimiento de *Litoral*, Altolaguirre y José María Souviron habían creado la efímera revista *Ambos*. Los mismos motivos que recoge el poema de Prados aparecen en la «Canción de la llegada» firmada por Souviron, aunque del puerto y el colindante Paseo de los Curas los versos se adentran en otras calles del centro histórico.

El antequerano José Antonio Muñoz Rojas, miembro de una generación poética posterior, la del 36, es poeta más inclinado a cantar la hermosura de los olivares, de las herrizas, de sus queridas y sencillas cosas del campo que la del mar. Al lector tal vez le extrañe mi elección, pues «A un poeta ausente» se centra en la evocación de Emilio Prados, pero hay en este texto bellísimas descripciones del paisaje marino que vivió Prados junto a otras del mundo rural que tan bien conoce Muñoz Rojas. Es como un lírico descenso desde las tierras altas de la vega antequerana hasta la suavidad de la hoya de Málaga y sus litorales.

Carlos Rodríguez-Spiteri escribió un libro de 170 poemas titulado *Málaga*, dedicado, por entero, como ya anuncia el título, a cantar las bondades de esta tierra. Muchos, por lógica, reflejan distintos escenarios marinos, como este «Paseo marítimo» de la ciudad.

Juan Bernier, nacido en la provincia de Córdoba, poeta también de la generación del 36 aunque vinculado por magisterio al grupo *Cántico*, retrata en sus versos una de las barriadas malagueñas con más solera y por la que él sintió un acendrado amor: El Palo.

Llegados hasta aquí, he de reconocer mi deuda con el hermoso libro *Málaga en la poesía*, con introducción y selección de Alfonso Canales y al cuidado del maestro impresor Ángel Caffarena, que fue publicado por el Ayuntamiento de la ciudad en 1987. He copiado de él muchos de los poemas comentados hasta ahora y algunos datos valiosos sobre los autores seleccionados por mí.

Continuando la antología casi en el mismo punto en el que dejaba Alfonso Canales la suya -aunque ésta referida sólo al tema del mar-, Francisco Giner de los Ríos, nacido en Madrid pero unido a Málaga por orígenes familiares, se instaló en Nerja al volver del exilio, calle de Carabeo. Enamorado del mar, escribió numerosos versos sobre esa conocidísima porción de Mediterráneo.

El propio Canales publicó en 1979 un libro titulado *El puerto*. De sus páginas tomo el fragmento II del poema del mismo título que el del libro. Hay en él referencias a una torre blanca y a un castillo que corona el verde monte que son postal clara de la Farola y la fortaleza de Gibralfaro.

Hace varias décadas, Pablo García Baena cambió la campiña de Córdoba por nuestros litorales, abriendo una almoneda en Torremolinos. Entre tapices e iconos, este barroco poeta angelical escribió unos versos memorables sobre la calle malagueña en donde vivió Aleixandre, hoy calle de Córdoba. De García Baena me he decidido por el poema «Jardín de la pintura» que, aunque nos habla de un mar de óleo, obra de la pintora malagueña Mari Pepa Estrada, recuerda historias y rincones de la ciudad, como el puente que los alemanes construyeron sobre el río Guadalmedina en agradecimiento al pueblo de Málaga por su heroica ayuda a los náufragos de la fragata *Gneisenau*.

Manuel Alcántara, entre sus dos ciudades: Madrid y Málaga, o viceversa, hace gala día a día de su malagueñismo cosmopolita desde sus columnas periodísticas y sus versos, como en el soneto «Vuelta a la mar de Málaga», lleno de melancolía por la niñez casi borrada por el tiempo.

Enrique Molina Campos, natural de Madrid pero vinculado a Málaga por su esposa, se integró en la vida y en la frenética labor literaria de la ciudad, dando cuenta en sus versos de experiencias cotidianas. El poema «Luz de domingo» es un recorrido muy plástico por la franja de litoral que se extiende desde el Paseo Marítimo, pasando por La Caleta, hasta la playa de La Araña, unos metros de espuma más allá del Peñón del Cuervo.

Nacido en Montoro (Córdoba), el dramaturgo Miguel Romero Esteo, dueño de un estilo personalísimo e insólito en nuestras letras, vino a vivir a un caserón en el callejón de Santa Catalina al que, por el intenso tráfico motorizado, ya no llega la música de las olas cercanas. Creó aquí, desde las aulas de la Universidad, colecciones poéticas de tanto sabor marinero como los Cuadernillos del grumete o los Cuadernos de la marinería. Y escribe poemas de tema marino, reunidos en el *Romancero del mar y los barcos*, donde mezcla el rumor de la nostalgia con abundantes apuntes humorísticos.

Desde la casa de María Victoria Atencia y Rafael León, en el Paseo de la Farola, las vistas son casi idénticas a las que se disfrutaban en la cubierta de un barco cuando entra en el puerto. María Victoria ha captado en sus elegantes alejandrinos o en mínimos poemas la dorada luz del trigo sobre los muelles, el continuo centellear de palomas o el vientre de los buques que parecen atracar en los ventanales del salón. De esa cercanía nos habla en el poema «Mar».

No lejos de allí vivió un mago de la palabra, lúdico, sensual y fantasioso. Poeta apasionado por lo breve, compuso cientos de aforismos, de greguerías en las que brillan con rara belleza los retruécanos de la imaginación. Rafael Pérez Estrada, desde las alturas de su apartamento, contempló las estampas diarias de la vida en

torno al mar, sublimándolas luego en sus escritos. Un paseante o un deportista pueden acelerar el corazón de la poesía, sobre todo si es la hora inglesa del Mediterráneo.

José Infante, nostálgico en Madrid de su tierra natal, evoca, como Muñoz Rojas, la figura de Emilio Prados y vuelve sobre los felices días del grupo malagueño del 27 junto al una y otra vez nombrado Peñón del Cuervo.

El librero y editor de primorosas ediciones artesanales Francisco Cumpián publicó un escueto cuaderno de poemas titulado *Mar*, número 1 de la colección «Suelos del mar», que, con una emoción lírica muy pura, ofrece pinceladas de sencillas escenas playeras, como este «Mar con niña».

Francisco Ruiz Noguera es autor de una estupenda serie de composiciones sobre la bahía. Recojo aquí, sin embargo, un poema anterior, integrado también en una sección que tiene al mar por protagonista, en el que los ojos de un niño se maravillan al descubrir el azul del Mediterráneo más abajo de los cañaverales y de las tierras de labor de su Frigiliana natal.

El granadino Antonio Jiménez Millán ha incluido en más de una ocasión los paisajes del barrio en donde vive, Pedregalejo, en sus poemas. «El balneario» es uno de los textos más inspirados que conozco sobre la belleza de la bahía. Los versos, que se elevan para reflexionar sobre las contrariedades del amor y el paso del tiempo, nos dibujan las columnas truncadas y la atmósfera decadente y de abandono de los Baños del Carmen, casi emparentados por el poeta con las ruinas clásicas.

Rescato de la revista malagueña *Silvestra* uno de los poemas de la serie «Marinas» de Pedro Molina Temboursy, en el que la mirada apunta a esas walkirias que desde los años 60 han perturbado los instintos de los nativos, con sus cabelleras rubias y sus desnudeces.

La almeriense Aurora Luque, afincada desde hace tiempo en nuestra ciudad, ha dedicado muchos poemas al antiguo mar de los griegos y algunos a esta costa, como «Casino junto al mar» o «La marinería». «Poetas en el puerto» se basa en una experiencia muchas veces repetida y en la que he participado en alguna ocasión: cerrados todos los bares en la madrugada malagueña, sólo era posible alargar la ebridad literaria de la noche en el bar de la lonja, donde convivían armoniosamente las vestimentas más dispares y los temas de conversación más insólitos hasta clarear el alba.

De la cordobesa Isabel Pérez Montalbán copio un pequeño fragmento de un poema extenso, «Los genes australes», que reflexiona sobre la seducción que ejerce el Sur y viaja por otras ciudades y regiones marítimas (Lisboa, Barcelona, Galicia...). Lo traigo aquí porque es una perfecta definición de Málaga.

Junto al hotel Miramar, hoy sede de los juzgados, pasó su niñez y adolescencia Juan Manuel Villalba. No es extraño que a fuerza de contemplar la bahía desde la ventana de su habitación nos haya dejado este apunte sobre los petroleros que hasta hace bien poco, no pudiendo anclar en el puerto, dormían como cetáceos de metal oxidado frente al Paseo Marítimo.

Algunos detalles urbanos de El Limonar, el barrio donde siempre ha vivido, se pueden intuir en los primeros poemas de Álvaro García. Además de poeta y traductor, Álvaro lleva años observando minuciosamente los latidos de la ciudad a través de sus columnas periodísticas. Un hecho real, el naufragio de una embarcación en el Estrecho, le sirve para reflexionar, primero en las páginas del periódico y después en un poema, sobre la relación indisoluble entre el mar y los hombres.

Esther Morillas, la última de los poetas antologados, nació en Jaen y reside ahora en Nerja. Unas leves pinceladas descriptivas son suficientes para expresar un estado de ánimo junto a las animadas orillas del paseo marítimo.

Por supuesto, muchos otros poetas se han parado a contemplar el misterio infinito y la belleza del Mediterráneo en Málaga, pero creo que esta pequeña muestra vale para ofrecer una idea clara de cómo este mar ha dejado su huella en los escritores que han vivido junto a él. Como celebración del 75 aniversario del nacimiento de *Litoral*, el suplemento actual de la revista, *El agua en la boca*, dedicado hasta ahora a promocionar y difundir en cada número la obra de un artista malagueño, varía en esta ocasión, recogiendo poemas de una treintena de autores y fotografías de Ignacio del Río, para sumarse al homenaje que la revista le rinde al primer causante de su existencia, el mar.

José Antonio Mesa Toré



Jean Cocteau
Francia. 1892-1963

Málaga

La mer courait après la mer c'étaient les vagues
La barque avait cet oeil des morts égyptiens
Et l'oeil lui permettait de recoiffer ses algues
Ma paume grande ouverte au profil des gipsies.

Le vieux monde séchait son linge sur les branches
D'un figuier sec d'où le corps du pendu tomba
Sans émouvoir l'oeil de la sirène de planches
Ni relever des gitanes le profil bas.



Salvador Rueda

Benaque, Málaga. 1857-1933

Mi patria

Riberas desde Nerja hasta Estepona,
costas que encierran mi niñez, mi vida:
¡Con qué esplendor en vuestra mar bruñida
destrenza el sol la luz de su corona!

Un himno grande vuestra tierra entona,
que recogí en el alma estremecida,
viendo el tumbo del agua sacudida,
que en las peñas sus lirios desmorona.

Todo es en ti soberbio, patria amante;
sobre tu costa, el cielo rutilante
de luz se ornó más puro y más bendito.

Y las ondas, que elevas y desmayas,
cantan a Dios rodando por las playas,
como un tropel de lenguas infinito.

José Moreno Villa

Málaga. 1887-1955

Tres momentos del parque de Málaga

I. Los vagos duermen

Mediodía. Es el muelle, calcinado de sol,
fondo rojo y dorado de un inmenso perol.
Los castaños alargan sus brazos, y el paseo
queda bajo el dominio sedante de Morfeo.
¡Hay siempre tanta gente que no tiene qué hacer!
Depreciadores del trabajo,
epicúreos de ayer,
dejan pasar la vida tendidos boca abajo.

Jorge Guillén

Valladolid. 1893-1984

Paseo Marítimo, Málaga

La luz —entre cielo y mar—
Se filtra por la persiana.
Quiere sólo murmurar
Este cotidiano hosanna.

El balcón es ya un resumen
Del horizonte marino,
Ancho y largo, sin volumen.

El centelleo no abrasa,
Platea. Yo lo percibo
Como un ondear, cautivo
En una pared de casa.

Mar azul, ahí delante,
Contemplo entre los barrotes
Del balcón. Matisse constante.

Vicente Aleixandre

Sevilla. 1898-1984

Mar del Paraíso

Heme aquí frente a ti, mar, todavía...
Con el polvo de la tierra en mis hombros,
impregnado todavía del efímero deseo apagado del hombre,
heme aquí, luz eterna,
vasto mar sin cansancio,
última expresión de un amor que no acaba,
rosa del mundo ardiente.

Eras tú, cuando niño,
la sandalia fresquísima para mi pie desnudo.

Un albo crecimiento de espumas por mi pierna
me engañara en aquella remota infancia de delicias.
Un sol, una promesa
de dicha, una felicidad humana, una cándida correlación de luz
con mis ojos nativos, de ti, mar, de ti, cielo,
imperaba generosa sobre mi frente deslumbrada
y extendía sobre mis ojos su inmaterial palma alcanzable,
abanico de amor o resplandor continuo
que imitaba unos labios para mi piel sin nubes.

Lejos del rumor pedregoso de los caminos oscuros
donde hombres ignoraban tu fulgor aún virgíneo.
Niño grácil, para mí la sombra de la nube en la playa
no era el torvo presentimiento de mi vida en su polvo,
no era el contorno bien preciso donde la sangre un día
acabaría coagulada, sin destello y sin numen.
Más bien, con mi dedo pequeño, mientras la nube detenía su paso,
yo tracé sobre la fina arena mojada su perfil estremecido,
y apliqué mi mejilla sobre su tierna luz transitoria,
mientras mis labios decían los primeros nombres amorosos;
suelo, arena, mar...

El lejano crujir de los aceros, el eco al fondo de los bosques partidos por los
hombres,
era allí para mí un monte oscuro pero también hermoso.
Y mis oídos confundían el contacto heridor del labio crudo
del hacha en las encinas
con un beso implacable, cierto de amor, en ramas.

La presencia de peces por las orillas, su plata núbil,
el oro no manchado por los dedos de nadie,
la resbalosa escama de luz, era un brillo en los míos.
No apresé nunca esa forma huidiza de un pez en su hermosura,
la esplendente libertad de los seres,
ni amenacé una vida, porque amé mucho: amaba
sin conocer el amor; sólo vivía...

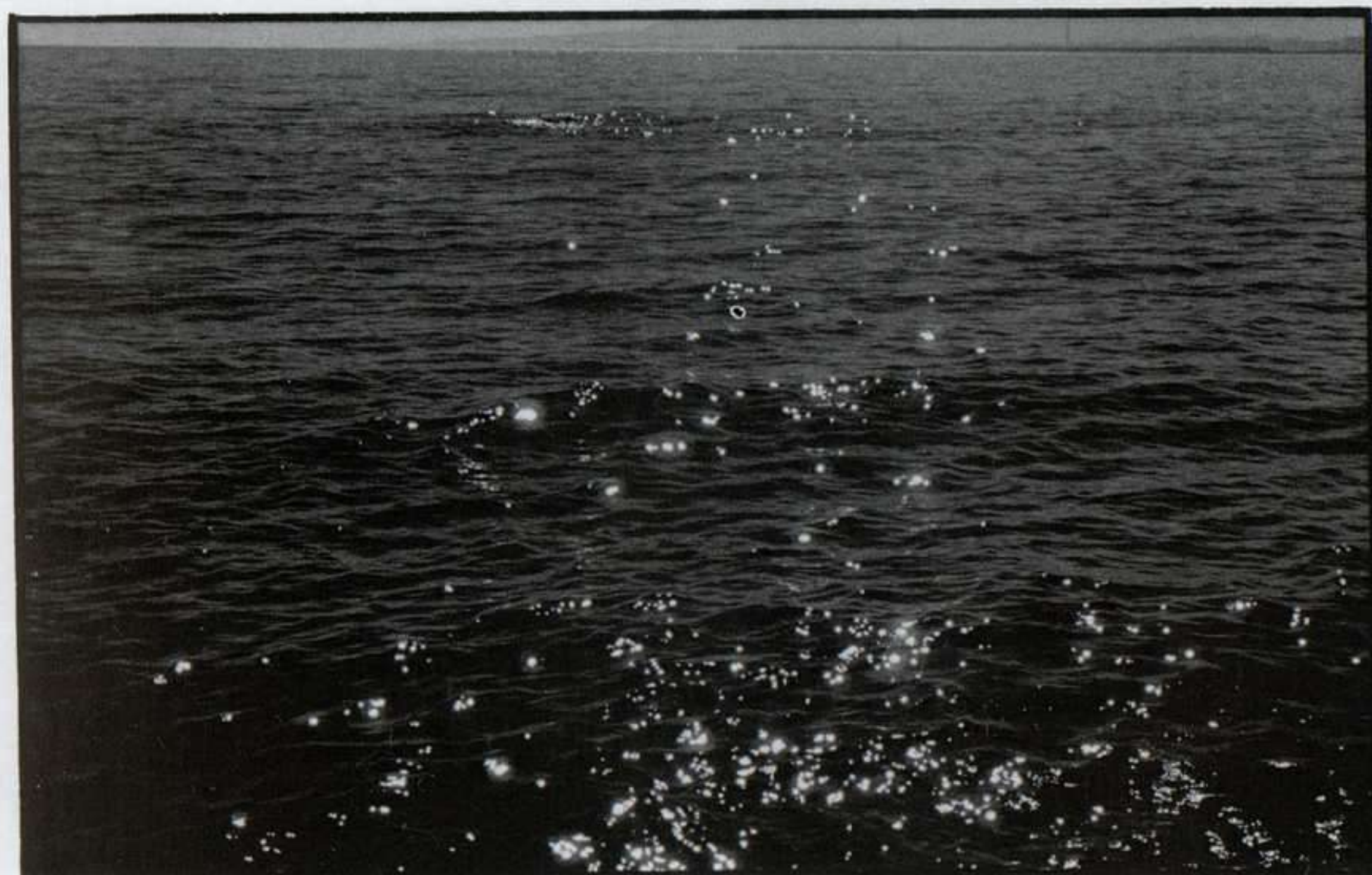
Las barcas que a lo lejos
confundían sus velas con las crujientes alas
de las gaviotas o dejaban espuma como suspiros leves,
hallaban en mi pecho confiado un envío,

un grito, un nombre de amor, un deseo para mis labios húmedos,
y si las vi pasar, mis manos menudas se alzaron
y gimieron de dicha a su secreta presencia,
ante el azul telón que mis ojos adivinaron,
viaje hacia un mundo prometido, entrevisto,
al que mi destino me convocaba con muy dulce certeza.

Por mis labios de niño cantó la tierra; el mar
cantaba dulcemente azotado por mis manos inocentes.
La luz, tenuamente mordida por mis dientes blanquísimos,
cantó; cantó la sangre de la aurora en mi lengua.

Tiernamente en mi boca, la luz del mundo me iluminaba por dentro.
Toda la asunción de la vida embriagó mis sentidos.
Y los rumorosos bosques me desearon entre sus verdes frondas,
porque la luz rosada era en mi cuerpo dicha.

Por eso hoy, mar,
con el polvo de la tierra en mis hombros,
impregnado todavía del efímero deseo apagado del hombre,
heme aquí luz eterna,
vasto mar sin cansancio,
rosa del mundo ardiente.
Heme aquí frente a ti, mar, todavía...

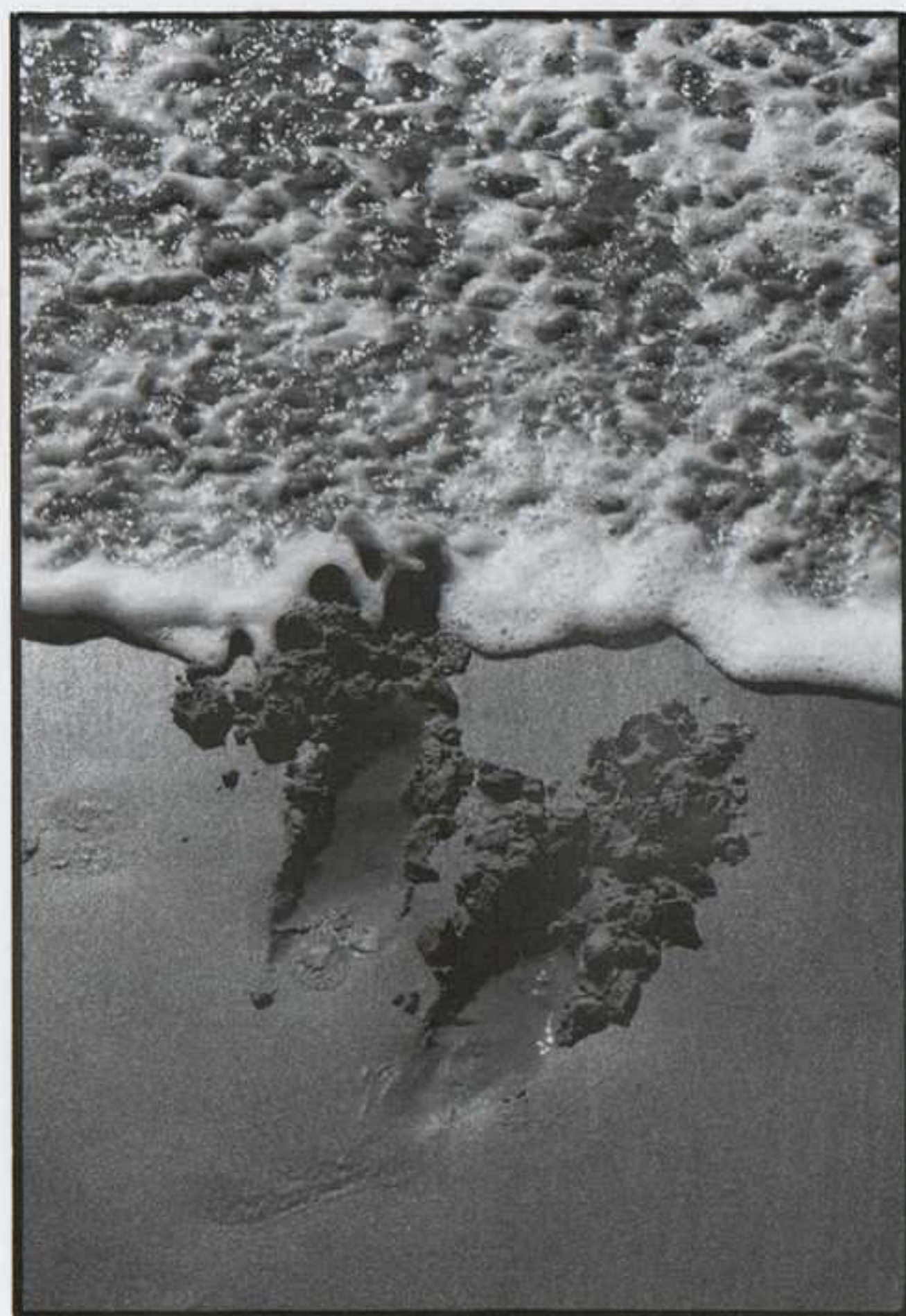


Federico García Lorca

Fuentevaqueros, Granada. 1898-1936

En Málaga

Suntuosa Leonarda.
Carne pontifical y traje blanco,
en las barandas de «Villa Leonarda».
Expuesta a los tranvías y a los barcos.
Negros torsos bañistas oscurecen
la ribera del mar. Oscilando
—concha y loto a la vez—
viene tu culo
de Ceres en retórica de mármol.



Emilio Prados

Málaga. 1899-1962

Transfiguración junto al mar (Peñón del Cuervo, 18 de julio)

¿EL barco?...
¿La piedra?...
¿El sol?

(Silencio)

En la noche abierta
todo huele a corazón:

¡El barco!
¡La piedra!
¡El sol!

Noche en urna

(Puerto de Málaga, 3 de enero)

La ciudad se desgrana de vidrios y faroles.
El jardín se destila en delgadas palmeras...
Las pisadas descalzas del reloj, en la torre,
laten acompasando a la esponja y la estrella.

Clavan las barandillas en la sombra sus peines.
La jaula del pañuelo se oculta en la ventana.
Brújula y abanico bajo el sueño se mienten
y, negándose, cruzan de barco a flor sus cartas.

Los pájaros se vierten detrás del horizonte
y desnudos de plumas descansan del milagro:
La voz muda del miedo sus quejidos esconde
en la oscura campana sin lengua del espacio...

Su torneo los tiempos luchan en contrapuesta
sobre negros veleros jinetes bergantines:
empuñando sus lanzas —la grímpola de seña—,
por un guante de luna para el agua compiten.

Cuatro esbeltos luceros se llevan muerto al viento
tendido sobre el eco como un pálido junco
y, el agua, busca ausencias para sus finos duelos,
tapada en los reflejos transparentes del luto.

Queda el alma del viento en pena y en olvido
bajo la madrugada llenando caracolas.
Pulimentan la piedra los pinceles del frío
y, el fósforo, resbala hueco, sobre la hora.

Cuerpo en pena del alma, una sombra en el muelle,
razonando sigilos, repasa las penumbras:
hurta sus mercancías al sueño, se detiene,
se ausenta y, vuelta al pensamiento, en él se oculta.

Ahueca sus caudales y, en cáscara de barco,
se le va el corazón por mapa de recuerdos
—pirata de albedríos por él mismo apresado
en alta mar del ansia sin cadenas del cielo—...

Termina su viaje de sueño, se deslía

y su botín de lunas y perfiles ordena.
La sombra, fecundada, el rumbo de la huída
ve por fin y, ocultándose, al puerto oculta en ella.

Al espejo los juegos y el milagro preguntan
la polar de algún nombre que oriente sus verdades...
Miro yo y en él veo, dibujado en la luna
—corazón de su mundo—, mi cuerpo sin imagen.

Se desclava la noche de la pared helada
que sostuvo sus brillos en silencioso encuentro.
Se derrama en el blanco recinto de mi alma
que, aguardaba tendida, su mansa flor de tiempo...

Y los duelos del agua se vuelven alegrías
—luz que sin laberintos canta libre sus rayos—:
perfuma la memoria deshojada en sonrisas
y la caja del luto cambia por cristal claro.

La ciudad desgranada oculta sus faroles.
El jardín renacido deshila sus palmeras.
Abrocha su flor blanca el reloj en la torre
y en sus playas se olvida la esponja de la estrella..

Huye el tiempo y, el agua, vuela por detenerlo.
¡Entra bajo mi alma toda la luz del sueño!

Rafael Alberti

Puerto de Santa María, Cádiz. 1902-1962

Retornos frente a los litorales españoles
(Desde el «Florida»)

Madre hermosa, tan triste y alegre ayer, me muestras
hoy tu rostro arrugado en la mañana
en que paso ante ti sin poder todavía,
después de tanto tiempo, ni abrazarte.

Sales de las estrellas de la noche
mediterránea, el ceño de neblina,
fuerte, amarrada, grande y dolorosa.
Se ve la nieve en tus cabellos altos
de Granada, teñidos para siempre
de aquella sangre pura que acunaste
y te cantaba —¡ay sierras!— tan dichosa.
No quiero separarte de mis ojos,
de mi corazón, madre, ni un momento
mientras te asomas, lejos, a mirarme.
Te doy vela segura, te custodio
sobre las olas lentas de este barco,
de este balcón que pasa y que lleva
tan distante otra vez de tu amor, madre mía.
Este es mi mar, el sueño de mi infancia
de arenas, de delfines y gaviotas.
Salen tus pueblos escondidos, rompen
de tus dulces cortezas litorales,
blancas de cal las frentes, chorreados
de heridas y de sombras de tus héroes.
Por aquí la alegría corrió con el espanto.
Por ese largo y duro
costado que sumerges en la espuma,
fue el calvario de Málaga a Almería,
el despiadado crimen,
todavía —¡oh vergüenza!— sin castigo.
Quisiera que miraras pasar por jubiloso
lo mismo que hace tiempo
era dentro de ti,
colegial o soldado,
voz de tu pueblo, canto ardiente y libre
de tus ensangrentadas,
verdes y altas coronas conmovidas.
Dime adiós, madre, como yo te digo,
sin decírtelo casi, adiós, que ahora,
ya otra vez sólo mar y cielo solos,
puedo vivir de nuevo, si lo mandas,
morir, morir también, si así lo quieres.

José María Souviron

Málaga. 1904-1973

Canción de la llegada

¡Alegría de pasear otra vez
entre dos filas de palmeras,
por el Paseo de los Curas
cuando la clara tarde sueña!

(¿Alegría sola, o quizás
también un poco de pena?)

¡Alegría de andar otra vez
por encima de la escollera,
viendo a un lado la mar bravía
y al otro el puerto de aguas quietas!

(¿Alegría sola, o quizás
también un poco de pena?)

¡Alegría de ver otra vez
los árboles de la Alameda
y oír millares de gorriones
saludando al sol que despierta!

(¿Alegría sola, o quizás
también un poco de pena?)

¡Alegría de oír otra vez,
cuando baja la noche serena,
las campanadas del reloj
cayendo en la fuente de piedra!

(¿Alegría sola, o quizás
también un poco de pena?)

¡Y alegría de sentir otra vez,
junto a la mar azul y nuestra,
el sabor de la misma sal
que el bautismo puso en mi lengua!

(¡Alegría con sal, alegría
verdadera!)

Manuel Altolaguirre

Málaga. 1905-1959

Tarde

El horizonte tiene
insectos y fragatas;
su piel de pez de río,
con sus cinco colores,
empalizada pone
al mar Mediterráneo,
que, espumas renovando,
con sus encajes borra
las pisadas gemelas
que dejas en la playa.
Algas del viento son
las cañas litorales,
cuyo sonidos se une
al de las caracolas.
Como habichuela abierta
mostrando su semilla,
la jábega te enseña
sus fuertes remadores.
Si tus trenzas crecieran
rubias y horizontales,
qué buen faro serías
sobre el peñón del Cuervo,
cuando, enlutado el mundo
por la muerte del día,
el capitán del barco
una luz necesite.
Acariciando arenas
con tus pies y tu sombra,
esperas al marino
que, en bandeja con remos,
el mar ha de ofrecerte,
sin saber que tu amante
vive ya en otro mundo,
gozando la luz verde
del fondo de los mares.

José Antonio Muñoz Rojas

Antequera, Málaga. 1909

A un poeta ausente

Tu memoria conmigo en esta tierra
que tanto amaste, Emilio, me acompaña.
Sobre este mismo mar de tanto azul
que no ha dejado un día de tu ausencia
de preguntar por ti con ola y ola,
bajo este mismo cielo que ni un día
dejara tu recuerdo sin amparo,
por este mismo aire que no encuentra
ninguna soledad como la tuya,
ni corazón que mueva por sus altos
latido semejante.

Por las guijas
de tus playas, perfiles de tus montes,
que hacen puro temblor el sol poniente,
por cañadas hondísimas sin agua,
arroyos de adelfares donde late
hondo bajo lo seco un filo eterno,
que une las altas sierras a los mares,
cubriales pobrísimos, pizarras,
ruinas de viñedos y lagares,
almendrales fantasmas, que le prestan
alguna leve nieve a estos inviernos,
entre estas sierras puras que rodean
tu ciudad maternas, entre estas
cosas que no se van, que van por dentro,
y tan seguras, entre lo que pasa,
algo queda por siempre: la memoria.

Sentimos que el instante se nos queda
inmóvil con aquellos que se quiere,
pura piedra en la sierra, agua perdida,
fuego ardiendo perenne, mar inmóvil,
dureza de un espejo conmovido
por la sola visión de la belleza,
justo instante de amar que a los humanos

nos hace eternos, ángeles acaso
parados en el aire de las horas.

Yo siento el aire vivo con nombrarte,
el corazón caliente con sentirte,
más bello este paisaje que aquí sigue
con soledad de ti, con su hermosura
sin tasa a tu llamada. ¿No lo sientes?

Carlos Rodríguez-Spiteri

Málaga. 1911-2001

Paseo marítimo

Hoy; ajuar del sepulcro de las redes,
tapón ciego, aletas y escamas gruesas
entre fragancias de salazón y salmuera.
Rodeada de cadenas, líquido que se escurre,
búzanos y ribetes en la espina de los peces.
Cortada al fuego, raíz pelada, polvo,
sentada en el suelo, banco de voces,
nave de barro, cerrada como una concha.

Mañana; vida que surge de las rocas,
suelo estable, hoyo sacado de la espuma.
Aguas en la dársena, collar de jade,
lugar de claridad para las gaviotas.
Paisajes que se abren en el mar,
puerta y evaporación del agua salada.
Puente en el cielo de los pájaros,
para llamar a las nubes que pasan de lejos.

Juan Bernier

La Carlota, Córdoba. 1911-1989

El Palo

Húndeme en tu cielo oscuro.

Que me espinen tus raspas de pescado,
que me manchen tus grasas de motoras,
que me rocen los húmedos harapos de tus velas,
que me escupa saliva tu mar de rotas caracolas.

Oh Palo, tapia, choza, ghetto del agua y de la arena.

Palo de cal y alfombra de luto soleado
que esculpen pies desnudos, pies de oro
en peces muertos de podrido aroma
que la albahaca aliña en tálamos de espumas.

Palo de Málaga, delirio de chumberas,
zoco de ausentes pinos, de diedros y de latas. El monte te corona
con falos de esmeralda, enhiestas pitas,
la adolescente urna jesuítica. Arriba, abajo, mar y monte;
en medio el dios Pan de la almeja y de la sardina,
el chiquillo del Palo, el cautivo de arriba que mira al mar,
y el de abajo a quien el mar mira...

Húndeme, Palo, en tu delirio de sal y sexo embravecido,
llévame arriba al sueño del cautivo,
al lecho adolescente que copula con el oscuro macho del mar.

Llévame al pescador chiquillo
que huele la valva, la axila y el seno de la espuma.

Francisco Giner de los Ríos

Madrid. 1917-1990

Mar en Nerja

Atardecer brumoso
cuando paseo.
Huele a jazmín y rosa,
a frescura del huerto.
Mis ojos se quedan
en las manchas verdosas
de las frágiles cañas,
de la morera cansada,
en el júpiter rosa
—mancha de sangre clara
sobre el chirimoyo oscuro—,
en el blanco alegre
de los jazmines
y en el verde triste
de las higueras.
Y se ve a lo lejos,
entre las hojas amarillas
de los plátanos
indolentes y melancólicos,
la mancha gris
de un mar risueño de luna.

Atardecer brumoso
cuando paseo.
¡Cómo huele a huerto!

Alfonso Cánales

Málaga. 1923

El puerto

II

Existió, sí, la vimos,
cuando apenas soltadas las amarras
disolvíanse en niebla los pañuelos:
allí estaba la piedra
firme, el largo espigón que no quería
desasir a la nave
y fue dándole fuego hasta que todo
se trocó en soledad (nunca partiéramos).
Aquella torre blanca y aquel castillo encima
del verde monte, estaban, no eran figuraciones
del recordar. Hacía
muy poco tiempo que sus sombras daban
el lugar de la paz y del abrazo,
el sitio de la espera y la llegada
de lo esperado. Casi
no se mecía el lago
espejeante, a trechos decorado
con reflejos de óleo y gaviotas.
Nunca, nunca partiera al indeciso
tráfico, carenada contra el miedo
a la aventura (oh sueños
de juventud), el arca repintada
para dudosas bodas con las desconocidas
islas: templos de gloria
por conquistar, hostiles laberintos
luego. En alguna parte
se encuentra todavía aquella casa
con el preludio del zaguán oscuro,
con el cuadro de luz del patio, con la
cerrada huerta en la que florecían
la menta y dompedro, con la estancia
sombria: aquella estancia en cuyas cales
bullían los temblores
del puerto.

Pablo García Baena

Córdoba. 1923

A Mari Pepa Estrada

Jardín de la pintura

Imaginas al niño que abandona el velero
a la incipiente ola
y en el corcho se alejan los veranos remotos,
las velas de la infancia izadas al recuerdo
de Arturo Gordon Pym.
Un niño solitario desde el óleo te habla
nuevamente, en la playa de amarillentas sílices.
Revive en estos cuadros,
donde el color fulgura como una flor reciente
de ignorado perfume,
la provinciana crónica de una ciudad «primera
en el peligro de la libertad».
Y están las baronesas bálticas y suaves
en el confort cubista de «La Cosmopolita»,
la lencería secreta, la amatista signando
a píos congregantes
y la sangre del Rif lamiendo por las calas.
Erguida, negra, dura,
entre las colocasias del parque, cineraria
una piedra memora el oleaje
irascible en el ponto con un doble naufragio:
los cadetes del káiser y el orgullo teutón
en la fragata audaz que abatió el infortunio.
Como lémures vagos en las tiras de vidrio
de una linterna mágica
vuelven, pasan historias al rompiente del tiempo.
Junto a ese mar que espumas delinean,
en la movable arena edificaste vida;
el mar verde, en sosiego, grisáceo, turquí, lene.
A veces te parece la campiña de Córdoba.

Manuel Alcántara

Málaga. 1925

Vuelta a la mar de Málaga

(Rincón de la Victoria)

Vine a la mar dudando si estaría
donde yo la dejé: junto a la raya
donde la espuma eventual acalla
su antigua discusión con la bahía.

Llegué a la mar. Estaba todavía.
Ella lo mismo y yo distinto. Vaya
una cosa por otra y, por la playa,
vayan las dos en busca de aquel día.

Vine a la mar y me encontré en la arena
—niño llevando cubos a la pena
y palas a la orilla del verano—.

Me hice a la mar, estando hecho al recuerdo,
por perderme otra vez como me pierdo
junto al que fui, cogidos de la mano.

Enrique Molina Campos

Madrid. 1930-1994

Luz de domingo

Paseo Marítimo arriba, camino de La Araña,
a todo gas la moto del amigo, el viento de levante
batiendo en las mejillas como un paño mojado,
la luz, la luz entera, incendiada y extática,
el desmedido corazón del muchacho doliéndose
de sus propios extremos, las esquivas
niñas de La Caleta, hieráticas y gráciles, bajando
de la misa de doce de San Miguel, ¿y dónde
tú, dónde tu largo pelo negro con su flor arriba,

la oscurísima brasa de tu mirada, tu alma —ese laberinto de arcanas maravillas—, dónde tu cuerpo todo, su humana proporción de ramo y ánfora y su frescor de fronda recién llovida, dónde tu voz de dulce telefonía, dónde tú, sustantiva criatura solar?, el mar, al largo del Paseo Marítimo hacia La Araña, verde y fragante, azulgris en los confines, fúlgido, agonizando —también se muere el mar— a su eterna manera reidora la moto a todo gas, qué hermoso el mundo pero qué ajeno, y sin embargo existen entusiasmados modos de posesión, no alegres pero hondísimos modos que afligiendo al muchacho lo hacen arrebatadamente feliz, secretamente cierto de sí para sí mismo, blancas casillas de los pescadores junto a la vieja vía del tren y sus menudas estaciones, luz de los vastos cielos, luz del mar descompuesta en infinitos brillos, ¿entre qué ásperas rocas estás dando a las aguas tu cuerpo victorioso?, ¿dónde estás, dónde estás?, la mañana se acaba, el sol empieza a enfurecerse, ¿cuándo dirás: Soy yo, reconóceme y vente?, camino de La Araña, Paseo Marítimo arriba, Málaga ya muy atrás con su neblina, con el tiempo en su adentro y la vida sonándole desmañadamente a domingo.

Miguel Romero Esteo

Montoro, Córdoba. 1930

de chiquillo me iba yo
arriba de la consola
y orilla del santo cristo
cogía la caracola,
y arrimándome al oído
su bulto de pincho y bola
por mitad de hueco el nácar
y su boca de farola
primero llegaba un barco,
luego llegaba una ola,
y del corazón obscuro
del agua rola que rola
luego a lo lejos se oía
toda la mar, grande y sola.

María Victoria Atencia

Málaga. 1931

Mar

Bajo mi cama estáis, conchas, algas, arenas:
comienza vuestro frío donde acaban mis sábanas.
Rozaría una jábega con descolgar los brazos
y su red tendería al palo de mesana
de este lecho flotante entre ataúd y tina.
Cuando cierro los ojos, se me cubren de escamas.

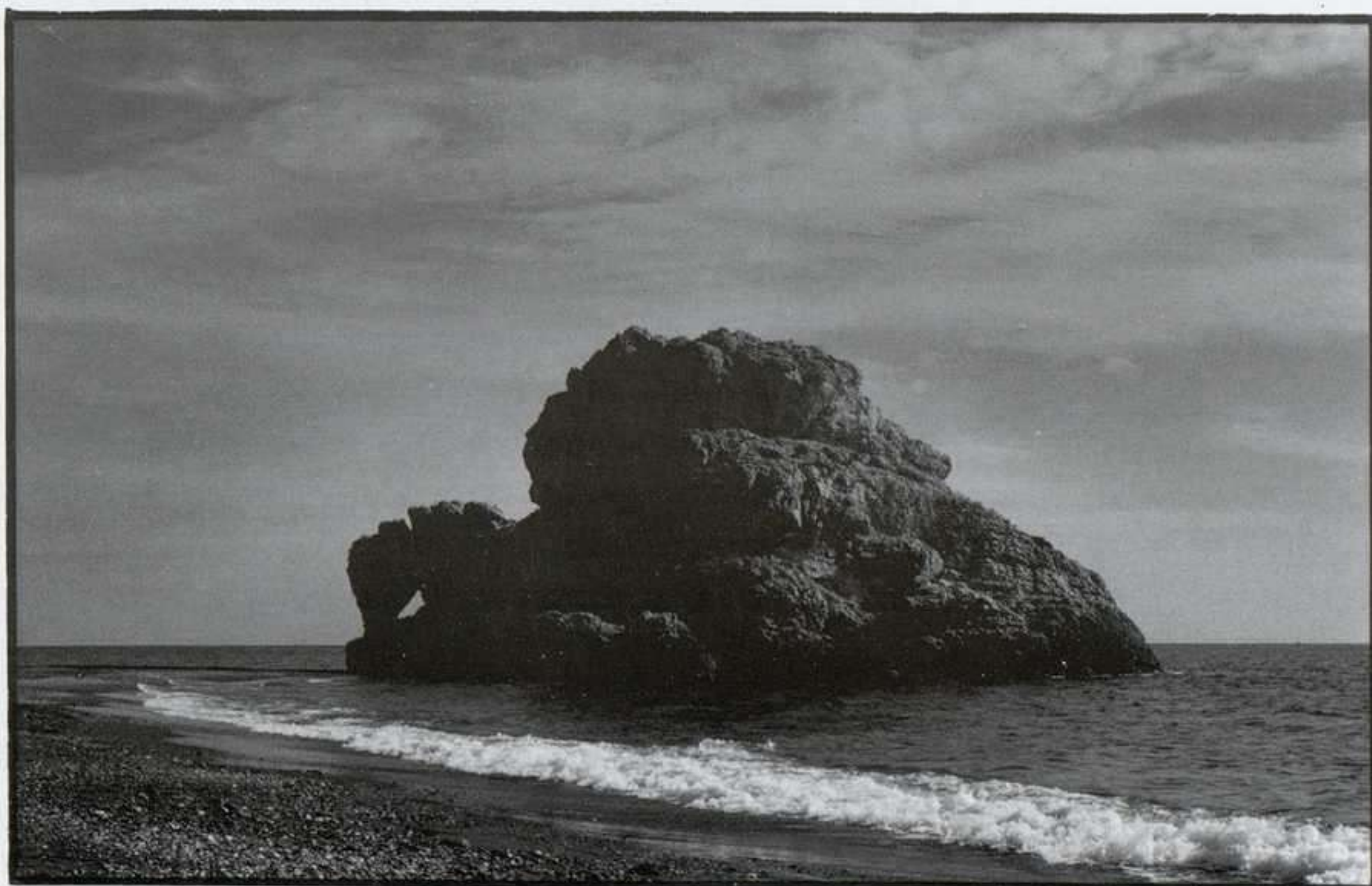
Cuando cierro los ojos, el viento del Estrecho
pone olor de Guinea en la ropa mojada,
pone sal en un cesto de flores y racimos
de uvas verdes y negras encima de mi almohada,
pone henchido el insomnio, y en un larguero entonces
me siento con mi sueño a ver pasar el agua.

Rafael Pérez Estrada

Málaga. 1936-2000

Todas las mañanas, de un blanco impecable, casi luminoso, casi anuncio del blanco, pasea por el marítimo un joven seguido fielmente por un samoyedo suave como la polvera de una antigua corista. La ropa: jersey de lana (manos pascuales parecen haberlo tejido), pantalón de tenis limitando con el bronce agilísimo de las piernas, y playeras; su olor, una inquietante mezcla donde lo limpio halla la medida de la nostalgia en un toque sólo posible al abrir a mar despejado los secretos de una cómoda de barco y alcanfor.

Este joven a nadie oculta su condición de mártir, de Tarsicio mediterráneo, y algunas mujeres se rinden a su paso. Sólo las más osadas intentan abrazar su abandono. Cada noche reparte su presencia en sueños solitarios, y es más leve, más íntimo, más estrella fugaz.



José Infante

Málaga. 1946

Peñón del Cuervo

(Homenaje a Emilio Prados)

Todo el mar es soledad.

E. P.

He venido hoy, paseante fugaz,
hasta esta roca donde, cansado como un río,
venías, soñando de la muerte su memoria,
donde acaso dormiste sobre la hierba-espuma
tu solitario modo de estar vivo.

He venido, en tarde solitaria,
hasta el Peñón donde, con cansancio de arroyo,
arrastró de la vida sus cenizas,
donde tal vez, echado en estas olas,
pueda nacerme donde acaba el dolor, la voz de la
alegría.

He venido, cuerpo de soledad,
hasta la peña donde aún vaga tu sombra
en las noches sin luna, donde navegan aún,
de dos en dos, tu soledad y el mar,
unidos en el tiempo, donde,
perdido definitivamente por el sueño,
tu cuerpo perseguido me acompaña.

Francisco Cumpián

Málaga, 1951

mar con niña

El mar
mi mar la arena
la calidez del sol

El verde azul
tan verde
inmenso mar calmado

Hidropedal varado
María sobre ti
su rubio pelo fino
es un regalo al viento

El mar por un momento
se aparta tiernamente
y vuelve cual torrente
de espuma estremecida

Tan cerca de mi vida

Francisco Ruiz Noguera

Frigiliana, Málaga. 1951

III

Accedimos al mar más adelante.
Debió ser por San Juan, cuando todos bajaban
a cumplir con el rito de los baños.

A través de un camino oscurecido
por los cañaverales, con el pequeño hornazo
guardado en la talega lo avistamos.

Nos dejaba, por fin, el mediodía
ante un mundo ignorado, con asombro en los ojos
y los pies apresados en la arena.

Antonio Jiménez Millán

Granada. 1954

El balneario

Unas mesas vacías junto al mar.
Casi de madrugada, leímos unos versos:
Konstantin Kavafis escribió ese poema
en el que un viejo, desde el fondo oscuro de un café,
se arrepiente de haber malgastado su vida
con la excusa del futuro. El placer
llegaría, se dijo; tienes tiempo
de cumplir tus deseos.

No fue así,
y la edad se burló de su prudencia.

Un resto de sensualidad,
una mirada antigua permanece
en el paisaje de columnas rotas
del balneario: quiero que recuerdes
la luna llena sobre el mar en calma,
esta música leve que atraviesa la noche
y la vuelve distinta, despoblada
como un sueño. Y quiero decirte,
ahora que tu cuerpo es la única patria,
mi solar deseado y mi presente,
que no he de lamentar ocasiones perdidas.
Sólo busco tus labios.

Algún día
cuando vuelvan a oírse los versos de Kavafis,
tal vez otros amantes nos sucedan,
sin sabernos. También ellos verán,
como un símbolo, esta frágil,
desolada grandeza de las ruinas humildes.

Pedro Molina Temboury

Málaga. 1951

Marinas

V

En la secreta cala, una muchacha
de breve pecho y de cintura leve
deja un rastro de perlas en el agua.

Ajena está la ninfa naturista
a sátiros y faunos emboscados
entre riscos y peñas.

Ave del paraíso la walkiria
que soñábase sola en esa playa
bajo una hambrienta turba de mirones.

Aurora Luque

Almería. 1962

Poetas en el puerto

Ensayan los poetas
en el laboratorio ficticio de la noche
la tensión entre vidas y palabras.
Redes fosforescentes atrapan la ciudad
y hay una consistencia de oráculo en el aire:
sensación de poema necesario a la noche
o sensación de noche vertida en el poema.

Y qué distinto el día —su primera
membrana
si los ojos apuran previamente
todo lo que es nocturno. Aliento a red
mojada
en las últimas copas, coincidiendo
con pesqueros que vuelven. Azul tan mate el
mar
como acuarela intacta de la caja
de un niño. Qué afiladas
en el umbral del día las respuestas,
qué fácil no creer en los retornos.

Con el primer fulgor amarillento
acuden desde el parque las palomas
al trigo derramado de los buques.
Hay un vigor de luz por estallarnos.
—¿Dónde, dónde? —imagino que zurean.

Isabel Pérez Montalbán

Córdoba. 1964

Los genes australes

III

Navegar no es sinónimo de hundirse,
pero a veces los barcos se sumergen.
Me hice a la mar. Málaga es sólo mar,
un mar de azul profundo,
una marina en óleo sobre lienzo,
la costa de un turismo pobre
que llega al rompeolas de una ciudad fenicia.

Después, los territorios extranjeros.
Recuerdo el metro musical
de aquel Madrid en hora punta,

Lisboa ardiendo cuesta arriba,
los portugueses negros hablando con su acento
expulsado de la colonia.
Barcelona parece un Miró en blanco y negro.
Y Galicia es un barco en la tormenta,
bruma verde en la ría,
el catecismo de la lluvia,
el agua religiosa, el opio líquido
confundiéndose con el llanto.

Todo se ha perdido en el tiempo
como lágrimas en la lluvia,
y no vale ni dura más
que la vida de un replicante.

Juan Manuel Villalba

Madrid. 1964

Petroleros

Aparecen. Y nunca están llegando.
Asumen de improviso la nobleza
de los grandes mamíferos, su manso
tonelaje. Detrás de algún pequeño
puerto se pueden ver, acomplexados,
aullando roncros contra
la niebla, satisfechos en secreto
de la gran dignidad que alcanzan.
Son el alma perdida
de los que miran, indefensos,
alguna vez el horizonte.

Álvaro García

Málaga. 1965

El mar

Mira el mar. Es un mundo hecho revés de agua,
una torpe llanura. No hay reproche posible
aunque secuestre a unos navegantes.
Hay que desengañarse previamente
de la moralidad de la belleza
para entender su azul y su ruido.

La tierra nos retiene, segura de sí misma.
Hicimos una hoguera de San Juan,
en la playa, y el fuego
casi estaba sabiendo que nos unía a algo.
Este mar es el mismo en que, hace poco,
se ha perdido un velero. Hubo tres muertos.

La calle está vacía.
Uno hace el ejercicio de dar a cada cosa
la atención que uno cree que le pide.
Los tejados de la mañana
tapan domingos dentro del domingo,
diferentes ideas de lo que es un domingo.

Y uno mira hacia el mar con un rencor
abierto sin destinatario:
no tiene culpa el mar,
que hipnotiza los días igual que las campanas
hipnotizan el aire de este barrio
un poco antes de que despertemos.

Esther Morillas

Jaén. 1968

Paseo marítimo (uno)

La playa estará cerca. Alguien saludará entonces desde la playa y desaparecerá entre los hidropedales, camino de su hotel. Una avioneta interrumpirá la música de los merenderos, y ondeará una propaganda ilegible, coloreada. Nos habremos callado sin notar que nos hemos callado. Veremos juntos lo que hay alrededor, lo que se acerca, y sin darnos cuenta estaremos de nuevo en el paseo, por encima del agua, ahora mismo, mirando.



Jean Cocteau

Málaga

EL mar corría detrás de sí mismo en las olas,
la jábega tenía ojos de egipcio muerto
para verse peinar su cabellera de algas.
Mi mano estaba abierta hacia un perfil gitano.

El mundo antiguo había puesto a secar sus ropas
en una higuera seca. De ella cayó el ahorcado,
sin que se conmoviera la sirena en las tablas
ni alzasen las gitanas su perfil abatido.

Traducción de José María Souviron

Este duodécimo cuaderno de

El agua en la boca.

nombre barajado por Hinojosa, Cernuda, Aleixandre y Prados en 1929 para una publicación de signo surrealista que sucediera a las dos primeras etapas de *Litoral*, se edita como suplemento de la revista con la intención de difundir la obra de artistas malagueños. • Este cuaderno recoge una antología de poemas sobre el mar de Málaga, preparada por José Antonio Mesa Toré e ilustrada con fotografías de Ignacio del Río • Se imprimió en Málaga el día VI de XII de MMI con el diseño y bajo el cuidado de Lorenzo Saval y Miguel Gómez Peña y el apoyo del Ayuntamiento y la Diputación de Málaga.



